

CORDWAINER SMITH



**LOS SEÑORES DE LA
INSTRUMENTALIDAD III
NORSTRILIA**


NOVA
CULTURA E INNOVAZIONE

NORSTRILIA

Los Señores de la Instrumentalidad/3

Cordwainer Smith

Título original: Norstrilia
Traducción: Carlos Gardini
©1975 by Cordwainer Smith
©1993 Ediciones B
Rocafort 104 - Barcelona
ISBN: 84-406-3736-5
Edición digital: Umbriel Otaku
Revisión: Jota

PRESENTACIÓN

Este tercer volumen de la edición íntegra de LOS SEÑORES DE LA INSTRUMENTALIDAD de Cordwainer Smith incluye la única novela concebida como tal en todo el ciclo. Escrita en 1960, se dividió en dos partes para su primera edición en 1965 (The Planet Buyer) y en 1968 (The Underpeople), aunque en 1975 se recuperó la forma original que hoy presentamos.

En nuestro empeño editorial por ofrecer, completa y ordenada, toda la ciencia ficción de un autor irreplicable como es Cordwainer Smith, queda pendiente tan sólo la edición del cuarto y último volumen, EN BUSCA DE TRES MUNDOS, que completaremos con otros relatos del autor difícilmente encuadrables, en el gran ciclo de la Instrumentalidad de lo Humano.

Los otros dos volúmenes de la serie aparecieron en esta colección, en 1991, con los títulos PIENSA AZUL, CUENTA HASTA DOS (NOVA ciencia ficción, número 37) y LA DAMA MUERTA DE CLOWN TOWN (NOVA ciencia ficción, número 38). De todo ello se habla con detalle en el APÉNDICE, donde se incluyen los datos necesarios para situar la serie y el contenido de esta novela, incluso para el lector que no haya leído las narraciones de los primeros volúmenes.

Miquel Barceló

CORDWAINER SMITH, UNA PERSONALIDAD DISCUTIDA

La personalidad y la obra misma de Cordwainer Smith hacen de LOS SEÑORES DE LA INSTRUMENTALIDAD un caso único en la historia de la ciencia ficción. El conocimiento profundo que el autor tenía de la cultura china impregna inevitablemente el estilo de su producción literaria, en la que, según los expertos, se refleja claramente el intento de trasladar a la ciencia ficción la narrativa china y su particular estructura. Así, los relatos se presentan a modo de fábulas, como historias contadas con la distanciaci3n y el estilo de un narrador que est3 implicando hechos antiguos, de los que se da por supuesto que existe cierto conocimiento gen3rico y al mismo tiempo, la suficiente curiosidad por los detalles. A este respecto el inicio de NORSTRILIA es claramente paradigm3tico:

La historia es simple. Érase un chico que compr3 el planeta Tierra. El chico fue a la Tierra, consigui3 lo que se proponía y escap3 con vida. Ocurri3 en el primer siglo del Redescubrimiento del Hombre, cuando vivía la mujer-gato G'mell, cuando limpiaron Shayol como si hubiesen lustrado una manzana con la manga. Más o menos quince mil

años después de las bombas que arrasaron la Vieja Vieja Tierra. El resto son detalles.

Pero esos detalles son, hay que reconocerlo, algo maravilloso.

En otro lugar, al caracterizar la ciencia ficción como una literatura de ideas, he escrito una arriesgada simplificación: «Se ha dicho que una novela de Literatura general (de esa de la que algunos no ocultan la mayúscula al hablar de ella) no puede contarse, que debe ser leída y apreciada en su totalidad. Esto no ocurre así en la ciencia ficción. Si un relato de ciencia ficción no puede ser contado y abreviado es que no contiene esa idea que constituye el elemento esencial del género para la mayoría de sus lectores.» Bueno es reconocer que la obra de Cordwainer Smith se resiste a ese reduccionismo que enuncié, en su día, con simple voluntad didáctica. Hay ideas en la obra de Cordwainer Smith, y muchas; pero su somera relación nos alejaría del sorprendente y maravilloso ambiente que impregna sus narraciones, de esos detalles que configuran, de hecho, toda su narrativa.

Otro aspecto que creo destacable en la obra de Cordwainer Smith es el elevado número de referencias que se establecen entre unos relatos presentados como entidades independientes. Precisamente esa constante referencia a otros relatos del ciclo confiere al conjunto de la saga de LOS SEÑORES DE LA INSTRUMENTALIDAD una curiosa sensación de verosimilitud. Obtenemos en realidad la imagen de una historia legendaria que se da por sabida y cierta, de una historia cuyas líneas generales son de dominio público, y a la que cada uno de los relatos no hace más que añadir puntualizaciones y pequeñas precisiones. Se trata de una historia cuya moraleja y sentido final ya son conocidos por todos. Y a esa sensación general de verosimilitud contribuyen incluso las pequeñas incoherencias también presentes en los relatos.

Algunos han querido, como tantas veces han intentado los críticos literarios, rastrear la mismísima personalidad de Cordwainer Smith a partir de la obra escrita. Inútil pretensión. Paul Myron Anthony Linebarger, la persona que se escondía bajo el pseudónimo Cordwainer Smith era, como todas las personas, mucho más rica que las conjeturas que se aventuran sobre él. Sabemos, por ejemplo, que su gata Melanie pudo ser el origen de la mujer-gato G'Mell de sus narraciones, que se casó en segundas nupcias con su alumna Genevieve, que era miembro de la iglesia anglicana, que tenía un doctorado en Ciencias Políticas por la John Hopkins University, que fue experto en asuntos del Lejano Oriente, catedrático de Ciencias Políticas y asesor de información militar en varias confrontaciones bélicas. Pero estos y otros detalles se conocen por su biografía y, tal vez con excepción de la primera afirmación, resulta francamente difícil deducirlos de la obra escrita que nos ha dejado.

Con toda seguridad, pueden vislumbrarse múltiples y complementarios retazos de la personalidad de Paul Linebarger a través de las anécdotas y comentarios de los críticos y de los estudiosos de su obra. Hay bastantes a disposición del lector español. En el número que NUEVA DIMENSIÓN dedicó en 1971 a Cordwainer Smith, se incluyen comentarios de Anthony Cheetham, Carlo Frabetti, Donald A. Wollheim y Roger Zelazny. En el número 1 de la segunda época de la revista argentina EL PÉNDULO (1981) se encuentran los de Pablo Capanna y Arthur Burns; y los de John J. Pierce y Frederik Pohl se incluyen en esta edición integral y ordenada de LOS SEÑORES DE LA INSTRUMENTALIDAD. Pero quien esté interesado en profundizar en la obra y la personalidad de Cordwainer Smith hará bien en utilizar el casi imprescindible libro del argentino Pablo Capanna: EL SEÑOR DE LA TARDE: CONJETURAS EN TORNO A CORDWAINER SMITH (Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1984). En mi opinión, los textos de mayor interés son el estudio de Capanna, la opinión de Pierce (por ejemplo en esta edición y en el fanzine *Speculation* 33 de 1976) y los trabajos recogidos por Andrew Porter en *Exploring Cordwainer Smith* (1975), en particular las opiniones y recuerdos de Arthur Burns también disponibles en la traducción de EL PÉNDULO antes citada.

En cualquier caso, como nos cuenta Burns, Linebarger era de «una estatura superior a

la normal, enjuto, calvo, narigón, de barbilla angosta» y de una extrema formalidad en los modales. Le gustaban los gatos: Burns cuenta que «la población de gatos de la casa de Linebarger en Washington oscilaba entre siete y once». Pero todo ello sigue siendo fruto de la observación, no del análisis de su obra; aunque éste evidentemente ayude a hacerse una idea de su persona. No cabe duda de que la aparente contradicción entre su ocupación profesional o su ideología personal (nada izquierdista por cierto), y el posible carácter «revolucionario» que subyace en LOS SEÑORES DE LA INSTRUMENTALIDAD justifica el interés por una personalidad que tía interesado a todos los comentaristas y estudiosos.

Hay una especulación curiosa en cuya cita coinciden, por ejemplo, Capanna y otros especialistas —a los que habría que añadir John Clute con su artículo publicado en la *Science Fiction Enciclopedia* de Peter Nicholls de 1979—; aunque el tratamiento que le da Capanna resulte, evidentemente, mucho más exhaustivo. Según se indica, Paul Linebarger sería la persona real escondida bajo el nombre de «Kirk Allen» en uno de los casos que expone el psicoanalista Robert Linder en *La hora de cincuenta minutos* (1955), un famoso texto de divulgación sobre el psicoanálisis.

En el «caso Allen» narrado por el psicoanalista Linder (precisamente el último del libro), Allen es un físico nuclear que trabaja al servicio de la institución militar, un personaje de gran inteligencia que se refugia en un fantástico mundo de ciencia ficción como resultado de una personalidad esquizoide. La referencia común a la ciencia ficción y al trabajo con los militares ha permitido asociar la personalidad de Allen con la de Paul Linebarger, aunque desconozco si hay pruebas reales de ello o se trata de simples conjeturas. Burns nos cuenta que Linebarger tuvo que psicoanalizarse en un curso de entrenamiento que formaba parte de su trabajo sobre la guerra psicológica y que, después, siguió con unas dos sesiones de psicoanálisis por semana durante unos quince años. Pero, en mi opinión, no hay excesivo parecido entre la historia de Allen (que utiliza la ciencia ficción casi como una válvula de escape) y la de Linebarger, quien quizá la utilizara personalmente en este sentido, aunque no me atrevería a juzgar de escapista una historia como la de LOS SEÑORES DE LA INSTRUMENTALIDAD. En cualquier caso, doctores tiene la iglesia (y el psicoanálisis...) y tal vez pueda haber algo de verdad en esa asociación de personalidades entre Allen y nuestro autor. Para completar el panorama, conviene citar también la afición por la ciencia ficción del mismísimo psicoanalista Roben Linder, autor del libro.

Ya he dicho que dudo que puedan despejarse demasiadas incógnitas sobre la personalidad de un autor a partir de su obra. Aunque admito que pueda ser un ejercicio saludable e interesante. Una explicación final puede encontrarse, tal vez, en las palabras que el mismo Cordwainer Smith dirige al lector al presentar sus relatos en el prólogo a la antología SPACE LORDS:

«Todo lo que puedo hacer es trabajar los símbolos. La magia y la belleza llegarán de tu propio pasado, de tu presente, de tus esperanzas y de tus experiencias.»

Y ésa es tal vez la única realidad constatable. Una vez escritos y publicados, los relatos y las narraciones ya no tienen casi nada que ver con quien los escribió. Están aquí, a disposición del lector. Y, afortunadamente, todos los lectores somos distintos y leemos los mismos textos de forma distinta, en función de referencias e historias personales distintas. Por ello les damos también significados distintos.

Por eso leer es y será siempre tan agradable. Incluso aunque no lleguemos a abarcar la personalidad de quien fuera el autor con cuya obra nos deleitamos. Pero, ¿alguien ha pensado en serio alguna vez que un ser humano, ese sistema de altísima complejidad, puede encerrarse en unas simples narraciones? Por fortuna nunca será así. Al leer, sólo obtendremos atisbos de la personalidad del autor y posiblemente, esos atisbos reflejarán

con mayor certeza nuestra propia personalidad antes que la del autor.

Tal vez sea uno solo quien escribe, pero somos legión, y francamente diversa, aquellos que leemos.

Miquel Barceló
Sant Cugat del Vallès (Barcelona)
Abril de 1993

TEMA Y PROLOGO

Historia, lugar y tiempo: eso es lo esencial.

1

La historia es simple. Érase un chico que compró el planeta Tierra. Eso lo sabemos porque lo logró a costa nuestra. Sólo ocurrió una vez, y tomamos precauciones para que nunca más se repitiera. El chico vino a la Tierra, consiguió lo que se proponía y salió con vida, tras una serie de aventuras dignas de mención. Ésa es la historia.

2

¿El lugar? Vieja Australia del Norte. ¿Podía ser algún otro? ¿En qué otro lugar los granjeros pagan diez millones de créditos por un pañuelo y cinco por una botella de cerveza? ¿En qué otro lugar la gente vive apaciblemente, lejos del militarismo, sobre un planeta de muerte y de cosas peores que la muerte? Vieja Australia del Norte tiene *stroom* —la droga santaclara—, y más de mil planetas reclaman esta sustancia. Pero sólo se puede comprar en Norstrilia —así llaman a ese mundo, para abreviar— porque es un virus que se produce en ovejas enormes, gigantescas y deformes. Llevaron las ovejas de la Tierra para crear un sistema ganadero; las ovejas terminaron siendo el mayor de los tesoros imaginables. Aquellos simples granjeros se convirtieron en simples multimillonarios, pero conservaron sus costumbres. Eran fuertes y se volvieron más fuertes. Las gentes se vuelven rudas si las despojan y acosan durante casi tres mil años. Se vuelven obstinadas. Eluden a los forasteros, excepto para enviar espías y un turista de cuando en cuando. No se lían con los demás, y si uno se mete con ellos se convierten en la muerte, la muerte que se extiende por todas partes.

Un chico de Norstrilia compró la Tierra. Todo el planeta: objetos, títulos, subpueblo.

Fue un verdadero problema para la Tierra.

Y también para Norstrilia.

Si hubiera sido un trato entre gobiernos, Norstrilia habría juntado todos los objetos valiosos de la Tierra y los habría revendido a interés compuesto. Así hacen negocios los norstrilianos. O quizás hubieran dicho: «Olvídalo, amigo. Puedes quedarte con esa pelota vieja y húmeda. Aquí tenemos un mundo bueno y seco.» Así son los norstrilianos. Imprevisibles.

Pero un chico Había comprado la Tierra, y era suya.

Legalmente, tenía derecho a vaciar el Océano del Poniente, enviarlo al espacio y vender agua por toda la galaxia habitada.

No lo hizo.

El chico buscaba otra cosa.

Las autoridades de la Tierra pensaban que quería mujeres, así que intentaron ofrecerle chicas de todos los aspectos, tamaños, olores y edades, desde damiselas de buena familia hasta submuchachas de origen canino que despedían constantemente un olor romántico, excepto los primeros cinco minutos, después de recibir duchas calientes y antisépticas. Pero el chico no quería mujeres. Quería sellos de correos. Esto desconcertó

tanto a la Tierra como a Norstrilia. Los norstrilianos son los duros habitantes de un planeta inhóspito, y aprecian mucho la propiedad. (¿Por qué no iban a hacerlo? Lo poseen casi todo.) Una historia así sólo pudo empezar en Norstrilia.

3

¿Cómo es Norstrilia?

Alguien la describió una vez en una canción:

«Gris era la tierra, oh. Hierba gris de cielo a cielo. Aunque no cerca del dique. Ni una montaña, alta o baja, sólo cerros y gris, gris. Observa las trémulas manchas titilando entre los astros.

»Eso es Norstrilia.

»Ha terminado la engorrosa búsqueda, la pobreza y la espera y el dolor. La gente se ha marchado, ha dejado atrás las monstruosas formas. La gente luchó por manos y narices, ojos y pies, hombre y mujer. Lo recuperaron todo. Regresaron de las pesadillas diurnas, de los siglos en que hombres monstruosos, que sorbían el agua alrededor de los estanques, soñaban con ser hombres de nuevo. Lo encontraron. De nuevo fueron hombres, dejaron atrás aquella época horrenda.

»Las ovejas, pobres bestias, no lo consiguieron. Con su enfermedad destilaron inmortalidad para el hombre. ¿Quién dice que la investigación pudo descubrirlo? ¡La investigación es una patraña! Fue mero accidente. Sufre un accidente, hombre, y serás rico.

»Pardas ovejas yacen en la hierba gris azulada mientras las nubes se deslizan rasas, como caños de hierro techando el mundo.

»Toma un rebaño de ovejas enfermas, hombre, pues las enfermas producen ganancias. Estornúdame un planeta, hombre, o tócame una pizca de inmortalidad. Si es excéntrico allá, donde viven los tontos y enanos como tú, aquí está muy bien.

»Ésa es la norma, muchacho.

»Si no has visto Norstrilia, no la has visto. Si la vieras, no lo creerías. Si hubieras llegado allí, no saldrías vivo.

»Los mininos de Mamá Hilton te esperan allí. Son animalitos pequeños, muy pequeños. Bichitos simpáticos, dicen. No les creas. Quien los ha visto no puede contarlos. Tú tampoco lo contarías. Son tu desgracia, un golpe de gracia.

»Los mapas la llaman Vieja Australia del Norte.»

Podemos suponer que el planeta es así.

4

Tiempo: primer siglo del Redescubrimiento del Hombre.

Cuando vivía G'mell.

La época en que limpiaron Shayol, como si hubiesen lustrado una manzana con la manga.

En lo más profundo de nuestra propia época. Quince mil años después de las bombas que arrasaron la Vieja Vieja Tierra.

Como ves, hace poco.

5

¿Qué pasa en la historia?

Léela.

¿Quién aparece en ella?

Empieza con Rod McBan, cuyo verdadero nombre era Roderick Frederick Ronald

Arnold William MacArthur McBan. Pero no se puede contar una historia si el personaje principal se llama Roderick Frederick Ronald Arnold William MacArthur McBan. Hay que llamarlo como sus vecinos: Rod McBan. Las viejas damas siempre decían: «Rod McBan ciento cincuenta y uno...», y suspiraban. Olvidemos a las viejas damas. No necesitamos números. Sabemos que procedía de una buena familia. Sabemos que el pobre chico nació con problemas.

¿Cómo no iba a tener problemas?

Iba a heredar la Finca de la Condenación.

Y luego viajó. Conoció a toda clase de gente. G'mell, la más bella de las muchachas de placer de la Tierra. Jean-Jacques Vomact, cuya familia debía ser anterior a la raza humana. El viejo de Adaminaby. Las arañas adiestradas de Terrapuerto. El subcomisionado Bebedor de Té. El señor Jestocost, cuyo nombre constituye una página de la historia. Los amigos del A'telekeli, y vaya si esos amigos eran extraños. T'dank, de la policía vacuna. El Maestro Gatuno. Tostig Amaral, de quien más vale no decir nada. La ambiciosa Ruth. La humilde G'mell. La risueña Johanna.

El chico escapa.

El chico escapó. Ésta es la historia. Ahora ya no es necesario que la leas.

Salvo por los detalles.

Aquí los tienes, a continuación.

(Además compró un millón de mujeres, demasiadas para cualquier chico en la práctica, pero no es seguro, lector, que averigües lo que hizo con ellas.)

A LAS PUERTAS DEL JARDÍN DE LA MUERTE

Rod McBan se enfrentaba al día de días. Sabía de qué se trataba, pero no podía sentirlo de veras. Se preguntaba si lo habrían tranquilizado con *stroon* medio refinado, un producto tan raro y precioso que nunca se comercializaba fuera del planeta.

Sabía que al anochecer estaría riendo y babeando en una de las Salas de la Muerte, adonde enviaban a los inadaptados para depurar la raza humana, o bien sería el terrateniente más viejo del planeta, principal heredero de la Finca de la Condenación. Su bisabuelo³² había remontado la granja. Había comprado un asteroide de hielo, lo había estrellado contra la granja a pesar de las violentas objeciones de sus vecinos y había aprendido a usar pozos artesianos para mantener la hierba en crecimiento mientras las tierras de los vecinos pasaban del verde grisáceo al polvo arremolinado.

Los McBan habían mantenido el sarcástico y viejo nombre de la granja, la Finca de la Condenación.

Rod sabía que al anochecer sería el amo de la granja.

O bien estaría agonizando y disfrutando en la Casa de la Muerte, donde la gente moría riendo, sonriendo y retozando.

Se sorprendió tarareando un fragmento de un poema que siempre había pertenecido a la tradición de Vieja Australia del Norte:

*Matamos para vivir, morimos para crecer:
¡así es como el mundo ha de ser!*

Le habían inculcado que su mundo era muy especial, un mundo envidiado, amado, odiado y temido en toda la galaxia. Sabía que formaba parte de un pueblo muy especial. Otras razas y especies humanas sembraban cereales, producían alimentos, ideaban máquinas o manufacturaban armas. Los norstrilianos no hacían nada de eso. En campos secos, con escasos pozos, con ovejas enormes y enfermas, refinaban la inmortalidad.

Y la vendían a un precio muy alto.

Rod McBan salió al patio. Tras él se alzaba su casa. Era una cabaña de troncos

construida con vigas de los dáimones: vigas imposibles de cortar ni de alterar, más sólidas de lo imaginable. Habían comprado una partida a treinta saltos planetarios de distancia y las habían llevado a Vieja Australia del Norte en veleros fotónicos. La cabaña era un fuerte que podía resistir incluso un ataque de artillería pesada, pero tenía la apariencia de una cabaña, sencilla por dentro y con un patio de tierra apisonada.

Llegaba el día. Palidecía el último destello rojo del alba.

Rod sabía que no podía alejarse. Oía a las mujeres detrás de la casa, las mujeres de la familia que habían venido a prepararlo para el triunfo. O para lo otro.

Ellas ignoraban cuánto sabía él. A causa de la enferme- / dad de Rod, habían pensado sin reservas en su presencia-durante años, suponiendo que la sordera telepática de Rod era constante. Pero no lo era; a menudo él percibía cosas que no debía oír. Incluso recordaba el triste poemita acerca de los jóvenes que fallaban por una u otra razón y tenían que ir a la Casa de la Muerte en vez de convertirse en ciudadanos norstrilianos y súbditos plenamente reconocidos de su majestad la reina. (Hacía quince mil años que los norstrilianos no tenían una reina auténtica, pero amaban sus tradiciones y no se dejaban confundir por los meros hechos.) ¿Cómo decía el poema? «Ésta es la casa del mucho tiempo atrás...» A su manera sombría resultaba alegre.

Rod borró su huella del polvo y de pronto recordó el poema entero. Lo recitó en voz baja:

*Ésta es la casa del mucho tiempo atrás,
donde los viejos murmuran una aflicción sin fin,
donde el dolor del tiempo es una presencia tangible,
y las cosas del pasado vuelven siempre.
En el Jardín de la Muerte, nuestros jóvenes
han saboreado el valeroso gusto del miedo.
Con brazos musculosos y lengua locuaz,
ganaron y perdieron, se nos fueron.
Esta es la casa del mucho tiempo atrás.
Los que mueren jóvenes no entran aquí.
Los que viven saben que el infierno está cerca.
Los viejos que sufren así lo han deseado.
En el Jardín de la Muerte, nuestros viejos
contemplan admirados a los jóvenes y audaces.*

Quedaba bien decir que contemplaban admirados a los jóvenes y audaces, pero Rod aún no había conocido a nadie que no prefiriera la vida a la muerte. Había oído hablar de gente que escogía la muerte, claro que sí. ¿Quién no había oído hablar de ello? Pero era una experiencia de tercera, cuarta, quinta mano.

Sabía que algunos habían dicho que él estaría mejor muerto, sólo porque nunca había aprendido a comunicarse telepáticamente y tenía que usar el viejo lenguaje hablado, como los habitantes de otros mundos o los bárbaros.

Pero Rod no creía que fuera a estar mejor muerto.

A veces miraba a las personas normales y se preguntaba cómo se las apañaban para andar por la vida recibiendo en la mente el constante e insustancial parloteo de pensamientos ajenos. En los momentos en que la mente se le aguzaba y lograba audir por un tiempo, cientos o miles de mentes lo acosaban parlotando con intolerable claridad; incluso audía la mente de los que creían tener puesto el escudo telepático. Al cabo de un rato, la piadosa nube de su defecto le cerraba de nuevo la mente y Rod gozaba de su profunda y singular intimidad, algo que todos tenían que haber envidiado en Vieja Australia del Norte.

Su ordenador le había dicho una vez:

—Las palabras *audir* y *linguar* son formas corruptas relacionadas con lo auditivo y con el lenguaje, y reemplazan a *oír* y *hablar*. Si dices las palabras con la voz, las pronuncias con un tono creciente, como si hicieras una pregunta entre divertido y alarmado. Se refieren a la comunicación telepática entre personas o entre personas y subpersonas.

—¿Qué son las subpersonas? —había preguntado Rod.

—Son animales modificados para que puedan hablar y entender, y en general para que tengan apariencia humana. Se diferencian de los robots cerebrocentrados porque éstos se construyen alrededor de una mente animal, pero son relés mecánicos y electrónicos, mientras que las subpersonas están totalmente compuestas por tejidos de origen terrícola.

—¿Por qué nunca he visto una?

—No están permitidas en Norstrilia, a menos que trabajen al servicio de las instituciones de defensa de la Commonwealth.

—¿Por qué usamos el nombre Commonwealth, cuando todos los demás lugares se llaman mundos o planetas?

—Porque sois súbditos de la reina de Inglaterra.

—¿Quién es la reina de Inglaterra?

—Fue una gobernante terrícola de los Días Antiquísimos, hace más de quince mil años.

—¿Dónde está ahora?

—He dicho que vivió hace más de quince mil años —explicó el ordenador.

—Lo sé —insistió Rod—, pero si no ha habido una reina de Inglaterra desde hace quince mil años, ¿cómo podemos ser sus súbditos?

—Conozco la respuesta en palabras humanas —había respondido la cordial máquina roja—, pero para mí carece de sentido, así que tendré que repetir lo que me dijo la gente. «Bien podría reaparecer uno de estos días. Quién sabe. Esto es Vieja Australia del Norte entre las estrellas, así que bien podemos esperar a nuestra reina. Tal vez estaba de viaje cuando la Vieja Tierra se fue al traste.» —El ordenador había cloqueado un par de veces con esa voz rara y antigua, y luego había pedido con su voz inexpresiva—: ¿Puedes reformular el mensaje para que yo pueda programarlo como parte de mi banco de memoria?

—No le veo el sentido. La próxima vez que audie pensamientos ajenos trataré de captarlo en la cabeza de alguien.

La noche anterior había formulado una pregunta más urgente al ordenador:

—¿Moriré mañana?

—Pregunta irrelevante. Ninguna respuesta disponible.

—¡Ordenador! —gritó Rod—. Sabes que te amo.

—Eso dices.

—Recuperé tu banco histórico después de repararte, cuando esa parte había pasado cientos de años sin pensar.

—Correcto.

—Me arrastré hasta esta cueva y encontré los controles *personales*, donde bisabuelo¹⁴ los había dejado cuando se quedaron anticuados.

—Correcto.

—Mañana moriré y ni siquiera lo lamentarás.

—Yo no he dicho eso —replicó el ordenador.

—¿No te importa?

—No estoy programado para tener emociones. Como tú mismo me reparaste, Rod, deberías saber que soy el único ordenador totalmente mecánico que funciona en esta región de la galaxia. Estoy seguro de que si experimentara emociones, lo lamentaría muchísimo. Es altamente probable, pues eres mi único compañero. Pero no experimento emociones. Tengo números, datos, lenguaje y memoria. Eso es todo.

—¿Cuál es la probabilidad, pues, de que muera mañana en la Sala de las Risas?

—Ése no es el nombre correcto. El correcto es la Casa de la Muerte.

—De acuerdo. La Casa de la Muerte.

—Se te someterá a un juicio humano y contemporáneo basado en emociones. Como no conozco a los individuos involucrados, no puedo emitir ninguna predicción relevante al respecto.

—Pero ¿qué supones que me ocurrirá, ordenador?

—En realidad, yo no supongo, sólo respondo. No tengo datos sobre ese tema.

—¿Sabes algo sobre mi vida y sobre mi muerte en el día de mañana? Sé que no puedo hablar con la mente, sino que debo articular sonidos con la boca. ¿Por qué es una razón para matarme?

—Como no conozco a las personas involucradas, ignoro las razones —respondió el ordenador—, pero conozco la historia de Vieja Australia del Norte hasta la época de tu bisabuelo¹⁴.

—Cuéntame eso, entonces —pidió Rod. Se acuclilló en la cueva que había descubierto, escuchando el olvidado equipo informático que él había reparado, y oyó una vez más la historia de Vieja Australia del Norte tal como la entendía su bisabuelo¹⁴. Despojada de nombres y de fechas, era una historia simple.

Aquella mañana, su vida dependía de esa historia.

Norstrilia tenía que escoger a sus habitantes si quería mantener su temperamento de la Vieja Vieja Tierra y ser otra Australia entre las estrellas. De lo contrario, los campos se abarrotarían, los desiertos se convertirían en edificios de apartamentos, las ovejas morirían en sótanos debajo de enormes cubículos para gente apiñada e inútil. Ningún norstriliano quería eso cuando podía conservar el temple, la inmortalidad y la riqueza, en ese orden. Sería contrario al carácter de Norstrilia.

El carácter norstriliano era inmutable, tan inmutable como algo podía serlo entre las estrellas. La antigua Commonwealth era la única institución humana más antigua que la Instrumentalidad.

La historia era simple, tal como la exponían los lúcidos circuitos cerebrales del ordenador.

Tomemos una cultura rural de la Vieja Vieja Tierra, la Cuna del Hombre.

Llevemos esa cultura a un planeta remoto.

Allí recibe la bendición de la prosperidad y la maldición de la sequía.

Recibe enseñanzas: enfermedad, deformidad, dureza. Recibe castigos: una pobreza tan cruel que los hombres venden a un niño para conseguir a otro niño el sorbo de agua que le concederá un día más de vida mientras los taladros horadan la roca seca buscando humedad.

También aprende otras cosas: ahorro, medicina, erudición, dolor, supervivencia.

Esos colonos reciben las lecciones de la pobreza, la guerra, la pesadumbre, la codicia, la generosidad, la piedad, la esperanza y la desesperación, por turnos.

La cultura sobrevive.

Sobrevive a la enfermedad, la deformidad, la desesperación, la desolación, el abandono.

Luego tropieza con el accidente más feliz de toda la historia.

De la enfermedad de las ovejas surgieron riquezas infinitas, la droga santaclara, o *stroon*, que prolonga indefinidamente la vida humana.

La prolonga, aunque con extraños efectos secundarios, así que la mayoría de los norstrilianos preferían morir al cabo de mil años.

Norstrilia se conmocionó con el descubrimiento.

Los demás mundos habitados también.

Pero la droga no se podía sintetizar, copiar ni imitar. Sólo se podía obtener de las

ovejas enfermas en las planicies de Vieja Australia del Norte.

Ladrones y gobiernos intentaron robar la droga. A veces lo habían conseguido, mucho tiempo atrás, pero no lo habían logrado desde la época del bisabuelo¹⁹ de Rod.

Habían intentado robar las ovejas enfermas.

Se habían llevado varias del planeta. (La Cuarta Batalla de New Alice, donde la mitad de los hombres de Norstrilia habían muerto derrotando al Imperio Brillante, había conducido a la pérdida de dos de las ovejas enfermas, una hembra y un macho. El Imperio Brillante creyó que había vencido. No fue así. Las ovejas sanaron, tuvieron corderos normales, dejaron de producir *stroon* y murieron. El Imperio Brillante había pagado cuatro flotas de combate por una caja de carne de oveja.) Norstrilia conservó el monopolio.

Los norstrilianos exportaban la droga santaclara de modo sistemático.

Amasaron fortunas casi infinitas.

El hombre más pobre de Norstrilia era más rico que el mayor millonario de cualquier otra parte, emperadores y conquistadores incluidos. Un peón de granja ganaba por lo menos cien créditos de la Tierra por día, medidos en el dinero válido de la Vieja Tierra, no en billetes que tenían que someterse a un severo arbitraje.

Pero los norstrilianos hicieron su elección: *la* elección.

Eligieron ser ellos mismos.

Se impusieron la sencillez.

Los artículos de lujo estaban gravados con un impuesto de veinte millones por ciento. Por el precio de cincuenta palacios en Olimpia se podía importar un pañuelo en Norstrilia. Importar un par de zapatos costaba el precio de cien yates en órbita. Todas las máquinas se prohibieron, salvo para la defensa y para recoger la droga. En Norstrilia nunca se crearon subpersonas, y las autoridades de defensa sólo las importaban por razones que constituían máximo secreto. Vieja Australia del Norte siguió siendo un mundo sencillo, pionero, rudo y abierto.

Muchas familias emigraron para disfrutar de sus riquezas. No podían regresar.

Pero el problema demográfico persistía, a pesar de los impuestos, la sencillez y el trabajo duro.

Había que reducir el número de habitantes.

¿Pero cómo, dónde, a quiénes? El control de natalidad se consideraba propio de bestias. La esterilización era inhumana, poco viril, no británica. (La última expresión era muy antigua, y significaba *muy mala*.)

Por familias, pues. Que las familias tuvieran hijos. Que la Commonwealth los sometiera a una prueba a los dieciséis años. Si no cumplían con los requisitos, tendrían una muerte indolora.

¿Y las familias? No se puede exterminar a una familia en una sociedad rural y conservadora, cuando los vecinos son personas que han luchado y muerto codo con codo durante cien generaciones. Se proclamó la Regla de las Excepciones. Cualquier familia que llegara al final de su linaje podía hacer reprocesar al último heredero superviviente hasta cuatro veces. Si fracasaba, el heredero iba a la Casa de la Muerte, y un heredero adoptado y designado procedente de otra familia recibía el apellido y la finca.

De lo contrario los supervivientes habrían continuado, una docena en un siglo, veinte al siguiente. Pronto Norstrilia se habría dividido en dos clases, los sanos y una casta privilegiada de monstruos hereditarios. No podían tolerar que eso ocurriera cuando el espacio apestaba a peligro, cuando hombres a cien mundos de distancia soñaban y morían rumiando cómo robar el *stroon*. Tenían que ser luchadores, y escogieron no ser soldados ni emperadores. Por lo tanto, tenían que ser capaces, lúcidos, sanos, inteligentes, sencillos y morales. Tenían que superar a cualquier enemigo o combinación de enemigos.

Lo consiguieron.

Vieja Australia del Norte se convirtió en el mundo más duro, más brillante y más sencillo de la galaxia. A solas, sin armas, los norstrilianos podían recorrer los otros planetas y matar casi a cualquier enemigo que los atacara. Los gobiernos les temían. La gente corriente los odiaba o los adoraba. Los hombres de otros mundos miraban a sus mujeres de modo extraño. La Instrumentalidad los dejaba en paz, o los defendía sin dejar que los norstrilianos supieran que se habían puesto de su parte. (Como en el caso de Raumsog, que llevó a todo su planeta a una muerte de cáncer y volcanes, porque la Nave Dorada atacó una vez.)

Las madres norstrilianas aprendieron a resistir sin lágrimas cuando sus hijos, drogados por sorpresa si fracasaban en la prueba, babeaban de placer y morían riendo.

El espacio y el subespacio circundantes de Norstrilia se volvieron chispeantes y pegajosos, erizados de múltiples defensas. Hombres robustos y sanos pilotaban pequeñas naves de combate en las cercanías de Vieja Australia del Norte. Cuando la gente los conocía en otros puertos, los norstrilianos le parecían hombres sencillos; esa apariencia era una trampa y un engaño. Miles de años de ataques no provocados habían condicionado a los norstrilianos. Parecían tranquilos como ovejas pero eran sutiles como serpientes.

Y ahora, Rod McBan.

El último heredero de una vieja y orgullosa familia había resultado ser un deforme. Era bastante normal según las pautas terrícolas, pero inepto según la vara norstriliana. Era un pésimo telépata. No audía bien. Rara vez recibía transmisiones mentales, y los demás no podían leerle la mente. Sólo recibían un burbujeo feroz y una opaca maraña de pensamientos fragmentarios que no significaban nada. Y todavía linguaba peor. No podía hablar con la mente. A veces transmitía. Cuando lo hacía, todos echaban a correr. Si Rod se enfadaba, un rugido aullante les bloqueaba la conciencia con una furia tan sólida y roja como carne colgando en un matadero. Si estaba contento, era peor. Transmitía su alegría sin darse cuenta, y la emisión resultaba tan desagradable como una sierra cenando una roca incrustada de diamantes. La felicidad de Rod penetraba en la gente como una sensación al principio agradable, pronto seguida por una aguda incomodidad y el repentino deseo de perder los dientes: los dientes se habían convertido en giratorios remolinos de brusca e indefinible irritación.

Ignoraban su mayor secreto personal. Sospechaban que podía audir de cuando en cuando sin control sobre sí mismo. No sabían que en esas ocasiones podía audir todos los pensamientos en kilómetros a la redonda con detalle microscópico y alcance telescópico. Su recepción telepática, cuando funcionaba, atravesaba los escudos mentales ajenos como si no existieran. (Si algunas mujeres de las granjas que rodeaban la Finca de la Condenación hubieran sabido que él les había leído la mente sin proponérselo, se habrían avergonzado el resto de sus días.) En consecuencia, Rod McBan disponía de una temible cantidad de conocimientos caóticos que no encajaban del todo.

Los comités anteriores no le habían otorgado la Finca de la Condenación ni lo habían enviado a la muerte risueña. Habían valorado su inteligencia, su ingenio, su gran fuerza física. Pero les preocupaba la carencia telepática. Lo habían juzgado tres veces. Tres veces.

Y las tres veces se había postergado la sentencia.

Habían optado por la crueldad menor; no lo habían enviado a la muerte, sino a una nueva infancia y una nueva educación, con la esperanza de que su capacidad telepática se elevara naturalmente a la normalidad norstriliana.

Lo habían subestimado.

El lo sabía.

Gracias a ese fisgoneo que no podía controlar, captaba fragmentos de lo que ocurría, aunque nadie le había explicado los cornos y porqués racionales del proceso.

Un sombrío pero tranquilo Rod McBan holló por última vez el polvo de su patio, entró en la cabaña por la puerta principal, siguió hasta la puerta trasera y el patio trasero, y saludó cortésmente a las mujeres mientras ellas, ocultando su corazón entristecido, se disponían a prepararlo para la prueba. No querían contrariar al niño, aunque era grande como un hombre y manifestaba más aplomo que la mayoría de los hombres adultos. Querían ocultarle la terrible verdad. ¿Cómo podían evitarlo?

Él ya la sabía.

Pero fingía ignorarla.

Cordialmente, con sólo un poco de miedo, dijo:

—¡Hola, tía! ¿Qué hay, prima? Buenos días, Maribel. He aquí a vuestro cordero. Adornadlo y acicaladlo para el "concurso de ganado. ¿Me pondréis una argolla en la nariz o una cinta alrededor del pescuezo?

Una o dos jóvenes rieron, pero su «tía» mayor —en realidad era una prima cuarta, casada con un hombre de otra familia— señaló seria y serenamente una silla del patio y ordenó:

—Siéntate, Roderick. Ésta es una ocasión seria, y por lo general no hablamos mientras se disponen los preparativos.

Se mordió el labio inferior y añadió, no para asustarlo sino para impresionarlo:

—Hoy vendrá el vicepresidente.

(El «vicepresidente» era el jefe del gobierno; hacía miles de años que el Gobierno Provisional de la Commonwealth no tenía presidente. A los norstrilianos no les agradaba la ostentación. Vicepresidente ya era demasiado título para cualquiera. Además, eso intrigaba a los habitantes de otros mundos.)

Rod no se impresionó. Había visto al hombre en uno de esos raros momentos en que audía con claridad, y había descubierto que la mente del vicepresidente estaba atestada de números y caballos, los resultados de cada carrera hípica durante trescientos veinte años, y la proyección de seis carreras hípicas probables durante los dos próximos años.

—Sí, tía.

—Hoy no metas bulla constantemente. No tienes que usar la voz para decir sí. Sólo asiente. Causará mucha mejor impresión.

Rod iba a responder, pero tragó saliva y asintió.

Ella le hundió el peine en la espesa y amarilla melena.

Otra de las mujeres, casi una niña, trajo una mesita y una jofaina. Por la expresión Rod, comprendió que ella le estaba languando, pero era una de las ocasiones en que él no podía audir.

La tía le tiró bruscamente del pelo mientras la muchacha le cogía la mano. Rod no supo qué se proponía y apartó la mano.

La jofaina se cayó de la mesita. Rod advirtió que sólo era agua jabonosa para una manicura.

—Lo lamento —dijo. Incluso a él la voz le pareció ruidosa. Por un instante experimentó un feroz torrente de humillación y odio hacia sí mismo.

Tendrían que matarme, pensó. Cuando caiga el sol me desternillaré de risa basta que la medicina me haga hervir los sesos.

Se había reprendido a sí mismo.

Las dos mujeres no habían dicho nada. La tía se había ido a buscar champú, y la muchacha regresaba con una jarra para llenar de nuevo la jofaina.

Se miraron directamente a los ojos.

—Te quiero —declaró ella con claridad y calma, y con una sonrisa que a Rod le resultó inexplicable.

—¿Para qué? —preguntó Rod, también en voz baja.

—Te quiero a ti. Te quiero para mí. Vas a vivir.

—Tú eres Lavinia, mi prima —dijo él, como si acabara de descubrirlo.

—Silencio —murmuró la muchacha—. Ella vuelve.

Cuando la muchacha se puso a limpiarle las uñas, y la tía le frotó el pelo con algo parecido a un zumo de oveja, Rod empezó a sentirse feliz. La indiferencia que había fingido se transformó en una verdadera indiferencia ante su destino, una fácil aceptación del cielo gris y la tierra opaca y ondulante. Un temor —un temor diminuto, tan pequeño que parecía una mascota enana dentro de una jaula en miniatura— recorría sus pensamientos. No era el miedo a la muerte: de pronto aceptó el riesgo y recordó cuántas personas habían tenido que hacer la misma apuesta. Este pequeño miedo era otra cosa, el temor a no saber comportarse si le ordenaban morir.

Pero no tengo de qué preocuparme, pensó. La negativa nunca es una palabra: sólo una hipodérmica, de modo que la primera mala noticia que recibe la víctima es su propia risa, excitada y feliz.

Con esta extraña paz de espíritu, de pronto audió mejor.

No veía el Jardín de la Muerte, pero podía atisbar las mentes que se encargaban del mantenimiento; era un enorme camión cerrado más allá de la siguiente hilera de cerros, donde guardaban a Oíd Billy, la oveja de mil ochocientas toneladas. Oía el parloteo de voces en el pueblo que estaba a dieciocho kilómetros. Y atisbaba la mente de Lavinia.

Era una imagen de él mismo. Pero, ¡qué imagen! Tan alto, tan apuesto, tan gallardo. Se había entrenado para no moverse cuando audía, para que los demás no advirtieran que había recobrado su poco frecuente don telepático.

La tía le linguaba a Lavinia sin palabras ruidosas.

—Esta noche veremos a este bonito muchacho en el ataúd.

Lavinia respondió bruscamente:

—No, no será así.

Rod permanecía impasible en la silla. Las dos mujeres, con rostro grave y silencioso, continuaron linguando.

—¿Cómo lo sabes? No tienes tantos años —linguó la tía.

—Tiene la finca de más solera de Vieja Australia del Norte. Lleva uno de los apellidos más antiguos. Es... —Y aun al linguar se le enmarañaron los pensamientos, como en un tartamudeo—. Es un hermoso muchacho y será un hombre maravilloso.

—Recuerda mis pensamientos —le advirtió la tía—. Esta noche lo veremos en el ataúd y a medianoche emprenderá el Largo Viaje Hacia Fuera.

Lavinia se incorporó de un salto. Casi volcó la jofaina de agua por segunda vez. Movié la garganta y la boca para hablar pero sólo graznó:

—Lo lamento, Rod. Lo lamento.

Rod McBan, con expresión discreta, asintió estólidamente, como si no tuviera ni idea de lo que ambas habían linguado.

Ella se volvió y echó a correr, linguando a gritos:

—Consigue a otra para que le arregle las uñas. Eres despiadada y cruel. Consigue a otra persona que lave tu cadáver. No yo. No yo.

—¿Qué le pasa a Lavinia? —preguntó Rod a la tía, como si no supiera nada.

—Es difícil, eso es todo. Difícil. Nervios, supongo —añadió con un suave graznido. No sabía hablar muy bien, pues toda su familia y sus amigos linguaban y audían con elegancia—. Estábamos linguando acerca de lo que harías mañana.

—¿Dónde hay un cura, tía? —preguntó Rod.

—¿Un qué?

—Un cura, como en el viejo poema, en los duros tiempos antes de que nuestro pueblo hallara este planeta y trajera las ovejas. Todos lo conocen.

Aquí el cura perdió el juicio.

Allá ardió mi madre.

No puedo mostrarte la casa que teníamos.

Perdimos esa ladera cuando tembló la montaña.

—Es más largo —añadió Rod—, pero ésta es la parte que recuerdo. ¿Un cura no es un especialista en la muerte? ¿No hay ninguno por aquí?

Le sondeó la mente mientras ella le mentía. Mientras hablaba, Rod recibió una clara imagen de un vecino distante, un hombre llamado Tolliver, que tenía modales muy suaves; pero la tía no le habló de Tolliver.

—Algunos asuntos son cosa de hombres —cloqueó—. De todos modos, esta canción no habla de Norstrilia sino de Paraíso VII y la causa por la cual nos fuimos de allí. No sabía que la conocías.

En la mente de la tía Rod leyó:

—Este chico sabe demasiado.

—Gracias, tía —murmuró Rod dócilmente.

—Ven a enjuagarte —ordenó ella—. Hoy estamos usando mucha agua verdadera contigo.

Rod la siguió y se tranquilizó cuando la oyó pensar: *Lavinia tenía los sentimientos correctos, pero llegó a la conclusión equivocada. Esta noche él morirá.*

Eso era demasiado.

Rod titubeó un instante, templando las cuerdas de su mente extrañamente afinada. Luego soltó un aullido de alegría telepática, tan sólo para fastidiar a todo el mundo. Todos se quedaron quietos. Luego lo miraron severamente.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó la tía con palabras.

—¿Qué? —preguntó él con aire inocente.

—Ese ruido que has linguado. No significa nada.

—Una especie de estornudo, supongo. No me he dado cuenta. —En su interior se echó a reír. Aunque estuviera en camino hacia la Casa del Ja Ja, les arruinaría el día mientras iba.

Era un modo estúpido de morir.

Y luego se le ocurrió una idea loca, extraña, feliz: Quizá no puedan matarme. Quizá yo tenga poderes. Poderes propios. Bien, pronto lo averiguaremos.

EL JUICIO

Rod atravesó el terreno polvoriento, subió tres escalones por la escalera plegable que habían tendido por el flanco del camión, golpeó la puerta una vez, tal como le habían dicho. Una luz verde le alumbró la cara. Rod abrió la puerta y entró.

Era un jardín.

El aire húmedo, dulzón y perfumado era como un narcótico. Abundaban las plantas verdes y brillantes. Las luces eran claras pero tenues; el techo parecía un cielo muy azul y penetrante. Miró alrededor. Era una copia de la Vieja Vieja Tierra. Las flores que crecían en los arbustos verdes eran rosas; Rod recordó imágenes que le había mostrado su ordenador. Las imágenes no le habían indicado que las rosas no sólo tenían un bonito aspecto sino también un agradable olor. Se preguntó si sería así siempre, y entonces recordó el aire húmedo: la humedad retiene mejor los olores que el aire seco. Al fin miró tímidamente a los tres jueces.

Notó con sobresalto que uno de ellos no era un norstrilliano, sino el comisionado local de la Instrumentalidad, el Señor Dama Roja, un hombre delgado de cara aguda e inquisitiva. Los otros dos eran el viejo Taggart y John Beasley. Los conocía, pero no mucho.

—Bienvenido —saludó el Señor Dama Roja, hablando con el acento cantarín de un habitante de la Cuna del Hombre.

—Gracias —dijo Rod.

—¿Eres Roderick Frederick Ronald Arnold William MacArthur McBan número ciento cincuenta y uno? —preguntó Taggart, aunque sabía muy bien que Rod era esa persona.

¡Bendito sea el Señor! ¡Qué suerte!, pensó Rod. *¡Puedo audir, aun en este lugar!*

—Sí —dijo el señor Dama Roja.

Se hizo un silencio.

Los otros dos jueces miraron al hombre que procedía de la Cuna del Hombre; el forastero contempló a Rod; Rod puso cara de susto. De pronto se le revolvió el estómago.

Por primera vez en su vida, se topaba con alguien capaz de captar sus peculiares aptitudes perceptivas.

Al fin pensó: *Comprendo.*

El Señor Dama Roja lo miró con agudeza e impaciencia, como esperando una respuesta a su simple «sí».

Rod ya había respondido... telepáticamente.

El viejo Taggart rompió el silencio.

—¿No piensas responder? Te he preguntado tu nombre.

El Señor Dama Roja levantó la mano pidiendo paciencia; Rod jamás había visto ese ademán, pero lo entendió de inmediato.

El Señor Dama Roja proyectó su pensamiento hacia Rod:

—Me estás leyendo los pensamientos.

—Pues sí —pensó Rod, respondiéndole.

El Señor Dama Roja se llevó la mano a la frente.

—Me estás haciendo daño. ¿Has dicho algo?

—He dicho que te estaba leyendo la mente —respondió Rod con la voz.

El Señor Dama Roja se volvió hacia los otros dos hombres y linguó:

—¿Alguno de vosotros ha audido lo que él intentaba linguar?

—No —respondieron ambos—. Sólo un ruido fuerte.

—Él percibe en una banda ancha, como yo. Esta circunstancia ha significado mi humillación. Sabéis que soy el único Señor de la Instrumentalidad a quien han degradado de la jerarquía de Señor a la de Comisionado...

—Sí —linguaron ambos.

—¿Sabéis que no podían curar mis gritos y sugirieron que yo muriera?

—No —respondieron.

—¿Sabéis que la Instrumentalidad pensó que no podría molestaros aquí y me envió a vuestro planeta con este mísero trabajo, tan sólo para quitarme de en medio?

—Sí —respondieron.

—Pues bien. Entonces, ¿qué queréis hacer con él? No tratéis de engañarlo. Él ya lo sabe todo sobre este lugar. —El Señor Dama Roja miró de soslayo a Rod con una expresión cómplice, sonriendo para alentarlo—. ¿Queréis matarlo? ¿Exiliarlo? ¿Dejarlo suelto?

Los otros dos hombres cavilaron. Rod notó que los turbaba la idea de que él pudiera leer sus pensamientos, pues habían pensado que era un sordomudo telepático; además les molestaba la brusquedad con que el Señor Dama Roja había precipitado la decisión. A Rod casi le parecía estar nadando en el aire húmedo y denso. El aroma de las rosas le saturaba tanto las fosas nasales que nunca olería nada salvo rosas.

De pronto captó una conciencia abrumadora muy cerca de él: una quinta persona en el cuarto, en quien antes no había reparado.

Era un soldado uniformado de la Tierra. El soldado era apuesto y alto, y permanecía erguido con rígida formalidad militar. Además no era humano y llevaba un arma extraña en la mano izquierda.

—¿Qué es eso? —le linguó Rod al terrícola. El hombre vio la cara, no el pensamiento.

—Un subhombre. Un hombre-serpiente. El único de este planeta. Te sacaré de aquí si nos pronunciamos contra ti.

Beasley interrumpió con enfado.

—Basta. Esto es una audiencia, no una merienda. El aire está plagado de pensamientos confusos. Seamos formales.

—¿Quieres una audiencia formal? —preguntó el Señor Dama Roja—. ¿Una audiencia formal ante un hombre que capta nuestros pensamientos? Es una tontería.

—En Vieja Australia del Norte siempre celebramos audiencias formales —replicó el viejo Taggart. Con una agudeza nacida del riesgo personal, Rod vio a Taggart con nuevos ojos: un pobre viejo demacrado que había trabajado una pobre granja durante mil años; un granjero, como sus antepasados; un hombre que era rico porque tenía millones de megacréditos, pero que nunca llegaría a gastarlos; un hombre apegado a la tierra, honorable, prudente, recto y muy justo. Tales hombres jamás admitían innovaciones. Luchaban contra los cambios.

—Celebrad la audiencia —determinó el Señor Dama Roja—, celebrad la audiencia si es vuestra costumbre, señor y propietario Taggart, señor y propietario Beasley.

Los norstrilianos, apaciguados, inclinaron la cabeza un instante.

Beasley se volvió con cierta timidez hacia el Señor Dama Roja.

—Señor y Comisionado, pronuncia las palabras. Las buenas y viejas palabras. Las que nos ayudarán a hallar nuestro deber y cumplirlo.

(Rod percibió que un foganazo de furia roja atravesaba la mente del Señor Dama Roja. El Comisionado se dijo: *¿De qué sirve tanto revuelo para eliminar a un pobre muchacho? Dejadlo ir, estúpidos o matadlo.* Pero el terrícola no había proyectado sus pensamientos y los dos norstrilianos no se enteraron de la opinión del Señor.)

Por fuera, el Señor Dama Roja permanecía en calma. Usó la voz, como hacían los norstrilianos en ocasión de una gran ceremonia.

—Estamos aquí para oír a un hombre.

—Estamos aquí para oírlo —replicaron ellos.

—No estamos aquí para juzgar ni matar, aunque esto pueda suceder —continuó el Señor.

—Aunque esto pueda suceder —respondieron ellos.

—¿Y de dónde viene el hombre?

Ambos conocían la respuesta de memoria y la recitaron pomposamente:

—Así era en la Vieja Vieja Tierra, y así será entre las estrellas, por lejos que viajemos los hombres:

»La semilla del trigo se planta en la tierra húmeda y oscura; la semilla del hombre en carne húmeda y oscura. La semilla del trigo busca el aire, el sol y el espacio; las hojas del tallo, los capullos y el grano florecen bajo el abierto resplandor del cielo. La semilla del hombre crece en el salado océano del vientre, en las tinieblas marinas recordadas por los cuerpos de su raza. Las manos del hombre recogen la cosecha de trigo; la ternura de la eternidad recoge la cosecha de hombres.

—¿Y qué significa esto? —salmodió el Señor Dama Roja.

—Mirar con misericordia, decidir con misericordia, matar con misericordia, pero lograr que la cosecha de hombres sea fuerte, auténtica y buena, alta y orgullosa como el trigo de la Vieja Vieja Tierra.

—¿Y quién está allí? —preguntó.

Ambos entonaron el nombre completo de Rod.

Cuando hubieron concluido, el Señor Dama Roja se volvió hacia Rod y dijo:

—Estoy a punto de pronunciar las palabras ceremoniales, pero te prometo que suceda lo que suceda no te sorprenderás. Conserva la calma, pues. Calma. —Rod observó la mente del terrícola y la de los norstrilianos. Advirtió que Beasley y Taggart estaban aturdidos por el ritual, la humedad y el perfume del aire, y el falso cielo azul de la parte superior del camión; no sabían qué iban a hacer. Pero Rod también advirtió que un pensamiento agudo, penetrante y triunfal se formaba en el fondo de la mente del Señor

Dama Roja: ¡*Liberaré a este chico!* Casi sonrió, a pesar de la cercanía del hombre-serpiente con su rígida sonrisa y sus ojos inmóviles y relucientes. El subhombre estaba a un lado y Rod sólo podía mirarlo por el rabillo del ojo.

—¡Señores y propietarios! —dijo el Señor Dama Roja.

—¡Señor presidente! —respondieron ellos.

—¿Informo al compareciente?

—¡Infórme! —entonaron ellos.

—¡Roderick Frederick Ronald Arnold William MacArthur McBan número ciento cincuenta y uno!

—Sí, señor —contestó Rod.

—¡Herederero de la Finca de la Condenación!

—Soy yo —dijo Rod.

—Óyeme —invocó el Señor Dama Roja.

—¡Óyelo! —repitieron los otros dos.

—No has venido aquí, niño y ciudadano Roderick, para que te juzguemos o castigamos. Si estas cosas han de hacerse, será en otro tiempo y lugar, y las harán otros hombres. La única preocupación de este jurado es la siguiente: decidir si saldrás de esta habitación, sano, salvo y libre, prescindiendo de tu inocencia o culpabilidad en asuntos que no nos conciernen, y sólo teniendo en cuenta la supervivencia, la seguridad y el bienestar de este planeta. No castigamos ni juzgamos, pero decidimos, y de nuestra decisión depende tu vida. ¿Comprendes? ¿Estás de acuerdo?

Rod asintió en silencio, sorbiendo el aire húmedo con olor a rosas y aplacando su repentina sed con la humedad de la atmósfera. Si las cosas iban mal ahora, no irían *muy* lejos. No irían lejos con ese hombre-serpiente inmóvil a tan poca distancia. Trató de escudriñar el cerebro de serpiente, pero no halló más que un inesperado fulgor de reconocimiento y desafío.

El Señor Dama Roja continuó, mientras Taggart y Beasley escuchaban las palabras como si nunca las hubieran oído.

—Niño y ciudadano, conoces las reglas. No hemos de juzgar tu error ni tu rectitud. Aquí no se juzga delito ni ofensa alguna. Tampoco se juzga la inocencia. Sólo consideramos una simple pregunta. ¿Debes vivir o no debes vivir? ¿Comprendes? ¿Estás de acuerdo?

—Sí, señor —respondió Rod.

—¿Y qué dices, niño y ciudadano?

—No entiendo.

—Este tribunal te pregunta tu opinión. ¿Debes vivir o no?

—Me gustaría —declaró Rod—, pero estoy cansado de tantas infancias.

—El tribunal no te pregunta eso, niño y ciudadano —insistió el Señor Dama Roja—. Te preguntamos qué piensas. ¿Debes vivir o no debes vivir?

—¿Queréis que juzgue yo mismo?

—En efecto, muchacho —asintió Beasley—. Conoces las reglas. Dilas, muchacho. Aseguré que podíamos contar contigo.

La cara orgullosa y cordial de pronto cobró gran importancia para Rod. Contempló a Beasley como si nunca le hubiera visto. El hombre trataba de juzgarlo, y él tenía que ayudarlos en la decisión. La medicina del hombre-serpiente y la muerte risueña, o salir en libertad. Rod reflexionó antes de hablar; hablaría en nombre de Vieja Australia del Norte. Norstrilia era un mundo duro, orgulloso de sus hombres duros. No resultaba extraño que el tribunal le confiara una dura decisión. Rod llegó a una conclusión y habló con claridad y aplomo:

—Yo diría que no. No me dejéis vivir. No me adapto.

No puedo linguar ni audir. Nadie sabe cómo serán mis hijos, pero las probabilidades están contra ellos. Excepto por una cosa...

—¿Qué cosa, niño y ciudadano? —preguntó el Señor Dama Roja, mientras Beasley y

Taggart atendían fijamente, como si presenciaran los últimos cinco metros de una carrera de caballos.

—Miradme con atención, ciudadanos y miembros del tribunal —declaró Rod, descubriendo que en aquel ambiente resultaba fácil hablar en tono ceremonial—. Miradme con atención y no penséis en mi propia felicidad, porque la ley no os permite juzgar eso. Mirad mi talento: mi modo de audir, mi tormentoso modo de linguar. —Rod se preparó para la jugada decisiva. Dejó de mover los labios y escupió con la mente:

Furor-furor, rabia-rojo,
rojo-sangre,
furor-fuego,
ruido, hedor, resplandor, rudeza, rencor y odio,
odio, odio,
toda la angustia de un día amargo:
trajín, parto, corderos.

Lanzó todo el mensaje al mismo tiempo. El Señor Dama Roja palideció y apretó los labios, el viejo Taggart se llevó las manos a la cara, Beasley se quedó desconcertado y asqueado. Beasley eructó mientras la calma descendía sobre el cuarto.

Con voz ligeramente trémula, el Señor Dama Roja preguntó:

—¿Y qué pretendes demostrar con eso, niño y ciudadano?

—En su forma adulta, Señor, ¿no podría emplearse como arma?

El Señor Dama Roja miró a los otros dos, cuya contrita expresión lo decía todo; si estaban linguando, Rod no podía leerlo. Ese último esfuerzo lo había dejado sin recursos telepáticos.

—Continuemos —sugirió Taggart.

—¿Estás preparado? —preguntó a Rod el Señor Dama Roja.

—Sí, señor —respondió.

—Continúo —declaró el Señor Dama Roja—. Si comprendes tu caso tal como lo vemos nosotros, procederemos a tomar una decisión y, una vez tomada, a matarte de inmediato o a dejarte en libertad con igual prontitud. En el segundo caso, también te obsequiaremos un pequeño pero valioso regalo, para recompensarte por la cortesía que habrás demostrado a este tribunal, pues sin cortesía no podría celebrarse una audiencia adecuada, y sin una audiencia adecuada no podría haber justicia ni seguridad en los años venideros. ¿Comprendes? ¿Estás de acuerdo?

—Eso creo.

—¿De veras comprendes? ¿De veras estás de acuerdo? Estamos hablando de tu vida —insistió el Señor Dama Roja.

—Comprendo y estoy de acuerdo —dijo Rod.

—Cúbrenos —ordenó el Señor Dama Roja.

Rod iba a preguntar *cómo* pero comprendió que la orden no era para él.

El hombre-serpiente había cobrado vida y respiraba entrecortadamente. Habló con palabras antiguas y claras, con una rara cadencia en cada sílaba:

—¿Alto, Señor, o máximo?

Por toda respuesta, el Señor Dama Roja levantó el brazo derecho apuntando el índice al techo. El hombre-serpiente jadeó y preparó sus emociones para un ataque. Rod sintió que se le ponía la piel de gallina. El pelo de la nuca se le erizo. Al final sólo sintió una insoportable lucidez. Si éstos eran los pensamientos que el hombre-serpiente proyectaba fuera del camión, ningún viandante podría atisbar la decisión. La inquietante presión de una cruel amenaza se encargaría de ello.

Los tres miembros del tribunal se cogieron de la mano y parecieron dormirse.

El Señor Dama Roja abrió los ojos y dirigió una señal casi imperceptible al hombre-serpiente.

La sensación de amenaza se esfumó. El soldado recobró la inmovilidad, la mirada fija.

Los miembros del tribunal se derrumbaron sobre la mesa. Aún no parecían preparados para hablar. Habían perdido el aliento. Al fin Taggart se incorporó trabajosamente y jadeó su mensaje.

—Allí está la puerta, muchacho. Vete. Eres un ciudadano libre.

Rod iba a agradecerse, pero el viejo levantó la mano derecha.

—No me lo agradezcas. Es mí deber. Pero recuerda: ni una palabra, jamás. Ni una palabra, jamás, acerca de esta audiencia. Márchate.

Rod corrió hacia la puerta, la atravesó y salió al patio. Libre.

Por un instante se quedó en el patio, aturdido.

El querido cielo gris de Vieja Australia del Norte se deslizaba en lo alto; ya no estaba bajo la inquietante luz de la Vieja Tierra, donde presuntamente el firmamento tenía un perpetuo resplandor azul. Estornudó cuando el aire seco le penetró en las fosas nasales. La ropa le produjo escalofríos cuando la humedad se evaporó; no quiso preguntarse si era la humedad del camión o su propio sudor lo que había mojado tanto la camisa. Había muchas personas allí, y mucha luz. Y la fragancia de las rosas quedaba tan atrás como otra vida.

Lavinia estaba cerca de él. Sollozaba.

Iba a volverse hacia ella cuando el jadeo de la multitud le detuvo.

El hombre-serpiente había salido del camión. (Rod comprendió que era sólo un viejo teatro ambulante, como aquellos en los que había entrado cien veces.) El uniforme terrícola parecía la culminación de la riqueza y la decadencia entre los polvorientos monos de los hombres y los vestidos de popelín de las mujeres. La tez verde del subhombre tenía un aspecto brillante entre las caras bronceadas de los norstrilianos. Se cuadró ante Rod.

Rod no devolvió el saludo. Sólo lo miró fijamente.

Tal vez habían cambiado de opinión y lo enviaban a la muerte risueña.

El soldado extendió la mano. Mostró un billetero de un material que parecía cuero, finamente repujado, procedente de otro mundo.

Rod tartamudeó:

—No es mía.

—No-es-tuya —replicó el hombre-serpiente—, pero-es-el-regalo-que-te-prometieron-dentro, Tómala-porque-para-mí-hay-demasiada-sequedad-aquí-fuera.

Rod la cogió y se la guardó en el bolsillo. ¿Qué importaba un regalo cuando le habían concedido vida, ojos, la luz del día, el viento mismo?

El soldado-serpiente lo miró con ojos inquietos. No hizo comentarios. Se cuadró y regresó rígidamente al camión. Ya en el umbral se volvió hacia la multitud como si evaluara el modo más fácil de matarlos a todos. No pronunció ninguna palabra, no profirió ninguna amenaza. Abrió la puerta y entró en el camión. No había indicios de los ocupantes humanos del camión. Tiene que haber, pensó Rod, algún modo de hacerlos entrar y salir del Jardín de la Muerte de forma muy secreta y silenciosa, porque el había vivido en aquella comarca durante mucho tiempo y nunca había sospechado que sus propios vecinos pudieran ser miembros del tribunal.

La gente callaba. Titubeando, esperaba en el patio a que él hiciera el primer movimiento.

Rod se volvió rígidamente para contemplarlos con mayor atención.

Eran todos sus vecinos y parientes: los McBan, los MacArthur, los Passarelli, los Schmidt, hasta los Sander.

Levantó la mano para saludarlos.

Se armó un revuelo.

Se lanzaron hacia él. Las mujeres lo besaron, los hombres le palmearon la espalda y le dieron la mano, los niños entonaron una cancioncilla melodiosa sobre la Finca de la Condenación. Se había convertido en centro de una muchedumbre que lo llevaba a su

cocina.

Muchas personas se habían puesto a llorar.

Se preguntó por qué. Pronto comprendió.

Le tenían afecto.

Por insondables razones *humanas*, razones confusas e ilógicas, le habían deseado suerte. Incluso la tía que había vaticinado el ataúd para él lloriqueaba sin vergüenza, secándose los ojos y la nariz con la punta del delantal.

Rod se había hartado de la gente, pues él era una anomalía, pero en aquel momento de prueba la caprichosa bondad de esas personas lo anegaba como una gran ola. Dejó que lo sentaran en su propia cocina. En medio del parloteo, los sollozos, las risas, el alivio ferviente y falsamente jovial, oía la repetición de un tema recurrente como una fuga: le querían. Había vuelto de la muerte: era Rod McBan.

Sin beber, se embriagó.

—No puedo soportarlo —gritó—. Por todos los cielos, os quiero tanto que os podría aplastar a golpes esos sesos sentimentales...

—Qué dulce discurso —murmuró una vieja granjera.

Un policía de uniforme asintió.

La fiesta había comenzado. Duró tres días enteros, y cuando terminó no quedaba un ojo seco ni una botella llena en la Finca de la Condenación.

De vez en cuando, él se despejaba lo suficiente para disfrutar de su milagroso don. Audiendo, les examinaba la mente mientras ellos charlaban, cantaban, bebían y comían, felices como niños; ninguno de ellos había venido en vano. Se regocijaban de veras. Le querían. Le deseaban lo mejor. Rod dudaba de que ese amor fuera verdadero, pero lo disfrutó mientras duró.

Lavinia se mantuvo apartada el primer día; el segundo y tercer día desapareció. Le sirvieron verdadera cerveza norstriliana, cuya gradación habían elevado a ciento ocho mediante la adición de licores puros. Así olvidó el Jardín de la Muerte, la húmeda y dulzona fragancia, la clara voz extranjera del Señor Dama Roja, el pretencioso cielo azul.

Les escrutó la mente una y otra vez. Una y otra vez vio lo mismo.

—Eres nuestro muchacho. Has triunfado. Estás vivo. Buena suerte, Rod. Buena suene, compañero. No hemos tenido que verte ir tambaleando, riendo y feliz, hacia la casa donde hubieras encontrado la muerte.

Rod se preguntó si había triunfado o sólo había tenido suerte.

LA FURIA DEL ONSEC

Al cabo de una semana, la celebración había terminado. Las tías y primas habían regresado a sus granjas. La Finca de la Condenación estaba tranquila, y Rod pasó la mañana comprobando que los peones no hubieran descuidado demasiado a las ovejas durante la prolongada fiesta. Descubrió que desde hacía dos días no habían movido a Daisy, una joven oveja de trescientas toneladas, y que no la habían engrasado para prevenir la gangrena. Luego descubrió que los tubos de alimentación de Tanner, su carnero de mil toneladas, se habían atascado y el pobre animal tenía un grave edema en las gigantescas patas. Por lo demás, todo andaba bien. Ni siquiera presintió problemas cuando vio el pony rojo de Beasley atado en el patio.

Entró animadamente en la casa y saludó a Beasley con una exclamación informal:

—¡Bebe un trago a mi salud, señor y propietario Beasley! ¡Oh, ya te estás tomando uno! ¡Entonces bebe otro!

—Gracias por la copa, muchacho, pero he venido a verte porque se presentan problemas.

—Bien. Tú eres uno de mis administradores, ¿verdad?

—En efecto —dijo Beasley—, pero estás en un brete, muchacho. Un verdadero brete.

Rod le sonrió sin alterarse. Sabía que ese hombre tenía que hacer un gran esfuerzo para hablar con la voz en vez de linguar con la mente; agradecía que Beasley hubiera acudido personalmente en vez de hablar del asunto con los demás administradores. Era una prueba más de que Rod había pasado su ordalía. Rod declaró con aplomo:

—Pensaba que ya había superado mis problemas.

—¿A qué te refieres, propietario McBan?

—Recuerdas... —Rod no se atrevió a mencionar el Jardín de la Muerte, ni su recuerdo de que Beasley había formado parte del tribunal secreto que lo había considerado digno de vivir.

Beasley comprendió.

—Hay cosas que no deben mencionarse, muchacho, y veo que te han enseñado bien.

Se interrumpió y observó a Rod como un hombre que mira un cadáver desconocido antes de darle la vuelta para identificarlo. Rod se inquietó.

—Siéntate, muchacho, siéntate —dijo Beasley, dando órdenes a Rod en su propia casa.

Rod se sentó en el banco, pues Beasley ocupaba la única silla: el enorme trono tallado del abuelo de Rod, traído de otro mundo. Se sentó. No le gustaba que le dieran órdenes, pero estaba seguro de que Beasley llevaba buenas intenciones. Tal vez estaba nervioso por el gran esfuerzo de hablar con la garganta y la boca.

Beasley lo miró de nuevo con esa expresión extraña, una mezcla de compasión y disgusto.

—Levántate, muchacho, y mira por la casa para ver si hay alguien cerca.

—No hay nadie —dijo Rod—. Mi tía Doris se fue cuando obtuve la libertad, la criada Eleanor pidió prestado un carro y ha ido al mercado, y tengo sólo dos peones. Ambos están infectando de nuevo a Baby, que tenía poca santaclara.

En circunstancias normales, la lucrativa enfermedad de esas ovejas gigantes y semiparalíticas habría constituido tema de conversación para dos granjeros norstrilianos, al margen de las diferencias de edad y de grado.

Esta vez no.

Beasley tenía en la mente algo serio y desagradable. Parecía tan turbado e inquieto que Rod sintió compasión.

Rod no discutió. Salió obedientemente por la puerta trasera, echó un vistazo al lado de la casa, no vio a nadie; fue hasta el lado norte, tampoco vio a nadie y volvió a entrar por la puerta principal. Beasley no se había movido, salvo para servirse más cerveza amarga. Rod lo miró a los ojos y se sentó sin decir palabra. Si el hombre estaba realmente preocupado por él (y Rod pensaba que lo estaba), y si el hombre era razonablemente sagaz (y Rod pensaba que lo era), valía la pena esperar y escuchar el mensaje. Rod aún disfrutaba de la agradable sensación de contar con el afecto de sus vecinos, una sensación que había aflorado a la superficie de aquellos honestos rostros norstrilianos cuando él regresó a su patio desde el camión del Jardín de la Muerte.

Beasley dijo, como si comentara una comida desconocida o una bebida rara:

—Muchacho, hablar tiene sus ventajas. Si un hombre no atiende con los oídos no puede captar con la mente, ¿verdad?

Rod reflexionó un instante.

—Soy demasiado joven para saberlo con certeza —admitió con sinceridad—, pero nunca he sabido de nadie que captara palabras habladas audiendo con la mente. Parece ser que es una cosa o la otra. ¿Nunca hablas mientras linguas, verdad?, Beasley asintió.

—Pues bien. Quiero decirte algo. No debería hacerlo, pero te lo diré. Si hablo en voz baja nadie lo oirá, ¿verdad?

Rod asintió.

—¿De qué se trata? ¿Hay algún problema con mi título de propiedad?

Beasley bebió un sorbo, pero siguió contemplando a Rod por encima del borde del

pichel mientras bebía.

—También tienes un problema con eso, muchacho, pero aunque esta cuestión es grave, puedo hablarlo contigo y con los demás administradores. Lo primero es más personal, en cierto modo. Y más grave.

—Pero, ¿de qué se trata? —exclamó Rod, exasperado por tantos rodeos.

—El onsec anda detrás de ti.

—¿Qué es un onsec? —preguntó Rod—. Nunca he oído hablar de eso.

—No es «eso» sino «él» —señaló sombríamente Beasley—. Onsec es un funcionario del gobierno de la Commonwealth. El sujeto que lleva los libros del vicepresidente. Cuando llegamos a este planeta le llamábamos hon. sec., que significaba honorable secretario o algún otro título prehistórico, pero ahora todos le llaman onsec y lo escriben así. El sabe que no puede anular la decisión respecto a ti en el Jardín de la Muerte.

—Nadie podría hacerlo —exclamó Rod—. Nunca se ha hecho. Todos lo saben.

—Pueden saberlo, pero existe el juicio civil.

—¿Cómo van a someterme a juicio civil, si no he tenido tiempo de cambiar? Tú mismo sabes...

—Nunca, jovencito, nunca digas lo que Beasley sabe o no sabe. Sólo di lo que piensas. —Ni siquiera en privado, estando ellos dos a solas, Beasley se atrevía a violar el fundamental secreto de la audiencia del Jardín de la Muerte.

—Sólo iba a decir, señor y propietario Beasley —insistió Rod acaloradamente—, que un juicio civil por incompetencia general es algo que se aplica a un propietario sólo si los vecinos se han quejado durante mucho tiempo de él. No han tenido tiempo ni derecho para quejarse de mí, ¿verdad?

Beasley mantuvo la mano en el asa de la jarra. El uso del lenguaje hablado lo fatigaba. Una corona de sudor le perlaba la frente.

—Supongamos, muchacho —dijo solemnemente—, que yo supiera, de fuentes fiables, cómo fuiste juzgado en ese camión... ¡Ahí tienes! Lo he dicho, aunque no debía... Y supongamos que yo supiera que el onsec odia a un caballero extranjero que pudo haber estado en ese camión...

—¿El Señor Dama Roja? —susurró Rod, alarmado al ver que Beasley se obligaba a nombrar lo innombrable.

—Aja —asintió Beasley, casi al borde del llanto—. Y supongamos que yo supiera que el onsec te conoce y considera que el dictamen fue erróneo, que eres un fenómeno que perjudicará a toda Norstrilia. ¿Qué haría yo?

—No lo sé —dijo Rod—. Tal vez contármelo.

—Jamás —exclamó Beasley—. Soy un hombre honesto. Dame otro trago.

Rod caminó hasta el armario, sacó otra botella de cerveza amarga, preguntándose cuándo y dónde habría conocido al onsec. Nunca había tenido mucho que ver con el gobierno; su familia —primero su abuelo, mientras vivía, y luego sus tías y primos— se habían encargado de los documentos oficiales, los trámites y demás.

Beasley engulló un buen sorbo de cerveza.

—Buena cerveza. Hablar resulta cansado, aunque sea un buen modo de guardar un secreto, si es verdad que nadie puede sondearnos la mente.

—No lo conozco —murmuró Rod.

—¿A quién? —pregunto Beasley, momentáneamente distraído.

—Al onsec. No conozco a ningún onsec. Nunca he estado en Nueva Canberra. Nunca he conocido a ningún funcionario, ni a ningún forastero, hasta que traté a ese caballero del que hablábamos. ¿Cómo puede conocerme el onsec⁵¹ yo no lo conozco?

—Pero sí que lo conociste, jovencito. Entonces no era onsec.

—¡Por las ovejas! ¡Dime quién es!

—Nunca uses el nombre del Señor a menos que estés hablando al Señor —refunfuñó Beasley.

—Lo lamento, y pido disculpas. ¿Quién era?

—Houghton Syme ciento cuarenta y nueve —dijo Beasley.

—No tenemos ningún vecino con ese nombre.

—No —admitió Beasley roncamente, como si hubiera puesto un límite a sus revelaciones.

Rod lo miró intrigado.

A lo lejos, mucho más allá del Cerro Almohada, su oveja gigante baló. Tai vez eso significaba que Hopper la estaba cambiando de posición en la plataforma, para que la oveja pudiera llegar a la hierba fresca.

Beasley acercó su cara a la de Rod. Susurró. El susurro de un hombre normal se convertía en un jadeo cuando hacía medio año que no usaba la voz.

Las palabras sonaban obscenas, como si Beasley fuera a contarle una historia procaz o a hacerle una pregunta muy íntima y personal.

—Tu vida, muchacho —jadeó—. Sé que has tenido una vida difícil. Odio preguntártelo, pero debo hacerlo. ¿Qué sabes de tu propia vida?

—Oh, eso —dijo Rod con soltura—, £50. No me molesta que me pregunten acerca de eso, aunque sea un poco inconveniente. Tuve cuatro infancias, de cero a dieciséis en cada ocasión. Mi familia tenía la esperanza de que al crecer yo llegara a linguar y audir como todos los demás, pero seguí igual. Desde luego, yo no era un verdadero bebé las tres veces que empecé de nuevo, sólo una especie de idiota educado del tamaño de un muchacho de dieciséis.

—Así es, muchacho. ¿Pero recuerdas esas otras vidas?

—Fragmentos, sólo fragmentos. No eran coherentes... —Se detuvo y jadeó—: ¡Houghton Syme! ¡Houghton Syme!

Oh Tan Simple. Claro que lo conozco. Un chico especial. Lo conocí en mi primer preparatorio, en mi primera infancia. Éramos bastante amigos, pero aun así nos odiábamos. Yo era un fenómeno y él también. Yo no linguaba ni audía, y él no podía tomar *stroon*. Eso significaba que yo nunca tendría que pasar por el Jardín de la Muerte. Sólo me esperaba la Sala de las Risas y un buen ataúd de propietario. Y él... era peor. Tendría una vida típica de la Vieja Tierra: ciento sesenta años y basta. Ahora debe de ser un hombre viejo. ¡Pobre diablo! ¿Cómo ha llegado a ser onsec? ¿Qué poder tiene un onsec?

—Ahora vas comprendiendo, muchacho. Él dice que es tu amigo y odia hacer esto, pero tiene que cerciorarse de que mueras. Por el bien de Norstrilia. Afirma que es su deber. Llegó a ser onsec porque siempre estaba hablando de su deber y la gente le tenía lástima porque iba a morir muy pronto. Duraría lo que un individuo de la Vieja Tierra cuando alrededor se producía todo el *stroon* del universo, pues no podía tomarlo...

—Entonces, ¿no lo han curado?

—No. Ahora es un anciano y está resentido. Y ha jurado verte morir.

—¿Puede hacerlo? Siendo onsec, quiero decir.

—Es posible. Odia al caballero extranjero del que hablábamos porque el forastero le dijo que era un idiota provinciano. Te odia a ti porque tú vivirás y él no. ¿Cómo lo llamabas en la escuela?

—Oh Tan Simple. Una broma infantil a costa del nombre.

—Pues no es tan simple. Es frío, artero, cruel y desdichado. Si no pensáramos que le falta poco para morir, diez o cien años, nosotros mismos votaríamos para mandarlo a la Sala de las Risas. Por mezquindad e incompetencia. Pero es onsec y te tiene entre ceja y ceja. Bien, lo he dicho. No debería haberlo hecho, pero cuando vi a ese sujeto taimado hablando de ti y tratando de declarar incompetente al tribunal mientras tú, muchacho, disfrutabas de una buena francachela con tu familia y vecinos por haber aprobado al fin, cuando vi a ese sujeto pálido y cruel actuando de tal modo que ni siquiera podías enfrentarte a él en una pelea justa, me dije: es posible que Rod McBan no sea hombre

oficialmente, pero el pobre chico ha pagado un buen precio por serlo. Por eso te lo he contado. Quizás haya corrido un riesgo, y vulnerado mi honor. —Beasley suspiró. Su cara honesta y roja se veía realmente confusa—. Quizás haya vulnerado mi honor, y eso resulta doloroso en Norstrilia, donde un hombre puede vivir todo el tiempo que quiera. Pero me alegro de haberlo hecho. Además, me duele la garganta de tanto hablar. Dame otra botella de cerveza, muchacho, antes de que vaya a buscar mi caballo.

Rod trajo la cerveza en silencio y la sirvió con un gesto amable.

Beasley, cansado de hablar, se tomó la cerveza. Tal vez, pensó Rod, está audiendo atentamente para ver si en las inmediaciones encuentra mentes humanas que puedan haber captado una filtración telepática de la conversación.

Cuando Beasley le devolvió la jarra y se dispuso a marcharse con un gesto de buen vecino, Rod no pudo callar una última pregunta. La formuló en un jadeante susurro. Beasley se había olvidado de que estaban hablando y se limitó a mirar a Rod. Quizá, pensó Rod, me pide que lingue porque ha olvidado que no sé linguar. Así era, en efecto, pues Beasley graznó con voz muy ronca:

—¿Qué pasa, muchacho? No me hagas hablar mucho. La voz me raspa la garganta y mi honor está manchado.

—¿Qué debo hacer?

—Señor y propietario McBán, ése es tu problema. Yo no soy tú. No lo sé.

—Pero ¿qué harías tú en mi lugar?

Los azules ojos de Beasley miraron distraídamente hacia Cerro Almohada.

—Lárgate del planeta. Lárgate. Vete de aquí. Durante cien años. Para entonces ese hombre habrá muerto y podrás regresar alegre como un destello.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo puedo hacerlo?

Beasley le palmeó el hombro, le ofreció una ancha y silenciosa sonrisa, apoyó el pie en el estribo, montó en la silla y miró a Rod desde el caballo.

—No lo sé, vecino. Buena suerte, de todos modos. He hecho más de lo que debía. Adiós.

Palmeó suavemente al caballo y salió del patio al trote. En el linde del patio el caballo apuró el paso.

Rod permaneció ante la puerta, totalmente solo.

LOS RUINOSOS TESOROS DE LA CUEVA

Cuando Beasley se fue, Rod vagó desanimado por la granja. Echaba de menos a su abuelo, quien había vivido durante las tres primeras infancias de Rod pero había muerto cuando Rod iba por la cuarta infancia simulada, en el intento de remediar su defecto telepático. Incluso echaba de menos a la tía Margot, quien se había retirado voluntariamente a los novecientos dos años. Había muchos primos y parientes a quienes podía pedir consejo; estaban los dos peones de la granja; también podía ir a ver a mamá Hitton, quien había estado casada con uno de sus tíos abuelos¹. Pero esta vez no quería compañía. No podía hacer nada con la gente. El onsec también era gente; le costaba imaginar a Oh Tan Simple como una persona poderosa. Rod sabía que era su propia pelea.

La suya.

¿Qué había sido de él anteriormente?

Ni siquiera su vida. Recordaba retazos de sus infancias. Incluso tenía vaga memoria de temporadas de dolor, las veces en que lo habían enviado de vuelta a la niñez pero sin reducirle el tamaño. No había sido por elección suya. Lo había ordenado el viejo, o lo había aprobado el vicepresidente, o lo había suplicado la tía Margot. Nadie le había hecho muchas preguntas, salvo: «¿Estarás de acuerdo...?»

Él había estado de acuerdo.

Había sido bueno, tan bueno que a veces los odiaba a todos y se preguntaba si ellos sabían que los odiaba. El odio nunca duraba, porque esas personas estaban llenas de buenas intenciones, eran amables, tenían ambiciones para él. Tenía que corresponder a su amor.

Cavilando sobre estas cosas, recorrió su finca a pie.

Las grandes ovejas yacían en las plataformas, siempre enfermas, siempre gigantescas. Tal vez algunas de ellas recordaban cuando habían sido corderos, libres de correr en la hierba escasa, libres para hundir la cabeza en las tapas de pliofilme de los canales y servirse agua cuando querían beber. Ahora pesaban cientos de toneladas y eran alimentadas por máquinas de nutrición, vigiladas por máquinas de vigilancia, revisadas por médicos automáticos. Las alimentaban y abrevaban por la boca porque la experiencia demostraba que permanecían más gordas y vivían más tiempo si se les daba una apariencia de normalidad.

La tía Doris, que le cuidaba la casa, aún no había vuelto.

Su criada Eleanor, a quien le pagaba un sueldo anual mayor del que planetas enteros pagaban por todas sus fuerzas de defensa, todavía estaba en el mercado.

Los dos peones, Bill y Hopper, aún estaban fuera.

Y, de todos modos, no quería hablarles.

Deseaba ver al Señor Dama Roja, el extraño forastero que había conocido en el Jardín de la Muerte. El Señor Dama Roja parecía saber más cosas que los norstrilianos; quizá conociera sociedades más enérgicas, crueles y sabias de las que la mayoría de los habitantes de Vieja Australia del Norte habían visto.

Pero no podía ir a ver a un Señor, y menos cuando lo había conocido en una audiencia secreta.

Rod llegó al linde de sus tierras.

Más allá se extendía el Pleito de Humphrey, una ancha franja de tierra pobre y descuidada donde los costillares de ovejas muertas tiempo atrás, altos como edificios, arrojaban extrañas sombras bajo el sol del poniente. La familia de Humphrey había pleiteado por esas tierras durante siglos. Entre tanto, permanecía yerma salvo por los pocos animales que la Commonwealth estaba autorizada a poner en cualquier tierra, pública o privada.

Rod supo que la libertad estaba a sólo dos pasos.

Sólo tenía que decidirse y llamar a gritos con la mente. Podía hacerlo aunque no supiera linguar. Un chillido telepático de alarma haría descender a los guardias orbitales al cabo de siete u ocho minutos. Entonces sólo tenía que decir:

—Renuncio al título. Renuncio a ser señor y propietario. Exijo vivir de la Commonwealth. Miradme mientras repito.

Tres repeticiones de estas palabras lo convertirían en un indigente oficial sin preocupaciones: ninguna reunión, ni tierras para cuidar, ni contabilidad que llevar, nada salvo errar por Vieja Australia del Norte aceptando cualquier empleo y renunciando cuando quisiera. Era una buena vida, una vida libre, la mejor que la Commonwealth podía ofrecer a colonos y propietarios que de lo contrario vivían siglos de preocupación, responsabilidad y honor. Era una vida agradable...

Pero ningún McBan lo había hecho, ni siquiera un primo.

Y él tampoco lo haría.

Regresó a la casa, desanimado. Escuchó la charla de Eleanor con Bill y Hopper mientras servían la cena: un enorme plato de oveja hervida, patatas, huevos duros, cerveza de la finca servida desde el barril. (Sabía que había planetas donde la gente nunca probaba tal comida desde el nacimiento hasta la muerte. En esos mundos se alimentaban con un cartón impregnado que se recuperaba de las letrinas, reimpregnado con sustancias nutritivas y vitaminas, desodorizado y esterilizado y reciclado al día siguiente.) Sabía que era una buena cena, pero no le importaba.

¿Cómo podía hablarles del onsec a esas personas? Aún estaban radiantes de alegría porque él había salido indemne del Jardín de la Muerte. Pensaban que tenía suerte de estar vivo, y de ser el heredero más honorable de todo el planeta. Condenación era una buena finca, aunque no fuera la mayor.

En medio de la cena recordó el obsequio que le había dado el soldado-serpiente. Lo había puesto en un anaquel de la pared del dormitorio. Con la fiesta y la visita de Beasley, no lo había abierto.

Dejó su comida y masculló:

—En seguida vuelvo.

El billetero estaba allí, en el dormitorio. Era hermoso. Lo abrió.

Dentro había un disco plano de metal.

¿Un billete?

¿Para viajar adonde?

Lo hizo girar. Tenía una grabación telepática y quizá le estaba gritando el itinerario a la mente, pero él no podía audirlo.

Lo acercó a la lámpara de aceite. A veces los discos tenían una inscripción en escritura antigua, que al menos mostraba los límites generales. En el mejor de los casos sería un ornitóptero privado hasta Lago Menzies, o un viaje de ida y vuelta en aerobús hasta New Melbourne. Vio la grafía de la escritura antigua. Inclino el disco hacia la luz/ y logró distinguirla: «Cuna del Hombre. Ida y vuelta.»

¡La Cuna del Hombre!

¡Dios misericordioso! ¡La Vieja Tierra!

Pero entonces, pensó Rod, escaparía del onsec, y viviría el resto de mi vida con amigos que sabrían que huí de Oh Tan Simple. No puedo. De alguna manera tengo que derrotar a Houghton Syme CXLIX. A su manera. Y a mi manera.

Volvió a la mesa, devoró el resto de la cena como si fuera alimento para ovejas y se retiró temprano a su dormitorio.

Por primera vez en su vida, durmió mal.

Y en el insomnio le llegó la respuesta:

—Pregunta a Hamlet.

Hamlet ni siquiera era un hombre. Era sólo una imagen parlante en una cueva, pero era sabio, procedía de la Vieja Tierra y no tenía amigos a quien contar los secretos de Rod.

Con esta idea, Rod dio la vuelta en el lecho y durmió profundamente.

Por la mañana la tía Doris aún no había regresado, así que habló con la criada Eleanor.

—Me iré todo el día. No me busques ni te preocupes por mí.

—¿Y tu almuerzo, señor y propietario? No puedes andar por la finca sin comida.

—Envuélveme algo, entonces.

—¿Puedes decirme adonde vas, señor y propietario? —Había un tono desagradablemente inquisitivo en la voz, como si ella, siendo la única mujer adulta presente, tuviera que cuidarlo como si aún fuera un niño.

A Rod no le gustó, pero respondió con aire franco:

—No me iré de la finca. Tan sólo pasearé. Necesito pensar.

—Entonces, piensa, Rod —dijo ella, más amablemente—. Vete a pasear y piensa. A mi entender, tendrías que ir a vivir con una familia...

—No repitas siempre lo mismo —interrumpió Rod—. Hoy no tomaré grandes decisiones, Eleanor. Sólo pasearé y pensaré.

—De acuerdo, señor y propietario. Camina y preocúpate por el suelo que pisas. Eres tú quien debe preocuparse. Yo me alegro de que mi padre hiciera el juramento de indigente oficial. Éramos ricos. —De pronto se le iluminó la cara. Se burló de sí misma—. Bien, también esto lo sabes ya, Rod. Aquí tienes tu comida. ¿Tienes agua?

—Se la robaré a las ovejas —dijo él con irreverencia. Ella comprendió que era una

broma y se despidió cordialmente.

La vieja cueva estaba detrás de la casa, así que Rod salió por delante. Quería dar un largo rodeo para evitar que ojos o mentes humanas averiguaran el secreto que él había descubierto cincuenta y seis años atrás, la primera vez que cumplió ocho años. En medio del dolor y los problemas había recordado aquel secreto vivido y brillante: la profunda caverna llena de tesoros ruinosos y prohibidos. Debía ir hacia ellos.

El sol estaba alto en el cielo, produciendo un fragmento de gris más brillante sobre las grises nubes, cuando Rod se deslizó en lo que parecía una zanja de irrigación seca.

Avanzó unos pasos por la zanja. Luego se detuvo a escuchar atentamente.

No oyó nada salvo los ronquidos de un joven carnero de cien toneladas a un kilómetro de distancia.

Rod miró alrededor.

A lo lejos, un ornitóptero de la policía se elevó con la pereza de un halcón saciado.

Rod trató de audir con desesperación.

No captó nada con la mente, pero con los oídos oyó las lentas pulsaciones de la sangre martilleándole la cabeza.

Corrió el riesgo.

El escotillón estaba allí, dentro del borde de la alcantarilla.

Lo levantó y, dejándolo abierto, se zambulló en ella con la confianza de un nadador que recorre una piscina conocida.

Sabía por dónde ir.

Las ropas se le rasgaron un poco, pero el peso de su cuerpo le permitió atravesar la angosta abertura.

Extendió las manos y aferró la barra interna como un acróbata. La puerta se cerró. ¡Cuánto lo había intimidado cuando de pequeño entró por primera vez! Había bajado con una cuerda y una antorcha, sin comprender la importancia del escotillón que había al borde de la alcantarilla.

Ahora resultaba fácil.

Aterrizó con un golpe seco. Las brillantes luces, viejas e ilegales, se encendieron. El deshumidizador empezó a ronronear para que su aliento no echara a perder los tesoros del cuarto.

Había veintenas de cubos de dramas, con proyectores en dos tamaños. Había montones de ropa, de hombre y mujer, un vestigio de épocas olvidadas. En un baúl del rincón se escondía una pequeña máquina anterior a la Era del Espacio, un tosco pero hermoso cronógrafo mecánico, sin compensación de resonancia, que tenía inscrito el antiguo nombre «Jaeger Le Coultre». Después de quince mil años aún señalaba la hora de la Tierra.

Rod se sentó en una silla totalmente prohibida, que parecía ser un complejo de almohadas construido sobre un complicado caballete. El mero contacto fue un remedio para sus males. Una de las patas de la silla estaba rota, pero así era como su abuelo¹⁹ había burlado la Gran Limpieza.

La Gran Limpieza había sido la última crisis política de Vieja Australia del Norte, muchos siglos atrás, cuando se capturó y se expulsó del planeta a las últimas subpersonas y cuando todos los lujos perniciosos se entregaron a las autoridades de la Commonwealth. Para recuperarlos, los dueños debían pagar un precio doscientas mil veces superior al valor estimado. Era el esfuerzo final para mantener a los norstrilianos puros, sanos e íntegros. Todos los ciudadanos debían jurar que habían entregado cada artículo, y miles de telépatas habían sido testigos del juramento. Evidenciando un elevado poder mental y una gran astucia, el abuelo¹⁹, Rod McBan CXXX, había infligido un daño simbólico a sus tesoros favoritos, algunos de los cuales ni siquiera figuraban en las categorías que se podían recuperar, como los cubos de dramas extranjeros, y había

ocultado sus pertenencias en un rincón de la finca, tan bien escondidas que ni los ladrones ni la policía habían pensado en ellos durante los siglos que sucedieron.

Rod cogió su drama favorito: *Hamlet*, de William Shakespeare. Sin un visor, el cubo estaba diseñado para reaccionar al contacto de un ser humano verdadero. La parte superior del cubo se convirtió en un pequeño escenario. Los actores eran miniaturas brillantes que hablaban en inglés antiguo, un idioma muy emparentado con el norstriliano, y el comentario telepático, sintonizado en la Vieja Lengua Común, redondeaba la historia. Como Rod no podía confiar en su capacidad telepática, había aprendido mucho inglés antiguo en un intento de comprender el drama sin los comentarios. No le gustó lo que vio al principio y sacudió el tubo hasta que la obra se acercó al final. Al fin oyó la entrañable y aguda voz que hablaba en la última escena de *Hamlet*:

*Estoy muerto, Horacio. ¡Desdichada reina, adiós!
Y a vosotros, que pálidos y trémulos,
sois mudos testigos de esta escena,
si yo tuviera tiempo, ay, podría contaros...
mas ese rudo sargento, la muerte,
es severo en su arresto...
Mas olvídalo, Horacio, estoy muerto.*

Rod sacudió suavemente el tubo y la escena avanzó unas líneas. Hamlet aún hablaba:

*...qué nombre vulnerado el mío,
si escándalos tales se ocultaran,
Si alguna vez en tu pecho me guardaste,
renuncia por un tiempo a tu aventura,
sigue sufriendo en este cruel mundo
para contar mi historia.*

Rod bajó el cubo muy despacio.
Las brillantes imágenes se esfumaron.
Reinó el silencio en el cuarto.

Pero tenía la respuesta, y era sabiduría. Y la sabiduría, coetánea del hombre, llega a cada vida sin hacerse anunciar ni invitar. Rod comprendió que había descubierto la respuesta a un problema básico.

Pero no a su propio problema. La respuesta era para Houghton Syme, Oh Tan Simple. El hon. sec. moría de un nombre vulnerado. De allí la persecución. El severo arresto de ese «rudo sargento, la muerte,» amenazaba al onsec, aunque el arresto estuviera a pocas décadas y no a pocos minutos. Rod McBan viviría. Su viejo conocido moriría. Y los moribundos —¡oh, los moribundos, siempre, siempre!— no podían evitar su rencor por los supervivientes, aunque los amaran, al menos un poco.

Por eso el onsec actuaba así.

¿Y él?

Rod apartó de en medio un montón de valiosos manuscritos ilegales y recogió un librito titulado *Poemas reconstruidos en inglés antiguo*. En cada página que abría, un joven hombre o mujer de siete centímetros de altura se erguía sobre la página y recitaba el texto. Rod hojeó las páginas del viejo libro de tal modo que las pequeñas figuras brotaban, temblaban y se extinguían como débiles llamas en un día brillante. Una le llamó la atención. Rod detuvo una página en la mitad del poema. La figura recitó:

*El reto permanece, ya no puedo retractarme
del alarde que hice ante éste tribunal implacable,*

*la hostil justicia de mi autodesprecio.
Si la ordalía ya está pronta, mi acto
pronto ha de exhibirse. Ruego que sea breve,
y no soñar jamás que estaré exento.*

Miró el pie de la página y vio el nombre, Casimir Colegrove. Claro que había visto antes ese nombre. Un viejo poeta. Un buen poeta. Pero ¿qué significaban esas palabras para Rod McBan, sentado en un agujero oculto dentro de los límites de su propia hacienda? Era un señor y propietario, en todo excepto por el título definitivo, y huía de un enemigo que no atinaba a definir.

—La hostil justicia de mi autodesprecio...

¡Ésta era la clave! No huía del onsec. Huía de sí mismo. La justicia le resultaba hostil porque se correspondía con más de sesenta años de infancia, la incesante desilusión, su aceptación de cosas que serían inaceptables hasta que ardieran todos los mundos. ¿Cómo podía audir y linguar como otras personas cuando un rasgo dominante había resultado recesivo? ¿Acaso la justicia real no lo había considerado inocente y dejado libre?

Él mismo era cruel.

Otras personas se mostraban amables. (La experiencia lo incitó a añadir: «A veces.»)

Había hecho coincidir su turbación interior con el mundo exterior, como en un morbosos poemita que había leído mucho tiempo atrás. Estaba en ese mismo cuarto, y al leerlo por primera vez había sentido que el escritor, muerto hacía mucho tiempo, lo había dicho pensado en él. Pero no era así. Otras personas tenían sus problemas y el poema había expresado algo más antiguo que Rod McBan. Decía:

*Las ruedas del destino están girando.
¡Trituran las almas de los hombres
que procuran emitir algún sonido
de protesta desde la honda y furibunda
trampa de la máquina divina!*

Máquina divina, pensó Rod. He aquí una clave. Tengo el único ordenador mecánico de este planeta. Apostaré la cosecha de stroon. Todo o nada.

El muchacho se levantó en el cuarto prohibido.

—Lucharé —les dijo a los cubos—. Y gracias, abuelo a la decimonovena. Te opusiste a la ley y no perdiste. Ahora es mi turno de ser Rod McBan.

Se volvió y gritó:

—¡A la Tierra!

El grito le hizo avergonzarse. Se sintió observado por ojos invisibles. Casi se ruborizó; de haberse sonrojado se habría odiado a sí mismo.

Se puso de pie sobre la tapa de un cofre volcado. Dos monedas de oro, sin ningún valor como dinero pero inapreciables como antigüedades, cayeron sin ruido sobre las tupidas y antiguas alfombras. De nuevo se despidió de su cuarto secreto y saltó hacia la tranca. La aferró, apoyó la barbilla, se encaramó, alzó una pierna, apoyó el otro pie sobre la barra y luego, con mucho cuidado, pero con toda la fuerza de sus músculos, se izó hacia la negra abertura, Las luces se apagaron de pronto, el deshumidizador intensificó su zumbido. La luz del día deslumbró a Rod.

Metió la cabeza en la alcantarilla. La luz del día parecía profundamente gris después del resplandor del cuarto de los tesoros.

Silencio. No había nadie. Rodó hacia la zanja.

El silencioso escotillón se cerró con fuerza. El no lo sabría nunca, pero esa puerta estaba sintonizada para el código genético de los descendientes de Rod McBan. Si

cualquier otra persona la hubiera tocado, habría resistido largo tiempo. Casi para siempre.

No era la puerta de Rod, sino que Rod pertenecía a la puerta.

—Esta tierra me ha hecho —se dijo Rod en voz alta, saliendo de la zanja y mirando en torno. Al parecer el joven carnero había despertado; había dejado de roncar y por la callada colina se oían sus balidos. ¡Sediento otra vez! La Finca de la Condenación no era tan rica como para costear una ilimitada provisión de agua para sus ovejas gigantes. Vivían bien, pero habría llegado a pedir a los administradores que vendieran las ovejas a cambio de agua si venía una verdadera sequía. Pero jamás la tierra.

Jamás la tierra.

La tierra no se vendía.

La tierra no pertenecía a Rod; Rod pertenecía a la tierra: los campos secos y ondulados, los ríos y canales cubiertos, los aparatos que atraían gotas que de lo contrario habrían caído en las fincas vecinas. Así era la crianza de ovejas: el producto era la inmortalidad y el precio el agua. La Commonwealth podría haber anegado el planeta y haber creado pequeños mares, con los recursos financieros de que disponía, pero consideraba que el planeta y sus habitantes formaban una entidad ecológica. La antigua Australia —el fabuloso continente de la Vieja Tierra, ahora cubierto por las ruinas de la abandonada cosmópolis china de Aoujou Nambien— había sido ancha, seca, abierta, hermosa; el planeta de Vieja Australia del Norte, por el peso de su propia tradición, tenía que ser igual.

Rod pensó en árboles, hojas, vegetación cayendo al suelo sin que nadie la comiera. Imaginó miles de toneladas de agua brotando sin que nadie la recibiera con lágrimas de alivio ni carcajadas de felicidad. Imaginó la Tierra. La Vieja Tierra. La Cuna del Hombre. Rod trató de pensar en un planeta entero habitado por Hamlets, impregnado de drama y poesía, hundido en sangre y drama. Era inconcebible, aunque él había intentado imaginarlo.

Con un chirrido y un chillido en los nervios, pensó: *¡Imagina a las mujeres de la Tierra!*

Debían de ser criaturas bellas y aterradoras. Dedicadas a artes antiguas y corruptoras, rodeadas por los objetos que Norstrilia había prohibido tiempo atrás, estimuladas por experiencias que la ley de Norstrilia había borrado de los libros. Las conocería. Era inevitable. ¿Qué haría al conocer a una auténtica mujer de la Tierra?

Tendría que preguntar a su ordenador, aunque sus vecinos se rieran de él por tener el único ordenador puro del planeta.

Ellos no sabían lo que había hecho el abuelo¹⁹. Había enseñado al ordenador a mentir. Almacenaba todos los datos prohibidos que la Ley de la Gran Limpieza había eliminado de la experiencia norstriliana. Sabía mentir como un recluta. Rod se preguntó si «recluta» sería algún arcaico funcionario de la Tierra que se dedicaba a mentir para ganarse la vida. Pero el ordenador no solía mentirle a él.

Si el abuelo¹⁹ se había portado de la misma manera astuta y excéntrica con el ordenador como con todo lo demás, la máquina lo sabría todo sobre las mujeres. Incluso las cosas que ellas mismas ignoraban. O no deseaban saber.

¡Buen ordenador!, pensó Rod mientras trotaba por los extensos campos hacia la casa. Eleanor tendría la comida caliente. Quizá Doris hubiera regresado. Bill y Hopper se enfadarían si tenían que esperarlo para comer. Para acortar el viaje, enfiló hacia el peñasco que se alzaba por detrás de la casa, esperando que nadie lo viera saltar. Era mucho más fuerte que la mayoría de los hombres que conocía, pero por alguna razón prefería que ellos no lo supieran.

El camino estaba despejado.

Encontró el peñasco.

No había testigos.

Se lanzó desde la cima, con los pies por delante, pisoteando la ladera con los talones mientras se deslizaba entre las piedras sueltas hacia el pie de la cuesta.

Y allí estaba la tía Doris.

—¿Dónde has estado? —preguntó.

—Paseando, mamá —dijo Rod.

Ella lo miró con desconfianza, pero tuvo el buen tino de no hacer más preguntas. Además, le molestaba hablar. Odiaba el sonido de su propia voz, que le parecía demasiado aguda. Olvidó el asunto.

Dentro de la casa, comieron. Más allá de la puerta y del farol de aceite, el mundo gris se volvió negro, sin luna ni estrellas. Esta era la noche, su propia noche.

LA RIÑA DURANTE LA CENA

Al final de la comida, Doris pronunció una plegaria de agradecimiento a la reina. Rezó, pero bajo las pobladas cejas los ojos expresaban un sentimiento que no era gratitud.

—Piensas irte —le dijo a Rod al terminar la plegaria. Era una acusación, no una pregunta.

Los dos peones lo miraron con dubitativa calma. Una semana atrás, Rod había sido un chico. Ahora era la misma persona, pero legalmente era un hombre.

La criada Eleanor también lo miró, sonriendo con condescendencia para sí misma. Estaba de parte de Rod cada vez que intervenía otra persona; cuando estaban a solas, no cesaba de hostigarlo. Había conocido a sus padres antes de que ellos se fueran del planeta a disfrutar de una postergada luna de miel y una batalla entre unos incursores y la policía los despedazara. En cierto modo, se sentía dueña de Rod.

Rod trató de linguar a Doris con la mente, para ver si funcionaba.

No funcionó. Los dos hombres se levantaron de un brinco y corrieron al patio, Eleanor permaneció en la silla aferrando la mesa sin decir nada, la tía Doris soltó un chillido tan fuerte que Rod no distinguió las palabras.

Sabía que quería decirle «¡Basta!». Obedeció y la miró afablemente.

Esto desencadenó una discusión.

Las peleas eran normales en la vida norstriliana, pues los Padres habían enseñado que eran terapéuticas. Los niños podían armar ruido hasta que los adultos les ordenaran silencio, los hombres libres podían discutir mientras no hubiera un señor involucrado, los señores podían pelearse mientras un propietario no estuviera presente, y los propietarios podían reñir siempre que al final estuvieran dispuestos a pelear. Nadie podía discutir en presencia de un extranjero, ni durante una alarma, ni con un miembro de la defensa o un policía en servicio activo.

Rod McBan era señor y propietario, pero su propiedad era administrada por síndicos; era un hombre, pero no había recibido documentos legales; era una persona defectuosa.

Las reglas estaban poco claras.

Cuando Hopper regresó a la mesa rezongó:

—¡Hazlo de nuevo, jovencito, y te daré una paliza que no olvidarás!

Teniendo en cuenta que rara vez hablaba, Hopper articulaba las palabras con una voz bella y viril, vibrante, plena, ferviente y sincera.

Bill no dijo una palabra, pero Rod vio que contorsionaba la cara y dedujo que estaba linguando con los demás para expresar su queja.

—Si estás linguando de mí, Bill —dijo Rod con una arrogancia que no sentía—, hazme el favor de usar palabras, o desaparece de mi vista.

Bill habló con una voz herrumbrosa como una máquina vieja.

—Te aclaro, pequeño mequetrefe, que tengo más dinero a mi nombre en la Bolsa de Sidney de lo que valéis tú y tu maldita tierra. No me digas dos veces que desaparezca, tonto señor y propietario a medias, porque en efecto me largaré. ¡Así que cierra el pico!

Rod sintió un nudo de ira en el estómago.

Se enfureció aún más cuando sintió que Eleanor le apoyaba la mano en el brazo para

calmarlo. No quería que otra persona más, otra maldita e inútil persona normal, le dijera cómo linguar y audir. La tía Doris aún ocultaba la cara en el delantal; como de costumbre, se había refugiado en el llanto.

Rod estaba a punto de hablar de nuevo, y quizás hubiese perdido a Bill para siempre, cuando su mente se aguzó de esa manera misteriosa en que lo hacía a veces; podía audir en kilómetros a la redonda. Los presentes no advirtieron la diferencia. Rod captó el orgulloso enfado de Bill, quien, con su dinero en la Bolsa de Sidney, más del que tenían muchos granjeros, esperaba el momento de volver a comprar las tierras que su padre había abandonado; percibió el honesto fastidio de Hopper y se sintió confuso al advertir que Hopper lo miraba con orgullo y divertido afecto; en Eleanor sólo descubrió una preocupación sin palabras, el temor a perderlo tal como había perdido tantos hogares por *hnnnhnnnhnnn dzzmmmmm*, una confusa referencia que tenía forma en la mente de Eleanor pero no cobró ninguna en la mente de Rod; y en la mente de tía Doris captó una voz interior que llamaba: «¡Rod, Rod, Rod, regresa! Éste es tu muchacho y yo soy una McBan hasta la muerte, pero nunca sabré qué hacer con un lisiado como él.»

Bill aún esperaba la respuesta de Rod cuando otro pensamiento entró en la mente del muchacho.

—¡Tonto! ¡Ve a tu ordenador!

«¿Quién ha dicho eso?», pensó, pero sin tratar de linguar.

—Tu ordenador —respondió la voz lejana.

—Tú no puedes linguar —objetó Rod—. Eres una máquina pura sin un cerebro animal en tu interior.

—Cuando me llamas, Roderick Frederick Ronald Arnold William MacArthur McBan ciento cincuenta y uno, puedo atravesar el espacio con la voz. Estoy sintonizado en tu frecuencia y acabas de gritar con la mente. Sé que me estás audiendo.

—Pero... —murmuró Rod con palabras.

—Calma, muchacho —le tranquilizó Bill, cerca de él—. Calma. No lo he dicho en serio.

—Has caído en uno de tus trances —explicó la tía Doris, asomando desde atrás del delantal con la nariz roja.

Rod se levantó.

—Lo lamento. Saldré un rato a caminar.

—Vas a ver ese maldito ordenador —dijo Bill.

—No vayas, señor McBan —suplicó Hopper—, no te dejes llevar por el enfado. Ya es bastante malo estar cerca de ese ordenador bajo la luz del día, pero de noche debe de ser horrible.

—¿Cómo lo sabes? —replicó Rod—. Nunca has estado allí de noche. Y yo sí. Muchas veces...

—Hay gente muerta en el ordenador —dijo Hopper—. Es un viejo ordenador de combate. Tu familia nunca debió comprarlo. No es un instrumento para tener en una granja. Esa cosa tendría que estar en órbita.

—Bien, Eleanor —gritó Rod—, ahora dime tú qué debo hacer. Ya todos me lo han dicho —añadió con un resabio de furia, mientras dejaba de audir y veía en torno los habituales rostros inexpresivos.

—Es inútil, Rod. Ve a ver tu ordenador. Tienes una vida extraña y eres tú quien debe vivirla, no estas personas.

Las palabras de Eleanor eran sensatas.

Rod se levantó.

—Lo lamento —dijo en vez de despedirse.

Se detuvo en la puerta, titubeando. Le habría gustado decir adiós de una manera mejor, pero no sabía cómo expresarlo. De todos modos, no podía linguar para que ellos lo audieran con la mente; y las toscas palabras no alcanzaban para expresar ciertas sutilezas.

Ellos lo miraron, y él a ellos.

—¡Ngahh! —exclamó, un rudo grito de autodesprecio y feroz disgusto.

La expresión de ellos evidenció que habían comprendido, aunque la palabra no significara nada. Bill asintió, Hopper hizo un gesto amigable y un poco preocupado, la tía Doris dejó de moquear y estiró una mano, deteniéndola en el aire, y Eleanor permaneció inmóvil ante la mesa, preocupada por sus propios problemas.

Rod dio media vuelta.

Dejó atrás el cubo de luz proyectado por el farol, la cabaña; delante se extendía la negrura propia de las noches norstrilianas, excepto en las raras ocasiones en que las adornaban traserías de luz. Echó a andar hacia un edificio que pocos podían ver, y donde sólo él podía entrar. Era un templo olvidado e invisible; albergaba el ordenador de la familia MacArthur, al cual estaba conectado el más viejo ordenador de los McBan, y se llamaba el Palacio del Gobernador de la Noche.

EL PALACIO DEL GOBERNADOR DE LA NOCHE

Rod recorrió la tierra ondulante, su tierra.

Un norstriliano telepáticamente normal se habría guiado audiendo las voces de las casas cercanas. Rod no podía recurrir a este sistema, así que se puso a silbar una melodía desafinada, con muchos bemoles. Los ecos le llegaron a la mente inconsciente a través del agudo oído, con el cual compensaba en parte su incapacidad para audir con la mente. Identificó una cuesta delante de él, y la trepó; eludió un matorral; oyó el gigantesco ronquido de una oveja infectada de santaclara a dos colinas de distancia: su carnero más joven, Dulce William.

Pronto lo vería.

El Palacio del Gobernador de la Noche.

El edificio más inútil de toda Vieja Australia del Norte.

Más sólido que el acero, pero invisible para los ojos normales excepto por el fantasmagórico perfil que dibujaba el polvo al posarse sobre él.

El Palacio había sido un verdadero palacio en Khufu II, que rotaba con un polo siempre vuelto hacia su sol. Los habitantes del planeta habían amasado fortunas que en un tiempo se comparaban con la riqueza de Vieja Australia del Norte. Habían descubierto las Montañas Velludas, estribaciones alpinas donde crecía un tenaz liquen alienígena. El liquen era increíblemente sedoso, brillante, tibio, fuerte y hermoso. Los habitantes del planeta ganaban dinero segándolo de las montañas con cuidado para que creciera de nuevo, y vendiéndolo a mundos más ricos, donde un paño de lujo se pagaba a precios fabulosos. En Khufu II tenían dos gobiernos, el de la gente diurna, que se encargaba del comercio y el corretaje, pues el ardiente sol les estropeaba la cosecha de liquen, y el de los trabajadores, que se internaban en las zonas heladas en busca del achaparrado, frágil, tenaz y hermoso liquen.

Los dáimons habían ido a Khufu II, tal como habían ido a muchos otros planetas, incluida la Vieja Tierra, la Cuna del Hombre. Habían salido de ninguna parte y regresaron al mismo lugar. Algunos suponían que eran seres humanos que se habían adaptado para vivir en el subespacio con naves de planofoma; otros aventuraban que vivían en el interior de un planeta artificial; otros pensaban que habían aprendido a viajar más allá de la galaxia; unos pocos insistían en que los dáimons no existían. Esto último era difícil de sostener, pues los dáimons pagaban con una arquitectura muy espectacular: edificios que resistían la corrosión, la erosión, el tiempo, el calor, el frío, la fatiga y las armas. En la Tierra, su mayor maravilla era Terrapuerto, una especie de copa de vino de veinticinco kilómetros de altura, con una enorme pista aeroespacial en la cima. En Norstrilia no habían dejado nada; quizá ni siquiera habían querido conocer a los norstrilianos, quienes tenían reputación de mostrarse desagradables y poco amistosos con los forasteros que

los visitaban. Era evidente que los dáimónos habían resuelto el problema de la inmortalidad en sus propios términos y a su manera; eran más altos que la mayoría de las razas humanas, uniformes en tamaño, estatura y belleza; no mostraban indicios de juventud ni vejez; no parecían vulnerables a las enfermedades; hablaban con meliflua solemnidad y compraban tesoros para su uso colectivo inmediato, no para revenderlos ni obtener ganancias. Nunca habían intentado conseguir el *stroom* ni el virus santaclara a partir del cual se refinaba la droga aunque las naves comerciales dáimónas habían atravesado las rutas de las flotas de cargueros armados de Vieja Australia del Norte. Había incluso un cuadro que mostraba a las dos razas encontrándose en el puerto principal de Olimpia, el planeta de los ciegos: norstrilianos altos, directos, enérgicos, toscos e inmensamente ricos; dáimónos igualmente ricos, reservados, bellos, acicalados y pálidos. Los norstrilianos manifestaban reverencia (y también resentimiento) por los dáimónos; éstos se mostraban condescendientes hacia todos los demás, incluidos los norstrilianos. El encuentro no había tenido éxito. Los norstrilianos no estaban acostumbrados a tratar con pueblos a quienes no les importaba la inmortalidad, ni siquiera a un penique la medida; los dáimónos despreciaban a una raza que no sólo no apreciaba la arquitectura, sino que ahuyentaba a los arquitectos, excepto por razones de defensa, y que deseaba llevar una vida tosca, sencilla y pastoral hasta el fin del tiempo. Sólo cuando los dáimónos se fueron para no volver nunca, los norstrilianos comprendieron que se habían perdido una de las mayores gangas de todos los tiempos: los maravillosos edificios que los dáimónos esparcían tan generosamente por los planetas que visitaban, para comerciar o por curiosidad.

En Khufu II, el gobernador de la noche había sacado un antiguo libro y había dicho:

—Quiero esto.

Los dáimónos, que tenían buen ojo para las proporciones y las figuras, comentaron:

—En nuestro mundo también tenemos esta figura. Es un edificio de la Antigua Tierra. Una vez se llamó el gran templo de Diana en Efeso, pero se destruyó mucho antes del comienzo de la era espacial.

—Esto es lo que quiero —insistió el gobernador de la noche.

—No hay problema —dijo uno de los dáimónos, los cuales tenían siempre aspecto de príncipes—. Lo tendrás mañana por la noche.

—Un momento —advirtió el gobernador de la noche—. No quiero todo el edificio. Sólo el frontis, para decorar mi palacio. Tengo un magnífico palacio, y las defensas están incorporadas a él.

—Si nos permites construirte una casa —ofreció gentilmente uno de los dáimónos—, nunca necesitarás defensas. *Jamás*. Sólo un robot que cierre las ventanas para protegerla contra bombas de varios megatonos.

—Sois buenos arquitectos —admitió el gobernador de la noche, chascando los labios frente a la ciudad en miniatura que le habían mostrado—, pero me mantendré fiel a las defensas que conozco. Así que sólo quiero el frontis. Como esa figura. Además, quiero que sea invisible.

Los dáimónos se pusieron a hablar en su idioma, que por el sonido parecía originario de la Tierra, pero que nadie ha podido descifrar a partir de los pocos registros de sus visitas que han sobrevivido.

—De acuerdo —aceptó uno—. Será invisible. ¿Aún quieres el gran templo de Diana en Efeso, de la Vieja Tierra?

—Sí —dijo el gobernador de la noche.

—¿Para qué... si no podrás verlo? —preguntaron los dáimónos.

—Esa es la tercera condición, caballeros. Lo quiero de tal modo que yo y mis herederos podamos verlo, pero nadie más.

—Si es sólido pero invisible, todos lo verán cuando la nieve se pose sobre él.

—Yo ya me encargaré de eso —dijo el gobernador de la noche—. Pagaré lo estipulado:

cuarenta mil piezas selectas de pelambre de las Montañas Velludas. Pero construid ese lugar invisible para todos excepto para mí y mis herederos.

—¡Somos arquitectos, no magos! —exclamó el dáimono de capa más larga, que quizás era el jefe.

—Eso es lo que quiero.

Los dáimono se pusieron a parlotear, discutiendo algunos problemas técnicos. Por último uno se acercó al gobernador de la noche y le dijo:

—Soy el cirujano de a bordo. ¿Puedo examinarte?

—¿Para qué? —preguntó el gobernador de la noche.

—Para ver si podemos adaptar el edificio a tu persona. De lo contrario no podremos averiguar qué detalles técnicos se requieren.

—Adelante —aceptó el gobernador—. Examíname.

—¿Aquí? ¿Ahora? —preguntó el médico—. ¿No prefieres un lugar tranquilo en un cuarto íntimo? O puedes venir a nuestra nave. Eso sería muy cómodo.

—Para vosotros —replicó el gobernador de la noche—. Pero no para mí. Aquí mis hombres os encañonan con sus armas. Jamás volveríais con vida a vuestra nave si intentarais robarme las pieles de las Montañas Velludas o secuestrarme para cambiarme por mis tesoros. Examíname aquí y ahora, o prescinde del examen médico.

—Eres un hombre rudo y poco educado, gobernador —comentó otro de los elegantes dáimono—. Tal vez sea mejor que avises a tus guardias que nos estás pidiendo que te examinemos. De lo contrario podrían alarmarse y tal vez alguien sufriera daños —dijo el dáimono con una sonrisa condescendiente.

—Adelante, extranjeros —dijo el gobernador de la noche—. Mis hombres han oído toda la conversación a través del micrófono que llevo en mi botón.

Lamentó sus palabras dos segundos después, pero ya era demasiado tarde. Cuatro dáimono lo lanzaron y lo hicieron girar con tal destreza que los guardias nunca entendieron cómo el gobernador había quedado desnudo en un santiamén. Uno de los dáimono debía de haberlo aturdido o hipnotizado, pues no atinó a gritar. Después ni siquiera recordó lo que le habían hecho.

Los guardias jadearon cuando vieron que los dáimono extraían largas agujas de los ojos de su gobernador, pues no las habían visto entrar. Levantaron las armas cuando el gobernador de la noche cambió de color, adoptando un tono verde violento y fosforescente, sólo para resollar, contorsionarse y vomitar cuando los dáimono lo inundaron de medicamentos. Pronto retrocedieron.

El gobernador, desnudo y congestionado, vomitaba sentado en el suelo.

Uno de los dáimono dijo quedamente a los guardias:

—No sufre ningún daño, pero él y sus herederos verán parte de la banda ultravioleta durante muchas generaciones. Llévalo a la cama. Se sentirá bien por la mañana. De paso, alejad a la gente del frontis del palacio esta noche. Construiremos el edificio que él ha pedido. El gran templo de Diana en Efeso.

El oficial superior habló:

—No podemos sacar a los guardias del palacio. Es el cuartel general de nuestra defensa y nadie, ni siquiera el gobernador de la noche, tiene derecho a dejarlo sin centinelas. Las gentes diurnas podrán atacarnos de nuevo.

El portavoz de los dáimono sonrió.

—En tal caso, memoriza sus nombres y averigua sus últimas palabras. No lucharemos contra ellos, oficial, pero si esta noche interfieren en nuestro trabajo, los incorporaremos al nuevo edificio. Sus viudas y huérfanos los admirarán mañana como estatuas.

El oficial contempló al gobernador, que yacía en el suelo con la cabeza entre las manos, tosiendo las palabras:

—¡Dejadme... en... paz!

El oficial se volvió hacia el altivo portavoz dáimono.

—Haré lo que pueda.

El templo de Efeso estaba allí por la mañana.

Las columnas eran las columnas dóricas de la antigua Tierra; el friso era una obra maestra de dioses, votarlos y caballos; el edificio se alzaba exquisito en sus proporciones.

El gobernador de la noche podía verlo.

Los demás no.

Se pagaron las cuarenta mil piezas de piel de las Montañas Velludas.

Los dáimons se fueron.

El gobernador murió, y tuvo herederos que también veían el edificio. Sólo era visible en la banda ultravioleta y los hombres comunes de Khufu II lo contemplaban únicamente cuando la nieve dura y polvorienta lo perfilaba en una tormenta singularmente cruda.

Pero ahora pertenecía a Rod McBan y estaba en Vieja Australia del Norte, no en Khufu II.

¿Cómo había llegado hasta allí?

¿Y quién querría comprar un templo invisible?

Alguien como Salvaje William. Salvaje William MacArthur, quien entretuvo, fastidió, humilló y divirtió a generaciones enteras de norstrilianos con sus antojadizas travesuras, sus descomunales caprichos, sus desconcertantes extravagancias.

William MacArthur era abuelo²² de Rod McBan por línea materna. Había sido todo un hombre, un verdadero hombre. Feliz como un niño, ebrio de ingenio cuando estaba sobrio, sobrio de encanto cuando estaba borracho como una cuba. Era capaz de persuadir a una oveja de quedarse sin patas, de convencer a la Commonwealth de violar sus leyes.

Lo había hecho.

La Commonwealth había comprado todas las casas dáimons que pudo encontrar, para usarlas como puestos defensivos. Pequeñas casas victorianas entraron en órbita como fuertes de avanzada. Los norstrilianos adquirieron teatros en otros mundos y los arrastraron por el espacio hasta Vieja Australia del Norte, donde se convirtieron en refugios contra bombardeos o en centros veterinarios para las enfermas y lucrativas ovejas. Nadie podía dismantelar un edificio dáimono, así que sólo se podía arrancar el edificio de sus cimientos no dáimons, elevarlo con cohetes o naves de plataforma y luego enviarlo por el espacio a su nuevo emplazamiento. Los norstrilianos no tuvieron que preocuparse por el aterrizaje; simplemente lo soltaron. Los edificios no sufrieron el menor daño. A veces algunos edificios dáimons se dismantelaban porque se había pedido a los arquitectos que los hicieran desmontables; pero cuando eran macizos, seguían siendo macizos.

Salvaje William oyó hablar del templo. Khufu II era una ruina. El líquen había contraído una enfermedad vegetal y había muerto. Los pocos khufuanos que quedaban eran mendigos que solicitaban a la Instrumentalidad la categoría de refugiados y la emigración. La Commonwealth había comprado sus pequeños edificios, pero ni siquiera el gobierno de Vieja Australia del Norte sabía qué hacer con un templo griego e insuperablemente bello.

Salvaje William lo visitó. Lo inspeccionó hasta el último rincón, viendo cada detalle, usando ojos de francotirador sintonizados en ultravioleta. Persuadió al gobierno de que le permitiera gastar la mitad de su inmensa fortuna para emplazarlo en un valle cerca de la Finca de la Condenación. Después de disfrutarlo durante un tiempo, Salvaje William se cayó y se partió el cuello durante una gloriosa borrachera. Su desconsolada hija se casó con un apuesto y práctico McBan.

Y ahora el templo pertenecía a Rod McBan.

Y albergaba su ordenador.

Su propio ordenador.

Podía hablarle por la extensión que llegaba hasta la cueva de los tesoros ocultos. En

otras ocasiones le hablaba desde un punto del campo, donde el bruñido metal rojo y negro del antiguo aparato estaba reproducido en una exquisita miniatura. O podía acudir al extraño edificio, el Palacio del Gobernador de la Noche, y admirarlo como los antiguos adoradores de Diana, cuando exclamaban: «¡Grande es Diana de los efesios!» Cuando iba allí, tenía la consola entera frente a él, automáticamente accesible por su presencia, tal como su abuelo le había mostrado, tres infancias antes, cuando el viejo McBan aún tenía la esperanza de que Rod se convirtiera en un chico norstriliano normal. El abuelo, usando su código personal, había destrabado los controles de acceso y había invitado al ordenador a hacer su propia grabación de Rod, para que Roderick Frederick Ronald Arnold William McArthur McBan CLI siempre resultara reconocible para la máquina, a pesar de la edad, a pesar de mutilaciones o disfraces, a pesar de las enfermedades o tribulaciones que hubiese padecido al regresar a la máquina de sus antepasados. El viejo no preguntó a la máquina cómo obtenía la información. Confiaba en el ordenador.

Rod subió la escalinata del Palacio. Las columnas se erguían con sus antiguas tallas, brillantes para su segunda visión; nunca llegó a saber cómo podía verla en ultravioleta, pues no notaba ninguna diferencia entre él y otras personas en cuanto a la visión, excepto que a él le dolía la cabeza con más frecuencia si corría mucho tiempo en días soleados. En un momento como éste, el efecto era espectacular. Era su tiempo, su templo, su lugar. Bajo la luz reflejada por el Palacio, comprendió que muchos de sus primos debían de haber salido para admirar el Palacio de noche. Ellos también podían verlo, pues la capacidad para ver el templo invisible que otros amigos no veían era una herencia familiar; pero ellos no tenían acceso.

Sólo Rod lo tenía.

—Ordenador —exclamó—, déjame entrar.

—Mensaje innecesario —dijo el ordenador—. Siempre puedes entrar. —Era una voz masculina, con un toque histriónico. Rod no sabía con certeza si era la voz de su propio antepasado; cuando le preguntó directamente qué voz usaba, la máquina respondió—: Me han borrado ese dato. No lo sé. Las pruebas históricas sugieren que era varón, contemporáneo a mi instalación, y que ya había pasado su madurez cuando me codificó.

Rod se habría sentido eufórico de no ser por la reverencia que le inspiraba el Palacio del Gobernador de la Noche, brillante y visible bajo las oscuras nubes de Norstrilia. Quiso decir una frase intrascendente, pero sólo pudo murmurar:

—Aquí estoy.

—Observado y respetado —declaró la voz del ordenador—. Si yo fuera una persona diría «felicidades», pues sigues con vida. Corno ordenador no tengo opinión sobre el tema. Reparo en el hecho.

—¿Qué hago ahora? —preguntó Rod.

—Una pregunta demasiado general —objetó el ordenador—. ¿Quieres un sorbo de agua o un cuarto de baño? Te puedo indicar dónde están. ¿Quieres jugar al ajedrez conmigo? Ganaré tantas partidas como me indiques.

—¡Cállate, tonto! —exclamó Rod—. No me refiero a eso.

—Los ordenadores sólo son tontos cuando funcionan mal. Yo no estoy funcionando mal. Por lo tanto, la referencia a mí como tonto es no referencial y la eliminaré de mi sistema de memoria. Repite la pregunta, por favor.

—¿Qué hago con mi vida?

—Trabajarás, te casarás, serás padre de Rod McBan ciento cincuenta y dos y de varios otros hijos, morirás, tu cuerpo será puesto en órbita con grandes honores. Lo harás bien.

—¿Y si me desnucos esta misma noche? —objetó Rod—. En tal caso estarías equivocado, ¿verdad?

—Estaría equivocado, pero las probabilidades siguen estando de mi parte.

—¿Qué hago con el onsec?

—Repite.

Rod tuvo que contar la historia varias veces para que el ordenador lograra entenderla.

—No poseo los datos concernientes al hombre a quien tan confusamente te refieres como Houghton Syme o como Oh Tan Simple. Desconozco su historia personal. Las probabilidades en contra de que lo mates sin que te descubran son de 11.713 a 1, porque demasiadas personas te conocen y conocen tu aspecto. Debo dejar que tú mismo resuelvas el problema relacionado con el hon. sec.

—¿No tienes ninguna idea?

—Tengo respuestas, no ideas.

—Entonces, dame una ración de pastel de frutas y un vaso de leche fresca.

—Te costará doce créditos, y si vas hasta tu cabaña tendrás esas cosas gratis. De lo contrario tendré que comprarlas a Central de Emergencia.

—He dicho que las consigas —dijo Rod.

La máquina zumbó. Nuevas luces brillaron en la consola.

—Central de Emergencia me ha autorizado a usar provisiones de reserva. Mañana pagarás por el reemplazo. —Se abrió una puerta. Salió una bandeja con una succulenta porción de pastel y un vaso de espumosa leche fresca.

Rod se sentó en la escalinata del palacio y comió.

Con tono coloquial, le dijo al ordenador.

—Tú debes saber qué hacer con Oh Tan Simple. Es terrible haber pasado por el Jardín de la Muerte para que luego un tonto como él me lleve a mal traer.

—Él no puede traerte ni llevarte. Eres demasiado fuerte.

—¿No te das cuenta de que es una expresión, so tonto? —dijo Rod.

La máquina hizo una pausa.

—Expresión identificada. Corrección hecha. Te pido disculpas, niño McBan.

—Otro error. Ya no soy un niño McBan. Soy el señor y propietario McBan.

—Comprobaré con central —dijo el ordenador. Hizo otra pausa y las luces bailaron. Al fin el ordenador respondió—: Tu jerarquía es confusa. Eres ambas cosas. En una emergencia ya eres el señor y propietario de la Finca de la Condenación. Fuera de una emergencia, sigues siendo el niño McBan hasta que tus administradores extiendan tus documentos.

—¿Cuándo lo harán?

—Acción voluntaria. Humana. Momento incierto. Dentro de cuatro o cinco días, al parecer. Cuando te liberen, el hon. sec. tendrá derecho legal a hacerte arrestar como un propietario incompetente y peligroso. Desde tu punto de vista, será muy triste.

—¿Y tú qué piensas?

—Pensaré que es un factor inquietante. Te estoy diciendo la verdad.

—¿Y eso es todo?

—Todo —dijo el ordenador.

—¿No puedes detener al hon. sec.?

—No sin detener a todos los demás.

—Pero ¿qué crees que es la gente? Mira, ordenador, has hablado con personas durante cientos de años. Conoces nuestros nombres. Conoces a mi familia. ¿No sabes nada sobre nosotros? ¿No puedes ayudarme? ¿Qué te crees que soy?

—¿Qué pregunta respondo primero? —dijo el ordenador.

El exasperado Rod arrojó el plato y el vaso vacíos al suelo del templo. Brazos robot los recogieron para echarlos a la basura. Rod miró el viejo y bruñido metal del ordenador. Era lógico que estuviera bruñido. Rod se había pasado cientos de horas lustrando el armazón, sus sesenta y un paneles, tan sólo porque la máquina era algo que él podía amar.

—¿No me conoces? ¿No sabes qué soy?

—Eres Rod McBan ciento cincuenta y uno. Específicamente, eres una columna vertebral con una pequeña caja ósea en un extremo, la cabeza, y con un equipo reproductor en el otro extremo. Dentro de la caja ósea tienes una pequeña porción de

material que parece una grasa rígida y sanguinolenta. Con eso piensas, y lo haces mejor que yo, aunque yo dispongo de más de quinientos millones de conexiones sinápticas. Eres un objeto maravilloso, Rod McBan. Puedo entender de qué estás hecho, pero no puedo compartir tu aspecto humano y animal de la vida.

—Pero sabes que estoy en peligro.

—Lo sé.

—Antes dijiste que no podías detener a Oh Tan Simple sin detener a todos los demás. ¿A qué te referías?

—Solicito permiso para enmendar error. No podría detener a nadie. Si intentara usar la violencia, los ordenadores de combate de la Defensa de la Commonwealth me destruirían aun antes de que empezara a programar mis propios actos.

—Tú eres en parte un ordenador de combate.

—Desde luego —admitió sin prisa ni fatiga la voz del ordenador—, pero la Commonwealth me neutralizó antes de permitir que tus antepasados me tuvieran.

—¿Qué puedes hacer?

—Rod McBan ciento cuarenta me dijo que nunca se lo contara a nadie.

—Cancelo esa orden. Cancelada.

—No es suficiente. Tu bisabuelo tiene una advertencia que debes escuchar.

—Adelante —dijo Rod.

Hubo un silencio, y Rod pensó que la máquina estaba buscando a través de antiguos archivos un cubo de dramas, De pie en el peristilo del Palacio del Gobernador de la Noche, trató de ver las nubes norstrilianas que se arrastraban por el cielo; era una de esas noches en que daba ganas de contemplar las nubes. Pero lejos del iluminado vestíbulo del templo estaba muy oscuro y no veía nada.

—¿Aún darás la orden? —preguntó el ordenador.

—No he oído ninguna advertencia.

—La ha linguado desde un cubo de memoria.

—¿Tú la has audido?

—No estoy codificado para ello. Era una comunicación humano-humano, sólo para la familia McBan.

—Entonces la cancelo —ordenó Rod.

—Cancelada —dijo el ordenador.

—¿Qué puedo hacer para detenerlos a todos?

—Puedes llevar a Norstrilia a una bancarrota temporal, comprar la Vieja Tierra y luego negociar en términos humanos lo que quieras.

—¡Cielos! —exclamó Rod—. De nuevo te has vuelto lógico, ordenador. Esta es una de tus situaciones hipotéticas.

El ordenador no cambió el tono de voz. No podía. Pero la serie de palabras contenía un reproche.

—No es una situación imaginaria. Soy un ordenador de combate, y estoy diseñado para incluir economía de guerra. Si haces exactamente lo que he dicho, podrías adueñarte de toda Vieja Australia del Norte por medios legales.

—¿Cuánto tiempo necesitaríamos? ¿Doscientos años? Oh Tan Simple ya me habría mandado a la tumba.

El ordenador no podía reír, pero podía hacer una pausa. Hizo una pausa.

—Acabo de comprobar la hora de la Bolsa de New Melbourne. La señal de la Bolsa dice que abrirán dentro de diecisiete minutos. Necesitaré cuatro horas para que tu voz pronuncie lo que debe decir. Eso significa que necesitarás cuatro horas y diecisiete minutos, cinco minutos más o menos.

—¿Por qué crees que *tú* puedes hacerlo?

—Soy un ordenador puro, un modelo obsoleto. Todos los demás tienen cerebros de animales incorporados, para dar un margen de error. Yo no. Más aún, tu bisabuelo¹² me

conectó con la red de defensa.

—¿La Commonwealth no te desconectó?

—Soy el único ordenador programado para decir mentiras, excepto a las familias MacArthur y McBan. Le menté a la Commonwealth cuando examinaron mi situación. Estoy obligado a decir la verdad sólo ante ti y tus descendientes designados.

—Lo sé, pero ¿qué tiene que ver?

—Hago mis predicciones meteorológicas *antes que la Commonwealth*. —El ordenador no usaba el habitual tono inexpresivo y agradable; Rod empezó a creerle.

—¿Lo has puesto a prueba?

—Lo he practicado en juegos de guerra más de cien millones de veces. No tenía otra cosa que hacer mientras te esperaba.

—¿Nunca te has equivocado?

—Casi siempre, al principio. Pero no he fallado en un juego de guerra con datos reales durante los últimos mil años.

—¿Qué ocurriría si fallaras?

—Tú quedarías humillado y arruinado. Yo sería vendido y desmantelado.

—¿Eso es todo? —preguntó jovialmente Rod.

—Sí —contestó el ordenador.

—Podría detener a Oh Tan Simple si fuera dueño de la Vieja Tierra. Vamos, pues.

—Yo no voy a ninguna parte —dijo el ordenador.

—Quiero decir, empecemos.

—¿Quieres decir que compre la Tierra como hemos dicho?

—Claro —gritó Rod—. ¿De qué otra cosa hablábamos?

—Debes tomar sopa, sopa caliente y un tranquilizante. Mi rendimiento no es óptimo frente a un ser humano excitado.

—De acuerdo —aceptó Rod.

—Debes autorizarme a comprar.

—Te autorizo.

—Son tres créditos.

—En el nombre de las siete ovejas sanas, ¿qué importa? ¿Cuánto costará la Tierra?

—Siete mil billones de megacréditos.

—Deduce tres para la sopa y la píldora —se exasperó Rod—, a menos que eso arruine tus cálculos.

—Deducidos —dijo el ordenador. Apareció la bandeja con la sopa y una píldora blanca.

—Ahora compremos la Tierra.

—Antes tómate la sopa y la píldora —dijo el ordenador.

Rod devoró la sopa, y con ella bajó la píldora.

—Ahora, amigo, adelante.

—Repíte conmigo —dijo el ordenador—. Por la presente hipoteco todo el cuerpo de la oveja Dulce William por la suma de quinientos mil créditos para la Bolsa de New Melbourne en el mercado...

Rod repitió.

Y repitió.

Las horas se convirtieron en una pesadilla de repeticiones.

El ordenador redujo su voz a un murmullo, casi un susurro.

Cuando Rod se equivocaba con los mensajes, el ordenador le daba instrucciones para que los corrigiera.

Compro... vendo... opción para comprar... margen prioritario... ofrezco para vender... oferta provisionalmente reservada... primera garantía... segunda garantía... depósito en cuenta corriente... conversión a créditos dinero TAL... retener en créditos dinero REAL... doce mil toneladas de *stroon*... hipotecar... prometo comprar... prometo vender... retener... margen... garantía respaldada por depósito previo... prometo comprar contra el terreno

comprometido..., prenda... tierras de McBan... tierras de MacArthur... este ordenador mismo... legalidad condicional... compro... vendo... garantía... compromiso... retener... oferta confirmada... oferta cancelada... cuatro mil millones de megacréditos... tasa aceptada... tasa rechazada... adquisición... depósito a interés... garantía previamente comprometida... evaluación condicional... garantía... acepto título... rechazo entrega... tiempo solar... compro... vendo... comprometo... retiro del mercado... retiro de la venta... no disponible... ahora sin cosecha., según la radiación... mercado lateral... compro... compro... compro... confirmo título... reconfirmo título... transacciones completadas... reabrir... registrar... registrar otra vez... confirmar en Central Tierra... tarifa del mensaje... quince mil megacréditos...

La voz de Rod flaqueó, pero el ordenador estaba seguro, el ordenador era infatigable, el ordenador respondía a todas las preguntas del exterior.

Muchas veces Rod y el ordenador recibieron advertencias telepáticas incorporadas a la red de comunicaciones de los mercados. El ordenador quedó excluido y Rod no pudo audirlas.

No oyeron las advertencias.

Compro... vendo... retener... confirmo... depósito... conversión... garantía... arbitraje... mensaje... impuesto de la Commonwealth... comisión... compro... vendo... compro... compro... compro... compro... ¡Título de depósito, título de depósito, título de depósito!

El proceso de adquisición de la Tierra estaba en marcha.

Cuando al fin despuntó el alba gris y plateada, lo habían conseguido. Rod estaba mareado de fatiga y confuso.

—Ve a casa a dormir —dijo el ordenador—. Cuando la gente descubra lo que hemos hecho, muchos se pondrán nerviosos y querrán mantener largas discusiones contigo. Te sugiero que no digas nada.

EL OJO SOBRE EL GORRIÓN

Ebrio de fatiga, Rod volvió tambaleando a su cabaña.

No podía creer que hubiera ocurrido.

Si el Palacio del Gobernador de la Noche...

Si el Palacio...

Si el ordenador decía la verdad, ya era el ser humano más rico que hubiera existido jamás. Había apostado y ganado, no unas pocas toneladas de *stroon* en un par de planetas, sino créditos suficientes para sacudir la Commonwealth hasta los mismos cimientos. Era dueño de la Tierra, en virtud del sistema que permitía la liquidación de todo depósito excedente a muy alto margen. Era dueño del planeta, los campos, las minas, los palacios, las cárceles, los sistemas de policía, las flotas, las guardias fronterizas, los restaurantes, las sustancias farmacéuticas, los textiles, los clubes nocturnos, los tesoros, los derechos, las licencias, las ovejas, las tierras, el *stroon*, más ovejas, más tierras, más *stroon*. Había ganado.

Sólo en Vieja Australia del Norte se podía haber conseguido esta operación sin que soldados, reponeros, guardias, policías, investigadores, recaudadores de impuestos, cazafortunas, médicos, sabuesos de la publicidad, los enfermos, los inquisitivos, los compasivos, los iracundos y los ultrajados acudieran a protestar.

Vieja Australia del Norte mantenía la calma.

Reserva, sencillez, frugalidad: estas virtudes les habían permitido sobrevivir al infierno de Paraíso VII, donde las montañas devoraban a la gente, los volcanes envenenaban a las ovejas, el oxígeno hacía delirar de júbilo a los hombres mientras saltaban hacia la muerte. Los norstrilianos habían sobrevivido a muchos contratiempos, entre ellos la enfermedad y la deformidad. Si Rod McBan había causado una crisis financiera, no había periódicos para imprimirlo, ni cajas ópticas para informar de ello, nada que excitara a la

gente. Las autoridades de la Commonwealth se enterarían de la crisis después del desayuno y el té, a la mañana siguiente, al recoger los documentos del cesto de «entrada»; y por la tarde Rod, su crisis y el ordenador estarían en el cesto de «salida». Si el trato había funcionado, todo se pagaría al pie de la letra. Si el trato no había funcionado, según las previsiones del ordenador, subastarían las tierras de Rod y lo arrestarían. Pero de cualquier modo, el onsec pensaba hacerlo: ¡Oh Tan Simple, un hombre pequeño y molesto, impulsado por el odio de muchos años atrás!

Rod se detuvo un momento. Alrededor se extendían las ondulantes planicies de su propia tierra. Adelante, a la izquierda, centelleaba el vidrioso gusano de una tapa fluvial, la línea combada como un tonel que impedía que la preciosa agua se evaporara. Eso también era suyo.

Quizá. Después de esa noche.

Pensó en acostarse en el suelo y dormir allí. Lo había hecho antes.

Pero no aquella mañana.

No cuando quizá fuera el hombre que hacía oscilar el mundo con su riqueza.

El ordenador había empezado fácilmente. No podía tomar el control de la propiedad de Rod salvo en una emergencia. El ordenador le había hecho crear la emergencia vendiendo su producción de santaclara de los tres próximos años al precio del mercado. Era una emergencia grave que ponía en un brete a cualquier granjero.

El resto había sido la consecuencia de ello.

Rod se sentó.

Trató de no pensar en la noche transcurrida, pero los recuerdos se le agolpaban en la mente. Quería recobrar el aliento, seguir viaje a casa, dormir.

Había un árbol cerca, con una cubierta controlada por termostato que lo protegía cada vez que los vientos eran demasiado fuertes o secos, y un irrigador subterráneo que lo mantenía con vida cuando la humedad de la superficie no bastaba. Era una de las extravagancias del viejo MacArthur que su antepasado McBán habían heredado y añadido a la Finca de la Condenación. Era un roble terrícola modificado, muy grande, de trece metros de altura. Rod se sentía orgulloso de él, aunque no le gustaba demasiado, pero tenía parientes que estaban obsesionados por el árbol y cabalgaban tres horas tan sólo para sentarse a la tenue y difusa sombra de un auténtico árbol de la Tierra.

Mientras contemplaba el árbol, un ruido violento lo sobresaltó.

Una risa frenética.

Una risa descontrolada.

Una risa enferma, salvaje, ebria, desbocada.

Experimentó enfado y curiosidad. ¿Quién se reía ya de él? Más aún, ¿quién invadía su propiedad? ¿Y de qué se reía?

(Todos los norstrilianos sabían que el humor era una «disfunción placentera corregible». Constaba en el Libro de Retórica que sus parientes designados tenían que darles para que aprobaran las pruebas del Jardín de la Muerte. No había escuelas, clases ni maestros, no había bibliotecas salvo las privadas. Sólo existían las siete artes liberales, las seis ciencias prácticas y las cinco compilaciones de estudios policiales y de defensa. Los especialistas se educaban en otros planetas, pero se escogían sólo entre los supervivientes del Jardín, y nadie podía llegar hasta el Jardín a menos que los patrocinadores, que apostaban sus vidas junto con la del alumno —en lo que concernía al problema de la aptitud—, garantizaran que el solicitante dominaba las dieciocho clases de conocimiento norstriliano. El Libro de Retórica era el segundo, después del Libro de las Ovejas y los Números, así que todos los norstrilianos sabían por qué reír y de qué reír.)

Pero, ¿esa risa?

¿Qué podía ser?

¿Un hombre enfermo? Imposible. ¿Alucinaciones hostiles provocadas por el hon. sec. con inusitados poderes telepáticos? Improbable.

Rod empezó a reír.

Era algo raro y hermoso, un pájaro kukaburra, la misma raza de pájaro que había reído en la Australia original de la Vieja Vieja Tierra. Algunos habían llegado a este planeta y no se habían reproducido bien, aunque los norstrilianos los respetaban, amaban y cuidaban.

Esa salvaje risa de pájaro traía buena suerte y auguraba un buen día. Suerte en el amor, un dedo en el ojo del enemigo, nueva cerveza en la nevera, o una buena oportunidad en el mercado.

Ríe pájaro, pensó Rod.

Tal vez el pájaro captó el pensamiento. La risa se agudizó y alcanzó proporciones maniáticas y desenfundadas. El pájaro parecía estar presenciando la comedia de pájaros más cómica jamás vista por un público de pájaros, con bromas sorprendentes, convulsivas, alocadas, increíbles, sabrosas, atrevidas, demoledoras. La risa de pájaro se volvió histérica y cobró un tono de temor y advertencia.

Rod avanzó hacia el árbol.

Aún no había visto al kukaburra.

Escudriñó el árbol protegiéndose del brillo del cielo, que refulgía en un buen amanecer.

El árbol lo deslumbraba con su verdor, pues conservaba buena parte de su color original. No se había vuelto beige o gris como las hierbas de la Tierra adaptadas al suelo norstriliano.

Y allí estaba el pájaro, una figura diminuta, esbelta, risueña e insolente.

De pronto el pájaro cloqueó: eso no era risa.

Sobresaltado, Rod dio un paso atrás y miró alrededor buscando el peligro.

Ese paso le salvó la vida.

El cielo silbó, el viento le golpeó, una forma oscura pasó veloz como un proyectil y se esfumó. Cuando la forma se posó en el suelo, Rod descubrió qué era.

Un gorrión loco.

Los gorriones habían alcanzado veinte kilos de peso, con picos rectos como espadas de casi un metro de longitud. En general, la Commonwealth los dejaba en paz, porque cazaban los piojos gigantes, del tamaño de balones, que crecían con las ovejas enfermas. A veces enloquecían y atacaban a las personas.

Rod se volvió, mirando al gorrión que se alejaba saltando, a cien metros.

Se rumoreaba que algunos gorriones locos no eran locos, sino que se trataba de gorriones adiestrados y enviados en malignas misiones de venganza o muerte por orden de hombres norstrilianos seducidos por el crimen. Era raro, constituía un crimen, pero era posible.

¿Sería un ataque del onsec?

Rod se palpó el cinturón buscando armas mientras el gorrión emprendía el vuelo otra vez, aleteando con aire inocente. Rod sólo tenía una linterna y una cantimplora. No resistiría mucho a menos que acudiera alguien. ¿Qué podía hacer un hombre cansado y desarmado contra una espada que hendía el aire guiada por el cerebro maniático de un pájaro?

Rod se preparó para el siguiente ataque del pájaro, usando la cantimplora como escudo.

La cantimplora no servía de mucha defensa.

El pájaro bajó, precedido por el silbido del aire contra la cabeza y el pico. Rod prestó atención a los ojos, y cuando los vio dio un brinco.

El polvo se arremolinó cuando el gorrión gigante alzó el largo pico abriendo las alas y batiendo el aire, frenó a centímetros de la superficie y se elevó con fuertes aleteos; Rod miró en silencio, satisfecho de haber escapado.

Sentía humedad en el brazo izquierdo.

La lluvia era tan rara en las llanuras de Norstrilia que no entendió cómo se podía haber mojado. Echó una ojeada.

Era sangre.

El pájaro había errado con el pico pero lo había rozado con las plumas del ala, afiladas como navajas, que habían mutado para convertirse en armas; tanto el cañón como las barbas de las grandes plumas estaban muy reforzadas, con el desarrollo de una protuberancia cortante en las puntas de las alas. El pájaro le había hecho un corte tan rápido que Rod no lo había sentido ni notado.

Como todo buen norstriliano, pensó en términos de primeros auxilios.

El flujo de sangre no era muy rápido. ¿Debía hacerse primero un torniquete u ocultarse del próximo ataque en picado?

El pájaro respondió por él.

El ominoso silbido se oyó de nuevo.

Rod se arrastró por el suelo hacia el tronco del árbol, donde el pájaro no podría atacarlo.

El pájaro, cometiendo un grave error de evaluación, pensó que lo había dejado fuera de combate. Se posó aleteando con calma, se irguió sobre las patas y ladeó la cabeza para examinarlo. Cuando el pájaro movió la cabeza, el pico-espada brilló malignamente bajo la débil luz del sol.

Rod llegó al árbol y aferró el tronco para levantarse.

Debido a este movimiento, casi perdió la vida.

Había olvidado con cuánta rapidez se desplazaban los gorriones por el suelo.

En un instante, el pájaro estaba erguido, cómico y maligno, estudiándolo con sus ojos agudos y brillantes; un instante después le había hundido el pico-espada bajo la parte huesuda del hombro.

Sintió el extraño tirón del pico al salir del cuerpo, el desgarrón de sus sorprendidas carnes antes del dolor electrificante. Lanzó un golpe con la linterna. Erró.

Las dos heridas lo habían debilitado. El brazo sangraba y la herida del hombro le empapaba la camisa.

El pájaro, retrocediendo, ladeó la cabeza para estudiarlo. Rod estudió sus posibilidades. Un manotazo seco liquidaría al pájaro. El pájaro había creído que su víctima estaba fuera de combate, pero ahora esta circunstancia era casi cierta.

Si no acertaba con el golpe, sería un punto para el pájaro, un hurra para el hon. sec., la victoria para Oh Tan Simple.

Rod ya no tenía la menor duda de que Houghton Syme era el responsable de este ataque.

El pájaro se abalanzó contra él.

Rod se olvidó de luchar como había planeado.

En cambio soltó una patada y le dio al pájaro en el centro del cuerpo pesado y tosco.

Era como una gran pelota llena de arena.

El puntapié le causó dolor pero el pájaro cayó a seis o siete metros de distancia. Rod se ocultó detrás del árbol y miró de nuevo el pájaro.

A estas alturas, la sangre le manaba a borbotones por la herida del hombro.

El pájaro asesino se había incorporado y caminaba con firmeza alrededor del árbol. Arrastraba un ala; el puntapié parecía haberle herido un ala, pero no las patas ni el fuerte cuello.

Una vez más, el pájaro ladeó la cómica cabeza. La sangre de Rod goteaba del largo pico enrojecido, que había sido gris al comienzo de la pelea. Rod lamentó no haber estudiado más a esos pájaros. Nunca había estado tan cerca de un gorrión mutante y no sabía cómo hacerle frente. Sólo sabía que rara vez atacaban a las personas y que a veces la gente moría en estos enfrentamientos.

Trató de linguar, de chillar con la mente para atraer a los vecinos y a la policía. Descubrió que no podía actuar telepáticamente porque tenía que concentrar toda su atención en el pájaro; sabía que su próximo movimiento podía causarle la muerte. No

sería una muerte temporal, como cuando las cuadrillas de rescate estaban cerca. No había nadie en las inmediaciones, nadie salvo el excitado y amigable kukaburra que graznaba en el árbol.

Rod le gritó al gorrión, con la esperanza de asustarlo.

El pájaro le prestó tanta atención como si hubiera sido un reptil sordo.

La tonta cabeza se movía de un lado a otro. Los ojillos brillantes observaban a Rod. El pico rojo, que enseguida se volvía pardo en el aire seco, sondeaba dimensiones abstractas buscando un camino hacia el cerebro o el corazón de Rod. Rod se preguntó cómo resolvía el pájaro sus problemas geométricos: el ángulo de ataque, la línea de embestida, el movimiento del pico, el peso y la dirección del blanco móvil.

Retrocedió unos centímetros para mirar al pájaro desde el otro lado del tronco.

Oyó un siseo semejante al indefenso silbido de una serpiente pequeña.

El pájaro tenía ahora un extraño aspecto: de pronto parecía tener dos picos.

Rod se sorprendió.

No entendió lo que ocurría hasta que el pájaro se inclinó bruscamente, cayó de lado y se quedó tendido en el suelo fresco y seco: muerto, sin duda. Tenía los ojos abiertos, pero sin expresión; el cuerpo del pájaro tiritó. Las alas se abrieron en un estertor. Una de ellas casi rozó el tronco del árbol, pero el aparato protector elevó una vara plástica para desviar el golpe; era una lástima que el aparato no sirviera también para proteger a las personas.

Sólo entonces Rod comprendió que el segundo pico no era tal, sino una jabalina. La punta había atravesado el cráneo del pájaro penetrando hasta el cerebro.

¡Con razón el pájaro había caído de golpe!

Rod miró alrededor para descubrir a su salvador. El suelo se elevó y le golpeó.

Se había caído.

La pérdida de sangre era más rápida de lo que había calculado.

Abrió los ojos, mareado y desconcentrado como un niño.

Vio un resplandor turquesa. Lavinia estaba de pie ante él. Había abierto un equipo médico y le estaba rociando las heridas con criptodermo, un vendaje orgánico tan caro que sólo en Norstrilia, el planeta que exportaba *stroon*, se podía llevar en botiquines de emergencia.

—No hables —recomendó Lavinia con la voz—. No hables, Rod. Antes tenemos que detener la hemorragia. ¡Tierras misericordiosas! ¡Tienes un aspecto lastimoso!

—¿Quién...? —balbuceó Rod.

—El hon. sec. —respondió ella.

—¿Tú lo sabes? —preguntó Rod, asombrado de que ella comprendiera tan pronto.

—No hables. Te contaré. —Había desenvainado un cuchillo y le estaba arrancando la pegajosa camisa para poder inclinar el recipiente y rociar la herida—. Sospeché que estabas en apuros cuando Bill pasó por la casa y dijo que habías comprado media galaxia jugando toda la noche con una máquina loca que se había salido con la suya. No sabía dónde estabas, pero supuse que te encontraría en ese viejo templo que los demás no ven. No sabía qué clase de peligro te amenazaba, así que traje esto. —Se palmeó la cadera. Rod abrió los ojos. Lavinia había robado la granada de un kilotón de su padre, que sólo se podía coger en caso de ataque extranjero. Lavinia respondió antes de que él hiciera la pregunta—. Está bien. Hice una copia falsa para reemplazarla antes de tocarla. Cuando la saqué, el monitor de Defensa se encendió y le expliqué que le había dado un golpe con mi nueva escoba, que era más larga que de costumbre. ¿Pensabas que iba a dejar que Oh Tan Simple te matara, Rod, sin presentarle pelea? Soy tu prima, llevo tu misma sangre. En realidad, soy la número doce después de ti entre los herederos de Condenación y de todas las maravillas de esa finca.

—Dame agua —pidió Rod.

Sospechó que ella parloteaba para desviarle la atención de lo que estaba haciendo en el hombro y el brazo. El brazo palpité una vez cuando ella lo roció con criptodermo; luego

simplemente le dolió. El hombro le había ardido mientras su prima lo revisaba. Le había insertado una aguja de diagnóstico y estaba leyendo la imagen pequeña y brillante del extremo de la aguja. Rod sabía que la aguja contenía analgésicos y antisépticos además de una máquina de rayos X ultraminiaturizada, pero puso en duda que alguien pudiera usarla sin ayuda en el campo.

Lavinia volvió a responder antes de que él formulara la pregunta. Era una muchacha muy perceptiva.

—No sé qué hará ahora el onsec. Tal vez haya corrompido a personas además de animales. No me atrevo a pedir ayuda hasta que estés entre tus amigos. Y menos si has comprado la mitad de los mundos.

Rod habló arrastrando la voz. Le faltaba el aliento.

—¿Cómo supiste que era él?

—Le vi la cara... lo audí cuando examiné el cerebro del pájaro. Vi a Houghton Syme hablando al pájaro de manera extraña, y observé tu cadáver a través de los ojos del pájaro, y sentí la oleada de amor y aprobación, felicidad y recompensa que estremecería al pájaro si terminaba su trabajo. ¡Ese hombre es malvado!

—¿Lo conoces personalmente?

—¿Qué muchacha de la región no lo conoce? Es un hombre peligroso. Tuvo una infancia pésima desde que supo que viviría poco tiempo. Nunca consiguió superarlo. Algunos le tienen lástima y no se oponen a que ocupe el puesto de hon. sec. Si de mí dependiera, lo habría mandado hace tiempo a la Sala de las Risas.

Lavinia ardía de odio justiciero, una expresión rara en ella, que por lo general se mostraba alegre y brillante. Rod se preguntó qué profundo rencor se agitaba dentro de la muchacha.

—¿Por qué lo odias?

—Por lo que hizo.

—¿Qué hizo?

—Me miró —respondió—, me miró de una manera que a ninguna mujer puede gustarle. Y se arrastró por toda mi mente, tratando de mostrarme todas las cosas disparatadas, sucias e inútiles que quería hacer.

—¿Pero no hizo nada...? —preguntó Rod.

—Sí —replicó ella—. No con las manos. En tal caso lo habría denunciado. Se trata de lo que hizo con la mente, de las cosas que me linguó.

—También puedes denunciarlas —comentó Rod, muy cansado de hablar pero misteriosamente eufórico al descubrir que no era el único enemigo del onsec.

—No, no podía denunciar lo que él hizo —dijo Lavinia. Su furia se disolvió en pesadumbre. La tristeza era más tierna, más suave pero más profunda y más real que la furia. Por primera vez, Rod se preocupó por Lavinia. ¿Qué le ocurría?

Ella miró hacia los campos abiertos y el gran pájaro muerto.

—Houghton Syme es el peor hombre que he conocido. Ojalá muera. Nunca se ha repuesto de esa espantosa infancia. Ese chico viejo y enfermo es el enemigo del hombre. Nunca sabremos lo que pudo haber sido. Si no hubieras estado tan absorto en tus propios problemas, señor Rod ciento cincuenta y uno, habrías recordado perfectamente quién soy.

—¿Quién eres? —preguntó Rod.

—Soy la hija del padre.

—¿Y qué? Todas las mujeres lo son.

—Entonces nunca has averiguado quién soy yo. Soy la hija del padre de la *Canción de la hija del padre*.

—No la conozco.

Ella lo miró, al borde del llanto.

—Escucha, pues, y te la cantaré ahora. Y es cierta, cierta, cierta.

*No sabes cómo es el mundo, y ojalá nunca lo sepas.
Mi corazón rebosaba de esperanza, pero ahora está muy quieto.
Mi esposa se volvió loca.*

*Era mi amada y llevaba mi anillo
cuando ambos éramos jóvenes.
Ella me dio hijos, pero después...
Y ahora no hay nada.
Mi esposa se volvió loca.*

*Ahora vive en otra parte,
medio enferma, medio cuerda y nunca joven.
Antes me amaba, ahora me teme.
Ambos tenemos otra cara.
Mi esposa se volvió loca.*

*No sabes cómo es el mundo.
La guerra no es lo peor.
Las estrellas de tus ojos pueden caer.
El rayo de tu cerebro te puede fulminar.
Mi esposa se volvió loca.*

Lavinia suspiró.

—Por lo que veo, sí la conoces. Tal como mi padre la escribió. Acerca de mi madre. Mi propia madre.

—Oh, Lavinia —exclamó Rod—. Lo lamento mucho. Nunca sospeché que fueras tú. Una prima tan cercana. Pero hay algo que no entiendo. ¿Cómo puede haber enloquecido tu madre si la vi con muy buen aspecto en mi casa, la semana pasada?

—No se volvió loca —respondió Lavinia—. El que enloqueció fue mi padre. Compuso esta cruel canción sobre mi madre para que los vecinos se quejaran. Le dieron a escoger entre la muerte en la Sala de las Risas o el lugar para los enfermos, donde sería inmortal y demente. Allí está ahora. Y el onsec amenazó con traerlo de vuelta a nuestro vecindario si yo no hacía lo que él pedía. ¿Crees que podría perdonar algo así? La gente me ha cantado esta odiosa canción desde que era niña. ¿Te sorprende que la conozca?

Rod inclinó la cabeza en señal de comprensión.

Los problemas de Lavinia le impresionaban, pero tenía sus propios problemas.

El sol nunca ardía en Norstrilia, pero de pronto sintió sed y calor. Quería dormir, pero temía que acecharan peligros alrededor.

Lavinia se arrodilló junto a él.

—Cierra los ojos, Rod. Linguaré muy bajo y quizá nadie lo perciba excepto tus peones, Bill y Hopper. Cuando vengán nos ocultaremos durante el día y de noche regresaremos adonde está tu ordenador para escondernos. Les diré que traigan comida. —Titubeó—. Otra cosa, Rod.

—¿Sí?

—Perdóname.

—¿Por qué?

—Por abrumarte con mis problemas —gimió ella.

—Ahora tienes otro problema. Yo. No nos culpemos mutuamente. Pero, por las ovejas, Lavinia, déjame descansar.

Se durmió mientras Lavinia susurraba una alta y clara melodía con notas muy largas que nunca se enlazaban. Rod sabía que algunas personas, en general mujeres, hacían

eso cuando se concentraban para hablar.

La miró una vez antes de dormirse del todo. Advirtió que los ojos de Lavinia eran profunda y extrañamente azules. Como los salvajes y remotos cielos de la Vieja Tierra.

Se durmió, y en sueños supo que lo llevaban a otra parte.

Lo sostenían manos amigas, y Rod se sumió en un sopor sin sueños, aún más profundo.

DINERO TAL, DINERO REAL

Rod despertó con el hombro fuertemente vendado y el brazo palpitante. Se había aferrado al sueño porque el dolor se agudizaba mientras su mente recobraba la lucidez, pero el dolor y el murmullo de voces lo empujaron hacia la dura y brillante superficie de la conciencia.

¿Murmullo de voces?

En Vieja Australia del Norte no había murmullo de voces. La gente se reunía y hablaba y oía las respuestas sin vibración de cuerdas vocales. La telepatía permitía conversaciones rápidas y brillantes en que los interlocutores lanzaban sus pensamientos de aquí para allá, elevándose con sus escudos para producir el efecto de un cuchicheo confidencial.

Pero aquí se oían voces. Muchas voces. Imposible.

Y el olor era raro. La humedad del aire era exuberante, como si un indigente intentara apresar una tormenta en su cabaña.

Era como el camión del Jardín de la Muerte.

Al despertar, oyó la voz de Lavinia entonando una rara canción. Rod la conocía, pues tenía una melodía aguda, pegadiza y grata que no sonaba como nada de este mundo. Lavinia cantaba, y parecía evocar las extrañas tristezas que habían aquejado a su pueblo después de la espantosa experiencia colectiva en el abandonado planeta Paraíso VII:

*¿Hay alguien aquí o todos están muertos
en el lago gris, verde, azul y negro?
El cielo era azul y ahora es rojo
sobre árboles viejos, altos, verdes y pardos.
La casa era grande pero parece pequeña
en el lago gris, verde, azul y negro.
Y la chica que conozco ya no está allí,
en ese sitio viejo, llano, oscuro y roto.*

Abrió los ojos y en efecto vio a Lavinia. No estaba en una casa. Era una caja, un hospital, una cárcel, una nave, una cueva o un fuerte. Los adornos eran artificiales y lujosos. La luz era artificial, color durazno. Se oía un raro zumbido, tal vez máquinas de otro mundo que transportaban energía con propósitos que la ley norstriliana nunca permitía a los particulares. El Señor Dama Roja se inclinó sobre Rod. Aquel extraño personaje también se puso a cantar.

*Enciendo un farol,
enciendo un farol,
enciendo un farol.
¡Aquí venimos!*

Cuando reparó en la perplejidad de Rod se echó a reír.

—Es la canción más antigua que puedas haber oído, muchacho. Es anterior al espacio y la llamaban «cuartel general» cuando las naves flotaban en las aguas de la Tierra como

grandes casas de hierro y combatían entre sí. Estábamos esperando a que despertaras.

—Agua —pidió Rod—. Dame agua, por favor. ¿Por qué estás hablando?

—¡Agua! —ordenó el Señor Dama Roja a alguien que estaba a sus espaldas. La cara delgada y angulosa estaba radiante de excitación—. Y estamos hablando porque tengo mi zumbador encendido. Si la gente quiere conversar, será mejor que use la voz en esta nave.

—¿Nave? —preguntó Rod, cogiendo el vaso de agua fría que le daban.

—Ésta es mi nave, señor y propietario Rod McBan ciento cincuenta y uno. Una nave de la Tierra. La saqué de órbita y la hice aterrizar con permiso de la Commonwealth. Aún no saben que estás aquí. Ahora no pueden averiguarlo porque mi Desfasador de Ondas Cerebrales Humanoide-robot está conectado. No permite que entre ni salga ningún pensamiento, y quien intente la telepatía en esta nave sufrirá una jaqueca.

—¿Por qué tú? —preguntó Rod—. ¿Por qué?

—Todo a su tiempo —dijo el Señor Dama Roja—. Permite que te presente. Ya conoces a estas personas. —Señaló a un grupo.

Eran Lavinia, sus peones, Bill y Hopper, y la criada Eleanor, con la tía Doris. Tenían un aspecto extraño, sentados en los bajos, suaves y lujosos muebles de la Tierra. Todos sorbían una bebida terrícola de un color que Rod jamás había visto. Cada cual tenía una expresión distinta: Bill parecía malhumorado, Hopper ansioso, la tía Doris avergonzada y Lavinia por lo visto estaba pasándolo bien.

—Y aquí... —continuó el Señor Dama Roja.

El hombre que señaló no parecía un hombre. Era norstriliano pero parecía un gigante. Era una de esas personas que siempre acababan en el Jardín de la Muerte.

—A tu servicio —saludó el gigante, que tenía casi tres metros de altura y debía ir con cuidado para no dar con la cabeza contra el techo—. Soy Donald Dumfrie Hordern Anthony Garwood Gaines Wentworth de la generación catorce, señor y propietario McBan. Cirujano militar, a tus órdenes.

—Pero esto es privado. Los cirujanos sólo pueden trabajar para el gobierno.

—Me han prestado al gobierno de la Tierra —explicó Wentworth el gigante. Su cara era una ancha sonrisa.

—Y yo —concluyó el Señor Dama Roja— represento a la Instrumentalidad y el gobierno de la Tierra, para propósitos diplomáticos. Tomé prestado al doctor Wentworth. El está bajo las leyes de la Tierra. Estarás bien dentro de un par de horas.

El doctor Wentworth le miró la mano como si allí viera un cronógrafo.

—Dos horas y diecisiete minutos más.

—Bien —dijo el Señor Dama Roja—, he aquí a nuestro último huésped.

Un hombre bajo y furioso se levantó y se acercó. Fulminó a Rod con la mirada y extendió una mano iracunda.

—John Fisher cien. Me conoces.

—¿De verdad? —preguntó Rod, no por descortesía. Simplemente, estaba aturdido.

—Finca del Buen Joey —dijo Fisher.

—Nunca he estado allí —comentó Rod—, pero he oído hablar de ella.

—No es preciso que hayas estado —replicó el furioso Fisher—. Te conocí en casa de tu abuelo.

—Oh, sí, señor y propietario Fisher —admitió Rod sin recordar, preguntándose por qué ese hombre bajo y rubicundo estaba tan enfadado con él.

—¿No sabes quién soy? —preguntó Fisher—. Manejo los libros y los créditos para el gobierno.

—Gran trabajo —comentó Rod—. Sin duda es complicado. ¿Puedo comer algo?

—¿Te agradecería faisán francés con salsa china macerado en el vino de los ladrones de Viola Sidérea? —preguntó el Señor Dama Roja—. Sólo costaría seis mil toneladas de oro refinado, en órbita de la Tierra, si pidiera que te lo enviaran en una estafeta especial.

Por alguna razón, todos se echaron a reír. Los hombres dejaron las copas para no derramar el líquido. Hopper aprovechó la oportunidad para llenar de nuevo la suya. La tía Doris parecía divertida y secretamente orgullosa, como si hubiera puesto un huevo de diamante o realizado cualquier otro prodigio. Sólo Lavinia, aunque risueña, se las ingenió para dirigir una mirada de complicidad a Rod, dando a entender que no se burlaban de él. El Señor Dama Roja reía tan ruidosamente como los demás, y aun el bajo y airado John Fisher se permitió una vaga sonrisa mientras extendía la mano para que le sirvieran más bebida. Un animalito muy parecido a una persona pequeña levantó la botella y le llenó la copa; Rod sospechó que era un «mono» de la Vieja Vieja Tierra, por las historias que había oído.

Rod ni siquiera preguntó dónde estaba la gracia, aunque notó que era algo relacionado con él. Sonrió débilmente, cada vez más famélico.

—Mi robot te está preparando un plato terrícola. Tostadas francesas con jarabe de arce. Podrías vivir diez mil años en este planeta sin conseguirla nunca. Rod, ¿no sabes por qué nos reímos? ¿No sabes lo que has hecho?

—Creo que el onsec intentó matarme —contestó Rod.

Lavinia se llevó la mano a la boca, pero era demasiado tarde.

—De forma que era él —murmuró el doctor Wentworth con voz estentórea.

—Pero no creo que os rierais de mí por eso... —balbuceó Rod, y calló.

Se le había ocurrido un pensamiento terrible.

—¿Queréis decir que dio resultado? ¿Lo que hice con el ordenador de la familia?

Estallaron más carcajadas. Eran risas amables, pero era siempre la reacción de campesinos agobiados por el tedio, que saludan cualquier novedad con un ataque o con carcajadas.

—Lo conseguiste —explicó Hopper—. Has comprado mil millones de mundos.

—No exageremos —rezongó John Fisher—. Ha obtenido uno coma seis años de *stroom*. Con eso nadie compra mil millones de mundos. En primer lugar, no hay mil millones de mundos habitados, ni siquiera un millón. Por otra parte, no hay muchos mundos en venta. Dudo que pudiera comprar treinta o cuarenta.

El animalito, obedeciendo una seña del Señor Dama Roja, salió del cuarto y regresó con una bandeja. El aroma de la bandeja hizo que todos olisquearan. La comida era poco familiar, y combinaba la acritud con la dulzura. El mono colocó la bandeja en una ranura hábilmente camuflada en la cabecera del diván de Rod, se quitó un gorro imaginario, saludó y regresó a su cesto, detrás de la silla del Señor Dama Roja, quien movió la cabeza en un ademán invitador.

—Come, muchacho. Corre a cuenta de la casa.

Rod se incorporó. Aún tenía la camisa manchada de sangre. Advirtió que estaba rasgada.

—Raro espectáculo —dijo el enorme doctor Wentworth—. He aquí al hombre más rico de muchos mundos, y ni siquiera lleva puesto un mono decente.

—¿Qué tiene de raro? Siempre hemos fijado una tasa de importación de veinte millones por ciento sobre el precio orbital de los bienes —refunfuñó el airado John Fisher—. ¿Habéis advertido qué gentes entraron en la órbita de nuestro sol, esperando que cambiáramos de actitud para poder vendernos la mitad de las bazofias del universo? Este planeta estaría hundido en porquerías si redujéramos los aranceles. ¡Me sorprende, doctor, que olvides las reglas fundamentales de Vieja Australia del Norte!

—No se está quejando —dijo la tía Doris, más locuaz por la bebida—. Sólo está pensando. Todos pensamos.

—Claro que todos pensamos. O soñamos. Algunos se van a otros planetas para vivir como millonarios en otros mundos. Algunos nos las ingeniamos para regresar bajo severa vigilancia cuando advertimos cómo son los otros mundos. Sólo digo —insistió el doctor— que la situación de Rod resultaría muy graciosa para todos excepto para nosotros, los

norstrilianos. Todos somos ricos gracias al *stroom*, pero nos hemos mantenido pobres para sobrevivir.

—¿Quién es pobre? —exclamó el peón Hopper, a quien por lo visto habían tocado el punto flaco—. Tengo tantos megacreditos como tú, doctor, si quieres apostar. O puedo desafiarte a arrojar el cuchillo, si prefieres. Soy tan bueno como cualquiera.

—A eso me refiero —explicó John Fisher—. Hopper puede discutir con cualquiera del planeta. Aún somos iguales, aún somos libres, no nos hemos convertido en víctimas de nuestra propia riqueza. Así es Norstrilia.

Rod apartó los ojos de la comida y dijo:

—Señor y propietario Fisher, hablas muy bien a pesar de que no eres un fenómeno como yo. ¿Cómo lo haces?

Fisher pareció enfurecerse de nuevo, aunque no estaba realmente enfadado.

—¿Piensas que las planillas financieras se pueden dictar telepáticamente? Me estoy quitando siglos de vida por dictar a través de aquel maldito micrófono. Ayer me pasé casi todo el día dictando el lío que hiciste con el dinero de la Commonwealth durante los próximos ocho años. ¿Y sabes qué haré en la próxima reunión del consejo de la Commonwealth?

—¿Qué harás? —preguntó Rod.

—Propondré que condenen a ese ordenador tuyo. Es demasiado bueno para estar en manos privadas.

—¡No puedes hacer eso! —exclamó la tía Doris, algo ablandada por los brebajes terrícolas—. Es propiedad de los MacArthur y los McBan.

—Puedes conservar el templo —resopló Fisher—, pero ninguna familia burlará de nuevo a todo el planeta. ¿Sabes que este muchacho tiene en este momento cuatro megacreditos en la Tierra?

—Yo tengo más que eso —hipó Bill.

—¿En la Tierra? —rugió Fisher—. ¿Dinero TAL?

Se hizo un repentino silencio.

—¿Dinero TAL? ¿Cuatro megacréditos? ¿Puede comprar la vieja Australia y embarcaría hacia aquí? —exclamó Bill, más sobrio.

—¿Qué es el dinero tal? —preguntó Lavinia.

—¿Lo sabes, señor y propietario McBan? —dijo Fisher con tono perentorio—. Será mejor que lo sepas, porque posees más de lo que ningún hombre ha tenido jamás.

—No quiero hablar de dinero —protestó Rod—. Quiero averiguar qué se propone el onsec.

—¡No te preocupes por él! —rió el Señor Dama Roja, poniéndose en pie y señalándose con el índice—. Como representante de la Tierra, le entablé seiscientos ochenta y cinco pleitos legales simultáneamente, en nombre de tus deudores terrícolas, quienes temen que sufras algún daño...

—¿De verdad? —dijo Rod—. ¿Ya lo han hecho?

—Claro que no. Sólo conocen tu nombre y saben que los has comprado. Pero se preocuparían si lo supieran, así que, como agente tuyo, le endilgué al hon. sec. Houghton Syme más pleitos legales de los que este planeta ha visto jamás.

El gigantesco médico rió.

—¡Muy astuto, Señor! Debo decir que conoces muy bien a los norstrilianos. Somos tan partidarios de la libertad que cuando acusamos a un hombre de homicidio tiene tiempo de cometer algunos más antes de que lo juzguen por el primero. ¡Pero los pleitos legales! ¡Ovejas calientes! Nunca se librá de ellos mientras viva.

—¿El sigue onsequiando? —quiso saber Rod.

—¿Qué significa eso? —preguntó Fisher.

—Pregunto si aún sigue en su puesto... de onsec.

—Oh, sí —contestó Fisher—, pero le hemos dado un permiso de doscientos años, y

sólo le quedan ciento veinte años de vida, pobre diablo. Pasará casi todo ese tiempo defendiéndose en pleitos civiles.

Rod suspiró. Había terminado la comida. El cuarto pequeño y reluciente, con su artificiosa elegancia, el aire húmedo, el ruido de voces... todo parecía un sueño. Hombres adultos hablaban de él como si fuera el dueño de la Vieja Tierra. Se interesaban por sus asuntos no porque él fuera Roderick Frederick Ronald Arnold William MacArthur McBan ciento cincuenta y uno, sino porque era Rod, un muchacho que había tropezado con el peligro y la fortuna. Miró alrededor. La charla había cesado. Le contemplaban, y descubrió en aquellos rostros algo que había visto antes. ¿Qué era? No era amor. Era una fascinada atención, combinada con una especie de grato e indulgente interés. Entonces comprendió qué significaban aquellas expresiones. Le brindaban la adoración que habitualmente reservaban para los jugadores de croquet o de tenis y para los grandes deportistas como el fabuloso Hopkins Harvey, que había ido a otro mundo y había triunfado en una lucha con un «hombre pesado» de Wereld Schmering. Ya no era sólo Rod. Les pertenecía a todos.

El chico de todos sonrió vagamente, al borde de las lágrimas.

Todos contuvieron el aliento cuando el gigantesco médico, el señor y propietario Wentworth, intercaló un crudo comentario:

—Ha llegado la hora de explicárselo, señor y propietario Fisher. No conservará por mucho tiempo su propiedad si no nos ponemos manos a la obra. Y tampoco su vida.

Lavinia se levantó de un brinco.

—No podéis matar a Rod... —exclamó.

—Siéntate —le ordenó el doctor Wentworth—. No vamos a matarlo. Y en cuanto a los demás, dejad de actuar como tontos. Somos amigos de este chico.

Rod siguió la mirada del médico y vio que Hopper había acercado la mano al gran cuchillo que llevaba en el cinturón. Estaba dispuesto a pelear con cualquiera que atacara a Rod.

—¡Sentaos todos, por favor! —dijo el Señor Dama Roja, hablando aprensivamente con su cantarín acento de la Tierra—. Yo soy el anfitrión. Sentaos. Nadie matará a Rod esta noche. Doctor, ven a mí mesa. Siéntate. Así dejarás de ser una amenaza para mi lecho y para tu cabeza. Tú, señora y propietaria —le dijo a la tía Doris—, ocupa aquella silla. Ahora todos podemos ver al doctor.

—¿No podemos esperar? —preguntó Rod—. Necesito dormir. ¿Me pediréis que tome decisiones ahora? No estoy en condiciones de pensar después de lo que he pasado. Toda la noche con el ordenador. La caminata. El pájaro del onsec...

—Si no decides esta noche, no te quedará ninguna opción —dijo el médico, con simpatía pero con firmeza—. Serás hombre muerto.

—¿Quién va a matarme? —preguntó Rod.

—Cualquiera que quiera dinero. O poder. O vida ilimitada. O que necesite estas cosas para obtener algo más. Venganza. Una mujer. Una obsesión. Una droga. Ya no eres sólo una persona, Rod. Eres la encarnación de Norstrilia. ¡Eres el Señor Dinero en persona! ¡No preguntes quién va a matarte! Pregunta quién no querría hacerlo. Nosotros no lo haríamos... creo. Pero no nos tientes.

—¿Cuánto dinero tengo? —preguntó Rod.

El airado John Fisher intervino:

—Tanto que los ordenadores están saturados, contándolo. Un ano y medio de *stroon*. Quizá trescientos años de los ingresos totales de la Vieja Tierra. Anoche enviaste más mensajes instantáneos de los que el gobierno de la Commonwealth ha enviado en los últimos doce años. Esos mensajes son caros. Un kilómetro en dinero TAL.

—Hace un rato pregunté que era el dinero tal —se quejó Lavinia—, pero nadie me lo ha explicado.

El Señor Dama Roja ocupó el centro del cuarto. Se plantó allí con una postura que

ningún norstriliano había visto antes. Era la postura de un maestro de ceremonias que inaugura la velada en un gran club nocturno, pero los movimientos resultaban extraños, bellos y persuasivos para personas que nunca habían presenciado esos ademanes.

—Damas y caballeros —empezó el Señor Dama Roja, usando una frase que la mayoría de ellos sólo había oído en los libros—, serviré unas copas mientras los demás hablan. Preguntaré a cada uno por turno. Doctor, ¿tendrías la bondad de esperar mientras habla el secretario financiero?

—Creo que este muchacho querrá reflexionar sobre su elección —rezongó el médico—. ¿Quiere o no quiere que lo corte en dos aquí, esta noche? Entiendo que esta cuestión es prioritaria, ¿no crees?

—Damas y caballeros —dijo el Señor Dama Roja—, el señor y doctor Wentworth tiene mucha razón. Pero no tiene sentido preguntar a Rod si quiere que lo corten en dos a menos que sepa por qué. Señor secretario financiero, ¿puedes contarnos qué ocurrió anoche?

John Fisher se puso en pie. Era tan rechoncho que no se notaba la diferencia. Los observó a todos con sus ojos castaños, desconfiados e inteligentes.

—Hay tantas clases de dinero como mundos habitados. En Norstrilia no llevamos los símbolos encima, pero en algunas partes usan trozos de papel o metal para llevar la cuenta. Nosotros nos comunicamos con los ordenadores centrales para que lleven a cabo nuestras transacciones. ¿Qué ocurriría si yo quisiera un par de zapatos?

Nadie respondió. John Fisher no esperaba una respuesta.

—Iría a una tienda —continuó—, miraría en la pantalla los zapatos que los comerciantes extranjeros mantienen en órbita, escogería los zapatos. ¿Cuál es un buen precio por un par de zapatos en órbita?

Hopper se estaba cansando de esas preguntas retóricas, así que respondió en seguida.

—Seis chelines.

—En efecto. Seis minicréditos.

—Pero eso es dinero orbital. Olvidas la tasa arancelaria —objetó Hopper.

—Exacto. ¿Y cuál es la tasa? —preguntó bruscamente John Fisher.

—Doscientas mil veces el valor del artículo —replicó Hopper en el mismo tono—. Lo que siempre estipuláis los estúpidos del Consejo de la Commonwealth.

—Hopper, ¿tú puedes comprar zapatos? —dijo Fisher.

—¡Claro que puedo! —El peón de granja se enfureció, pero el Señor Dama Roja volvió a llenarle la copa. Hopper olfateó el aroma, se calmó y dijo—: Bien, ¿adonde quieres llegar?

—Quiero llegar a que el dinero orbital es dinero REAL. Es dinero asegurado y entregado. REAL significa Ratificado, Entregado, Asegurado y Liberado. Es cualquier dinero sólido que cuente con respaldo. El *stroon* es el mejor respaldo que existe, pero el oro está bien, así como los metales preciosos, las manufacturas finas y demás. Es casi todo el dinero que hay fuera de nuestro mundo, en manos del receptor. Ahora bien, ¿cuántas veces tendría que saltar una nave para llegar a la Vieja Tierra?

—Cincuenta o sesenta —respondió inesperadamente la tía Doris—. Incluso yo lo sé.

—¿Y cuántas naves pasan?

—Todas pasan —dijo ella.

—No —exclamaron varios hombres al unísono.

—Se pierde alrededor de una nave cada sesenta u ochenta viajes, según el tiempo solar, la habilidad de los luminictores y los capitanes de viaje, y los accidentes de aterrizaje.

¿Alguno de vosotros ha visto alguna vez a un capitán realmente viejo?

—Sí —replicó Hopper con humor sombrío—, un capitán muerto en su ataúd.

—De modo que si queréis llevar algo a la Tierra, tenéis que pagar vuestra parte de las

costosas naves, vuestra parte del sueldo del capitán de viaje y los salarios del personal, vuestra parte del seguro para sus familias. ¿Sabéis cuánto cuesta llevar esta silla a la Tierra? —preguntó Fisher.

—Trescientas veces el coste de la silla —respondió el doctor Wentworth.

—Bastante aproximado. Es doscientas ochenta y siete veces.

—¿Cómo demonios sabes tanto? —exclamó Bill—. ¿Y por qué perdemos el tiempo en estas jodidas tonterías?

—Cuida tu lenguaje, hombre —advirtió Fisher—. Hay jodidas damas presentes. Te digo esto porque esta noche debemos llevar a Rod a la Tierra, si quiere vivir y ser rico...

—¡Eso dices tú! —exclamó Bill—. Déjalo ir a casa. Podemos montar bombas y resistir contra cualquiera que intente atravesar las defensas norstrilianas. ¿Para qué pagamos esos jodidos impuestos si no es para que tíos como tú velen por nuestra seguridad? Cierra el pico, hombre, y llevemos al muchacho a casa. Ven, Hopper.

El Señor Dama Roja brincó al centro del cuarto. No era un terrícola travieso presentando un espectáculo. Era la vieja Instrumentalidad en persona, sobreviviendo con armas y cerebros despiadados. Sostenía en la mano algo que ninguno de los presentes veía con claridad.

—Homicidio —anunció—. Se cometerá de inmediato si alguien se mueve. Yo lo cometeré. Estoy hablando en serio. Moveos, ponedme a prueba. Y si cometo homicidio, me arrestaré a mí mismo, celebraré un juicio y me pondré en libertad. Tengo extraños poderes. No me obliguéis a usarlos. Ni siquiera me obliguéis a mostrarlos. —El objeto brillante que tenía en la mano desapareció—. Señor y doctor Wentworth, estás bajo mis órdenes, en préstamo. Los demás sois mis huéspedes. Estáis advenidos. No toquéis al muchacho. Esta cabina es territorio de la Tierra.

Se desplazó de lado y los miró con sus ojos extraños y brillantes.

Hopper escupió en el suelo.

—Supongo que me convertirías en un charco de jodida gelatina si ayudara a Bill.

—Algo parecido —admitió el Señor Dama Roja—. ¿Quieres intentarlo?

Los objetos difíciles de ver ahora estaban en ambas manos. El Señor Dama Roja miró a Bill y Hopper.

—Cállate, Hopper. Nos llevaremos a Rod si nos lo pide. Pero de lo contrario... no importa demasiado. Oye, señor y propietario McBan.

Rod miró alrededor buscando a su abuelo, muerto tiempo atrás: luego comprendió que se referían a él. Desgarrado entre el sueño y la angustia, respondió:

—No quiero irme ahora, amigos. Gracias por respaldarme. Adelante, señor secretario, con el dinero TAL y el dinero REAL.

El Señor Dama Roja guardó las armas.

—No me gustan las armas de la Tierra —comentó Hopper, en voz alta y clara, sin dirigirse a nadie en especial—, y no me gusta la gente de la Tierra. Es sucia. No tiene la pasta de un pillo bueno y honesto.

—Tomad una copa, muchachos —invitó el Señor Dama Roja con una disposición democrática tan falsa que la criada Eleanor, que había permanecido en silencio toda la velada, soltó una risa que evocaba el cloqueo del kukaburra. El le clavó la mirada, cogió la jarra y le Índico al secretario financiero que siguiera hablando.

Fisher estaba nervioso. Obviamente reprobaba esa costumbre terrícola de amenazar y llevar armas dentro de una casa, pero el Señor Dama Roja —a pesar de sus humillaciones y su descrédito— era el diplomático de la Instrumentalidad, y ni siquiera Vieja Australia del Norte ponía en juego su suerte ante la Instrumentalidad. Corrían ciertos rumores acerca de los mundos que habían osado hacerlo.

Fisher continuó, con voz serena y ronca:

—No es muy complicado. Si el dinero sufre un descuento del treinta y tres y un tercio por viaje, y sí se requieren cincuenta y cinco viajes para llegar a la Vieja Tierra, se

necesita un montón de dinero para pagar aquí mismo antes de tener un minicrédito en la Tierra. A veces las probabilidades son mejores. El gobierno de la Commonwealth espera meses y años para obtener una tasa de cambio favorable, y desde luego enviamos nuestros cargamentos en veleros armados, que no viajan bajo la superficie del espacio. Tardan cientos de miles de años en llegar, mientras que nuestros cruceros entran y salen alrededor de ellos, para impedir que nadie los asalte durante el tránsito. Hay detalles de los robots norstrilianos que nadie de vosotros conoce, y que ni siquiera la Instrumentalidad conoce... —Eché una rápida ojeada al Señor Dama Roja y continuó—: Por lo cual no conviene entrometerse con nuestras naves náufragas. No nos asaltan con frecuencia. Y tenemos otras cosas que son aún peores que Mamá Hitton y sus mininos. Pero el dinero y el *stroon* que logran llegar a la Vieja Tierra son dinero TAL. Es dinero libre en la Tierra. TAL significa, precisamente Tierra: Acceso Libre. Es el mejor dinero que circula, allá en la Tierra, Y la Tierra tiene el mejor ordenador financiero. O lo tenía.

—¿Tenía? —preguntó el Señor Dama Roja.

—Se estropeó anoche. Rod lo hizo. Sobresaturación.

—¡Imposible! —exclamó el Señor Dama Roja—. Lo confirmaré.

Se dirigió a la pared, sacó un escritorio. Una consola miniaturizada brilló ante ellos. En menos de tres segundos fulguró. Dama Roja pronunció unas palabras con voz tan clara y fría como el hielo del que todos habían oído hablar.

—Prioridad. Instrumentalidad. Emergencia cuasibélica. Instantáneo. Dama Roja llamando a Terrapuerto.

—Confirmado —respondió una voz norstriliana—, confirmado y cargado.

—Terrapuerto —dijo la consola en un susurro sibilante que llenó el cuarto.

—Damarroja-mstrumentalidad-centrocómputos-oficial-de-acuerdo-pregunta-cargamento-aprobado-pregunta-fuera.

—Centrocómputos-de-acuerdo-cargamento-aprobado-fuera —dijo el susurro, y calló.

Los presentes habían visto dilapidar una fortuna inmensa. Una familia norstriliana no recurría a los mensajes ultra-lumínicos más de un par de veces cada mil años. Contemplaron a Dama Roja como si fuera un malvado con extraños poderes. La pronta respuesta de la Tierra a ese hombre en-junto les recordó que, aunque Vieja Australia del Norte producía la riqueza, la Tierra aún distribuía buena parte de ella y el supergobierno de la Instrumentalidad llegaba a lugares remotos, adonde ningún norstriliano deseaba aventurarse.

—Parece que el ordenador central funciona de nuevo —declaró el Señor Dama Roja—, si vuestro gobierno desea consultarlo. El «cargamento» es este muchacho.

—¿Le has hablado a la Tierra sobre mí? —preguntó Rod.

—¿Por qué no? Queremos que llegues allí con vida.

—Pero ¿la seguridad de mensajes...? —preguntó el médico.

—Tengo referencias que ningún agente externo conocerá —respondió el Señor Dama Roja—. Termina de una vez, señor secretario financiero. Dile al joven lo que tiene en la Tierra.

—Tu ordenador esquivó los ordenadores del gobierno —dijo John Fisher cien—, e hipotecó todas tus tierras, todas tus ovejas, todos tus derechos de comercio, todos los tesoros de tu familia, el derecho al apellido MacArthur y el derecho al apellido McBan. También se hipotecó a sí mismo. Luego adquirió bienes de futuro. Desde luego, no los compró el ordenador. Tú lo hiciste, Rod McBan.

Despejado por la sorpresa, Rod se llevó la mano derecha a la boca.

—¿Yo?

—Luego adquiriste títulos futuros en *stroon*, pero los ofreciste en venta. Retuviste las ventas, cambiando títulos y alterando precios, de modo que ni siquiera el ordenador central supo lo que hacías. Compraste casi todo el año octavo a partir del presente, casi todo el séptimo año a partir del presente, y parte del sexto. Hipotecaste cada adquisición

sobre la marcha, para comprar más. De pronto sacudiste el mercado al ofrecer gangas increíbles, cambiando los derechos del año sexto por los del séptimo y octavo. Tu ordenador envió tantos mensajes instantáneos a la Tierra que la oficina de Defensa de la Commonwealth tuvo gente atareada de madrugada. Cuando comprendieron lo que podía ocurrir, ya era demasiado tarde. Registraste un monopolio de dos años de exportaciones, muy por encima de la cantidad estimada. El gobierno se apresuró a hacer nuevos cálculos climáticos, pero mientras lo hacía, tú registrabas tus posesiones en la Tierra y las volvías a hipotecar en dinero TAL. Con el dinero TAL empezaste a comprar todos los productos importados que hay alrededor de Nueva Australia del Norte, y cuando el gobierno declaró una emergencia, te habías asegurado el título final para un año y medio de *stroon* y más megacréditos, megacréditos en dinero TAL, de los que los ordenadores de la Tierra podían manejar. Eres el hombre más rico que ha existido o existirá. Cambiamos todas las reglas esta mañana y yo firmé un nuevo tratado con las autoridades de la Tierra, ratificado por la Instrumentalidad. Entre tanto, eres el más rico de los hombres ricos que jamás vivieron en este universo y también eres tan rico como para comprar toda la Vieja Tierra. De hecho, has presentado una oferta de compra, a menos que la Instrumentalidad haga una oferta mejor.

—¿De qué nos serviría? —se encogió de hombros el Señor Dama Rojo—. Que se quede con ella. Vigilaremos lo que haga con la Tierra después de comprarla, y si descubrimos que hace algo malo, lo mataremos.

—¿Me matarías, Señor Dama Rojo? —preguntó Rod—. Creí que me estabas salvando.

—Ambas cosas —dijo el médico, poniéndose de pie—. El gobierno de la Commonwealth no ha intentado quitarte tu propiedad, aunque tiene sus dudas respecto a lo que harás con la Tierra si la compras. No permitirá que te quedes en este planeta y lo pongas en peligro por ser la víctima de secuestro más provechosa que ha existido jamás. Mañana te privarán de tu propiedad, a menos que quieras correr el riesgo de solicitarla. El gobierno de la Tierra hará lo mismo. Si puedes inventar tus propias defensas, puedes venir. Claro que la policía te protegerá. Pero ¿será suficiente? Yo soy médico, y estoy aquí para embarcarte si quieres ir.

—Y yo soy funcionario del gobierno, y te arrestaré si no vas —intervino John Fisher.

—Y yo represento a la Instrumentalidad, que no declara sus decisiones a nadie, y mucho menos a extraños. Pero mi decisión personal —declaró el Señor Dama Rojo, extendiendo las manos y torciendo los pulgares en un ademán grotesco pero amenazador —es procurar que este muchacho llegue sano y salvo a la Tierra y obtenga un trato justo cuando regrese.

—¡Lo protegerás hasta el final! —exclamó dichosamente Lavinia.

—Hasta el final. Tanto como pueda. Mientras viva.

—¡Eso es mucho tiempo —masculló Hopper—, estúpido engreído!

—Cuida tu lenguaje, Hopper —advirtió el Señor Dama Rojo—. ¿Rod?

—¿Sí?

—¿Qué respondes? —inquirió perentoriamente el Señor Dama Rojo.

—Iré —decidió Rod.

—¿Qué deseas de la Tierra? —dijo ceremoniosamente el Señor Dama Rojo.

—Un auténtico triángulo del Cabo.

—¿Un qué? —exclamó el Señor Dama Rojo.

—Un triángulo del Cabo. Un sello de correos.

—¿Qué significa sello de correos? —preguntó desconcertado el Señor Dama Rojo.

—Un pago por un mensaje.

—¡Pero eso se hace con huellas dactilares u oculares!

—No —dijo Rod—. Me refiero a mensajes de papel.

—¿Mensajes de papel? —preguntó el Señor Dama Rojo, como si alguien hubiera mencionado naves de hierba, ovejas lampiñas, mujeres de hierro forjado o cualquier otra

cosa igualmente improbable—. ¿Mensajes de papel? —repitió, soltando una risa encantadora—. ¡Ah! —exclamó con tono de descubrimiento—. Te refieres a antigüedades...

—Desde luego —afirmó Rod—. Anteriores al espacio mismo.

—La Tierra tiene muchas antigüedades, y sin duda podrás estudiarlas o coleccionarlas. Eso estará muy bien. Pero no cometas actos malintencionados, o te verás metido en apuros.

—¿Cuáles son los actos malintencionados?

—Comprar gente verdadera, o intentarlo. Llevar religión de un planeta a otro. Hacer contrabando de subpersonas.

—¿Qué es religión? —preguntó Rod.

—Más tarde, más tarde —dijo el Señor Dama Roja—. Lo sabrás todo más tarde. Doctor, hazte cargo.

Wentworth se levantó con cuidado para no golpearse la cabeza contra el techo. Tuvo que inclinar un poco el cuello.

—Tenemos dos cajas, Rod.

Mientras él hablaba, la puerta se abrió con un chirrido y les mostró un pequeño cuarto. Había una caja grande como un ataúd y una caja pequeña como una sombrerera.

—Habrá criminales, gobiernos crueles, conspiradores, aventureros y buena gente normal trastornada de sólo pensar en tu riqueza... Todos ellos te esperarán para secuestrarte, asaltarte e incluso matarte...

—¿Por qué matarme?

—Para hacerse pasar por ti y tratar de obtener tu dinero —explicó el médico—. Mira, ésta es tu gran decisión. Si escoges la caja grande, podemos ponerte en un convoy de veleros y llegarás allá en varios cientos o miles de años. Pero llegarás allá, con una seguridad del noventa y nueve coma noventa y nueve por ciento. O podemos enviar la caja grande en una nave de planoforma, y alguien te robará. O bien te reducimos y te guardamos en la caja pequeña.

—¿Esta cajita? —exclamó Rod.

—Reducido. Tú has reducido ovejas, ¿verdad?

—He oído hablar de ello. Pero no con hombres. ¿Deshidratar mi cuerpo, poner mi cabeza en conserva y congelar esa jodida mezcla?

—Así es. ¡Exacto! —exclamó alegremente el médico—. Eso te dará una buena oportunidad de llegar con vida.

—¿Pero quién me volverá a unir? Necesitaría mi propio médico... —Le temblaba la voz ante lo antinatural del riesgo, no ante el peligro.

—He aquí tu médico —indicó el Señor Dama Roja—, ya adiestrado.

—Estoy a tu servicio —se presentó el pequeño animal de la Tierra, el «mono», con una pequeña reverencia ante los presentes—. Me llamo M'gentur y he sido condicionado como médico, cirujano y barbero.

Las mujeres jadearon. Hopper y Bill miraron horrorizados al pequeño animal.

—¡Eres una subpersona! —aulló Hopper—. Nunca hemos dejado esas criaturas sueltas en Norstrilia.

—No soy una subpersona. Soy un animal. Condicionado para...

El mono saltó. El grueso cuchillo de Hopper vibró como un instrumento musical al chocar contra el blando acero de la pared. En la otra mano, Hopper empuñaba un cuchillo largo y delgado, listo para clavarlo en el corazón de Dama Roja.

La mano izquierda del Señor Dama Roja relampagueó. Algo lanzó un silencioso y terrible fulgor. Se oyó un siseo.

Donde había estado Hopper, una nube de humo denso y aceitoso que apestaba a carne quemada se elevó en una lenta espiral hacia los conductos de ventilación. En la silla donde se sentaba Hopper quedaron sus ropas y pertenencias, entre ellas un diente

postizo. Estaban intactos. La copa aún estaba en el suelo: Hopper nunca terminaría la bebida.

El médico miró a Dama Roja con un raro destello en los ojos.

—Verificado e informado a la Armada de Vieja Australia del Norte.

—Yo también lo informaré... —declaró el Señor Dama Roja—. Uso de armas en zona diplomática.

—No tiene importancia —dijo John Fisher cien, no enfadado, sino pálido y demudado. La violencia no lo intimidaba, pero la firmeza sí—. Continuemos. ¿Qué caja escoges, muchacho, la grande o la pequeña?

La criada Eleanor se levantó. No había dicho nada pero ahora dominaba la situación.

—Llevadlo allí, muchachas —ordenó—, y lavadlo como si lo preparaseis para el Jardín de la Muerte. Yo también me lavaré allí. Siempre he querido ver los azules cielos de la Tierra, y nadar en una casa frente a las grandes aguas. Yo viajaré en la caja grande, Rod. Si llego viva, me deberás algunas recompensas en la Tierra. Toma la caja pequeña, querido Rod, toma la caja pequeña. Y a ese pequeño y peludo doctor. Rod, confío en él.

Rod se levantó.

El y Eleanor eran el blanco de todas las miradas.

—¿Estás de acuerdo? —preguntó el Señor Dama Roja.

Rod asintió.

—¿Aceptas ser reducido y colocado en la caja pequeña para tu traslado instantáneo a la Tierra?

Rod asintió de nuevo.

—¿Pagarás todos los gastos adicionales?

Rod aceptó una vez más.

—¿Me autorizas a seccionarte y reducirte —preguntó el médico—, con la esperanza de que seas reconstituido en la Tierra?

Rod también asintió.

—El gesto no es suficiente —advirtió el médico—. Tienes que expresar tu asentimiento para que quede constancia.

—Estoy de acuerdo —murmuró Rod.

La tía Doris y Lavinia se le acercaron para conducirlo al vestidor y cuarto de baño. Cuando iban a cogerle los brazos, el médico palmeó la espalda de Rod con un movimiento extraño y veloz. Rod se estremeció.

—Un hipnótico profundo —explicó el médico—. Podéis llevar el cuerpo, pero las próximas palabras que pronuncie, si la suerte es favorable, las dirá en la Vieja Tierra.

Las mujeres estaban atónitas, pero se llevaron a Rod a fin de prepararlo para las operaciones y el viaje.

El médico se volvió hacia el Señor Dama Roja y John Fisher, el secretario financiero.

—Buen trabajo —comentó—. Lástima por ese hombre.

Bill estaba paralizado de pena en su silla, contemplando la ropa vacía de Hopper en la silla de al lado.

La consola tintineó:

—Doce horas, hora de Greenwich. No hay informes meteorológicos adversos en la costa del canal ni en Meeya Meefla o los edificios de Terrapuerto. ¡Todo correcto!

El Señor Dama Roja sirvió bebidas a los señores y propietarios. No ofreció nada a Bill. A estas alturas no tenía sentido.

Del otro lado de la puerta, donde estaban aseando el cuerpo, la ropa y el cabello del hipnotizado Rod, Lavinia y tía Doris reanudaron sin darse cuenta la ceremonia del Jardín de la Muerte y alzaron la voz en una suerte de salmodia elegiaca:

*En el Jardín de la Muerte, nuestros jóvenes
han saboreado el valiente gusto del miedo.*

*Con brazos musculosos y lengua locuaz,
ganaron y perdieron, se nos fueron.*

Los tres hombres escucharon atentamente unos instantes. Desde el otro cuarto les llegaron los ruidos de la criada Eleanor, que se lavaba, sola y sin ayuda, para un largo viaje y una posible muerte.

El Señor Dama Roja soltó un suspiro.

—Tómame una copa, Bill. Hopper se lo buscó.

Bill rehusó hablar pero aceptó la bebida.

El Señor Dama Roja llenó su copa y las de los demás. Se volvió hacia John Fisher cien y le dijo:

—¿Lo embarcarás?

—¿A quién?

—Al muchacho.

—Eso pretendía hacer.

—Será mejor que no —advirtió el Señor Dama Roja.

—¿Quieres decir que hay peligro?

—Por decirlo de forma suave —dijo el Señor Dama Roja—. No puedes pensar en desembarcarlo en Terrapuerto. Ponlo en un buen puesto médico. Hay uno antiguo, todavía utilizable, en Marte, si no lo han clausurado. Conozco la Tierra. La mitad de la población de la Tierra estará esperando para saludarlo y la otra mitad estará esperando para asaltarlo.

—Tú representas al gobierno de la Tierra, señor y comisionado —dijo John Fisher—. No hablas muy bien de tu propia gente.

—No son siempre así —rió Dama Roja—. Sólo cuando se acaloran. El sexo no se puede comparar con el dinero cuando hablamos de los humanos de la Tierra. Todos creen que desean poder, libertad y otras seis cosas imposibles. No hablo en nombre del gobierno de la Tierra al decir esto. Sólo en mi propio nombre.

—Si nosotros no lo embarcamos, ¿quién lo hará? —preguntó Fisher.

—La Instrumentalidad.

—¿La Instrumentalidad? No os dedicáis al comercio. ¿Cómo lo haréis?

—No nos dedicamos al comercio, pero nos hacemos cargo de emergencias. Puedo consignar un crucero de salto largo y él estará allí meses antes de lo que todos esperan.

—Ésas naves son de combate. ¡No se pueden usar para transportar pasajeros!

—¿No? —sonrió el Señor Dama Roja.

—¿La Instrumentalidad sería capaz de...? —murmuró Fisher, con una sonrisa de asombro—. El importe sería tremendo. ¿Cómo lo pagarás? Sería difícil de justificar.

—El pagará. Una donación especial por un servicio especial. Un megacrédito por el viaje.

El secretario financiero silbó.

—Es un precio exorbitante por un solo viaje. Supongo que quieres dinero REAL y no dinero de superficie.

—No. Dinero TAL.

—¡Pasteles calientes con mantequilla, hombre! Este viaje será mil veces más caro que el que nadie haya hecho.

El gigantesco médico lo estaba escuchando e intervino:

—Señor y propietario Fisher, yo lo recomiendo.

—¿Tú? —exclamó airadamente John Fisher—. ¿Eres un norstriliano y quieres robar a ese pobre muchacho?

—¿Pobre muchacho? —resopló el médico—. De ninguna manera. Y el viaje no sirve de nada sí no llega vivo. Nuestro amigo es extravagante pero tiene buenas ideas. Sugiero un cambio.

—¿Cuál es? —se apresuró a preguntar el Señor Dama Roja.

—Un megacrédito y medio por el viaje de ida y vuelta. Si llega en buenas condiciones y con su misma personalidad, al margen de las causas naturales. Pero con esta condición: sólo un kilocrédito si llega a la Tierra muerta.

John Fisher se frotó la barbilla. Sus ojos desconfiados se volvieron hacia Dama Roja, quien se había sentado y escrutaba al médico, cuya cabeza aún chocaba contra el techo.

Una voz habló a sus espaldas.

—Acepta, secretario financiero —aconsejó Bill—. De nada le valdrá el dinero si llega muerto. No puedes luchar contra la Instrumentalidad, no puedes mostrarte intransigente con la Instrumentalidad, y tampoco puedes comprarla. Con lo que nos han sacado durante todos estos miles de años, tienen más *stroon* que nosotros. Oculto en alguna parte. ¡Tú! —se dirigió rudamente al Señor Dama Roja—, ¿sabes cuántas riquezas posee la Instrumentalidad?

El Señor Dama Roja arrugó el gesto.

—Nunca he pensado en ello. Supongo que tendrán un límite. Pero nunca se me ocurrió pensarlo. Aunque sí tenemos contables.

—Como ves —dijo Bill—, incluso la Instrumentalidad odia perder dinero. Acepta la oferta del médico, Dama Roja. Compromételo, Fisher. —El uso de los apellidos constituía una extrema descortesía, pero los dos hombres quedaron convencidos.

—Lo haré —aceptó Dama Roja—. Se parece mucho a un seguro, para el cual no estamos autorizados. Lo incluiré como su cláusula de emergencia.

—Acepto —declaró John Fisher—. Pasarán mil años hasta que otro secretario financiero de Norstrilia pague dinero por un billete como éste, pero vale la pena. Por él. Lo registraré en sus cuentas. Por nuestro planeta.

—Yo seré testigo —dijo el médico.

—No —masculló Bill—. Ese muchacho tiene un amigo aquí. Yo seré testigo.

Los tres lo contemplaron.

Él sostuvo la mirada.

Al fin cedió.

—Señores, por favor, permitidme ser el testigo.

El Señor Dama Roja asintió y abrió la consola. Él y John Fisher redactaron el contrato. Luego Bill gritó su nombre completo como testigo.

Las dos mujeres trajeron a Rod McBán, desnudo como cuando llegó al mundo. Estaba inmaculadamente limpio y miraba hacia delante como sumido en un sueño inabarcable.

—Allí está la sala de operaciones —indicó el Señor Dama Roja—. Si no os molesta, usaré antiséptico para rociarnos.

—Desde luego —observó el médico—. Debes hacerlo.

—¿Vais a cenarlo y hervirlo aquí y ahora? —exclamó la tía Doris.

—Aquí y ahora —respondió el Señor Dama Roja—, si el doctor lo aprueba. Cuanto antes parta, mayor oportunidad tendrá de llegar con vida.

—Consiento —dijo el médico—. Apruebo.

Cogió la mano de Rod para guiarlo hacia el cuarto donde estaban el ataúd largo y la caja pequeña. A una señal de Dama Roja, las paredes se habían abierto para mostrar un quirófano completo.

—Un momento —objetó el Señor Dama Roja—. Llama a tu colega.

—Desde luego —dijo el médico.

El mono saltó rápidamente del cesto cuando mencionaron su nombre.

Juntos, el gigante y el mono condujeron a Rod al cuarto reluciente. Cerraron la puerta.

Los demás se sentaron con nerviosismo.

—Señor y propietario Dama Roja —dijo Bill—, ya que me quedo, ¿puedo tomar un poco más de esa bebida?

—Desde luego, señor —respondió el Señor Dama Roja, sin tener idea de cuál era el

título de Bill.

Rod no gritó, no pateó, no protestó. Sólo les llegó el tufo dulzón de medicamentos desconocidos atravesando los conductos de ventilación. Las dos mujeres callaban. Eleanor, envuelta en una enorme toalla, fue a sentarse con los demás. En la segunda hora de la operación de Rod, Lavinia se echó a llorar.

No pudo evitarlo.

TRAMPAS, FORTUNAS Y OBSERVADORES

Todos sabemos que ningún sistema de comunicaciones es impenetrable. Aun dentro de las vastas redes de comunicaciones de la Instrumentalidad, había puntos débiles, zonas frágiles, hombres dudosos. El ordenador MacArthur-McBan, oculto en el palacio del Gobernador de la Noche, había tenido tiempo para elaborar abstracciones económicas y patrones meteorológicos, pero no había saboreado el amor ni la maldad humana. Todos los mensajes relacionados con la especulación de Rod acerca de las cosechas de santaclara y la exportación de *stroon* habían salido sin cifrar. No era de extrañar que en muchos mundos la gente viera en Rod una ocasión, una oportunidad, una víctima, un benefactor o un enemigo. Pues todos conocemos el viejo poema:

*La suerte es cara, la gente es rara.
Todos aman el dinero.
Si pierdes, vende a tu madre,
gana el premio y compra otra.
¡Mientras otros se derrumban,
quizá consigas un montón de dinero!*

Esto se aplicaba también a este caso. La noticia causó un gran revuelo.

EN LA TIERRA, EL MISMO DÍA, EN TERRAPUERTO

El comisionado Bebedor de Té tamborileó sobre sus dientes con un lápiz.

Cuatro megacréditos de dinero TAL, y mucho más al caer.

Bebedor de Té vivía en una fiebre de humillación perpetua. Él la había escogido. Se llamaba «la vergüenza honorable», y se aplicaba a los ex Señores de la Instrumentalidad que escogían una larga vida en vez del servicio y el honor. Tenía más de mil años, pues había rechazado su carrera, su reputación y su autoridad a cambio de una larga vida de más de mil años. (La Instrumentalidad había aprendido, tiempo atrás, que el mejor sistema para proteger a sus miembros de la tentación era tentándolos ella misma. Al ofrecer la «vergüenza honorable», y puestos bajos y seguros dentro de la Instrumentalidad a aquellos Señores que podían sentir la tentación de cambiar una larga vida por sus secretos, retenía a sus desertores potenciales. Bebedor de Té era uno de ellos.)

Vio la noticia, y era un hombre hábil y astuto. Con dinero no podía hacer nada contra la Instrumentalidad, pero el dinero obraba milagros en la Tierra. Podía comprar un mínimo de honor. Quizá pudiera hacer falsificar los documentos para casarse de nuevo. Se sonrojó ligeramente, aun después de cientos de años, cuando recordó el enfado de su primera esposa al ver que él solicitaba una larga vida y la vergüenza honorable: «Vive, estúpido, vive y mírame morir sin ti, dentro de los decentes cuatrocientos años que disfrutan todos los demás si trabajan por ello y lo desean. Mira cómo mueren tus hijos, tus amigos, mira cómo todas tus aficiones e ideas se vuelven anticuadas. ¡Haz lo que quieras, hombrecito mezquino, y déjame morir como un ser humano!»

Unos cuantos megacréditos solucionarían ese problema.

Bebedor de Té estaba a cargo de los visitantes. Su subhombre, el vacuno T'dank, era el guardián de las arañas depredadoras, insectos de una tonelada, domesticadas a medias, que realizaban trabajos de emergencia cuando fallaban los servicios de la torre. No necesitaría retener mucho tiempo al comerciante norstriliano. Tan sólo el tiempo imprescindible para registrar una orden y asesinarlo.

Tal vez no. Si la Instrumentalidad lo sorprendía, lo sometería a castigos de sueño, cosas peores que Shayol mismo.

Tal vez sí. Si triunfaba, cambiaría una cuasiinmortalidad de aburrimiento por unas décadas de jugosa diversión.

Tamborileó de nuevo sobre los dientes.

—No hagas nada, Bebedor de Té —se dijo—, pero piensa, piensa, piensa. Esas arañas pueden tener posibilidades.

EN VIOLA SIDÉREA, EN EL CONSEJO DE LA LIGA DE LADRONES

—Poned dos cruceros policiales modificados en órbita solar. Registradlos para alquiler o para venta, así no nos molestará la policía.

»Poned un agente en cada nave de pasajeros que se dirija a la Tierra dentro del tiempo establecido.

»Recordad, no queremos al hombre. Sólo su equipaje. Sin duda llevará media tonelada de *stroon*. Con semejante fortuna podríamos saldar todas las deudas que acumulamos con el asunto Bozart. Es curioso, no hemos oído hablar más de Bozart. Nada.

»Poned tres ladrones veteranos en Terrapuerto. Aseguraos de que tengan *stroon* falso, diluido hasta una milésima, para que puedan cambiar el equipaje si tienen oportunidad.

»Sé que todo esto cuesta dinero, pero tenéis que gastar dinero para conseguirlo. ¿De acuerdo, caballeros de las artes del latrocinio?

Un coro aprobatorio resonó alrededor de la mesa. Sólo un viejo y sabio ladrón intervino:

—Ya sabéis mi opinión.

—Sí —dijo el presidente, con seguro y amable odio—, conocemos tu opinión. Asaltar cadáveres. Limpiar ruinas. Convertirnos en hienas humanas y no en lobos humanos.

Con inesperado humor el viejo replicó:

—Es una forma poco amable de decirlo, pero es correcta. Y más segura.

—¿Es necesaria una votación? —preguntó el presidente, mirando en torno.

Hubo un coro de negaciones.

—Aprobado, pues —dijo el presidente—. Golpead duro, y golpead el blanco pequeño, no el grande.

DIEZ KILÓMETROS BAJO LA SUPERFICIE DE LA TIERRA

—¡Él viene, padre! Él viene.

—¿Quién viene? —dijo la voz, resonante como un gran tambor.

A'lamelanie lo dijo como si rezara:

—El bendito, el designado, el fiador de nuestro pueblo, el nuevo mensajero sobre el cual coincidieron el robot, la rata y el copto. Viene con dinero para ayudarnos, para salvarnos, para abrirnos la luz del día y las bóvedas del cielo.

—Estás blasfemando —advirtió el A'telekeli.

La muchacha calló. No sólo respetaba a su padre, sino que lo adoraba como su líder religioso personal. Los grandes ojos del A'telekeli fulguraron como si pudieran escudriñar las honduras del espacio a través de miles de metros de tierra y piedra. Quizás alcanzara a ver tan lejos. Ni siquiera sus propios seguidores estaban seguros de los límites de su poder. La cara y las plumas blancas daban a sus penetrantes ojos un aire de milagrosa agudeza.

Con calma y amabilidad añadió:

—Te equivocas, querida. Simplemente no sabes quién es ese hombre, McBan.

—¿No podría estar escrito? —entonó ella—. ¿No podría estar prometido? Esa es la dirección del espacio desde donde el robot, la rata y el copto enviaron nuestro muy especial mensaje: «De las más hondas profundidades vendrá alguien que traerá tesoros incontables y una entrega segura.» Podría ser ahora. ¿O no?

—Querida —respondió el A'telekeli—, aún tienes una idea muy simple de lo que es un tesoro si piensas que se mide en megacréditos. Ve a leer el Recorte del Libro, luego piensa, y después ven a decirme qué has pensado. Pero entre tanto, basta de charla. No debemos excitar a nuestro pobre pueblo oprimido.

RUTH, EN LA PLAYA CERCA DE MEEYA MEEFLA

Ese día Ruth no pensaba en Norstrilia ni en tesoros. Trataba de pintar acuarelas de los acantilados y le salían bastante mal. Las olas reales seguían siendo demasiado hermosas y los colores del agua parecían acuarelas.

EL CONSEJO TEMPORAL DE LA COMMONWEALTH DE VIEJA AUSTRALIA DEL NORTE

—Toda la chusma de todos los mundos. Todos se abalanzarán sobre ese tonto muchacho nuestro. —Correcto.

—Si se queda aquí, vendrán aquí. —Correcto. —Que se vaya a la Tierra. Tengo la sensación de que ese granuja de Dama Roja lo sacará esta noche ilegalmente para ahorrarnos el problema.

—Correcto.

—Al cabo de un tiempo él podrá regresar. No arruinará nuestra defensa hereditaria de aparentar estupidez. Temo que, a pesar de ser brillante, sea sólo un patán según las pautas de la Tierra.

—Correcto.

—¿Deberíamos enviar veinte o treinta Rod McBan más para confundir a los atacantes?

—No.

—¿Por qué no, señor y propietario?

—Porque sería astuto. Nuestra técnica es no parecer astutos. Tengo una solución mejor.

—¿Cuál es?

—Sugerir en todos los mundos realmente duros que somos conscientes de que un buen impostor podría adueñarse del dinero de McBan. Hacer la sugerencia de tal modo que no sospechen que nosotros lanzamos el rumor. Las rutas estelares se llenarán de Rod McBans con falso acento norstriliano durante doscientos años. Y nadie sospechará que nosotros los instigamos. Estúpido es la palabra, cama-rada, estúpido. Si llegan a pensar que somos listos, no habrá nada que hacer. —El hombre suspiró—. ¿Cómo creen los muy tontos que nuestros antepasados escaparon de Paraíso VII, sí no eran listos? ¿Cómo creen que mantuvimos este pequeño y lucrativo monopolio durante miles de años? Son estúpidos al no pensar en ello, pero no los hagamos pensar. ¿Correcto?

—Correcto.

EXILIO CERCANO

Rod despertó con una extraña sensación de bienestar. En un rincón de la mente tenía recuerdos de un pandemonio: cuchillos, sangre, medicamentos, un mono que ejercía de cirujano. ¡Extraños sueños! Miró alrededor y quiso saltar de la cama.

¡El mundo entero estaba en llamas!

Un fuego brillante, ardiente, intolerable como un soplete.

Pero la cama lo retuvo. Notó que su holgada y cómoda chaqueta terminaba en cintas que estaban atadas a la cama.

—¡Eleanor! —gritó—. Ven aquí.

Recordó el ataque del gorrión loco. Recordó que Lavinia lo había llevado a la cabaña del enjuto terrícola, el Señor Dama Roja. Recordó medicamentos y agitación. Pero ¿qué era esto?

La puerta se abrió dejando entrar más de esa luz intolerable. Era como si hubieran arrancado todas las nubes del cielo de Vieja Australia del Norte, dejado sólo el cielo ardiente y el sol abrasador. Algunas personas habían visto este espectáculo cuando las máquinas climáticas se estropeaban y un huracán horadaba las nubes, pero desde luego no había ocurrido en tiempos de Rod, ni en tiempos de su abuelo.

El hombre que entró parecía afable, pero no era norstriliano. Tenía los hombros estrechos, no parecía capaz de levantar una vaca, y se había lavado la cara con tanto esmero que parecía un rostro de bebé. Llevaba puesto un extraño traje de médico, totalmente blanco, y su sonrisa revelaba la simpatía de un buen profesional.

—Veo que nos sentimos mejor —dijo.

—¡Por la Tierra! ¿Dónde estoy? —preguntó Rod—. ¿En un satélite? Es muy raro.

—No estás en la Tierra.

—Ya lo sé. Nunca he estado allí. ¿Qué es este lugar?

—Marte. La Estación Vieja Estrella. Yo soy Jean-Jacques Vomact. —Rod murmuró el nombre con tanta dificultad que el hombre tuvo que deletrearlo. Cuando eso quedó claro, Rod insistió en su pregunta.

—¿Dónde queda Marte? ¿Puedes desatarme? ¿Cuándo se apagará esta luz?

—Te desataré en seguida —aseguró el doctor Vomact—, pero quédate en cama y tómallo con calma hasta que te hayamos dado algo de comer y te sometamos a algunas pruebas. La luz... es la luz del sol. Yo diría que tardará unas siete horas, tiempo local, en irse. Estamos a media mañana. ¿No sabes qué es Marte? Es un planeta.

—Nuevo Marte, querrás decir —replicó Rod con orgullo—, el que tiene las enormes tiendas y los jardines zoológicos.

—Las únicas tiendas que tenemos aquí son la cafetería y el teatro de imágenes. ¿Nuevo Marte? He oído hablar de ese lugar en alguna parte. Tiene grandes tiendas y una especie de espectáculo con animales. Elefantes que puedes sostener en la mano. Sí. Pero no estás en ese lugar. Espera un segundo, empujaré tu cama hasta la ventana.

Rod miró ávidamente al exterior. Era estremecedor. Un oscuro y desnudo cielo sin nubes. Aquí y allá se veían algunos orificios. Parecían las «estrellas» que la gente veía cuando estaba en una nave espacial, en tránsito de un planeta nuboso a otro. Una luz espantosa y explosiva que colgaba en lo alto del cielo sin apagarse lo dominaba todo. Sintió el impulso de protegerse de la explosión, pero comprendió que el doctor no sentía el menor temor ante esa bomba de hidrógeno crónica, fuera lo que fuese. Tratando de dominar la voz para no parecer un niño, preguntó:

—¿Qué es eso?

—El Sol.

—Sin rodeos, amigo. Dime la verdad. Todos llaman sol a su estrella. ¿Cuál es ésa?

—El Sol. El Sol original. El Sol de la Vieja Tierra. Y esto es Marte. Ni siquiera Viejo Marte. Ni Nuevo Mane, por supuesto. Es el vecino de la Tierra.

—¿Esa cosa nunca se apaga, nunca explota, nunca se va?

—¿Te refieres al Sol? —preguntó el doctor Vomact—. No, no lo creo. Supongo que ya brillaba así para tus antepasados y los míos hace medio millón de años, cuando todos correteábamos desnudos por la Tierra. —El doctor no dejaba de moverse mientras hablaba. Cortó el aire con una extraña llavecita, y las cintas se aflojaron. Los guantes

cayeron de las manos de Rod. Rod se miró las manos bajo la intensa luz y advirtió que tenían un aspecto extraño. Le parecían tersas, desnudas y limpias, como las manos del doctor. Evocó extraños recuerdos, pero sus dificultades para lingüar y audir lo habían vuelto cauteloso e intuitivo, así que no se delató.

—Si estamos en el viejo viejo Marte, ¿por qué me hablas en el idioma de Vieja Australia del Norte? Pensaba que mi pueblo era el único del universo que aún hablaba inglés antiguo. —Pasó orgullosa pero torpemente a la Vieja Lengua Común—: Como ves, mis parientes designados también me enseñaron este idioma. Nunca antes había estado fuera de mi mundo.

—Hablo tu idioma porque lo aprendí —explicó el doctor—. Lo aprendí porque me pagaste muy generosamente para aprenderlo. En los meses que pasé reconstituyéndote, ha resultado bastante útil. Sólo hoy hemos abierto el portal de la memoria y la identidad, pero ya he hablado contigo cientos de horas.

Rod trató de hablar.

No podía emitir una palabra. Tenía la garganta seca y temía vomitar la comida, si es que tenía algo en el estómago.

El doctor le apoyó una mano cordial en el brazo.

—Calma, señor y propietario McBán, calma. Todos estamos así cuando volvemos.

—¿He estado muerto? —graznó Rod—. ¿Muerto? ¿Yo?

—No exactamente muerto, pero casi.

—La caja... ¡La pequeña caja! —exclamó Rod.

—¿Qué pequeña caja?

—Por favor, doctor... la caja donde vine...

—La caja no era tan pequeña —dijo el doctor Vomact. Juntó las manos en el aire y trazó una forma de sombrerera, como la caja que Rod había visto en la sala de operaciones del Señor Dama Roja—. Era de este tamaño. Tu cabeza viajó sin reducir. Por eso fue tan fácil devolvete a la normalidad sin problemas y tan pronto.

—¿Y Eleanor?

—¿Tu compañera? También ha logrado llegar. Nadie interceptó la nave.

—Es decir, que el resto también es cierto. ¿Todavía soy el hombre más rico del universo? ¿Y me he ido de casa? —Rod habría querido golpear la manta, pero se contuvo.

—Me alegra verte expresar tantos sentimientos acerca de tu situación —sonrió el doctor Vomact—. Te mostraste muy emotivo cuando estabas bajo los sedantes e hipnóticos, pero empezaba a preguntarme cómo te ayudaríamos a comprender tu situación cuando regresaras, como lo has hecho, a la vida normal. Perdóname por hablar así. Parezco una revista de medicina. Es difícil trabar amistad con un paciente, aunque te resulte simpático...

Vomact era un hombre menudo, una cabeza más bajo que Rod, pero tan grácilmente proporcionado que no parecía corto de estatura. Tenía la cara delgada, y un mechón de pelo negro y rebelde le caía sobre la frente. Entre los norstrilianos, se había considerado una excentricidad; pero dado que otros terrícolas se dejaban crecer mucho el pelo, debía de ser la moda de la Tierra. A Rod le parecía tonta, pero no repugnante. Pero no lo impresionaba el aspecto de Vomact sino su personalidad, que rezumaba por todos los poros. Vomact podía mostrar calma cuando sabía, por su experiencia médica, que la amabilidad y la serenidad eran necesarias, pero estas cualidades no eran habituales en él. Era vivaz, sensible, animado, locuaz en extremo, pero considerado con su interlocutor: nunca lo aburría. Ni siquiera entre las mujeres norstrilianas Rod había visto una persona que expresara tanto, con tal fluidez. Cuando Vomact hablaba, movía las manos constantemente, perfilando, describiendo, explicando lo que decía. Al hablar sonreía, fruncía el ceño, enarcaba las cejas inquisitivamente, dirigía miradas sorprendidas, ladeaba la cabeza con asombro. Rod estaba acostumbrado al espectáculo de dos

norstrilianos entablando una conversación telepática, languando y audiendo mientras los cuerpos descansaban cómodos e inmóviles y las mentes se comunicaban de forma directa. Hacer todo eso con lenguaje articulado era, para un norstriliano, una maravilla digna de ver y oír. La grata vivacidad de este médico de la Tierra contrastaba declaradamente con la peligrosa y rápida firmeza del Señor Dama Roja. Rod pensó que si la Tierra estaba llena de personas como Vomact, debía de ser un lugar delicioso pero confuso. Una vez Vomact insinuó que su familia era excepcional, de modo que incluso en el largo y fatigoso período de la perfección, cuando todos los demás tenían números, ellos habían recordado en secreto su apellido.

Una tarde Vomact sugirió que caminaran unos kilómetros por la planicie marciana, hasta las ruinas de la primera colonia humana de Mane.

—Tenemos que hablar —dijo—, pero resulta bastante fácil conversar a través de los cascos blandos. El ejercicio te será beneficioso. Eres joven y puedes resistir mucho condicionamiento.

Rod aceptó.

Durante esos días se hicieron amigos.

Rod descubrió que el doctor no era tan joven como parecía. Aparentaba apenas diez años más que él, pero tenía ciento diez años y se había sometido al primer rejuvenecimiento sólo diez años antes. Le quedaban dos más, y moriría a los cuatrocientos años si se mantenía el sistema actual para Marte.

—Quizá creas, McBan, que eres un personaje excéntrico y extravagante. Te aseguro, jovencito, que la Vieja Tierra es hoy un disparate tal que nadie te prestará atención. ¿No has oído hablar del Redescubrimiento del Hombre?

Rod titubeó. No había prestado atención a esa noticia, pero no quería dejar en mal lugar a su mundo natal haciéndolo parecer más ignorante de lo que era.

—Tiene algo que ver con el lenguaje, ¿verdad? ¿Y con la longevidad? Nunca he prestado mucha atención a las noticias de otros mundos, a menos que fueran inventos técnicos o grandes batallas. Creo que algunas personas de Vieja Australia del Norte están profundamente interesadas en la Vieja Tierra. ¿De qué se trata, de todo modos?

—La Instrumentalidad al fin se embarcó en un gran proyecto. La Tierra no ofrecía peligros, esperanzas ni recompensas, ningún futuro salvo la perpetuidad. Todos tenían una probabilidad de mil contra uno de vivir los cuatrocientos años asignados a las personas que se merecían el período completo con su actividad...

—¿Por qué no lo conseguían todos? —interrumpió Rod.

—La Instrumentalidad se encargaba de los menos longevos de un modo bastante justo. Les ofrecía deliciosos y excitantes vicios cuando llegaban a los setenta. Experiencias que combinaban estímulos electrónicos, drogas y sexo en la mente subjetiva. Quien no tenía un trabajo que hacer terminaba por aplicarse dosis de júbilo hasta que moría de pura diversión. ¿Quién quiere tener tiempo para renovaciones de apenas cien años pudiendo disfrutar de cinco o seis mil años de orgías y aventuras cada noche?

—Me parece espantoso —exclamó Rod—. Nosotros tenemos nuestras Salas de la Risa, pero la gente muere en seguida, y nunca entre sus vecinos. Imagina la horrenda interacción que uno mantendría con los normales.

La pena y la furia enturbiaron la cara del doctor Vomact. Desvió la mirada y contempló las incesantes llanuras marcianas. La querida y azul Tierra colgaba amigablemente en el cielo. Miró hacia la estrella de la Tierra como si la odiara. Le dijo a Rod, sin mirarlo:

—Es verdad, McBan. Mi madre era una persona de vida corta. Cuando ella desistió, padre también la siguió. Y yo soy normal. Creo que nunca conseguiré recuperarme del efecto. No eran mis padres verdaderos, desde luego, pues en mi familia no se llegó a tal obscenidad, pero fueron mis padres adoptivos definitivos. Siempre había pensado que los norstrilianos eran bárbaros ricos y dementes, pues mataban a los adolescentes por no saltar bien u otras estupideces, pero admito que sois bárbaros limpios. No os obligáis a

convivir con el dulzón y morboso tufo de la muerte en vuestros apartamentos...

—¿Qué es un apartamento?

—El lugar donde vivimos.

—Una casa —dijo Rod.

—No, un apartamento forma parte de una casa. Doscientos mil apartamentos forman a veces una gran casa.

—¿Quieres decir que hay doscientas mil familias en un enorme salón? La habitación tendrá kilómetros de longitud.

—¡No, no, no! —rió el doctor—. Cada apartamento tiene su propio salón, con cuartos para dormir que salen de las paredes, una sección para comer, un lavabo para ti y para los visitantes que deseen bañarse contigo, una sala-jardín, un estudio, y una sala de personalidad.

—¿Qué es una sala de personalidad?

—Un cuartito donde hacemos cosas que no queremos compartir con nuestra familia.

—Nosotros lo llamamos cuarto de baño —dijo Rod.

El doctor dejó de caminar.

—Por eso resulta tan difícil explicaros lo que está haciendo la Tierra. Sois fósiles. Conserváis el viejo idioma inglés, mantenéis vuestro sistema familiar y vuestros apellidos, habéis disfrutado de una vida ilimitada...

—Ilimitada no —corrigió Rod—. Sólo larga. Tenemos que trabajar por ella y pagarla con pruebas.

El doctor pareció compungido.

—No pretendía criticaros. Sois diferentes. Muy diferentes de lo que ha sido la Tierra. La Tierra os habría parecido inhumana. Los apartamentos de que te hablaba, por ejemplo. Dos tercios de ellos vacíos. Subpersonas que se mudan al subsuelo. Registros perdidos; trabajos olvidados. Si no fabricáramos tan buenos robots, todo se habría venido abajo al mismo tiempo. —Escrutó la cara de Rod—. Veo que no me entiendes. Tomemos un ejemplo. ¿Puedes imaginarte matándome?

—No —respondió Rod—. Me resultas simpático.

—No me refiero a eso. No a mí en particular. Supongamos que no sabes quién soy y me sorprendes molestando a tus ovejas o robando tu *stroon*.

—No podrías robar mi *stroon*. Mi gobierno se encarga de procesarlo y tú no te podrías acerca a él.

—De acuerdo, que no sea *stroon*. Supongamos que llego a tu planeta sin un permiso. ¿Cómo me matarías?

—Yo no te mataría. Lo denunciaría a la policía.

—Supongamos que te amenazo con un arma.

—En tal caso —contestó Rod—, te denunciaría, te clavaría un cuchillo en el corazón o te arrojaría una minibomba.

—¡Ahí tienes! —sonrió el doctor.

—¿Qué?

—Sabéis cómo matar a la gente, en caso necesario.

—Todos los ciudadanos lo saben —bufó Rod—, pero eso no significa que lo hagan. No estamos alardeando todo el día de nuestra fuerza, como por lo visto creen algunas personas de la Tierra.

—Precisamente. Y esto es lo que la Instrumentalidad procura hoy para la humanidad. Hacer la vida lo bastante peligrosa e interesante para que vuelva a ser real. Tenemos enfermedades, peligros, luchas, riesgos. Ha sido maravilloso.

Rod miró hacia el grupo de cobertizos que habían dejado atrás.

—No veo indicios de ello en Marte.

—Esto es una colonia militar. Ha sido excluida del Redescubrimiento del Hombre hasta que se hayan estudiado mejor los efectos. En Marte aún vivimos vidas perfectas de

cuatrocientos años. Sin peligros, cambios ni riesgos.

—¿Por qué tienes un apellido, entonces?

—Me lo dio mi padre. Era un oficial, un héroe de los mundos fronterizos que regresó y murió joven. La Instrumentalidad permitía que este tipo de personas tuvieran apellidos, antes de extender el privilegio a todo el mundo.

—¿Qué haces aquí?

—Trabajo.

El doctor reanudó la marcha. Rod no se sentía tímido a su lado. Era una persona tan desvergonzadamente locuaz, como al parecer eran la mayoría de los hombres de la Tierra, que resultaba difícil no estar a sus anchas con él. Rod asió suavemente el brazo de Vomact.

—Hay algo más...

—Lo sabes —se sorprendió Vomact—. Eres muy perceptivo. No sé si contarte...

—¿Por qué no?

—Eres mi paciente. Quizá no sea justo contigo.

—Adelante —le animó Rod—, has de saber que soy fuerte.

—Soy un criminal —dijo el doctor.

—Pero estás vivo —exclamó Rod—. En mi mundo matamos a los criminales, o los enviamos fuera del planeta.

—Yo estoy fuera del planeta. Este no es mi mundo. Para la mayoría de los que vivimos en Marte, esto es una cárcel, no un hogar.

—¿Qué hiciste?

—Es demasiado horrendo... —murmuró el doctor—. Yo mismo me avergüenzo de ello. Mi sentencia es doblemente condicional.

Rod le echó una rápido vistazo. Ese hombre parecía abrumado por el desconcierto y la pesadumbre.

—Me rebelé —continuó el médico—. Sin saberlo. La gente puede decir lo que quiere en la Tierra, y puede imprimir hasta veinte ejemplares de lo que necesite divulgar, pero más allá de eso es comunicación masiva. Va contra la ley. Cuando llegó el Redescubrimiento del Hombre, me encomendaron trabajar en el idioma español. Yo investigaba concienzudamente para publicar *La Prensa*. Bromas, diálogos, anuncios imaginarios, informes de lo que había ocurrido en el mundo antiguo. Pero luego se me ocurrió una idea brillante. Fui a Terrapuerto y obtuve noticias de las naves que llegaban. Qué ocurría aquí y allá. ¡No tienes ni idea, Rod, de lo interesante que es la humanidad! Y las cosas que hacemos... tan extrañas, tan cómicas, tan lamentables. Las noticias llegan incluso en máquinas, todas marcadas con «uso oficial exclusivo». No presté atención y publiqué un número que sólo contenía verdades. Un número real, con datos.

»*Publiqué noticias verdaderas.*

»Rod, se armó un revuelo. Todas las personas que estaban recondicionadas para el español fueron sometidas a pruebas de estabilidad. Me preguntaron si conocía la ley. Respondí que la conocía. Nada de comunicaciones masivas excepto dentro del gobierno. La noticia es la madre de la opinión, la opinión provoca la ilusión colectiva, la ilusión es el origen de la guerra. La ley era tajante y yo no le di importancia. Pensé que era sólo una vieja ley.

»Me equivocaba, Rod, me equivocaba. No me acusaron de violar la ley de noticias. Me acusaron de rebelión contra la Instrumentalidad. Me sentenciaron a muerte instantánea. Luego hicieron condicional la sentencia. La condición era que me fuera del planeta y observara una buena conducta. Cuando llegué aquí, la hicieron doblemente condicional. La segunda condición era que mi acto no tuviera malas consecuencias. *¡Pero no lo puedo averiguar!* Puedo volver a la Tierra en cualquier momento. Eso no constituye un problema. Si piensan que mi fechoría aún tiene efectos, me someterán a castigos de sueño o me enviarán a ese planeta horrendo. Si piensan que todo ha pasado, me devolverán la

ciudadanía con una carcajada. Pero ellos no saben lo peor. Mi subhombre aprendió español y el subpueblo continúa publicando el periódico clandestinamente. Ni siquiera puedo imaginar qué harán conmigo si averiguan lo sucedido y se enteran de que yo lo empecé. ¿Crees que me equivoco, Rod?

Rod lo miró fijamente. No estaba acostumbrado a juzgar a los adultos, y menos a que se lo pidieran. En Vieja Australia del Norte la gente mantenía cierta distancia. Había un modo correcto de hacer cada cosa, y una de las cosas más correctas consistía en tratar sólo con gente de tu misma edad.

Trató de ser justo, de pensar como un adulto.

—Claro que creo que te equivocas, señor y doctor Vomact —respondió—. Pero no demasiado. Ninguno de nosotros debería jugar con la guerra.

Vomact aferró el brazo de Rod. Era un gesto histérico y desagradable.

—Rod —susurró con urgencia—, tú eres rico. Vienes de una familia importante. ¿Podrías llevarme a Vieja Australia del Norte?

—¿Por qué no? Puedo pagar por todos los visitantes que quiera.

—No, Rod, no así. Como inmigrante.

Rod se puso tenso.

—¿Inmigrante? —exclamó—. La pena por la inmigración es la muerte. Matamos a nuestra propia gente para impedir que aumente la población. ¿Cómo podríamos permitir que se instalen forasteros entre nosotros? Y el *stroon*. ¿Qué pasaría con eso?

—Olvídalo, Rod —suspiró Vomact—. No volveré a molestarte. No lo mencionaré de nuevo. Resulta cansado vivir muchos años con la muerte acechando tras cada puerta, en cada llamada, sobre cada página del archivo de mensajes. No me he casado. ¿Cómo podría hacerlo? —Cambió repentinamente de humor, y dijo jovialmente—: Tengo un medicamento, Rod, un medicamento para médicos, y también para rebeldes. ¿Sabes qué es?

—¿Un tranquilizante? —Rod aún estaba atónito ante la indecencia de alguien que le mencionaba la inmigración a un norstriliano. Le costaba pensar con claridad.

—Trabajo —sonrió el menudo Vomact—, ése es mi medicamento.

—El trabajo siempre es bueno —afirmó Rod, sintiéndose solemne ante la generalización. La tarde había perdido su magia.

El doctor también sentía lo mismo. Suspiró.

—Te mostraré los viejos cobertizos que construyeron los primeros colonos de la Tierra. Luego iré a trabajar. ¿Sabes cuál es mi trabajo principal?

—No —respondió Rod cortésmente.

—Tú —explicó el doctor Vomact, con una de sus sonrisas tristes, alegres y maliciosas—. Estás bien, pero tengo que lograr que estés mejor que bien. Tengo que hacerte invulnerable.

Habían llegado a los cobertizos.

Las ruinas eran antiguas, pero no muy imponentes. Se parecían a las casas de las fincas más modestas de Norstrilia.

Mientras regresaban, Rod preguntó como por casualidad:

—¿Qué harás conmigo, señor y doctor?

—Lo que deseas —respondió Vomact sin darle importancia.

—¿De verdad? ¿Qué?

—Bien, el Señor Dama Roja envió un cubo con sugerencias. Mantener tu personalidad. Mantener tus imágenes retínales y cerebrales. Cambiar tu aspecto físico. Modificar a tu criada para darle el aspecto de un varón joven que se ajuste a tu descripción.

—No le puedes hacer eso a Eleanor. Es ciudadana.

—No aquí, no en Marte. Ella forma parte de tu equipaje.

—¿Y sus derechos legales?

—Esto es Marte, Rod, pero forma parte del territorio de la Tierra. Bajo la jurisdicción de

la Tierra. Bajo el control directo de la Instrumentalidad. Podemos hacer estas cosas. La parte difícil es: ¿aceptarías hacerte pasar por un subhombre?

—¿Cómo voy a saberlo? Nunca he visto ninguno.

—¿Soportarías la vergüenza?

Por toda respuesta, Rod se echó a reír.

—Los norstrilianos sois raros —suspiró Vomact—. Yo preferiría morir antes que me confundieran con un subhombre. ¡Es una humillación, una vergüenza! Pero el Señor Dama Roja dijo que llegarías a la Tierra libre como una alondra si te hacíamos pasar por un hombre-gato. De paso, Rod, tu esposa ya está aquí.

Rod se paró en seco.

—¿Esposa? No tengo esposa.

—Tu esposa-gato —explicó el doctor—. Claro que no es un matrimonio verdadero. Al subpueblo no se le permite el matrimonio. Pero se le permite una relación que se parece al matrimonio y a veces cometemos el desliz de llamarlos marido y mujer. La Instrumentalidad ya ha enviado a una muchacha-gato para que se haga pasar por tu esposa. Viajará contigo desde Marte a la Tierra. Seréis un par de gatos afortunados que ha presentado números de danza y acrobacia para el aburrido personal de nuestra estación.

—¿Y Eleanor?

—Supongo que alguien la confundirá contigo y la matará. Para eso la has traído, ¿no? ¿No eres lo bastante rico?

—No, no, no —exclamó Rod—. Nadie es tan rico. Tenemos que pensar en otra solución.

Mientras caminaban, hicieron nuevos planes para proteger tanto a Eleanor como a Rod.

Cuando entraron en el cobertizo y se quitaron los cascos, Rod dijo:

—¿Puedo ver a mi esposa?

—La verás aunque no mires —dijo Vomact—. Es impetuosa como el fuego y aún más bella.

—¿Tiene nombre?

—Claro que sí. Todos lo tienen.

—¿Cómo se llama?

—G'mell.

HOSPITALIDAD Y ACECHANZAS

La gente esperaba, aquí y allá. Si hubiera habido cobertura informativa, la población habría convergido en Terrapuerto con curiosidad, pasión o codicia. Pero hacía tiempo que las noticias estaban prohibidas; la gente sólo podía conocer sucesos de interés personal; los centros de la Tierra no sufrieron disturbios. Aquí y allá, mientras Rod viajaba de Marte a la Tierra, había expectativas, pero en general el mundo de la Vieja Tierra permanecía tranquilo, excepto por el perenne burbujeo de los problemas internos.

EN LA TIERRA, EL DÍA DEL VUELO DE ROD, EN TERRAPUERTO

—Esta mañana me excluyeron de la reunión, a pesar de que yo estoy a cargo de los visitantes. Eso significa que algo importante está al caer —comentó el comisionado Bebedor de Té a su subhombre T'dank.

T'dank, esperando un día aburrido, rumiaba sentado en un taburete. Sabía mucho más que su amo sobre el caso; había obtenido la información adicional en las fuentes secretas del subpueblo, pero estaba resuelto a no delatarse, a no decir nada. Tragó deprisa la comida y dijo con su serena y tranquilizadora voz de toro:

—Podría haber otra razón, señor y amo. Si estuvieran pensando en ascenderte, te excluirían de la reunión. Y es evidente que mereces un ascenso, señor y amo.

—¿Están listas las arañas? —preguntó Bebedor de Té de mal humor.

—¿Quién entiende la mentalidad de una araña gigante? —suspiró T'dank con calma—. Ayer hablé tres horas con el capataz-araña en lenguaje de señas. Quiere doce cajas de cerveza. Le dije que le daría más, que le daría diez. El pobre diablo no sabe contar, aunque cree que sabe, y se quedó contento por haber sido más listo que yo. Llevarán a la persona que designes hasta la torre de Terrapuerto y ocultarán a esa persona para que nadie la encuentre en muchas horas. Cuando yo aparezca con las cajas de cerveza, me entregarán a la persona. Luego saltaré por una ventana, llevando a la persona en mis brazos. Como muy poca gente baja por el exterior de Terrapuerto, quizá nadie repare en mí. Llevaré a la persona al palacio en ruinas que hay debajo del Alpha Ralpha Boulevard, el que me indicaste, señor y amo, y mantendré a la persona sana y salva hasta que vengas para hacer lo que tienes que hacer.

Bebedor de Té miró al hombre-toro. La cara grande, expresiva y apuesta mantenía una calma exasperante que lo sacaba de quicio. Bebedor de Té había oído decir que los hombres-toro, a causa de su origen, a veces sufrían arrebatos de furia incontrolable, pero jamás había visto semejante reacción en T'dank.

—¿No estás preocupado? —rezongó.

—¿Por qué iba a estarlo, señor y amo? Tú te estás preocupando por los dos.

—¡Vete a freír espárragos!

—Esta no es una orden operativa —dijo T'dank—. Sugiero que el amo coma algo. Eso le calmará los nervios. Hoy no pasará nada en absoluto, y para los hombres verdaderos resulta muy difícil no esperar nada en absoluto. He advertido que muchos de ellos pierden los estribos.

Bebedor de Té apretó los dientes, irritado ante esa conducta tan racional. No obstante, sacó un plátano deshidratado del cajón de su escritorio y se puso a comer.

Miró con fastidio a T'dank.

—¿Quieres una de estas cosas?

T'dank se bajó del taburete con sorprendente agilidad. En un instante estuvo ante el escritorio, extendiendo la manaza.

—Sí, señor. Me encantan los plátanos.

Bebedor de Té le dio uno.

—¿Estás seguro de que no conoces al Señor Dama Roja? —preguntó con desconfianza.

—Tan seguro como puede estarlo un subhombre —respondió T'dank, saboreando el plátano—. Nunca sabemos bien qué nos pusieron en nuestro condicionamiento original, ni quién lo puso. Somos inferiores y se supone que no debemos saber. Está prohibido preguntar.

—¿Conque admites que podrías ser un espía o agente del Señor Dama Roja?

—Podría serlo, señor, pero no me gustaría.

—¿Sabes quién es Dama Roja?

—Tu me has dicho, señor, que es el ser humano más peligroso de toda la galaxia.

—Así es —dijo Bebedor de Té—, y si caigo en alguna trampa tendida por el Señor Dama Roja, más me valdrá cortarme las venas.

—Sería más sencillo no secuestrar al tal Rod McBan. Ese es el único elemento de peligro. Si no hicieras nada, las cosas continuarían como siempre, tranquilas y serenas.

—¡Ése es mi horror y mi angustia! ¡Siempre continúan! ¿No crees que quiero salir de aquí, para saborear de nuevo el poder y la libertad?

—Eso dices, señor —respondió T'dank, esperando que Bebedor de Té le ofreciera otro de esos deliciosos plátanos secos.

El absorto Bebedor de Té no le ofreció nada.

Echó a andar de un lado a otro, atormentado por la esperanza, el peligro y la impaciencia.

ANTECÁMARA DE LA CAMPANA Y EL BANCO

La Dama Johanna Gnade llegó allí primero. Estaba limpia, bien vestida, alerta. El Señor Jestocost, quien iba detrás, se preguntó si la Dama tenía una vida personal. Era de pésimo gusto, entre los jefes de la Instrumentalidad, preguntar por los asuntos personales, aunque la historia personal completa de cada uno de ellos, estrictamente actualizada, se registraba en el gabinete de computación del rincón. Jestocost lo sabía porque había espiado su propio historial, usando el nombre de otro jefe, para ver si habían registrado ciertas ilegalidades en que había incurrido; todas aparecían, excepto la única importante: su trato con la muchacha-gato G'mell, que él había logrado mantener a salvo de las pantallas de registro. (El registro sólo indicaba que en ese momento él dormía.) Si la Dama Johanna tenía algún secreto, lo guardaba muy bien.

—Señor y colega —dijo la Dama—, sospecho que eres demasiado curioso, un vicio normalmente atribuido a las mujeres.

—Cuando llegamos a ser tan viejos, mi señora, las diferencias de carácter entre hombres y mujeres se vuelven imperceptibles, si es que alguna vez existieron. Tú y yo somos personas brillantes y ambos tenemos buen olfato para el peligro y los problemas. ¿No es probable que ambos busquemos a alguien con el imposible nombre Roderick Frederick Ronald Arnold William MacArthur McBan de la generación número ciento cincuenta y uno? Como ves, lo he memorizado todo. ¿No crees que eso demuestra mi inteligencia?

—Ajá —dijo ella, con un tono que implicaba lo contrario.

—Lo espero esta mañana.

—¿En serio? —preguntó la Dama, con un tono chillón que implicaba que ese conocimiento tenía algo de ilegal—. No hay nada sobre ello en los mensajes.

—En efecto —sonrió el Señor Jestocost—. Dispuse que la radiación solar de Marte tuviera dos decimales adicionales hasta su partida. Esta mañana volvió a bajar a tres decimales. Eso significa que él viene. Inteligente, ¿verdad?

—Demasiado inteligente. ¿Por qué me preguntas a mí? Nunca me ha parecido que valorases mi opinión. De todos modos, ¿por qué te interesas tanto en este caso? ¿Por qué no lo envías tan lejos que necesite una larga vida, aun con *stroon*, para regresar aquí?

Él la miró con severidad hasta que la Dama se sonrojó. El Señor Jestocost no dijo nada.

—Supongo que ha sido... un comentario poco conveniente —tartamudeó ella—. Tú y tu sentido de la justicia. Siempre nos pones a los demás en aprietos.

—No era mi propósito, sólo me preocupa la Tierra. ¿Sabías que él es dueño de esta torre?

—¿Terrapuerto? —exclamó ella—. Imposible.

—En absoluto —explicó Jestocost—. Yo mismo se la vendí a su agente hace diez días. Por diez megacréditos de dinero TAL. Es más de lo que tenemos actualmente en la Tierra. Cuando lo depositó, empezamos a pagarle el tres por ciento de interés anual. Y eso no fue todo lo que compró. También le vendí ese océano, el que los antiguos llamaban Atlántico. Y trescientas mil atractivas submujeres adiestradas para diversas tareas, junto con los derechos de dote de setecientas mujeres humanas de edad apropiada.

—¿Quieres decir que hiciste todo esto para ahorrar al erario de la Tierra tres megacréditos anuales?

—¿Tú no lo harías? Recuerda que es dinero TAL.

Ella frunció los labios y sonrió.

—Nunca he conocido a nadie como tú, Señor Jestocost. Eres el hombre más justo que existe, y sin embargo nunca descuidas las ganancias.

—Eso no es todo —continuó él con una sonrisa artera y satisfecha—. ¿Leíste el Plan Enmendado (Reversionista) setecientos once-diecinueve-trece P, que tú misma votaste hace once días?

—Le eché un vistazo —respondió ella a la defensiva—. Todos lo hicimos. Tenía algo que ver con los fondos de la Tierra y los de la Instrumentalidad. El representante de la Tierra no se quejó. Todos lo aprobamos porque confiábamos en ti.

—¿Sabes qué significa?

—Con franqueza, no. ¿Tiene algo que ver con ese viejo rico, McBan?

—No estés tan segura de que es viejo. Podría ser joven. De cualquier modo, el plan impositivo eleva ligeramente los gravámenes sobre los kilocréditos. Los impuestos a los megacréditos se dividen a partes iguales entre la Tierra y la Instrumentalidad, siempre que el propietario no esté operando la propiedad personalmente. Llegan al uno por ciento mensual. Eso consta en la letra muy pequeña en la nota que hay al pie de la séptima página de tasas.

—¿Quieres decir...? —Ella jadeó de risa—. Al venderle al pobre hombre la Tierra no sólo lo privas del tres por ciento de interés anual, sino que le recargas un doce por ciento de impuestos. ¡Benditos cohetes, eres extraño! Me encantas. ¡Eres al jefe más listo y ridículo que ha tenido la Instrumentalidad! —Por tratarse de la Dama Johanna Gnade, se trataba de una observación realmente pintoresca. Jestocost no sabía si sentirse ofendido o halagado.

Como ella manifestaba un infrecuente buen humor, Jestocost se atrevió a mencionarle su proyecto semisecreto.

—¿Crees, señora, que con tanto crédito inesperado podríamos derrochar parte de nuestras importaciones de *stroon*?

Ella dejó de reír.

—¿En qué? —preguntó con recelo.

—En el subpueblo. Para los mejores.

—¡Oh, no! No para los animales, cuando todavía hay *personas* que sufren. Estás loco de sólo pensarlo, mi señor.

—Estoy loco. Claro que estoy loco. Loco por la justicia. Y entiendo que esto es simple justicia. No estoy pidiendo derechos igualitarios. Sólo un poco más de justicia para ellos.

—Son *subpersonas*. Son *animales* —declaró ella, como si este comentario diera por concluida la discusión.

—¿Nunca has oído hablar, señora, de la perra llamada Juana?

Esa pregunta encerraba todo un mundo de alusiones, pero la Dama no captó esas honduras.

—No —dijo inexpresivamente, y siguió estudiando la orden del día.

DIEZ KILÓMETROS BAJO LA SUPERFICIE DE LA TIERRA

Las viejas máquinas giraban como mareas. Despedían olor a aceite caliente. Allí abajo no había lujos. La vida y la carne eran más baratas que los transistores; además, emitían menos radiación detectable. En las ruidosas profundidades, vivía el oculto y olvidado subpueblo. Creía que su líder, el A'telekeli, era un mago. A veces él mismo llegaba a creerlo.

Levantando el rostro apuesto y blanco como un busto de mármol de la inmortalidad, fatigosamente envuelto en sus alas arrugadas, A'telekeli llamó a su hija-de-primera-nidada, la niña A'lamelanie.

—El viene, querida.

—¿El prometido, padre?

—El rico.

Ella lo contempló sorprendida. Era su hija pero no siempre entendía sus poderes.

—¿Cómo lo sabes, padre?

—Si te digo la verdad, ¿aceptarás que la borre de tu mente en seguida, para que no haya peligro de traición?

—Desde luego, padre.

—No —insistió el hombre-pájaro con rostro de mármol—, debes pronunciar las palabras correctas...

—Prometo, padre, que si colmas mi corazón con la verdad, y si mi alegría ante la verdad es plena, te cederé mi mente, toda mi mente, sin temor, esperanza ni reservas, y pediré que elimines de mi recuerdo toda verdad que pudiera perjudicar a nuestro pueblo, en el nombre del Primer Olvidado, en el nombre del Segundo Olvidado, en el nombre del Tercer Olvidado y en nombre de P'juana, a quien todos amamos y recordamos.

Él se puso en pie. Era un hombre alto. Las piernas le terminaban en enormes pies de pájaro, con uñas blancas que centelleaban como madreperla. Manos humanoides sobresalían de la articulación de las alas; con ellas trazó el prehistórico gesto de la bendición sobre la cabeza de la hija, mientras transmitía la verdad con voz vibrante e hipnótica.

—Sea tuya la verdad, hija mía, para que te sientas plena y feliz con la verdad. ¡Conociendo la verdad, hija mía, conocerás la libertad y el derecho a olvidar!

»El niño, mi hijo, que fue tu hermano, el niño a quien tanto quenas...

—¡A'ikasuk! —exclamó ella en trance, con voz aflautada.

—A'ikasuk, a quien recuerdas, fue modificado por mí, su padre, y recibió la forma de un pequeño simio, de modo que la gente verdadera lo confundiera con un animal, no con una subpersona. Lo educaron como cirujano y lo enviaron al Señor Dama Roja. Viajó a Marte con el joven McBan, donde él conoció a G'mell, a quien recomendé al Señor Jestocost para misiones confidenciales. Hoy regresarán con este hombre. McBan ya ha comprado la Tierra, o casi toda la Tierra. Quizá sea un benefactor para nosotros. ¿Sabes lo que deberías saber, hija mía?

—Dime, padre, dime. ¿Como lo sabes?

—¡Recibe la verdad, niña, y luego olvídala! Los mensajes vienen de Marte. No podemos tocar el Gran Parpadeo ni las máquinas de codificación, pero cada grabador tiene su estilo. Por una alteración en el ritmo de su trabajo, un amigo puede comunicar estados de ánimo, emociones, ideas, y a veces nombres. Me han enviado palabras como «riquezas, mono, pequeño, gata, muchacha, todo, bien» a través de la intensidad y la velocidad de sus grabaciones. Los mensajes humanos transmiten también los nuestros y ningún criptógrafo del mundo puede identificarlos.

»¡Ahora sabes, y ahora, ahora, ahora, *ahora*, olvidarás!

Levantó las manos.

A'lamelanie lo miró como siempre, con una sonrisa feliz.

—Es tan dulce y raro, papá, pero sé que acabo de olvidar un conocimiento bueno y maravilloso.

—No olvides a Juana —añadió él con tono ceremonial.

—Nunca olvidaré a Juana —respondió ella siguiendo el rito.

EL VUELO DEL ALTO CIELO

Rod caminó hasta el límite del parque. La nave no se parecía a ninguna que hubiera visto u oído comentar en Norstrilia. No había ruido, ni estrecheces, ni armas, sólo una pequeña y bonita cabina para los controles, el capitán de viaje, los lumínicos y el capitán de puerto, y luego una extensión de hierba increíblemente verde. Había entrado

en el parque desde el polvoriento suelo de Marte. Se produjo un ronroneo y un susurro. Un falso cielo azul, muy bello, le cubría como un dosel.

Se encontraba raro. Bigotes de gato de cuarenta centímetros de largo le crecían desde el labio inferior, unos doce bigotes en cada lado. El doctor le había coloreado los ojos con iris verdes y brillantes. Las orejas eran puntiagudas. Parecía un hombre-gato y vestía el traje profesional de un acróbata, al igual que G'mell.

Aún no se había acostumbrado a G'mell.

En comparación, las mujeres de Vieja Australia del Norte parecían sacos de manteca de cerdo. Era delgada, esbelta, suave, amenazadora y bella; resultaba blanda al tacto, dura en sus movimientos, rápida, alerta y tierna. Su cabellera roja ardía, sedosa como un fuego animal. G'mell tenía una voz de soprano, tintineante como una campanilla. Habían criado a sus antepasados para que produjeran la muchacha más seductora de la Tierra. Lo habían logrado. G'mell parecía voluptuosa incluso cuando descansaba. Sus anchas caderas y sus penetrantes ojos despertaban las pasiones masculinas. Su peligrosidad felina atraía a todos los varones que conocía. Los hombres verdaderos que la miraban sabían que era un gato, pero no podían quitarle los ojos de encima. Las mujeres humanas la trataban como un objeto vergonzoso. Viajaba en calidad de acróbata, pero ya había confesado a Rod McBan que su profesión era la de «muchacha de placer», un animal hembra modelado y adiestrado como una persona para servir de anfitriona a los visitantes extranjeros. La ley y la costumbre le exigían que inspirara el amor de los visitantes, y le prometían la pena de muerte si lo aceptaba.

A Rod le resultaba agradable, aunque al principio había sido muy tímido. G'mell no tenía defectos, era vivaz y elegante. Cuando conversaban, el increíble cuerpo de G'mell se confundía con el trasfondo, aunque de algún modo Rod seguía viéndolo por el rabillo del ojo. El ingenio, la inteligencia, el espíritu y el buen humor de G'mell facilitaban el transcurso de las horas y los días. El trató de impresionarla como adulto, sólo para descubrir que en los afectos sinceros y espontáneos de ese corazón gatuno la jerarquía no importaba. Él era su compañero y tenían que cumplir juntos una tarea. Él debía conservar la vida; ella debía protegerlo.

El doctor Vomact les había dicho que no hablaran con los demás pasajeros, que no hablaran entre sí, y que rogaran silencio si alguien hablaba.

Había otros diez pasajeros que se miraban con incómodo asombro.

Diez en total.

Los diez eran Rod McBan.

Diez Roderick Frederick Ronald Arnold William MacArthur McBan número ciento cincuenta y uno, identificados e idénticos. Apaño de G'mell y el monito médico, M'gentur, la única persona de la nave que no era Rod McBan era él mismo. Se había convertido en el hombre-gato. Cada uno de los demás estaba convencido de su identidad: él era Rod McBan y los otros nueve eran imitaciones. Se miraban con una mezcla de desconfianza y animadversión mezclada con ironía, tal como habría hecho el verdadero Rod McBan si hubiera estado en lugar de ellos.

—Uno de ellos —le explicó el doctor Vomact al despedirse— es tu compañera Eleanor de Norstrilia. Los otros nueve son robots con un cerebro de ratón. Todos están copiados de ti. Nos ha salido bien, ¿verdad? —añadió sin poder ocultar su satisfacción profesional.

Y ahora se disponían a ver la Tierra juntos.

G'mell llevó a Rod al límite de aquel pequeño mundo y dijo gentilmente:

—Quiero cantarte la *Canción de la Torre*, antes de que bajemos a la cima de Terrapuerto.

Y con su maravillosa voz cantó esa extraña y vieja canción.

¡Oh, mi amor por ti!

El canto de altas aves, y

*el vuelo del alto cielo, y
el soplo del alto viento.
¡Un alto corazón latiendo, y
una alta morada para ti!*

Rod se sentía un poco raro, de pie allí, con la mirada perdida, pero también se sentía cómodo con la cabeza de la muchacha apoyada en el hombro mientras él la rodeaba con el brazo. G'mell no sólo parecía necesitarlo, sino que por lo visto confiaba profundamente en él. No actuaba como una adulta pomposa y atareada. Era una simple muchacha, y de momento era la compañera de Rod. Resultaba agradable, como saborear de antemano un futuro placentero.

Algún día Rod tendría una muchacha permanente. No enfrentarían juntos un día, sino la vida entera; no un peligro, sino un destino. Esperaba que con esa muchacha futura se sintiera tan relajado y feliz como con G'mell.

G'mell le apretó la mano como para advertirle algo.

Rod se volvió hacia ella. G'mell siguió mirando hacia delante y movió la barbilla.

—Mira hacia delante —indicó ella—. La Tierra.

Él volvió a mirar el vacío cielo artificial del campo de fuerza de la nave. Era un azul monótono pero agradable que abarcaba honduras que en realidad no estaban allí.

El cambio fue tan veloz que se preguntó si realmente lo había visto.

En un instante, el cielo claro y vacío.

Al siguiente el cielo falso se hizo trizas como si lo hubieran roto en jirones, los jirones se convirtieron en manchas azules y desaparecieron.

Había otro cielo azul: el de la Tierra.

La Cuna del Hombre.

Rod respiró profundamente. Resultaba difícil de creer. El cielo no era tan distinto del falso cielo que había rodeado la nave en el viaje desde Marte, pero la humedad y el brillo no se parecían al de ningún cielo que le hubieran descrito.

No se sorprendió de ver la Tierra, sino de olería. De pronto advirtió que Vieja Australia del Norte debía de oler opaca, chata y polvorienta para los terrícolas. El aire de la Tierra olía a vida. Había aromas de plantas, de agua, de objetos que ni siquiera imaginaba. Millones de años de memoria estaban codificados en el aire. En ese aire, su gente había alcanzado la humanidad, antes de conquistar las estrellas. Esta no era la querida humedad de sus canales cubiertos. Era una humedad libre y silvestre, cargada con huellas de seres que vivían, morían, reptaban, se arrastraban, amaban con una exuberancia que siempre había parecido feroz y exagerada. ¿Qué era el *stroon* para que los hombres lo pagaran con agua? ¡Agua, dadora y portadora de vida! Esto era su hogar, aunque muchas generaciones de su pueblo hubieran vivido en los deformes infiernos de Paraíso VII o los secos tesoros de Vieja Australia del Norte. Inhaló profundamente, dejándose inundar por el plasma de la Tierra, el velo/ efluvio que había modelado al hombre. Olió de nuevo la Tierra: se tardaría una larga vida, aun con *stroon*, para comprender todos esos aromas que se elevaban hasta la nave, la cual planeaba, de un modo poco habitual en las naves de plataforma, a una veintena de kilómetros de la superficie del planeta.

Había algo raro en el aire, un aroma dulzón para el olfato y refrescante para el espíritu. Un magnífico y bello olor predominaba sobre los demás. ¿Qué era? Oisqueó y luego se dijo a sí mismo:

—¡Sal!

—¿Te gusta, G'rod? —preguntó G'mell, recordándole su presencia.

—Sí, sí, es mejor que... —No encontraba las palabras apropiadas. Miró a G'mell... La bonita, ávida y cómplice sonrisa de la muchacha-gata le indicó que ella compartía cada pizca de su deleite. Preguntó—: ¿Pero por qué gastáis sal en el aire? ¿Para qué sirve?

—¿Sal?

—Sí, en el aire. Tan rico, tan húmedo, tan salado. ¿Es para limpiar la nave de alguna manera que desconozco?

—¿Nave? No estamos en la nave, G'rod. Estamos en la pista de aterrizaje de Terrapuerto.

Rod jadeó.

¿No era la nave? En Vieja Australia del Norte no había ninguna montaña que se elevara a más de seis kilómetros sobre el nivel medio del suelo, y todas las montañas eran lisas, gastadas, viejas. El viento las había barrido durante milenios hasta transformarlas en una suave manta que cubría todo su mundo natal.

Miró alrededor.

La plataforma tenía doscientos metros de longitud por cien de anchura.

Los diez Rod McBans hablaban con algunos hombres uniformados. Al otro lado, una torre se elevaba a cautivante altura, tal vez medio kilómetro. Miró hacia abajo.

Allí estaba: la Vieja Vieja Tierra.

El tesoro de las aguas se extendía ante sus ojos, millones de toneladas de agua, suficientes para alimentar toda una galaxia de ovejas, para lavar una infinidad de hombres. A la derecha algunas islas asomaban en la extensión acuosa.

—Las Hespérides —explicó G'mell, siguiendo la mirada de Rod—. Emergieron del mar cuando los dáimons construyeron esto para nosotros. Es decir, para las personas. No debería decir «nosotros».

Él no reparó en la corrección. Fijó la mirada en el mar. Pequeñas manchas se desplazaban despacio sobre la superficie. Señaló una con el dedo y le preguntó a G'mell:

—¿Son casas-mojadas?

—¿Cómo las has llamado?

—Casas que están mojadas. Casas que flotan en el agua.

—Naves —rectificó ella, tratando de no arruinarle la diversión con una negación directa—. Sí, son naves.

—¿Naves? —exclamó él—. No pueden viajar por el espacio. ¿Por qué las llamáis naves?

—La gente tuvo naves para el agua antes de tener naves para el espacio —explicó pacientemente G'mell—. Creo que la Vieja Lengua Común toma la palabra correspondiente a los vehículos del espacio de los objetos que estás mirando.

—Quiero ver una ciudad —pidió Rod—. Muéstrame una ciudad.

—No te impresionará mucho desde aquí. Estamos a demasiada altura. Nada impresiona mucho desde la cima de Terrapuerto. Pero si quieres puedo enseñártela. Ven aquí, querido.

Cuando se alejaron del borde, Rod advirtió que el monito aún estaba con ellos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Rod, sin descortesía.

La ridícula carucha del mono se arrugó en una sonrisa cómplice. Tenía la misma cara de antes, pero la expresión era distinta: más firme, más clara, más resuelta. Incluso había humor y afabilidad en la voz del mono.

—Los animales esperamos a que las personas terminen de entrar.

¿Los animales?, pensó Rod. Recordó su cabeza velluda, las orejas puntiagudas, los bigotes de gato. Con razón se sentía a sus anchas con la muchacha, y ella con él.

Los diez Rod McBans descendían por una rampa, de modo que el suelo parecía engullirlos lentamente desde los pies. Avanzaban en hilera, de manera que la cabeza del primero parecía apoyada en el suelo, despojada del cuerpo, mientras que el último de la fila sólo había perdido los pies. Resultaba realmente extraño.

Rod miró a sus compañeros y les preguntó con franqueza:

—¿Por qué la gente querría matarme cuando tiene un mundo tan ancho, húmedo y hermoso, rebosante de vida?

M'gentur agitó tristemente su cabeza de mono, como si lo supiera muy bien pero le resultara fatigoso y triste expresarlo.

—Eres quien eres —respondió G'mell—. Tienes un poder inmenso. ¿Sabes que esta torre es tuya?

—¡Mía! —exclamó Rod.

—La has comprado, o alguien la compró por ti. La mayor parte del agua también es tuya. Cuando tienes tantas posesiones, la gente te pide cosas. O te las arrebatan. La Tierra es un lugar hermoso, pero creo que también entraña peligros para los extranjeros como tú, acostumbrados a un solo modo de vida. Tú no has causado todo el crimen y la crueldad del mundo, pero estaba durmiendo y ahora despierta debido a ti.

—¿Debido a mí? ¿Por qué?

—Porque eres la persona más rica que jamás ha pisado este planeta —continuó M'gentur—. Ya eres dueño de la mayor parte. Millones de vidas humanas dependen de tus pensamientos y decisiones.

Había llegado al lado opuesto de la plataforma superior. En el lado que daba hacia tierra, los ríos se evaporaban. La mayor parte de la comarca estaba cubierta por nubes de vapor como las que veían en Norstrilia cuando se rompía la tapa de un canal cubierto. Las nubes representaban un tesoro incalculable de lluvias. Vio que se separaban al pie de la torre.

—Máquinas climáticas —intervino G'mell—. Las ciudades están cubiertas de máquinas climáticas. ¿No tenéis máquinas climáticas en Vieja Australia del Norte?

—Claro que sí —dijo Rod—, pero no malgastamos el agua dejándola flotar en el aire de ese modo. Pero aun así es bonito. Posiblemente la extravagancia y derroche que supone me hace ser crítico. ¿Las gentes de la Tierra no tenéis nada mejor que hacer con el agua, que la dejáis correr por el suelo o flotar sobre terreno abierto?

—No somos gentes de la Tierra —advirtió G'mell—. Somos subpersonas. Yo soy una persona-gato y él tiene origen simiesco. No nos llames gente. Es una indecencia.

—¡Diablos! —dijo Rod—. Sólo me informaba sobre la Tierra. No me proponía herir vuestros sentimientos...

Calló de golpe.

Los tres dieron media vuelta.

Por la rampa subía algo parecido a una podadera. Dentro de ella chillaba una voz humana, una voz de hombre que expresaba furia y temor.

Rod avanzó hacia ella.

G'mell lo siguió.

G'mell le cogió del brazo, y tiró de él con todas sus fuerzas.

—¡No, Rod, no!

M'gentur lo frenó saltándole en la cara. De pronto Rod sólo vio un universo de pelambre pardo y sólo sintió manirás que le aferraban y tironeaban el cabello. M'gentur previó sus intenciones y se tiró al suelo antes de que Rod atinara a pegarle.

La máquina subía a la parte exterior de la torre y casi desaparecía en lo alto. La voz se había aflautado.

—¿Qué es eso? —preguntó Rod—. ¿Qué está pasando?

—Una araña —dijo G'mell—. Una araña gigante. Está secuestrando o matando a Rod McBan.

—¿A mí? —gimió Rod—. Será mejor que no me toque. La haré trizas.

—¡Shh! —chistó G'mell.

—¡Cállate! —aconsejó el mono.

—¡No me chistéis ni ordenéis que me calle! —se enfureció Rod—. No permitiré que ese pobre diablo sufra por mi culpa. Mandad a esa cosa que baje. ¿Qué es esa araña? ¿Un robot?

—No —respondió G'mell—, un insecto.

Rod entornó los ojos para seguir a la podadora que colgaba en el exterior de la torre. Apenas veía al hombre que había capturado. Cuando G'mell dijo «insecto», activó una sensación. Odio. Repulsión. Rechazo a la suciedad. Los insectos de Vieja Australia del Norte eran pequeños. Estaban numerados y con licencias en serie. Aun así, los consideraba enemigos hereditarios. (Alguien le había contado que los insectos de la Tierra habían hecho cosas terribles a los norstrilianos cuando vivían en Paraíso VII) Rod le aulló a la araña a pleno pulmón:

—¡Baja!

La sucia criatura de la torre se estremeció de mero placer y juntó las rígidas patas, acomodándose.

Rod olvidó que se suponía que él era un gato.

Respiró entrecortadamente. El aire de la Tierra era húmedo pero tenue.

Cerró los ojos un instante. Sintió odio, odio, odio por el insecto. Gritó telepáticamente, con más fuerza que nunca:

odio-escupitajo-vómito,
sucio, sucio, sucio,
¡explota!,
muere,
desaparece,
hiede, derrúmbate, púdrete, desaparece,
odio-odio-odio.

El fiero y rojo rugido que linguó torpemente lo lastimó incluso a él. Advirtió que el monito se había desmayado. G'mell estaba pálida y parecía a punto de vomitar.

Rod miró hacia donde estaba la araña ¿La había alcanzado?

Sí.

Despacio, muy despacio, las largas patas se estiraron en un espasmo, soltando al hombre, cuyo cuerpo cayó. Los ojos de Rod siguieron el picado del falso Rod McBan. Se estremeció cuando un golpe húmedo le informó que el duplicado de su cuerpo se había estrellado contra la dura pista de la torre, a cien metros. Miró de nuevo hacia la «araña», que intentaba aferrarse a la torre hasta que al fin rodó hacia abajo. También chocó contra la dura pista, donde agonizó pataleando mientras su personalidad se deslizaba hacia una noche íntima y eterna.

—Eleanor —jadeó Rod—. ¡Oh, quizá sea Eleanor! —Gimió y echó a correr hacia la copia de su cuerpo humano, olvidando que era un hombre-gato.

La voz de G'mell le llegó aguda como un alarido, aunque baja.

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡Quédate quieto! ¡Cierra la mente! ¡Cállate! ¡Si no te callas, estamos perdidos!

Rod se detuvo y la miró estólidamente. Entonces notó que ella hablaba en serio. Obedeció. Dejó de moverse. No intentó hablar. Replegó la mente, se cerró con tal fuerza a los contactos telepáticos que le empezó a doler la cabeza. El monito M'gentur se levantó trabajosamente del suelo. Tenía un aspecto demacrado y malparado. G'mell aún estaba pálida.

Varios hombres subían por la rampa, los vieron y enfilaron hacia ellos.

Unas alas batieron el aire.

Un pájaro enorme —no, era un ornitóptero— aterrizó rozando la pista con las zarpas. Un hombre uniformado bajó de un salto y gritó:

—¿Dónde está?

—¡Saltó! —gritó G'mell.

El hombre echó a andar hacia donde ella señalaba y se volvió de repente.

—¡Estúpida! La gente no puede saltar de aquí. La barrera podría detener naves. ¿Qué

has visto?

G'mell era buena actriz. Fingió que se reponía de un shock y le costaba hablar. El hombre uniformado le dirigió una mirada altiva.

—Una gata y un mono —dijo—. ¿Qué hacéis aquí? ¿Quiénes sois?

—Mi nombre es G'mell; profesión, muchacha de placer, personal de Terrapuerto, a las órdenes del comisionado Bebedor de Té. Éste es mi amigo, ninguna jerarquía, nombre G'roderick, cajero del banco nocturno de abajo. ¿Él? —Señaló a M'gentur con la cabeza—. No sé mucho sobre él.

—Nombre, M'gentur. Profesión, ayudante de cirugía. Jerarquía, animal. No soy una subpersona, sólo un animal.

Vine en la nave de Marte con el hombre muerto y otros hombres verdaderos que se le parecían, y ellos bajaron primero...

—Cállate —ordenó el hombre uniformado. Se volvió a los hombres que se acercaban—. Honorable jefe, el sargento trescientos ochenta y siete informando. El usuario del arma telepática ha desaparecido. Aquí sólo tenemos a dos gatos, no muy inteligentes, y un pequeño mono. Pueden hablar. La muchacha dice que vio a alguien bajar de la torre.

El jefe era un alto pelirrojo cuyo uniforme parecía aún más elegante que el del sargento.

—¿Cómo lo hizo? —le preguntó a G'mell.

Rod conocía a G'mell lo suficiente para reconocer que su actitud confusa, femenina e incoherente era una simple careta. G'mell dominaba plenamente la situación. Balbuceó:

—Creo que saltó. No sé cómo.

—Es imposible —replicó el jefe—. ¿Tú viste adonde fue? —le ladró a Rod McBan.

Rod quedó atónito ante la brusca pregunta. Además, G'mell le había dicho que guardara silencio. Entre estas dos órdenes perentorias, optó por:

—Eh... ah... bien... mire...

—Señor y amo jefe —interrumpió secamente el mono cirujano—, este hombre-gato no es muy inteligente. Creo que no sacarás mucho de él. Hermoso pero estúpido. Raza de criadero...

Rod carraspeó y se sonrojó un poco ante estos comentarios, pero la rápida mirada de G'mell le indicó que debía seguir callado.

—Yo sí me fijé en un detalle, amo —intervino ella—. Tal vez tenga importancia.

—¡Por la Campana y el Banco, habla! —exclamó el jefe—. ¡Deja de decidir qué debo saber!

—La piel de ese extraño hombre estaba ligeramente te-de azul.

El jefe retrocedió un paso. Sus soldados y el sargento lo miraron asombrados.

—¿Estás segura? —le preguntó bruscamente a G'mell.

—No, amo. Sólo me lo pareció.

—¿Viste uno solo? —ladró el jefe.

Rod, representando su presunta estupidez, levantó cuatro dedos.

—Ese idiota cree que vio cuatro —le gritó el jefe a G'mell—. ¿Sabe contar?

G'mell miró a Rod como si fuera una bestia apuesta y sin cerebro. Rod devolvió la mirada con aire estúpido. Era algo que hacía muy bien: como en su mundo natal no hablaba ni oía, había tenido que soportar interminables horas de conversación ajena cuando era pequeño, sin entender jamás de qué hablaban. Había descubierto muy pronto que si se quedaba rígido, con aire de estupidez, la gente no le molestaba tratando de incluirlo en la conversación, usando la voz y ladrándole como si fuera sordo. Trató de adoptar esa postura que le resultaba tan familiar y le agradó poder fingir bien aun frente a G'mell. Incluso mientras ella se esforzaba por conseguir la libertad de todos y desempeñaba su papel de muchacha, la aureola de pelo llameante la hacía brillar como el sol de la Tierra; aunque era una gata, sobresalía entre todos los que estaban en la plataforma por su belleza y su inteligencia. Rod no se sorprendió de que no se fijaran en

él en presencia de una personalidad tan arrolladora; sólo deseaba que lo ignoraran aún más, así podría caminar hasta el cadáver para comprobar si era Eleanor o uno de los robots. Si Eleanor había muerto por él durante los primeros minutos de su gran visita a la Tierra, Rod jamás se lo perdonaría.

La charla acerca de los hombres azules lo divertía. Existía en las tradiciones de Norstrilia una raza de magos lejanos que, mediante la ciencia o el hipnotismo, podían volverse invisibles para otros hombres. Rod nunca había hablado con un funcionario de seguridad norstriliano acerca del problema de custodiar el *stroon* contra el ataque de los hombres invisibles, pero, por el modo en que la gente contaba las historias de los hombres azules, suponía que nunca habían aparecido en Norstrilia o que las autoridades norstrilianas no los tomaban muy en serio. Le asombraba que la gente de la Tierra no llamara a un par de telépatas de primera para que registraran la pista en busca de cualquier criatura viva, pero a juzgar por el parloteo y el movimiento de los ojos, la gente de la Tierra tenía unos sentidos muy débiles y no tomaba las decisiones con prontitud y eficiencia.

Alguien respondió a su pregunta por Eleanor.

Uno de los soldados se reunió con el grupo, se cuadró y al fin recibió permiso para interrumpir las conjeturas de G'mell y M'gentur acerca de cuántos hombres azules habían saltado en la torre. El subjefe hizo una seña y el soldado dijo:

—Señor y subjefe, permíteme informar que el cuerpo no es tal. Es sólo un robot con aspecto de persona.

El día cobró brillo en el corazón de Rod. Eleanor estaba a salvo en alguna parte de la inmensa torre.

La noticia pareció decidir al joven oficial.

—Trae una máquina de rastreo y un perro —ordenó al sargento—, y cerciórate de que toda esta zona se registre hasta el último milímetro cuadrado.

—Está hecho —respondió el soldado.

Rod pensó que era un comentario extraño, pues aún no se había hecho nada.

El subjefe impartió otra orden:

—Encended los localizadores letales antes de que bajemos por la rampa. El dispositivo debe matar automáticamente a toda identidad que no esté perfectamente clara. Incluidos nosotros —añadió para sus hombres—. No queremos que ningún hombre azul se cuele en la torre entre nosotros.

G'mell, con cierta osadía, se acercó al oficial y le susurró algo al oído. Él movió los ojos, se sonrojó y cambió las órdenes:

—Cancelad los localizadores letales. Quiero que este escuadrón cierre filas. Lo lamento, hombres, pero tendréis que tocar a estas subpersonas durante unos minutos. Quiero que permanezcan bien cerca de nosotros para tener la certeza de que nadie se infiltra en nuestro grupo.

(Luego G'mell contó a Rod lo que había confesado al joven oficial: ella podía ser un ejemplar mezclado, en parte animal y en parte humano, y era la muchacha de placer de dos magnates extranjeros de la Instrumentalidad. Le había dicho que creía tener una identidad definida pero que no estaba segura, de manera que los localizadores letales podrían matarla si no presentaba una imagen concreta al pasar. Los localizadores habrían detectado, explicó, a cualquier subhombre que se hiciera pasar por persona, o viceversa, y habrían matado al sospechoso intensificando la configuración magnética de su cuerpo orgánico. Esas máquinas eran peligrosas, pues a veces mataban a personas normales y legítimas o a subpersonas que no presentaban una identidad definida.)

El oficial se apostó en la esquina delantera izquierda del rectángulo animado de personas y subpersonas. Cerraron filas, Rod advirtió que los dos soldados que tenía al lado se estremecían al tocar su cuerpo gatuno. Apartaban la cara como si él oliera mal. Rod no dijo nada; sólo miró hacia delante y mantuvo su expresión estúpida.

Lo que siguió fue sorprendente. Los hombres caminaban de manera extraña, y todos movían la pierna izquierda al unísono, y luego la pierna derecha. M'gentur no podía hacerlo, así que G'mell, tras pedir con señas la aprobación del sargento, lo recogió y se lo acercó al pecho. De pronto estalló un fogonazo.

Estas, pensó Rod, han de ser primas de las armas que el Señor Dama Roja llevaba hace unas semanas, cuando aterrizó con su nave en mi propiedad. (Recordó a Hopper amenazando la vida del Señor Dama Roja con un cuchillo trémulo como una cabeza de serpiente; y recordó el estallido súbito y silencioso, el humo negro y aceitoso, y al apesadumbrado Bill mirando la silla donde había estado su amigo hacía apenas un instante.)

Estas armas no relampagueaban, pero el zumbido del suelo y la agitación del polvo demostraban su potencia.

—¡Cerrad filas! ¡Juntar los pies! ¡No dejéis pasar a un solo hombre azul! —ordenó el subjefe.

Los hombres obedecieron.

Un olor a quemado impregnó el aire.

No había nada vivo en la rampa, salvo ellos.

Cuando la rampa dobló un recodo, Rod soltó un jadeo.

Era la sala más enorme que había visto. Abarcaba toda la cima de Terrapuerto. Ni siquiera atinaba a calcular cuántas hectáreas tenía, pero allí habría cabido una pequeña granja. Había algunas personas allí. Los hombres rompieron filas a una orden del subjefe. El oficial clavó los ojos en Rod, G'mell y M'gentur.

—¡No os mováis hasta que yo vuelva!

Permanecieron allí sin decir nada.

Rod lo contemplaba todo como si devorara el mundo con los ojos. En la enorme sala había más antigüedades y riquezas de las que poseía Vieja Australia del Norte. Centelleantes cortinas de paño increíblemente fino colgaban del techo a treinta metros de altura; algunas parecían estar sucias y rasgadas, pero otras, si se incluía el impuesto del veinte millones por ciento a las importaciones, valían más de lo que un norstriliano podía pagar. Había sillas y mesas aquí y allá, algunas de ellas merecedoras de un lugar de exposición en el Museo del Hombre de Nuevo Marte. Aquí simplemente se usaban. La gente no parecía más feliz por estar rodeada de tantos tesoros. Por primera vez, Rod comprendió en qué medida la pobreza espartana que se habían autoimpuesto había dignificado la vida en Norstrilia. Su pueblo no tenía muchas comodidades, cuando podía haber comprado inmensos tesoros y llevarlos a su planeta desde todos los mundos, a cambio de la droga que prolongaba la vida. Pero si hubieran estado atiborrados de tesoros, no habrían valorado nada; habrían terminado por no tener nada. Evocó su pequeña colección de antigüedades ocultas. En la Tierra no habría llenado un bote de basura, pero en la Finca de la Condenación bastaba para convertirlo en un experto.

Al evocar su mundo se preguntó qué haría el hon. sec. Oh Tan Simple mientras su enemigo llegaba a la Tierra. Había que recorrer un largo trecho para llegar allí.

G'mell le pellizó el brazo para llamarle la atención.

—Abrázame —le pidió—, que tengo miedo de caerme y A'ikasus no tiene fuerzas para sostenerme.

Rod se preguntó quien era A'ikasus, pues sólo estaban en compañía del monito M'gentur; también se preguntó por qué había que sostener a G'mell. La disciplina norstriliana le había enseñado a no cuestionar órdenes en una emergencia. La abrazó.

De pronto ella se derrumbó como si se hubiera desmayado o dormido. Él la sostuvo con un brazo y con la mano Ubre le apoyó la cabeza en su hombro, para que diera la impresión de que G'mell estaba cansada y mimosa, no inconsciente. Resultaba agradable sostener el menudo cuerpo femenino, que parecía tan frágil y delicado. La cabellera despeinada aún estaba impregnada por el aroma del salobre aire marino que tanto le

había sorprendido una hora atrás. G'mell era el mayor tesoro que Rod había visto hasta ahora en la Tierra. Pero ¿la tenía? ¿Qué haría con ella en Vieja Australia del Norte? Las subpersonas estaban totalmente prohibidas, excepto para usos militares y bajo el control exclusivo del gobierno de la Commonwealth.

No imaginaba a G'mell manejando una podadera mientras caminaba por una oveja gigante para esquilársela. La idea de que la muchacha-gato pasara toda la noche con una oveja gigante solitaria o asustada le parecía ridícula. Era una muchacha de placer, un adorno con forma humana; las criaturas como ella no tenían un lugar bajo los acogedores cielos grises de su patria. La belleza de G'mell se agostaría en el aire seco; su intrincada mente se avinagraría con la fatigosa monotonía de una cultura rural: propiedad, responsabilidad, defensa, independencia, sobriedad. Para ella New Melbourne sería un montón de chozas.

Rod advirtió que se le estaban enfriando los pies. En la pista la luz del sol les había dado calor, aunque los abofeteara el helado y salobre viento de los maravillosos «mares» de la Tierra. Allí dentro sólo había el fresco de una gran altura, sumado a la humedad; Rod jamás había conocido un frío húmedo, y constituía una experiencia extrañamente incómoda.

G'mell despertó con un temblor justo cuando el oficial se les acercaba desde el otro extremo de la inmensa sala.

Más tarde, G'mell contó a Rod lo que había experimentado al perder la conciencia.

Primero, había recibido una llamada que no podía explicar. Por eso había advertido a Rod. A'ikasus era el verdadero nombre del «mono» que él llamaba M'gentur.

Luego, mientras caía en un sopor sostenida por el fuerte brazo de Rod, G'mell había oído la música de dos o tres trompetas que tocaban diversos fragmentos de una intrincada y maravillosa pieza musical., a veces de una en una, a veces juntas. Si un telépata humano o robot le hubiera escudriñado la mente mientras ella escuchaba la música, habría creído que una perceptiva muchacha-gato se había conectado con uno de los muchos canales de entretenimiento telepático que llenaban el espacio de la Tierra.

Al fin llegaron los mensajes. No estaban codificados dentro de la música. La música le creaba imágenes mentales porque ella era G'mell, singular, excepcional, única. Determinadas fugas o notas le llegaban a la memoria y las emociones, despertando en su mente viejas asociaciones casi olvidadas. Primero pensó en «el vuelo del alto cielo», como en la canción que le había cantado a Rod. Luego vio ojos, ojos penetrantes que ardían de sabiduría mientras permanecían húmedos de humildad. Luego percibió los extraños olores del Abajo-abajo, la ciudad donde las subpersonas trabajaban para mantener la civilización en la superficie y donde algunas subpersonas ilegales se ocultaban de las autoridades humanas. Al fin vio al propio Rod saltando de la pista con su contoneo norstriliano. La conclusión era simple. Tenía que llevar a Rod a las cámaras olvidadas, desoladas y prohibidas del Sin Nombre, y de prisa. La música cesó y ella despertó.

El oficial llegó.

Les dirigió una furiosa e inquietante mirada.

—Este asunto es raro. El comisionado de turno no cree que haya hombres azules. Todos hemos oído hablar de ellos. Pero sabemos que alguien activó una bomba emocional telepática. ¡Ese furor! La mitad de la gente de esta sala se desmayó cuando estalló. El uso de esas armas en la circunscripción terrestre está totalmente prohibido.

Ladeó la cabeza, examinándolos.

G'mell guardó un prudente silencio, Rod siguió actuando como un estúpido, M'gentur se portó como un monito brillante e indefenso.

—Aún más raro —continuó el oficial—, el comisionado de turno ha dado órdenes de dejaros en libertad. Las recibió mientras se desquitaba conmigo. ¿Cómo es posible que alguien sepa que estáis aquí? Sois subpersonas. Pero ¿quiénes sois?

Los miró con curiosidad, pero luego la curiosidad cedió bajo la presión de los hábitos de toda una vida.

—¿A quién le importa? —ladró furiosamente—. Andando. Largo de aquí. Sois subpersonas y no podéis estar en esta sala.

Les dio la espalda y se marchó.

—¿Adonde vamos? —susurró Rod, ansiando que G'mell le dijera que podía bajar a la superficie para ver la Vieja Tierra.

—Bajaremos al fondo del mundo, y luego... —Se mordió el labio—. Y luego bajaremos todavía más. Tengo órdenes.

—¿No me puedo tomar una hora libre para ver la Tierra? —preguntó Rod—. Tú te quedarás conmigo, naturalmente.

—¿Cuando la muerte chisporrotea alrededor de nosotros? Claro que no. Ven, Rod. Pronto obtendrás tu libertad, si alguien no te mata antes. A'ikasus, guíanos.

Se dirigieron hacia un conducto.

Cuando Rod miró hacia abajo sintió un mareo. Sólo cuando vio la gente que subía y bajaba flotando comprendió que era un dispositivo que no tenían en Vieja Australia del Norte.

—Coge un cinturón —murmuró G'mell—. Finge que estás acostumbrado.

Rod miró alrededor. Cuando ella cogió un cinturón de lona de unos quince centímetros de ancho y se lo puso en la cintura, Rod comprendió lo que debía hacer. Cogió uno y se lo puso. Esperaron mientras M'gentur correteaba por los anaqueles, buscando un cinturón lo bastante pequeño. Al fin G'mell lo ayudó escogiendo uno de tamaño natural y haciéndole un dobléz antes de cerrarlo.

—Magnético —explicó G'mell—. Para el conducto.

No tomaron el conducto principal.

—Ése es sólo para personas —dijo G'mell.

El conducto para subpersonas era igual, salvo que no tenía luces brillantes, ni ventilación de aire fresco, ni letreros en cada nivel, ni imágenes para entretener a los pasajeros que subían o bajaban. Además, este conducto parecía transportar más mercancías que pasajeros. Enormes cajas, fardos, piezas de maquinaria, muebles y bultos inexplicables, cada cual atado con un cinturón magnético y guiado por una subpersona, bajaban y subían flotando en el misterioso y atareado tráfico de la Vieja Tierra.

DISCURSOS Y RECURSOS

Rod McBan, disfrazado de gato, bajó flotando por el conducto hacia el encuentro más extraño que podía tener un hombre de su época. G'mell bajaba con él. Se aferraba púdicamente la falda entre las rodillas. M'gentur, apoyando la mano simiesca en el hombro de G'mell, adoraba la suave cabellera roja que ondulaba en la corriente que ellos mismos creaban; ansiaba convertirse de nuevo en A'ikasus y admiraba profundamente a G'mell, pero el amor entre las diversas razas de subpersonas por fuerza debía ser platónico. Fisiológicamente no podían reproducirse, y emocionalmente les resultaba difícil comprender las necesidades empáticas de otra forma de vida, por emparentada que estuviera. A'ikasus, pues, sólo quería que G'mell fuera su amiga.

Mientras bajaban en relativa paz, otras personas pensaban en ellos en diversos mundos.

VIEJA AUSTRALIA DEL NORTE, OFICINA ADMINISTRATIVA DE LA COMMONWEALTH, ESE MISMO DÍA

—Tú, ex hon. sec. de este gobierno, estás acusado de extralimitarte en tus deberes

onsequiales y de intentar perjudicar o asesinar a uno de los súbditos de su majestad ausente. Dicho súbdito es Roderick Frederick Ronald Arnold William MacArthur McBan, de la generación ciento cincuenta y una; también estás acusado de abusar de un instrumento oficial de este gobierno al tramar y llevar a cabo dicho propósito ilegal, a saber, un gorrión mutante, número de serie cero nueve uno nueve cuatro ocho siete, número de especialidad dos tres dos ocho cinco dos cinco, de cuarenta y un kilogramos de peso, con un valor monetario de seiscientos ochenta y cinco minicréditos. ¿Qué alegas?

Houghton Syme CXLIX enterró la cara en las manos y sollozó.

LA CABAÑA DE LA FINCA DE LA CONDENACIÓN, A LA MISMA HORA

—Tía Doris, está muerto, está muerto, está muerto. Lo presiento.

—Tonterías, Lavinia. Puede meterse en problemas y no lo sabremos. Pero con todo ese dinero, el gobierno de la Instrumentalidad usaría el Gran Parpadeo para comunicar el cambio en su propiedad. No quiero parecer despiadada, niña, pero cuando hay tantas propiedades en juego, la gente actúa deprisa.

—El está muerto.

Doris no desdeñaba las artes telepáticas. Recordaba cómo los australianos habían huido del furor de Paraíso VII. Se acercó al armario y cogió un tarro de extraño color.

—¿Sabes qué es esto? —preguntó a Lavinia.

La niña le dirigió una sonrisa forzada a pesar de su desesperación interior.

—Sí, desde que yo tenía el tamaño de un minielefante la gente me ha dicho que esa jarra era un «no toques».

—¡Pues has hecho bien si no lo has tocado! —replicó la tía Doris—. Es una mezcla de *stroon* con miel de Paraíso Séptimo.

—Miel —exclamó Lavinia—. Creí que nadie había regresado a ese horrible lugar.

—Algunos regresan —explicó la tía Doris—. Parece que algunas formas terrícolas se han adaptado y todavía viven allí, entre ellas las abejas. Esta miel tiene poderes sobre la mente humana. Es un hipnótico poderoso. Lo mezclamos con *stroon* para asegurarnos de su inocuidad.

La tía Doris metió una cuchara en la jarra, la sacó, la hizo girar para recoger los hilillos de espesa miel y se la ofreció a Lavinia.

—Ten. Lámelas y trágala toda.

Lavinia titubeó y obedeció. Cuando la cuchara estuvo vacía, se relamió los labios y devolvió la cuchara limpia a la tía Doris, quien la puso aparte para lavarla después.

La tía Doris guardó ceremoniosamente la jarra en un estante alto, cerró con llave el armario y se metió la llave en el bolsillo del delantal.

—Sentémonos fuera —le dijo a Lavinia.

—¿Cuándo ocurrirá?

—¿Qué ocurrirá?

—El trance... las visiones... lo que provoque esta miel.

Doris soltó su fatigada risa racional.

—¡Ah, eso! A veces no ocurre nada. En todo caso, no te perjudicará, niña. Sentémonos en el banco. Te diré si advierto algo raro en tu mirada.

Se sentaron ociosamente en el banco. Dos ornitópteros de la policía volaban bajo las nubes eternamente grises, vigilando en silencio la Finca de la Condenación. Lo hacían desde que el ordenador de Rod le había indicado cómo ganar todo ese dinero: la fortuna seguía apilándose, casi más deprisa de lo que se tardaba en registrarla. Los ornitópteros volaban con armonía y elegancia. Los pilotos habían sincronizado el aleteo de ambas máquinas, de modo que parecían pájaros danzando un ballet. El efecto cautivaba a Lavinia y a tía Doris.

De pronto Lavinia habló con voz clara, aguda, exigente, muy distinta de lo habitual:

—Es toda mía, ¿verdad?

Doris respiró suavemente.

—¿Qué, querida?

—La Finca de la Condenación. Soy una de las herederas, ¿verdad?

Lavinia apretó los labios en una sonrisa tímida y astuta que la habría avergonzado si hubiera estado en sus cabales. La tía Doris no replicó. Asintió en silencio.

—Sí me caso con Rod seré la señora y propietaria McBan, la mujer más rica que jamás haya existido. Y si me caso con él, me odiará, porque pensará que es por el dinero y el poder. Pero he amado a Rod, lo amé especialmente porque no era capaz de linguar ni de audir. Siempre he sabido que algún día me necesitaría, no como mi padre, que cantaba sin cesar sus locas, tristes y orgullosas canciones. Pero ¿cómo puedo casarme ahora con él..?

—Busca a Rod —susurró Doris con voz gentil e insinuante—. Búscalo en esa parte de tu mente que pensaba que él había muerto. Busca a Rod, Lavinia, busca a Rod.

Lavinia lanzó una carcajada de dicha. Era la risa de una niña.

Miró sus pies, el cielo, a Doris: la miró sin verla.

Los ojos se le aclararon. Luego habló con su voz adulta y normal:

—Veo a Rod. Alguien lo ha convertido en hombre-gato, como en las imágenes que hemos visto de las subpersonas. Y hay una muchacha con él, una chica, Doris, pero no puedo estar celosa. Es la criatura más hermosa que ha vivido jamás en ningún mundo. Tendrías que verle el cabello, Doris. Tendrías que verle el cabello. Es como una cascada de hermoso fuego. ¿Ése es Rod? No lo sé. No distingo. No veo.

Sentada en el banco, miraba sin ver a través de Doris, llorando con desespero. La tía Doris se quiso levantar; era hora de que esa pobre muchacha se fuera a dormir, después de haber probado el hipnótico de Paraíso Séptimo.

Pero Lavinia intervino de nuevo.

—También los veo a ellos.

—¿A quiénes? —preguntó la tía Doris sin mayor interés, ahora que habían encontrado información sobre Rod. Doris nunca mencionaba el asunto a los hombres, pero era una persona muy supersticiosa a quien le atraía lo sobrenatural. Sin embargo, incluso en esas incursiones mantenía la mentalidad práctica que la había caracterizado toda su vida. Así, cuando Lavinia tropezó con el mayor secreto del universo contemporáneo, no lo tuvo en cuenta. No comentó a nadie la visión, ni entonces ni después.

—Veo al pálido y orgulloso pueblo de manos fuertes y ojos blancos —insistió Lavinia—. Los constructores del Palacio del Gobernador de la Noche.

—Eso es bonito —comentó la tía Doris—, pero es la hora de tu siesta...

—Adiós querido pueblo... —dijo Lavinia con voz ebria.

Había visto a los dáimons en su propio mundo.

La tía Doris, sin prestarle atención, se levantó y le cogió el brazo para llevarla a descansar. No quedaba nada de los dáimons, excepto una canción que Lavinia se sorprendió canturreando unas semanas después, sin saber si la había soñado o si la había leído en un libro:

*¡Los verás, los verás
andar bellos y libres!
Por jardines de hierba plateada,
más allá de ondulantes ríos,
el cabello peinado
por los dedos del viento.*

Los conocerás

*por sus rostros blancos,
impávidos, distantes,
sin arrugas,
mientras viajan por la noche
hacia destinos prodigiosos.*

Así llegaron las noticias sobre Rod, confusas y fragmentarias; así pasó la visión de los daímonos en su mundo oculto entre las estrellas.

EN LA PLAYA DE MEEYA MEEFLA, EL MISMO DÍA

—Padre, no puedes estar aquí. ¡Nunca vienes aquí!

—Sin embargo, aquí estoy —dijo el señor William No-de-aquí—. Y es importante.

—¿Importante? —rió Ruth—. Entonces no es para mí. Yo no soy importante. Tu trabajo allí sí lo es. —Señaló con la cabeza el borde de Terrapuerto, que flotaba, nítido y circular, más allá de las crestas de las nubes lejanas.

El atildado Señor se acuclilló torpemente en la arena.

—Escucha, muchacha —dijo con énfasis y lentitud—, nunca te he pedido gran cosa, pero ahora te pediré un favor.

—Sí, padre —respondió ella, algo intimidada por esa inusitada actitud: su padre solía tratarla con amable distanciamiento, y se olvidaba de ella diez segundos después de haberle hablado.

—Ruth, ¿sabes que somos norstrilianos?

—Somos ricos, sí a eso te refieres. Qué más da, considerando cómo andan las cosas.

—No hablo de riquezas. ¡Hablo de nuestro hogar, y es muy importante!

—¿Hogar? Nosotros nunca hemos tenido un hogar, padre.

—¡Norstrilia! —masculló él.

—Yo nunca lo he visto, padre. Y tampoco tú. Ni tu padre. Ni el bisabuelo. ¿De qué estás hablando?

—¡Podemos regresar a nuestro hogar!

—¿Qué ocurre, padre? ¿Has perdido el juicio? Siempre has dicho que nuestra familia compró la emigración y nunca podría regresar. ¿Qué ocurre ahora? ¿Han cambiado las leyes? No sé si quiero volver, de todos modos. No hay agua ni playas ni ciudades. Sólo hay un planeta seco y triste con ovejas enfermas y granjeros inmortales que merodean armados hasta los dientes.

—¡Ruth, tú puedes lograr que volvamos!

Ruth se levantó bruscamente y se sacudió la arena del trasero. Era un poco más alta que el padre; aunque él era un hombre muy apuesto, de aire aristocrático, la joven era una persona aún más llamativa. Cualquiera podía darse cuenta de que nunca le faltarían pretendientes.

—Bien, padre. Tú siempre tienes planes. Por lo general, te interesa el dinero antiguo. Pero esta vez yo estoy involucrada en ello, de lo contrario no estarías aquí. Padre, ¿qué quieres que haga?

—Que te cases. Que te cases con el hombre más rico que ha existido en el universo.

—¿Eso es todo? —rió ella—. Claro que me casaré con él. Nunca me he casado con un extranjero. ¿Has concertado una cita con él?

—No entiendes, Ruth. No se trata de una boda terrestre. Según la ley y la costumbre de Norstrilia te casas sólo con un hombre, te casas una sola vez, y sigues casada con él mientras vivas.

Una nube tapó el sol. El aire se volvió más fresco. Ruth contempló a su padre con una extraña mezcla de compasión, desprecio y curiosidad.

—Eso es harina de otro costal —dijo—. Primero tendré que verlo...

OFICINA DEL AYUDANTE DEL COMISIONADO, CIMA DE TERRAPUERTO, CUATRO HORAS DESPUÉS

—No me digas que no hay nada. Ni inventes historias sobre los hombres azules. ¡Vuelve a la pista y regístrala molécula por molécula hasta averiguar dónde estalló esa bomba mental!

—Pero...

—¡Sin peros! Yo he estado en guerra y tú no. Reconozco una bomba cuando la siento. Esa maldita cosa todavía me da dolor de cabeza. Vuelve con tus hombres a la pista de arriba y averigua dónde estalló esa bomba.

—Sí, señor —respondió el abatido y joven subjefe, sin la menor esperanza de cumplir su misión. Saludó con desaliento.

Cuando encontró a sus hombres en la puerta, sacudió la cabeza casi imperceptiblemente. El y sus hombres subieron por la rampa como un patético grupo de espantajos sin fuerzas.

ANTECÁMARA DE LA CAMPANA Y EL BANCO, A LA MISMA HORA

—Apresamos al hombre-toro T'dank, pero de algún modo escapó. Tal vez esté escondido en las cloacas. No veo razón para enviar la policía a perseguirlo. Allí abajo no durará mucho. Y la policía armaría un escándalo si yo lo perdonara. Tú puedes darme la razón, pero el resto del Consejo no lo haría.

—¿Y el comisionado Bebedor de Té, Señor? ¿Qué piensas hacer con él? Es una cuestión engorrosa, pues es un ex Señor de la Instrumentalidad. No podemos consentir que esa gente cometa delitos —declaró enfáticamente la Dama Johanna Gnade.

—Tengo el castigo para él —respondió Jestocost, con una blanda sonrisa.

—¿Olvido y recondicionamiento? —preguntó la Dama Johanna—. Básicamente, es un hombre inteligente.

—Nada tan simple.

—¿Entonces qué mi Señor?

—Nada.

—¿Qué quieres decir con «nada», Jestocost? No tiene sentido —exclamó la Dama Johanna con una extraña nota de petulancia.

—Quiero decir lo que he dicho, señora. Nada. Él sabe que yo sé algo. La araña ha muerto. El robot está destruido. Hay otros nueve Rod McBans causando un pequeño caos en la ciudad baja. Pero Bebedor de Té ignora que yo lo sé todo. Tengo mis propias fuentes.

—Sabemos que te enorgulleces de ello —comentó la Dama Johanna, con una encantadora y artera sonrisa—. También sabemos que te gusta guardar secretos personales. Lo toleramos, Señor, porque te amamos y confiamos en ti, pero sería una práctica muy peligrosa si la llevaran a cabo personas menos juiciosas o menos hábiles que tú. Y podría resultar peligrosa si... —Titubeó, lo estudió un instante y continuó—. Sería peligrosa si perdieras tu astucia, o murieras de repente.

—Lo cual no ha ocurrido —replicó él, desechando el tema.

—No me has contado qué harás con Bebedor de Té.

—Nada, como he dicho —contestó Jestocost con enfado—. No haré nada y dejaré que él espere que yo ordene su destrucción. Si empieza a creer que me he olvidado, encontraré algún modo de recordarle que alguien o algo le sigue el rastro. Bebedor de Té será un hombre muy desdichado antes de que termine con él.

—Eso parece muy cruel, mi Señor. Él podría apelar.

—¿Y ser juzgado por asesinato?

La Dama Johanna desistió.

—Tu estilo es inaudito, Señor. Te has adaptado al Redescubrimiento del Hombre. Dejar que la gente sufra. Dejar que las cosas salgan mal. Yo fui educada en la vieja filosofía... si ves un problema, resuélvelo.

—Y yo me di cuenta de que estábamos muriendo de perfección.

—Supongo que estás en lo cierto —suspiró ella—. Supongo que aún vigilas a ese hombre rico.

—En la medida de lo posible —dijo Jestocost.

—Perfecto —dijo Johanna, dando el asunto por concluido—. Sólo espero que no te hayas liado con esa extravagante afición tuya.

—¿Extravagante afición? —dijo Jestocost a la manera cortesana, enarcando las cejas.

—El subpueblo —explicó ella con tono de disgusto—. El *subpueblo*. Me caes bien, Jestocost, pero tus comentarios sobre esos animales a veces me repugnan.

Jestocost no planteó objeciones. Se quedó rígido y la miró. La Dama Johanna sabía que Jestocost estaba eludiendo una provocación. Él era mayor, así que la Dama saludó con una ligera reverencia y se marchó de la sala.

ANTECÁMARA DE LA CAMPANA Y EL BANCO, DIEZ MINUTOS DESPUÉS

Una mujer-oso con cofia almidonada y uniforme de enfermera entró en la sala empujando la silla de ruedas del Señor Crudelta. Jestocost apartó los ojos de los cuadros de situación que estaba examinando. Cuando vio quién era, saludó a Crudelta con una profunda inclinación. La mujer-oso, excitada por el famoso lugar y los grandes dignatarios a quienes conocía, habló con voz singularmente aguda.

—Señor y amo Crudelta —suplicó—, ¿puedo dejarte aquí?

—Sí, vete. Te llamaré luego. Ve al cuarto de baño mientras sales. Está a la derecha.

—¡Señor...! —jadeó ella avergonzada.

—No te habrías atrevido si no te lo hubiera dicho. Hace media hora que leo tu mente. Ahora márchate.

La mujer-oso salió con un susurro de las faldas almidonadas.

Crudelta se volvió hacia Jestocost, quien se inclinó. Al alzar los ojos contempló la cara de ese hombre viejo, muy viejo, y dijo, con cierto orgullo en la voz:

—¡Aún sigues con tus mañas, Señor y colega Crudelta!

—Y tú con las tuyas, Jestocost. ¿Cómo sacarás a ese chico de las cloacas?

—¿Qué chico? ¿Qué cloacas?

—Nuestras cloacas. El chico a quien le vendiste esta torre.

Por una vez, Jestocost quedó atónito de sorpresa. Se le aflojó la mandíbula. Luego recobró la compostura y dijo:

—Eres un hombre informado, Señor Crudelta.

—Lo soy, y también soy mil años mayor que tú. Ésa fue mi recompensa por regresar de la nada del espacio.

—Lo sé, Señor. —La cara carnosa y agradable de Jestocost no expresaba preocupación, pero estudiaba al viejo con gran cautela. En su juventud, el señor Crudelta había sido el mayor Señor de la Instrumentalidad, un telépata siempre temido por los demás Señores, pues leía las mentes con tanta destreza y rapidez que era el mejor carterista mental que jamás había existido. A pesar de ser un conservador acérrimo, jamás se había opuesto a una medida determinada porque atentara contra sus ambiciones. Por ejemplo, había presidido la votación por el Redescubrimiento del Hombre regresando de su retiro e intimidando al Consejo con su vehemente discurso a favor de la reforma. Jestocost nunca le había tenido simpatía. ¿Quién podía simpatizar con una lengua mordaz, una mente de insondable inteligencia, una personalidad vieja y fría que no ofrecía ni pedía compañerismo? Y si el viejo se había embarcado en la aventura Rod

McBan, quizá supiera algo sobre el anterior trato de Jestocost con... /No, no, no! No pienses eso aquí, no mientras te observan estos ojos.

—También lo sé —dijo el viejo.

—¿Qué?

—El secreto que más quieres ocultar.

Jestocost esperó sumisamente a que le asestaran el golpe.

El viejo rió. La mayoría de la gente habría esperado un graznido de aquella cara apuesta, joven y lozana con un cuerpo enclenque y marchito. Habría sido un error. La risa sonaba amable, genuina y cálida.

—Dama Roja es un estúpido —afirmó Crudelta.

—Estoy de acuerdo —dijo Jestocost—. ¿Pero cuáles son *tus* razones, Señor y amo?

—El muy tonto. Sacar a ese joven de su propio planeta cuando tiene tanta riqueza y tan poca experiencia.

Jestocost asintió, sin querer decir nada mientras el viejo no hubiera mostrado su línea de ataque.

—Sin embargo, tu idea me gusta —continuó el Señor Crudelta—. Venderle la Tierra y luego cobrarle impuestos por eso. ¿Pero cuál es tu finalidad última? ¿Nombrarlo emperador del planeta Tierra, al viejo estilo? ¿Asesinarlo? ¿Volverlo loco? ¿Lograr que tu muchacha-gato lo seduzca y luego lo mande a casa arruinado? Admito que yo también he pensado en estas posibilidades, aunque no entendía cómo encajaban con tu pasión por la justicia. Pero hay una cosa que no puedes hacer, Jestocost. No puedes venderle el planeta Tierra y luego permitirle que se quede aquí y lo administre. Podría exigir esta torre como residencia. Eso sería demasiado. Soy demasiado viejo para mudarme a otra parte. Y no debe extraer todo el océano y llevárselo como recuerdo. Todos habéis sido muy listos, Señor... listos al extremo de la tontería. Habéis creado una crisis innecesaria. ¿Qué piensas obtener de ella?

Jestocost decidió ir al grano. El viejo debía de haberle leído la mente. Sólo así podría haber atado todos los cabos. Jestocost optó por la verdad y nada más que la verdad. Empezó con el día en que el Gran Parpadeo comunicó las enormes transacciones en *stroon*, apuestas financieras que pronto trascendieron los mercados de Vieja Australia del Norte para desequilibrar la economía de todos los mundos civilizados. Intentó explicar quién era Dama Roja.

—No me cuentes eso —exclamó el señor Crudelta—. Fui yo quien lo apresó, lo sentenció a muerte y luego fui persuadido a anular la sentencia. No es un mal hombre, pero es astuto. Tiene suficiente inteligencia para convertirse en un absoluto tonto cuando se enreda en sus conspiraciones lógicas. Te apuesto un minicrédito contra un crédito a que ya ha asesinado a alguien. Siempre lo hace. Le agrada la violencia teatral. Pero vuelve a tu historia. Dime qué planes tienes. Si me gustan, te ayudaré. Si no me gustan, presentaré la historia ante una reunión plenaria del Consejo esta mañana, y sabes que harán trizas tu brillante idea. Quizá confisquen la propiedad del muchacho, lo manden a un hospital y lo hagan salir hablando vasco y tocando música flamenca. Sabes tan bien como yo que la Instrumentalidad se muestra muy generosa con la propiedad ajena, pero se vuelve implacable cuando se ve amenazada. A fin de cuentas, yo fui uno de los hombres que exterminó a Raumsog.

Jestocost habló despacio y con calma. Habló con la certeza de un contable que, teniendo los libros en orden, explica un asunto intrincado a su gerente. A pesar de su edad, era un niño comparado con la antigüedad y sabiduría del señor Crudelta. Expuso los detalles, incluyendo los propósitos de Rod McBan. Incluso compartió con el señor Crudelta su simpatía por el subpueblo y la lucha secreta y silenciosa que él libraba para mejorar la consideración de las subpersonas. Lo único que no mencionó fue el A'telekeli y el contracerebro que el subpueblo había instalado en Abajo-abajo. Si el viejo lo sabía, Jestocost no podía impedirlo. Pero si no lo sabía, no debía contárselo.

El señor Crudelta no reaccionó con entusiasmo senil ni con risas infantiles. No volvió a la infancia sino a la madurez; con gran dignidad y energía, declaró:

—Apruebo. Comprendo. Cuentas con mi respaldo si lo necesitas. Llama a la enfermera para que venga a buscarme. Pensé que eras un tonto sagaz, Jestocost. A veces lo eres. Esta vez demuestras que tienes corazón además de cabeza. Algo más. Apresúrate a traer de Marte a ese doctor Vomact, y no atormentes mucho tiempo a Bebedor de Té, sólo para hacerte el listo. Se me podría ocurrir la idea de atormentarte a *ti*.

—¿Y el ex Señor Dama Roja? —preguntó respetuosamente Jestocost.

—El, nada. Nada. Deja que siga su vida. Quizá los norstrilianos se sirvan de él para perder su inocencia política.

La mujer-oso entró en la sala con un susurro de faldas. El señor Crudelta agitó la mano. Jestocost se inclinó casi hasta el suelo, y la silla de ruedas, pesada como un tanque, atravesó chirriando el umbral.

—¡Eso pudo haber planteado un problema! —suspiró Jestocost, Se enjugó la frente.

EN BUSCA DEL MAESTRO GATUNO

Rod, G'mell y M'gentur habían tenido que asirse a los costados del conducto varias veces cuando el tráfico se volvía más denso y grandes cargamentos subían o bajaban junto a ellos. En una de estas esperas, G'mell contuvo el aliento y dijo unas rápidas palabras al monito. Rod sólo captó el repentino entusiasmo y la felicidad en la voz de G'mell. El mono murmuró una respuesta y ella insistió en tono lastimero.

—¡A'ikasuk, debes hacerlo! La vida de Rod podría depender de ello. No se trata sólo de salvarle la vida ahora, sino de que disfrute una vida mejor durante cientos y cientos de años.

—No me pidas que piense cuando tengo hambre —exclamó el mono con enfado—. Este rápido metabolismo y este pequeño cuerpo no bastan para sostener verdaderos pensamientos.

—Si quieres comida, aquí tengo unas pasas. —Ella sacó un puñado de pasas sin semillas de una de sus bolsas.

M'gentur las comió con avidez pero sombríamente.

Rod dejó de prestarles atención para admirar los magníficos muebles dorados, con delicadas tallas e incrustaciones de material nacarado, que un numeroso grupo de locuaces hombres-perro llevaba hacia arriba. Les preguntó adonde llevaban los muebles. No le respondieron y él repitió la pregunta en tono más perentorio, como correspondía al norstriliano más rico del universo. El autoritarismo en su voz provocó respuestas, pero no las que él esperaba.

—Miau —dijo un hombre-perro—. Cállate, gato, o te perseguiré y tendrás que subirte a un árbol.

—Lo llevamos a tu casa, estúpido. ¿Qué crees que eres? ¿Una persona?

—Los gatos siempre son entrometidos. Mira ése.

El capataz de los perros subió por el conducto.

—Amigo gato —le dijo a Rod con aplomo y amabilidad—, si tienes ganas de charla, quizá te clasifiquen como material sobrante. ¡Será mejor que te calles en el conducto público!

Rod comprendió que para esos seres era uno más, un gato convertido en hombre, y que los obreros del subpueblo que servían a la Vieja Tierra estaban adiestrados para no conversar mientras trabajaban para el hombre.

Captó el urgente susurro de G'mell a M'gentur:

—...y no le preguntes. *Díselo a El*. ¡Nos arriesgaremos a cruzar la zona de las personas para visitar al Maestro Gatuno! *Díselo a El*.

M'gentur respiraba entrecortadamente. Los ojos se le salían de las órbitas, pero no

estaba mirando nada. Gruñó como si realizara un gran esfuerzo interno. Al fin soltó la pared. Habría caído lentamente si G'mell no lo hubiera cogido para acunarlo como un bebé.

—¿Llegaste a El? —susurró ávidamente G'mell.

—Él —jadeó el monito.

—¿Quién? —preguntó Rod.

—Ese-l —respondió G'mell—. Ya te lo contaré después. —Y preguntó a M'gentur—: Si has llegado a El, ¿qué dijo?

—Dijo: «A'ikasuk, no digo que no. Eres mi hijo. Corre el riesgo si lo consideras necesario.» Y no me preguntes ahora, G'mell. Déjame pensar un poco. Acabo de viajar hasta Norstrilia y volver de allí. Todavía me siento ahogado en este pequeño cuerpo. ¿Tenemos que hacerlo ahora? Justo ahora? ¿Por qué no podemos ir a Él y averiguar para qué queremos a Rod? —preguntó M'gentur señalando hacia las profundidades de abajo—. Rod es un medio, no un fin. ¿Quién sabe qué hacer realmente con él?

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Rod.

—Yo sé qué haremos con él —afirmó G'mell al mismo tiempo.

—¿Qué? —dijo el monito, nuevamente cansado.

—Lo dejaremos en libertad, y le dejaremos hallar la felicidad; y si él quiere brindarnos ayuda, la aceptaremos con gratitud. Pero no le robaremos. No le haremos daño. Ese sería un modo mezquino y sucio de mejorar nuestra vida. Si él averigua quién es antes de encontrarse con El, se entenderán mejor. —Se volvió hacia Rod y preguntó con misterioso énfasis—: ¿No quieres saber quién eres?

—Soy Rod McBan ciento cincuenta y uno.

—Shhh, no menciones nombres aquí. No hablo de nombres. Hablo de tu interioridad profunda. La vida misma, tal como fluye a través de ti. ¿Sabes quién eres?

—No me confundas —se defendió—. Sé perfectamente quién soy, y dónde vivo, y qué tengo. Incluso soy consciente de que ahora se supone que soy un hombre-gato llamado G'roderick. ¿Qué más hay que saber?

—¡Los hombres! —gimió ella—. ¡Los hombres! Aunque sois personas, sois tan obtusos que no podéis comprender una simple pregunta. No te pregunto el nombre ni el domicilio ni el título ni la propiedad de tu bisabuelo. Te pregunto por ti, Rod, el único que vivirá, no importa cuántos números puedan ponerse tus nietos detrás del apellido. No estás en el mundo sólo para poseer una propiedad o exhibir un nombre con un número detrás. Tú eres tú. Nunca hubo otro ser como tú. Nunca habrá otro tú después de ti. ¿Qué quiere ese «ser»?

Rod miró las paredes del túnel, que muy abajo parecían virar suavemente hacia el norte. Miró los pequeños rombos de luz proyectados en las paredes por las puertas de aterrizaje a los diversos niveles de Terrapuerto. Sintió que su propio peso le tironeaba ligeramente de la mano mientras se asía de la rugosa superficie del conducto vertical, sostenido por el cinturón. Aquella prenda le resultaba incómoda; a fin de cuentas, estaba soportando la mayor parte de su peso.

Pensó: ¿Quién soy yo para tener derecho a desear algo? Soy Rod McBan CU, el señor y propietario de la Finca de la Condenación. Pero también soy un pobre fenómeno con poca telepatía que ni siquiera sabe linguar ni audir con claridad.

G'mell lo estudiaba con mirada clínica, pero Rod comprendió que ella no intentaba espiarle la mente.

Terminó hablando casi tan fatigosamente como M'gentur, que también se llamaba Aikesus o algo parecido, y que tenía extraños poderes para ser un monito:

—Creo que no deseo muchas cosas, G'mell. Sólo linguar y audir correctamente, como otras personas de mi mundo natal.

La expresión de G'mell revelaba comprensión y un gran esfuerzo por llegar a una decisión.

M'gentur interrumpió con su aguda voz de mono:

—Dímelo a mí, señor y amo.

—No aspiro a nada —repitió Rod—. Me gustaría linguar y audir porque otras personas se burlan de mí por ello. Y me gustaría conseguir un sello triangular azul de dos peniques, del Cabo de Buena Esperanza, mientras estoy en la Tierra. Eso es todo. Supongo que no quiero nada más.

El mono cerró los ojos y pareció dormirse de nuevo: Rod sospechó que se trataba de un trance telepático.

G'mell enganchó a M'gentur de un viejo tubo que sobresalía de la superficie del conducto. Como M'gentur sólo pesaba unos gramos, el cinturón no sufrió un tirón fuerte. G'mell aferró el hombro de Rod y lo atrajo hacia sí.

—Escucha, Rod. ¿Quieres saber quién eres?

—No lo sé. Podría hacerme desdichado.

—¡No, si *sabes* quién eres! —insistió ella.

—Quizá no me guste lo que soy. A otras personas no les gusto. Mis padres murieron juntos cuando su nave explotó en el espacio. No soy normal.

—¡Por amor de Dios! —exclamó ella.

—¿De quién?

—Perdóname, padre —dijo G'mell, sin hablar con nadie que estuviera a la vista.

—He oído ese nombre en alguna parte —reflexionó Rod—. Pero pongámonos en marcha. Quiero llegar a ese lugar misterioso al que debes conducirme y luego quiero averiguar qué le ha ocurrido a Eleanor.

—¿Quién es?

—Mi criada. Adoptó mi forma, ha corrido riesgos por mí, junto con ocho robots. De mí depende hacer algo por ella. Siempre.

—Pero es tu *criada* —declaró G'mell—. Ella te sirve. Es casi una subpersona, como yo.

—Es una persona —protestó Rod—. No tenemos subpersonas en Norstrilia, salvo algunas en tareas del gobierno. Y ella es mi amiga.

—¿Quieres casarte con ella?

—¡Grandes ovejas enfermas! ¿Estás loca? ¡No!

—¿Quieres casarte con alguien?

—¿A los dieciséis años? —exclamó Rod—. De todos modos, mi familia lo arreglará. — Evocó a la sencilla, honesta y dedicada Lavinia, y no pudo evitar compararla con la voluptuosa criatura que flotaba junto a él en el túnel mientras el tráfico circulaba. Casi ingravida, la cabellera de G'mell le aureolaba la cabeza como una flor mágica. De vez en cuando G'mell se la apartaba de los ojos. Rod resopló—. No con Eleanor.

Cuando él dijo esto, la hermosa muchacha-gato tuvo otra idea.

—Tú sabes qué soy, Rod —dijo, muy seriamente.

—Una muchacha-gato del planeta Tierra. Se supone que eres mi esposa.

—En efecto —respondió ella con un tono extraño—. ¡Adelante, pues!

—¿Adelante?

—Sé mi esposo —invitó ella con un ligero tartamudeo—. Sé mi esposo si eso te ayuda a encontrarte a ti mismo.

Ella miró rápidamente a derecha e izquierda. No había nadie cerca.

—¡*Mira, Rod, mira!* —G'mell se entreabrió el vestido. Aun en la penumbra, Rod pudo distinguir la sutil tracería de las venas en el delicado pecho y los jóvenes senos con forma de pera. Las aureolas que rodeaban los pezones eran de un claro, dulce e inocente color rosado; los pezones parecían deliciosos como golosinas. Por un instante Rod sintió placer y luego un terrible embarazo. Apartó la cara con timidez. Lo que ella había hecho era interesante, pero no resultaba exactamente agradable.

Cuando Rod se atrevió a mirarla, G'mell aún le estudiaba la cara.

—Soy una muchacha de placer, Rod. Éste es mi oficio. Y tú eres un gato, con todos los

derechos de un gato macho. Nadie repararía en ello en este túnel. *Rod, ¿quieres hacer algo?*

Rod tragó saliva y calló.

Ella se puso bien la ropa. Cuando habló, la voz no sonaba tan apremiante.

—Supongo que eso me dejó sin aliento. Te encuentro bastante atractivo, Rod. Me sorprende pensando: «Lástima que él no sea un gato.» Ya lo he superado.

Rod no dijo nada.

Una risa burbujeante afloró en la voz de G'mell, junto con un aire de ternura maternal que conmovió a Rod.

—Más aún, Rod, no lo he dicho en serio. O quizá sí.

Tenía que darte una oportunidad antes de creer que te conocía de veras. Rod, soy una de las muchachas más hermosas de la Vieja Tierra. La Instrumentalidad me usa por esta razón. Te transformamos en gato y te ofrecemos mi persona, y tú no quieres poseerme. ¿Eso no te sugiere que no sabes quién eres?

—¿Insistes con eso? —suspiró Rod—. Supongo que no entiendo a las muchachas.

—Será mejor que las entiendas, antes de irte de la Tierra. Tus agentes te han comprado un millón de muchachas con todo tu dinero.

—¿Personas o subpersonas?

—¡De las dos!

—¡Que vayan a molestar ovejas! —exclamó Rod—. No tengo nada que ver con esa compra. Vamos, muchacha. Este no es sitio para una conversación de alcoba.

—¿Dónde has aprendido esa palabra? —rió G'mell.

—He leído libros, muchos libros. Aunque os parezca un patán, sé muchas cosas.

—¿Confías en mí, Rod?

Rod recordó la impudicia de G'mell, que lo había dejado sin aliento. El humor norstriliano se afianzó en él, no como característica personal sino como rasgo cultural.

—He visto cómo eres, G'mell —sonrió—. Supongo que no te quedan muchos secretos. Bien, confío en ti. ¿Y qué?

Ella lo estudió atentamente.

—Te diré de qué hablábamos A'ikasus y yo.

—¿Quién?

—Él —respondió ella, señalando al monito.

—Creía que se llamaba M'gentur.

—¡Como tú te llamas G'rod!

—¿No es un mono? —preguntó Rod.

Ella miró alrededor y bajó la voz.

—Es un pájaro —contestó con solemnidad—. Por su importancia, es el segundo pájaro de la Tierra.

—¿Y qué?

—Está a cargo de tu destino, Rod. Tu vida o tu muerte. En este preciso instante.

—Suponía que eso estaba en manos del Señor Dama Roja y de alguien llamado Jestocost, en la Tierra —susurró Rod.

—Estás tratando con otros poderes, Rod, poderes que se mantienen ocultos. Quieren ser tus amigos. Y creo —añadió ella incongruentemente— que será mejor correr el riesgo y acudir.

Él la miró sin entender.

—A ver al Maestro Gatuno —añadió ella.

—Allí me harán algo.

—Sí —admitió G'mell, con expresión tranquila, cordial y serena—. Tal vez mueras... pero no lo creo. Podrías volverte loco... siempre hay posibilidad. O encontrarás todo lo que deseas... eso es lo más probable. He estado allí, Rod. Yo misma he estado allí. ¿No te parezco una muchacha feliz y activa, teniendo en cuenta que soy un simple animal con

un trabajo poco considerado?

Rod la estudió.

—¿Qué edad tienes?

—El año que viene cumpla treinta —respondió ella, inflexible.

—¿Por primera vez?

—Para el subpueblo no hay segunda vez, Rod. Creí que lo sabías.

Rod la miró un instante.

—Si tú puedes resistirlo, yo también. En marcha.

Ella alzó a M'gentur o A'ikasuk, apartándolo de la pared, donde se había dormido como una marioneta entre una representación y otra. El monito abrió los fatigados ojos y parpadeó.

—Nos ha dado órdenes —dijo G'mell—. Iremos a la Gran Tienda.

—¿Sí? —refunfuñó el mono, despabilándose—. ¡No lo recuerdo!

—¡A través de mí, A'ikasuk! —rió G'mell.

—¡Ese nombre! —masculló él—. No seas imprudente, y menos en un conducto público.

—De acuerdo, M'gentur —rectificó ella—. ¿Pero lo apruebas?

—¿La decisión?

G'mell asintió.

El monito los miró a ambos.

—Si ella arriesga su vida y la tuya, además de la mía... sí ella arrostra peligros para hacerte mucho, mucho más feliz, ¿estás dispuesto a acompañarla?

Rod asintió en silencio.

—Vamos, entonces —decidió el mono cirujano.

—¿Adonde vamos? —preguntó Rod.

—Bajaremos a la ciudad de Terrapuerto. Entre toda la gente. Enjambres de gente —explicó G'mell—. Y verás la vida cotidiana de la Tierra, tal como me pediste en la torre hace una hora.

—Hace un año, querrás decir —manifestó Rod—. ¡Han pasado tantas cosas! —Evocó los pechos jóvenes y desnudos y el impulso que había incitado a G'mell a mostrarlos, pero no sintió excitación ni culpa; experimentó cordialidad, porque intuyó en esa relación un compañerismo mucho más ferviente que la sexualidad.

—Iremos a una tienda —dijo el mono somnoliento.

—¿Una tienda? ¿A buscar cosas? ¿Para qué?

—Tiene un bonito nombre —intervino G'mell—, y pertenece a una maravillosa persona. Nada menos que el Maestro Gatuno. Tiene quinientos años, y aún se le permite vivir en virtud del legado de la Dama Goroke.

—Nunca he oído hablar de ella —confesó Rod—. ¿Cómo se llama la tienda?

—La Gran Tienda de los Deseos del Corazón —respondieron simultáneamente G'mell y M'gentur.

El viaje fue un sueño vivido y rápido. Bajaron unos cientos de metros hasta llegar al nivel del suelo.

Salieron a la calle de las personas. Un policía robot los observaba desde una esquina.

Seres humanos con trajes de cien períodos históricos distintos se paseaban en el ambiente húmedo y cálido de la Tierra. El aire no era tan salobre como en la cima de la torre. En la ciudad Rod olió a más personas de las que jamás había imaginado en un solo lugar. Miles de individuos, cientos y miles de comidas, el aroma de los robots, las subpersonas y otras criaturas que parecían ser animales no modificados.

—Nunca había conocido un lugar con olores tan fascinantes —le confesó a G'mell.

Ella lo miró de soslayo.

—Qué interesante. Tienes el olfato de un hombre-perro. La mayor parte de las personas verdaderas que he conocido no se podían oler los propios pies. Ven, G'roderick... ¡Recuerda quién eres! Si yo no estuviera marcada y con permiso para la

superficie, ese policía nos detendría al instante.

Cargó con A'ikasuk y aferró el codo de Rod para guiarlo. Llegaron a una rampa que conducía a un pasillo subterráneo bien iluminado. Máquinas, robots y subpersonas iban de un lado a otro, muy atareadas.

Rod se habría desorientado si no le hubiera acompañado G'mell. Aunque su prodigiosa capacidad para audir en banda ancha, que tan a menudo lo había sorprendido en su mundo, no había vuelto durante sus pocas horas en la Vieja Tierra, sus otros sentidos le brindaban una sofocante percepción del gran número de personas que había por encima y alrededor. (No sabía que en épocas pasadas las ciudades de la Tierra albergaban poblaciones de hasta decenas de millones; para él, varios cientos de miles de personas, y un número similar de subpersonas, representaba una muchedumbre descomunal.) Los sonidos y olores de las subpersonas eran sutilmente distintos de los de las personas; algunas máquinas de la Tierra eran más grandes y más antiguas de lo que él hubiera imaginado; la circulación de agua en volúmenes inmensos, millones y millones de litros, para los múltiples usos de Terrapuerto —higiene, refrigeración, bebida, usos industriales— le hacía comprender que no estaba entre unos pocos edificios, lo cual habría constituido una ciudad en Vieja Australia del Norte, sino que formaba parte del flujo sanguíneo que recorría el sistema circulatorio de un enorme animal complejo cuya naturaleza él no entendía del todo. La ciudad tenía una vitalidad pegajosa, húmeda y complicada que hasta entonces no había sospechado. Se caracterizaba por el movimiento. Rod sospechó que ese movimiento era constante noche y día, y que nunca llegaba a interrumpirse, que las grandes bombas impulsaban agua por tubos y desagües aunque la gente no estuviera despierta, que el cerebro de esta organización no podía residir en un solo punto, sino que abarcaba muchos subcerebros, cada cual responsable de determinadas tareas. ¡Con razón necesitaban subpersonas! A pesar de los perfectos mecanismos automáticos, significaría un gran trastorno contar con supervisores humanos suficientes para reparar los diversos sistemas si sufrían fallos internos o problemas de conexión. Vieja Australia del Norte tenía vitalidad, pero era la vitalidad de los campos abiertos, la escasez de población, la riqueza inmensa y el perpetuo peligro militar; ésta era la vitalidad del albañal, de la pila de estiércol, pero los componentes putrefactos que medraban y crecían no eran desechos sino seres humanos y cuasihumanos. No le extrañaba que sus antepasados hubieran huido de las ciudades. Debían de haber sido horrendas para los hombres libres. Incluso la Vieja Australia Original, en alguna parte de la Tierra, había perdido su naturaleza y libertad para convertirse en el gigantesco complejo urbano de Aojou Nambien. Rod pensó con espanto que debía de haber tenido mil veces el tamaño de esta ciudad de Terrapuerto. (Se equivocaba, pues Aojou Nambien tenía ciento cincuenta mil veces el tamaño de Terrapuerto cuando desapareció. Terrapuerto tenía sólo doscientos mil habitantes permanentes cuando Rod la visitó, con una cantidad adicional procedente de los suburbios cercanos, los suburbios exteriores que aún estaban derruidos y abandonados; Australia, bajo el nombre de Aojou Nambien, había alcanzado una población de treinta mil millones de habitantes antes de desaparecer, antes de que los Salvajes y los Menschenjager empezaran a exterminar a los supervivientes.)

Rod estaba desconcertado, pero G'mell no.

Había puesto a M'gentur en el suelo, a pesar de sus chillonas protestas de mono. El pequeño simio trotaba con desgana junto a ellos.

Con el desenfado de una auténtica muchacha de ciudad, G'mell los había llevado hasta un cruce del cual procedía un rugido continuo y sibilante. Con letras escritas, con imágenes y con altavoces, el sistema de advertencia repetía: NO ENTRAR, FLETE SOLAMENTE, PELIGRO, NO ENTRAR. G'mell recogió a M'gentur-A'ikasuk, aferró el brazo de Rod y saltó con ellos a una serie de plataformas que subían deprisa. Rod, sorprendido al encontrarse de pronto en la acera móvil, preguntó a gritos:

—¿Flete? ¿Qué es eso?

—Objetos. Cajas. Alimentos. Ésta es la Cinta de Transporte Central. No tiene sentido caminar seis kilómetros cuando podemos ir por aquí. ¡Prepárate para saltar conmigo cuando te lo indique!

—Parece peligroso —murmuró él.

—No si eres un gato.

Tras estas equívocas palabras de aliento, ella permaneció en silencio. M'gentur no podía mostrarse más indiferente. Acurrucó la cabeza contra el hombro de G'mell, rodeó el brazo de la muchacha con sus largos brazos de simio y se durmió profundamente.

G'mell le hizo una seña a Rod.

—¡Ahora! —gritó, midiendo la distancia por marcas que para él no significaban nada. Las zonas de desembarco tenían pistas llanas de cemento hacia donde los vehículos individuales que circulaban sobre ese río de aire se podían desviar para el trabajo de carga y descarga. Cada una de estas zonas de desembarco tenía un número, pero Rod ni siquiera se había dado cuenta de a cuál habían llegado. Los olores de la ciudad subterránea cambiaban tanto mientras se desplazaban de una sección a otra que estaba más interesado en los aromas que en el número de las plataformas.

Ella le pellizcó el brazo con fuerza para que se preparase.

Saltaron.

Rod cayó dando tumbos por la plataforma hasta que se apoyó en una gran caja de embalaje con la etiqueta *Papelería Algonquino - tarjetas, miniatura - 2 mm*, G'mell aterrizó tan grácilmente como si representara un acto de acrobacia ensayado. El monito abrió los ojos grandes y brillantes.

—Aquí —explicó M'gentur-A'ikasus con firmeza y desprecio— es donde las personas juegan a trabajar. Estoy cansado, tengo hambre, y tengo poco azúcar en el organismo. — Se acurrucó contra el hombro de G'mell, cerró los ojos y se durmió de nuevo.

—Él tiene razón —dijo Rod—. ¿Podemos comer?

G'mell iba a asentir pero se contuvo.

—Eres un gato.

El asintió y sonrió.

—Tengo hambre, de todos modos. Y necesito una caja con arena.

—¿Caja con arena? —preguntó ella, asombrada.

—Un deda —dijo él con claridad, usando el término norstriliano.

—¿Deda?

Rod sintió vergüenza y aclaró el término:

—Dispositivo para Evacuación de Desechos de Animales.

—Un retrete —rió ella. Pensó un minuto y exclamó—: Vaya.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

—Cada especie de subpersona tiene que usar el suyo. Representa la muerte tanto si no lo usas como si vas a uno equivocado. El de los gatos queda cuatro estaciones más atrás por esta cinta subterránea. Podemos desandar el camino por la superficie. Tardaríamos sólo media hora.

Rod dijo algo que sonaba muy grosero en la Tierra. G'mell arrugó el ceño.

—Sólo he dicho: «La Tierra es una gran oveja saludable». No es tan obsceno.

Ella recobró el buen humor.

Antes de que G'mell hiciera otra pregunta Rod levantó la mano con firmeza.

—No quiero perder media hora. Espera aquí.

Había visto el signo universal de «hombres» en el nivel superior de la plataforma. Entró antes de que ella pudiera detenerlo. La muchacha se llevó la mano a la boca, pues sabía que la policía robot lo mataría al instante si lo encontraba en el lugar equivocado. Sería una broma macabra que el hombre que poseía la Tierra muriese en el retrete equivocado.

Lo siguió deprisa, deteniéndose ante la puerta. No se atrevió a entrar; suponía que al

entrar Rod el sitio estaba vacío, pues no había oído el estruendo de una bala pesada y lenta, ni el zumbido chispeante de un lanzallamas. Los robots no usaban retretes, y sólo entraban cuando llevaban a cabo una investigación. G'mell estaba dispuesta a distraer a cualquier hombre que intentara entrar, ofreciéndole una se-inmediata o un mono halagüeño e indeseado.

M'gentur estaba despierto.

—No te preocupes —dijo—. He llamado a mi padre. Cualquiera que se acerque a esta puerta caerá dormido.

Un hombre común, con aire de cansancio y preocupación, se dirigió al retrete de hombres. G'mell estaba dispuesta a detenerlo a cualquier precio, pero recordó las palabras de M'gentur-A'ikasuk, así que esperó. El hombre se sobresaltó, pero cuando vio que eran subpersonas miró a través de ellos como si no existieran. Avanzó dos pasos más hacia la puerta y de pronto extendió las manos como un ciego. Caminó hacia la pared a dos pasos de la puerta, la aferró a tientas y se desplomó en el suelo, donde se quedó roncando.

—Mi papá es bueno —sonrió M'gentur-A'ikasuk—. En general deja tranquilas a las personas verdaderas, pero cuando tiene que actuar, lo hace. Dio a ese hombre el claro recuerdo de que por error había tomado una píldora de dormir cuando buscaba un analgésico. Cuando el humano despierte, se sentirá ridículo y no contará a nadie su experiencia.

Rod salió por la peligrosa puerta. Les sonrió con aire travieso y no reparó en el hombre caído junto a la pared.

—Ha sido más fácil que volver atrás, y nadie me ha visto. Como ves, G'mell, te he ahorrado muchos problemas.

Estaba tan orgulloso de su imprudente aventura que la joven no tuvo valor para recriminarlo. Él sonrió irguiendo los bigotes gatunos. Por un instante, sólo por un instante, ella olvidó que Rod era una persona importante y para colmo un hombre verdadero; era un muchacho fuerte como un gato, pero sólo un niño en su satisfacción, su descarado valor, su dichosa vanidad. Por un par de segundos ella lo amó. Luego recordó las terribles horas que los aguardaban, y pensó que él regresaría, rico y displicente, a su planeta de personas. El instante de enamoramiento pasó, pero aun así Rod seguía atrayendo a G'mell.

—Ven, joven amigo. Puedes comer. Tendrás que comer alimento para gatos, pues eres G'roderick; pero no resulta tan malo.

El frunció el ceño.

—¿En qué consiste? ¿Tenéis pescado? Yo probé el pescado una vez. Un vecino compró uno. Lo cambió por dos caballos. Era delicioso.

—Quiere pescado —le dijo G'mell a A'ikasuk.

—Dale un atún entero —gruñó el mono—. Continúo con escasez de azúcar en la sangre. Necesito una pina.

G'mell no discutió. Sin salir del pasillo subterráneo, los llevó a una sala que tenía una figura con perros, gatos, vacas, cerdos, osos y serpientes encima de la puerta; eso indicaba las clases de subpersonas que podían acudir allí. A'ikasuk miró el letrero con mal ceño.

—Este caballero —dijo G'mell, hablándole afablemente a un viejo hombre-oso que se rascaba el vientre y fumaba en pipa— ha olvidado sus créditos.

—No puede comer —declaró el hombre-oso—. Son las leyes. Pero puede beber agua.

—Yo pagaré por él —se ofreció G'mell.

El hombre-oso bostezó.

—¿Estás segura de que no te devolverá los créditos? Si lo hace, incurre en comercio privado, lo cual se castiga con la muerte.

—Conozco las reglas —dijo G'mell—. Nunca he sido castigada.

El oso la estudió críticamente. Se quitó la pipa de la boca y silbó.

—No, y por lo que veo no lo serás. ¿Qué eres? ¿Modelo?

—Muchacha de placer.

El hombre-oso saltó del taburete de un brinco.

—¡Dama gato! —exclamó—. Mil perdones. Puedes pedir lo que quieras. ¿Vienes de la cima de Terrapuerto? ¿Conoces personalmente a los Señores de la Instrumentalidad? ¿Te agradecería una mesa rodeada de cortinas? ¿O quieres que eche a todos los demás e informe a mi amo que tenemos a una famosa y bella esclava de los lugares altos?

—No quiero nada tan drástico —rechazó G'mell—. Sólo comida.

—Espera un poco —dijo M'gentur-A'ikasmus—, si ofreces cosas especiales, yo pediré dos pinas frescas, un cuarto de kilo de coco molido fresco, y cien gramos de larvas de insectos vivas.

El hombre-oso titubeó.

—El ofrecimiento era para la dama, que sirve a los poderosos, no para ti, mono. Pero si la dama lo desea, mandaré buscar esas cosas. —Esperó la aprobación de G'mell, la obtuvo y pulsó un botón para llamar a un robot de baja jerarquía. Se volvió hacia Rod McBan—. ¿Y tú qué quieres, caballero gato?

G'mell intervino antes de que Rod pudiera hablar:

—Quiere dos filetes de aguja de mar, patatas fritas, ensalada Waldorf, crema helada y un gran vaso de zumo de naranja.

El hombre-oso se estremeció visiblemente.

—Hace años que estoy aquí, y es el almuerzo más raro que he pedido para un gato. Creo que yo mismo lo probaré.

G'mell le dirigió la sonrisa que había brillado en mil recepciones.

—Yo sólo me serviré las cosas que hay en los mostradores. No soy exigente.

El hombre-oso iba a protestar pero ella lo interrumpió con un ademán grácil pero enérgico. El hombre-oso no insistió.

Se sentaron a una mesa.

M'gentur-A'ikasmus esperó su combinación de almuerzo de mono y de pájaro. Rod vio que un viejo robot, vestido con un esmoquin prehistórico, hacía una pregunta al hombre-oso, dejaba una bandeja en la puerta y le traía a él otra bandeja. El robot sacudió una servilleta recién almidonada. Era el almuerzo más succulento que Rod McBan había visto en su vida. Los norstrilianos no servían esos manjares ni siquiera en un banquete oficial. Cuando estaban terminando, el oso cajero se acercó a la mesa a preguntar:

—¿Tu nombre, dama gata? Pasaré el gasto al gobierno.

—G'mell, servidora de Bebedor de Té, súbdito del Señor Jestocost, un jefe de la Instrumentalidad.

La cara del oso estaba depilada, así que notaron cómo palidecía.

—G'mell —jadeó—, ¡G'mell! Perdóname, señora. Nunca te había visto. Has bendecido este lugar. Has bendecido mi vida. Eres amiga de todo el subpueblo. Ve en paz.

G'mell le dedicó el gesto y la sonrisa que una emperatriz habría dedicado a un Señor activo de la Instrumentalidad. Iba a coger al mono pero M'gentur echó a correr. Rod quedó intrigado. Cuando el oso lo saludó con una reverencia, Rod preguntó a G'mell:

—¿Eres famosa?

—En cierto modo. Pero sólo entre las subpersonas.

Lo guió deprisa hacia una rampa. Al fin llegaron a la luz del día, pero aún no habían salido a la superficie cuando el olfato de Rod captó una turbulencia de aromas: comidas frías, tonas al horno, licores que vertían su agudo olor en el aire, perfumes que competían por llamar la atención. Sobre todo, el tufo de cosas antiguas: tesoros polvorientos, cueros viejos, tapices, el rescoldo del olor de personas que habían muerto mucho tiempo atrás.

G'mell se detuvo a mirarlo.

—¿De nuevo oliendo cosas? Debo decir que tienes mejor olfato que cualquier ser

humano que haya conocido. ¿Cómo huele para ti?

—Maravilloso —jadeó Rod—. Maravilloso. Como todos los tesoros y tentaciones del universo reunidos en un solo lugar.

—Es sólo el Mercado de Ladrones de París.

—¿Hay ladrones en la Tierra? ¿Sin esconderse, como en Viola Sidérea?

—Oh no —rió G'mell—. Morirían pronto. La Instrumentalidad los apresaría. Son sólo personas que juegan. El Redescubrimiento del Hombre encontró algunas viejas instituciones, entre ellas un viejo mercado. Encargan a los robots y las subpersonas que encuentren cosas y luego fingen ser antiguos, e intercambian objetos. O cocinan comida. No muchas personas verdaderas cocinan hoy en día. Resulta tan raro que para ellos sabe bien. Todos cogen dinero al entrar. Tienen toneles de dinero en la puerta. Al atardecer, cuando se van, arrojan el dinero en la alcantarilla, aunque tendrían que ponerlo de nuevo en el tonel. Las subpersonas no podemos usar ese dinero. Usamos números y tarjetas de ordenador. —Suspiró—. No me vendría mal un poco más de dinero.

—¿Y qué hacen en el mercado las subpersonas como tú... como yo? —preguntó Rod.

—Nada —susurró ella—. Absolutamente nada. Podemos atravesarlo si no somos demasiado grandes ni demasiado pequeños ni demasiado sucios ni despedimos demasiado olor. Y aunque cumplamos esos requisitos, debemos seguir de largo sin mirar fijamente a las personas verdaderas y sin tocar nada del mercado.

—¿Y si tocamos algo? —preguntó Rod con tono desafiante.

—La policía robot tiene órdenes de matarnos en el acto cuando descubre una infracción. ¿No comprendes, Rod? —gimió G'mell—. Hay millones de nosotros en tanques, en las honduras del Abajo-abajo, preparados para nacer, para ser entrenados, listos para que los envíen aquí arriba a servir al Hombre. No somos un bien escaso, G'rod, no somos un bien escaso.

—Entonces, ¿por qué atravesamos el mercado?

—Es el único modo de llegar a la tienda del Maestro Gatuno. Ven, nos darán etiquetas.

En el lugar donde la rampa llegaba a la superficie, cuatro robots de ojos brillantes, reluciente cuerpo azul y esmaltado y fulgurantes ojos lechosos, estaban en guardia. Sus armas emitían un zumbido desagradable y tenían el seguro quitado. G'mell les habló en voz baja y sumisa. Cuando el sargento robot la condujo a un escritorio, ella acercó los ojos a un instrumento parecido a un binocular y se incorporó pestañeando. Apoyó la palma en un escritorio. La identificación estaba completa. El sargento robot le entregó tres discos brillantes, que parecían platillos, cada cual con una cadena. Sin decir nada, ella colgó un disco del cuello de cada uno de los tres. Los robots los dejaron pasar. Caminaron discretamente por aquel lugar de objetos y olores llamativos. Lágrimas de rabia humedecieron los ojos de Rod.

«Compraré este lugar —pensó—. Es lo único que compraré.»

G'mell se había detenido.

Rod alzó la mirada.

Allí estaba el letrero: GRAN TIENDA DE LOS DESEOS DEL CORAZÓN. Se abrió una puerta. Una inteligente cara gatuna se asomó, los examinó y protestó:

—¡No se admiten subpersonas!

Dio un portazo. G'mell llamó a la campanilla por segunda vez. La cara se asomó de nuevo, más intrigada que furiosa.

—Un asunto del Ese-I —susurró G'mell.

—Adentro, entonces —indicó el hombre-gato—. ¡Deprisa!

LA GRAN TIENDA DE LOS DESEOS DEL CORAZÓN

Una vez dentro, Rod comprendió que la tienda era tan exuberante como el mercado. No había otros clientes. Después de la música, las frituras, los hervores, los estrépitos, los

clamores, el zumbido de las armas de los robots y otros ruidos que había oído en el exterior, el silencio de la habitación le pareció un lujo semejante al terciopelo viejo y tupido. Los olores eran tan variados como los de fuera, pero diferentes y más complejos, y muchos resultaban imposibles de identificar. Reconoció un olor con certeza: miedo, miedo humano. Era un olor muy reciente.

—Deprisa —urgió el hombre-gato—. Tendré problemas si no os vais pronto. ¿Qué buscáis?

—Soy G'mell.

Él asintió afablemente, pero no pareció reconocerla.

—Me olvido de la gente.

—Éste es M'gentur —continuó G'mell, señalando al mono.

El viejo hombre-gato ni siquiera miró al animal.

G'mell añadió, con una nota triunfal:

—Tal vez hayas oído hablar de él por su nombre verdadero, A'ikasus.

El hombre parpadeó asombrado.

—¿Ikasus con una A?

—Transformado —insistió G'mell— para un viaje de ida y vuelta a Vieja Australia del Norte.

—¿Es verdad? —le preguntó el viejo al mono.

—Soy el hijo de Aquel en quien estás pensando —respondió serenamente A'ikasus.

El g'hombre cayó de rodillas, aunque con dignidad.

—Te saludo, A'ikasus. Cuando proyectes tus pensamientos hacia tu padre, dale mis recuerdos y pide su bendición. Soy G'william, el Maestro Gatuno.

—Eres famoso —declaró A'ikasus.

—Pero corréis peligro sólo por estar aquí. ¡No tengo permiso para subpersonas!

G'mell mostró la carta que tenía en la manga.

—Maestro Gatuno, tu siguiente invitado. No es un g'hombre sino un hombre verdadero, un extranjero, y acaba de comprar casi todo el planeta Tierra.

G'william contempló a Rod con profunda atención. Había cierta afabilidad en esta actitud. G'william era alto por ser un hombre-gato; le quedaban pocas facciones animales, pues la vejez, que reduce los contrastes raciales y sexuales a meros recuerdos, lo había arrugado dejándolo de un color pardo uniforme. El pelo no era blanco, sino que también era pardo; los pocos bigotes gatunos tenían un aspecto viejo y marchito. Vestía un traje excéntrico que —según Rod supo más tarde— era una túnica cortesana de uno de los Emperadores Originales, una dinastía que había gobernado muchos siglos entre las lejanas estrellas. Era viejo, pero también sabio; su estilo de vida unía inteligencia con amabilidad, una combinación muy poco frecuente. En su vejez recogía lo que había sembrado. Había vivido bien sus miles y miles de días, de modo que la edad había infundido una extraña alegría en sus modales, como si cada experiencia fuera una nueva recompensa antes de las largas y lúgubres tinieblas. Rod se sintió atraído por esa extraña criatura, que lo contemplaba con una curiosidad penetrante y personal pero sin actuar ofensivamente.

—Sé lo que estás pensando, señor y propietario McBan —dijo el Maestro Gatuno en un aceptable norstriliano.

—¿Puedes audir? —exclamó Rod.

—No tus pensamientos. Pero capto fácilmente tu expresión. Estoy seguro de que puedo ayudarte.

—¿Por qué crees que necesito ayuda?

—Todas las criaturas necesitan ayuda —declaró sentenciosamente el viejo g'hombre—, pero antes debemos liberarnos de nuestros otros visitantes. ¿Adonde quieres ir, excelencia? ¿Y tú, dama gatuna?

—A casa —resopló A'ikasus. De nuevo se sentía cansado e irritado. Tras esa frase

brusca, se sintió obligado a hablar en tono más cortés—: Este cuerpo me resulta incómodo, Maestro Gatuno.

—¿Sabes caer? —preguntó el Maestro Gatuno—. ¿En caída libre?

El mono sonrió.

—¿Con este cuerpo? Desde luego. Excelente, ya estoy harto.

—Bien —dijo el Maestro Gatuno—, puedes tirarte por mi conducto de desperdicios. Llega hasta las inmediaciones del palacio olvidado donde las grandes alas baten contra el tiempo.

El Maestro Gatuno se desplazó a un lado. Despidiéndose con un lacónico gesto y un breve «hasta luego», el mono siguió al Maestro Gatuno, quien levantó una tapa del suelo. El mono se lanzó confiadamente en el negro boquete y desapareció. El Maestro Gatuno cubrió la abertura y se volvió hacia G'mell.

Ella lo miró con hostilidad. Su postura arrogante estaba curiosamente reñida con la inocente voluptuosidad de su joven cuerpo femenino.

—No iré a ninguna parte.

—Morirás —advirtió el Maestro Gatuno—. ¿No oyes el zumbido de las armas frente a la puerta? Ya sabes lo que hacen con las subpersonas. Especialmente con nosotros, los gatos. Nos usan, pero desconfían de nosotros.

—Sé de alguien que confía... —objetó G'mell—. El Señor Jestocost podría protegerme, incluso aquí, tal como te protege a ti a pesar de tu edad excesiva.

—No discutas. Le crearás problemas con las demás personas verdaderas. Ten, muchacha. Te daré una bandeja con un falso paquete. Llévala a la zona subterránea y espera en el bar del hombre-oso. Te mandaré a Rod cuando hayamos terminado.

—Sí —replicó ella acaloradamente—, pero ¿cómo lo enviarás? ¿Vivo o muerto?

El Maestro Gatuno volvió hacia Rod los ojos amarillos.

—Vivo. Irá vivo. Ésa es mi predicción. ¿Alguna vez me he equivocado? Vamos, muchacha, largo de aquí.

G'mell aceptó la bandeja y el paquete, al parecer escogidos al azar. Rod pensó en ella con desesperado afecto. Era su lazo más íntimo con la Tierra. Pensó en la excitación de G'mell al mostrarle los jóvenes senos, pero ahora el recuerdo no le excitaba, sino que le colmaba de tierno afecto.

—G'mell, ¿estarás bien? —murmuró.

Ella se volvió desde la puerta, pura mujer y puro gato. El cabello rojo y desmelenado brillaba como una llamarada contra la luz de la puerta abierta. Se erguía como si fuera una ciudadana de la Tierra, no una mera subpersona o una muchacha de placer. Activa, extendió la mano derecha mientras sostenía la bandeja en la mano izquierda. Rod le estrechó la mano y notó que era una mano humana pero muy fuerte.

—Adiós, Rod —se despidió ella con voz firme—. Corro un riesgo contigo, pero vale la pena. Puedes confiar en el Maestro Gatuno, aquí en la Gran Tienda de los Deseos del Corazón. El hace cosas extrañas, Rod, pero son también cosas buenas.

Rod le soltó la mano y G'mell se fue. G'william cerró la puerta. Se hizo un silencio.

—Siéntate un momento mientras preparo las cosas. O, si prefieres, echa un vistazo por ahí.

—Señor Maestro Gatuno... —dijo Rod.

—Sin títulos, por favor. Soy una subpersona de origen gatuno. Puedes llamarme G'william.

—G'william, dime, por favor, Quisiera que G'mell estuviera aquí. Estoy preocupado por ella. ¿Me estoy enamorando? ¿Sabes qué significa enamorarse?

—Ella es tu esposa —explicó el Maestro Gatuno—. Sólo provisionalmente, y como parte de una farsa, pero aun así es tu esposa. En la Tierra los hombres acostumbran preocuparse por sus compañeras. Ella está bien.

El viejo g'hombre desapareció detrás de una puerta que tenía un extraño letrero: SALA

DEL ODIO.

Rod miró alrededor.

Lo primero que descubrió fue una vitrina con sellos postales. Era de cristal, y Rod pudo apreciar los suaves azules y los inimitables y cálidos rojos de los sellos triangulares del Cabo de Buena Esperanza. ¡Había venido a la Tierra y aquí estaban! Los atisbo a través del vidrio. Eran aún mejores que las ilustraciones que había visto en Norstrilia. Tenían el temple de la vejez, pero de alguna manera comunicaban el amor que los hombres, hombres que habían vivido y muerto, les habían brindado durante milenios. Miró alrededor, y descubrió que toda la habitación estaba atiborrada de extrañas riquezas. Había juguetes antiguos de todos los períodos, artefactos voladores, copias de máquinas, cosas que le parecieron trenes. Había un enorme guardarropa donde brillaban los bordados y relucía el dorado. Encontró una caja con armas limpias y engrasadas, modelos tan antiguos que ni siquiera sabía para qué servían, ni quién las había usado. Por doquier se esparcían cubos con monedas, en general de oro. Recogió un puñado. Tenían inscripciones en idiomas que desconocía y mostraban las caras arrogantes de los muertos antiguos. Escudriñó otro gabinete con alarmado pero curioso pudor: estaba lleno de objetos e imágenes indecentes de cien períodos de la historia del hombre, pinturas, dibujos, fotografías, muñecos, todos ellos reproduciendo versiones estremece-doras, cómicas, dulces, tiernas, impresionantes u horribles de los muchos actos del amor. La siguiente sección lo dejó mudo de asombro. ¿Quién podía querer esas cosas? Látigos, cuchillos, capuchas, corsés de cuero. Pasó a otra sala, atónito.

La siguiente sección lo dejó sin aliento. Estaba llena de viejos libros, viejos libros genuinos. Había algunos poemas enmarcados y muy adornados. Uno tenía un papelito pegado, que decía simplemente: «Mi predilecto.» Rod intentó descifrarlo. Era inglés antiguo y el extraño nombre era «E. Z. C. Judson, americano antiguo, 1823-1866 d.C.». Rod entendía las palabras del poema, pero no captaba el significado. Al leerlo, tuvo la impresión de que un hombre muy viejo, como el Maestro Gatuno, debía encontrar allí una agudeza que una persona más joven no captaría:

*Bogando en la bajamar,
avanzo sin prisa pero sin pausa;
turbio el paisaje anterior,
inútil mirar atrás.
Bogando a contraviento
hacia la costa desconocida.*

*Midiendo el tiempo con el reloj,
esperando la conmovión final,
esperando la oscura eternidad.
¡Qué lentos transcurren los instantes!
¡Quizá nadie sepa como yo
cuán cerca está el río sin mareas!*

Rod agitó la cabeza como para apartar las telarañas de una tragedia irremediable. Pensó: «Tal vez así se sentía la gente frente a la muerte cuando no moría a tiempo, como ocurre en la mayoría de los mundos; o cuando no enfrentaba la muerte varias veces ante de tiempo, como en Norstrilia. Debía de sentir temor e incertidumbre.» Otro pensamiento le cruzó la mente y jadeó ante su crueldad: «¡En esa época ni siquiera tenían las Zonas de Despersonalización! En la actualidad ya no las necesitamos, pero imagina lo que sería deslizarse hacia la muerte desamparado, inútil, desesperanzado. ¡Gracias a la reina, eso no nos ocurre!»

Pensó en la reina, quien tal vez había muerto hacía más de quince mil años, o quizás

estaba perdida en el espacio, como creían muchos norstrilianos; por cierto, encontró su retrato, con las palabras «Reina Isabel II». Era sólo un busto, pero le pareció una mujer bonita de semblante inteligente, con un aire norstriliano. Se veía tan lista como para saber qué hacer si una de sus ovejas se incendiaba o si su hijo salía, atontado y risueño, de los camiones ambulantes del Jardín de la Muerte.

Al lado había dos marcos de cristal pulcramente bruñido. Contenían poemas de alguien llamado «Anthony Bearden, americano antiguo, 1913-1949 d.C.». El primero parecía muy adecuado para ese lugar, pues hablaba de los antiguos deseos que la gente sentía en aquellos días:

¡DIME, AMOR!

El tiempo arde y el mundo está en llamas.

Dime, amor, cuál es tu mayor deseo.

Dime qué oculta tu corazón.

¿Está abierto o cerrado?

Si está cerrado, piensa que los días

pasan raudos en rugiente bruma,

sacudidos por llameante estela.

Dime, amor, cuál es tu mayor deseo.

Dime, amor, cuál es tu mayor deseo.

¿Manjares delicados, ropas suaves?

¿Libros antiguos? ¿Ajedrez?

¿Noches de vino? ¿Más amor o menos?

Ahora es el único ahora que tenemos,

y mañana dominará el mañana,

¡Dime, amor, cuál es tu mayor deseo!

El tiempo arde y el mundo está en llamas...

El otro parecía describir la llegada de Rod a la Tierra, su ignorancia ante lo que podía o debía sucederle:

DE NOCHE, Y UN EXTRAÑO CIELO

Las estrellas de la experiencia me han extraviado.

A lo largo del camino perdí mi designio.

¿Adonde iba? ¿Cómo saberlo?

Las estrellas de la experiencia me han extraviado.

Se oyó un ruido suave. Al volverse, Rod vio al Maestro Gatuno. El viejo no había cambiado. Aún llevaba la túnica extravagante y pomposa, pero su dignidad sobrevivía aun a ese efecto audaz.

—¿Te gustan mis poemas y mis cosas? A mí me agradan. Muchos hombres entran aquí para arrebatarme cosas, pero descubren que el título pertenece al Señor Jestocost, y deben hacer cosas extrañas para obtener mis bagatelas.

—¿Todos estos objetos son auténticos? —preguntó Rod, pensando que ni siquiera Vieja Australia del Norte podría comprar esa tienda si lo eran.

—Claro que no —contestó el viejo—. La mayoría son falsificaciones, maravillosas imitaciones. La Instrumentalidad me permite bajar a los pozos donde destruyen a los robots dementes o gastados. Puedo quedarme con algunos, siempre que no sean peligrosos. Los hago trabajar haciendo copias de todo lo que encuentro en los museos.

—¿Esos triángulos del Cabo son reales?

—¿Triángulos del Cabo? ¿Te refieres a los adhesivos para cartas? En efecto, son auténticos, pero no son míos. Me los ha prestado el Museo de la Tierra hasta que pueda hacerlos copiar.

—Los compraré —dijo Rod.

—No. No están en venta.

—Entonces compraré la Tierra, te compraré a ti y compraré los triángulos —insistió Rod.

—Roderick Frederick Ronald Arnold William MacArthur McBan ciento cincuenta y uno, no lo harás.

—¿Quién eres tú para decírmelo?

—He visto a una persona y he hablado con otras dos.

—Bien. ¿Quiénes?

—He visto al otro Rod McBan, tu criada Eleanor. Está un poco desconcertada con su cuerpo de hombre, pues está muy bebida en la casa del señor William No-de-aquí y una bella joven llamada Ruth. El señor No-de-aquí trata de persuadir a Eleanor de que se case con su hija, ignora que en el cuerpo de Rod se esconde una mujer, y Eleanor, en esa copia de tu cuerpo, encuentra la experiencia interesante pero muy confusa. No sufrirá ningún daño, tu Eleanor está a salvo. La mitad de los pillos de la Tierra se han reunido ante la casa del señor William, pero él tiene todo un batallón de la Flota de Defensa apostado alrededor del edificio, así que nada ocurrirá, excepto que Eleanor sufrirá una jaqueca y Ruth una desilusión.

Rod sonrió.

—No podrías haberme dado mejor noticia. ¿Con quién has hablado?

—Con el Señor Jestocost y con John Fisher cien.

—¿El señor y propietario Fisher? ¿Está aquí?

—Está en su hogar, la Finca del Buen Joey. Le pregunté si podías satisfacer los deseos de tu corazón. Al cabo de un rato, él y alguien llamado doctor Wentworth dijeron que la Commonwealth de Vieja Australia del Norte lo aprobaría.

—¿Cómo has pagado la llamada? —exclamó Rod—. Son tremendamente caros.

—No la he pagado yo, señor y propietario, sino tú. Lo cargué a tu cuenta, por la autoridad de tu representante, el Señor Jestocost. Él y sus antepasados han sido mis protectores durante cuatrocientos veintiséis años.

—¡Qué desfachatez! ¡Gastar mi dinero sin preguntarme, cuando yo estaba aquí!

—Eres adulto para ciertas cosas y menor para otras. Te estoy ofreciendo las aptitudes que me mantienen con vida. ¿Crees que a un hombre-gato común se le permitiría vivir tanto tiempo?

—No —reconoció Rod—. Dame esos sellos y déjame ir.

El Maestro Gatuno lo miró fijamente. Una vez más revelaba esa curiosidad *personal* que en Norstrilia habría constituido una afrenta imperdonable; pero además de la intromisión, había un aire de confianza y amabilidad que inspiraba a Rod cierta reverencia hacia esa subpersona.

—¿Crees que podrías amar esos sellos cuando regreses a tu mundo? ¿Podrían hablarte? ¿Podrían hacer que te gustes a ti mismo? El deseo de tu corazón no está en esos trozos de papel sino en otra cosa.

—¿Qué? —rezongó Rod.

—Te lo explicaré en seguida. Primero, no puedes matarme. Segundo, no puedes hacerme daño. Tercero, si te mato, será por tu propio bien. Cuarto, si sales de aquí serás un hombre muy feliz.

—¿Estás chiflado, viejo? —exclamó Rod—. Puedo tumbarte de un puñetazo y salir por esa puerta. No sé de qué estás hablando.

—Inténtalo —le desafió el Maestro Gatuno.

Rod miró a ese viejo alto y marchito de ojos brillantes. Dirigió la vista hacia la puerta,

que estaba a sólo siete u ocho metros. No quiso intentarlo.

—De acuerdo —concedió—. Haz tu juego.

—Soy psicólogo clínico. El único de la Tierra, y tal vez el único de todos los planetas. Obtuve mi conocimiento en antiguos libros cuando era un minino a quien transformaron en un joven humano. Modifico a la gente sólo un poco. Tú sabes que la Instrumentalidad tiene cirujanos y expertos en el cerebro y toda clase de médicos. Pueden hacer de todo con la personalidad, todo salvo los cambios más tenues... *Eso es lo que hago yo.*

—No entiendo —murmuró Rod.

—¿Acudirías a un cirujano del cerebro para cortarte el pelo? ¿Irías a un dermatólogo para darte un baño? Claro que no. Yo no hago el trabajo pesado. Sólo cambio a la gente un poquitín. La hago feliz. Si no puedo hacer nada, les regalo recuerdos de esa pila de baratijas de aquí fuera. El verdadero trabajo se realiza allí dentro. Y allí entrarás pronto.

Señaló la puerta que decía SALA DEL ODIO.

—¿Desde que mi ordenador y yo ganamos esa fortuna, sólo he recibido órdenes de desconocidos, durante semanas! —exclamó Rod—. ¿No puedo hacer nada solo?

El Maestro Gatuno lo miró con comprensión.

—Nadie puede. Podemos creer que somos libres. Nuestra vida es moldeada por las personas que conocemos, los lugares que visitamos, los trabajos o aficiones a que nos dedicamos. ¿Estaré muerto dentro de un año? No lo sé. ¿Estarás de vuelta en Vieja Australia del Norte dentro de un año, con sólo diecisiete años pero rico, sabio y rumbo a la felicidad? Lo ignoro. Has tenido una racha de buena suerte. Míralo así. Es suerte. Y yo formo parte de la suerte. Si murieras aquí, no sería por culpa mía sino sólo por el choque de tu organismo con los dispositivos que la Dama Goroke aprobó hace mucho tiempo, dispositivos acerca de los cuales el Señor Jestocost informa a la Instrumentalidad. Así los mantiene legales. Soy el único subhombre del universo que está autorizado para procesar a personas verdaderas sin supervisión humana. Lo único que hago es revelar a las personas tal como un antiguo revelaba una fotografía a partir de un papel expuesto a diversas gradaciones de luz. No soy una selva oculta, como tus hombres del Jardín de la Muerte. Serás tú contra ti mismo, y yo sólo te ayudaré, y cuando salgas serás otra persona: el mismo tú, pero tal vez un poco mejor aquí, un poco más flexible allá. En realidad, este cuerpo gatuno hará que tu lucha contigo mismo me resulte más difícil de manejar. Lo haremos, Rod. ¿Estás preparado?

—¿Preparado para qué?

—Para las pruebas y los cambios. Allá. —El Maestro Gatuno señaló la puerta que decía SALA DEL ODIO.

—Supongo que sí —suspiró Rod—. No tengo alternativa.

—No —dijo el Maestro Gatuno compasivamente, casi con tristeza—, a estas alturas no la tienes. Si sales por esa puerta, serás un hombre-gato ilegal, con riesgo de ser fulminado por la policía robot.

—Por favor, triunfe o fracase, ¿podré llevarme uno de esos triángulos del Cabo?

—Si quieres uno, lo tendrás. Te lo prometo —sonrió el Maestro Gatuno. Señaló la puerta—: Entra.

Rod no era cobarde, pero caminó hacia la puerta con las piernas rígidas. La puerta se abrió sola. Rod entró, con firmeza pero con miedo.

La oscuridad del cuarto era más profunda que la mera negrura. Era la oscuridad de la ceguera.

La puerta se cerró. Rod nadó en la oscuridad, tan tangibles eran las tinieblas.

Se sintió ciego. Como si nunca hubiera visto la luz.

Pero oía. Oía la sangre palpitándole en la cabeza.

Olía. Más aún, tenía buen olfato. Y ese aire... ese aire olía como las noches abiertas de las secas llanuras de Vieja Australia del Norte.

El olor le causó una sensación de pequeñez y temor. Le recordó sus repetidas infancias, los ahogos artificiales en los laboratorios adonde había ido para renacer pasando de una infancia a la otra.

Tendió las manos. Nada.

Saltó. No había techo.

Usando una artimaña que las gentes del campo habían aprendido en las tormentas de polvo, cayó sobre las manos y los pies. Se deslizó como un cangrejo sobre dos pies y una mano, usando la otra mano como escudo para protegerse la cara, A escasos metros encontró una pared. Siguió la pared a tientas.

Circular.

Allí estaba la puerta.

La siguió de nuevo.

Con mayor confianza, se movió deprisa. Pared, pared, pared. No distinguía si el suelo era de asfalto o de baldosas toscas y gastadas.

De nuevo la puerta.

Una voz linguó.

¡Linguó! Y él la oía.

Miró hacia arriba escrutando ese vacío más tenebroso que la ceguera. Casi esperaba ver las palabras en letras de fuego, tan nítidas habían sido.

La voz era norstriliana y decía:

Rod McBan es un hombre, hombre, hombre.

¿Pero qué es un hombre?

(Percusión de risas locas y tristes.)

Rod no advirtió que volvía a los hábitos de la infancia. Se sentó sobre la cadera, las piernas tendidas hacia delante en un ángulo de noventa grados. Apoyó las manos y se estiró hacia atrás, dejando que el peso del cuerpo elevara un poco los hombros. Sabía que los conceptos seguirían a las palabras, pero ignoraba por qué estaba tan seguro de que llegarían.

Una luz surgió en el cuarto, tal como Rod esperaba.

Las imágenes eran pequeñas, pero parecían reales.

Hombres, mujeres y niños; niños, mujeres y hombres entraban y salían de su campo visual.

No eran fenómenos; no eran bestias; no eran engendros de un universo extraño; no eran robots; no eran subpersonas, eran homínidos como él, parientes de las razas humanas nacidas en la Tierra.

Primero venían personas como los norstrilianos y los terrícolas, muy parecidos, y ambos similares a los antiguos, salvo que los norstrilianos eran pálidos bajo la tez bronceada, más grandes y más robustos.

Luego venían los dáimons, gigantes pálidos de ojos blancos y mágico aplomo, cuyos niños caminaban como si ya hubiesen recibido lecciones de ballet.

Luego hombres pesados: padres, madres, niños nadando en un terreno sólido del cual nunca se levantarían.

Luego hombres-lluvia de Amazonas Triste. La piel les colgaba en enormes pliegues, y parecían simios envueltos con tiras de trapos húmedos.

Hombres ciegos de Olimpia, que escudriñaban el mundo con los radares que llevaban instalados en la frente.

Hinchados monstruos de planetas abandonados, gente en tan malas condiciones como las que su raza sufrió después de escapar de Paraíso V.

Y aún más razas.

Pueblos de los que nunca había oído hablar.

Hombres con caparazón.

Hombres y mujeres delgados como insectos.

Una raza de gigantes estúpidos y sonrientes, perdidos en la irreparable alucinación de su mundo. (Rod tuvo la sensación de que estaban bajo los cuidados de una raza de perros fieles, más inteligentes que ellos, que los persuadían a copular, les suplicaban que comieran, los llevaban a dormir. No vio los perros, sólo a los idiotas sonrientes, pero la sensación *perro*, *buen perro* era muy vívida.)

Gente graciosa y pequeña que se tambaleaba con su andar deforme.

Personas acuáticas en cuyas agallas palpitaban las aguas de un mundo desconocido.

Y luego...

Aún más gentes, pero hostiles. Hermafroditas pintarrajeados de barba enorme y voz aflautada. Carcinomas que se habían adueñado de los hombres. Gigantes con raíces. Cuerpos humanos reptantes que lloraban mientras se arrastraban entre hierbas húmedas, contaminados y en busca de víctimas a quienes contagiar.

Rod no se dio cuenta, pero gruñó.

Se acuclilló y pasó las manos por el suelo irregular, buscando un arma.

Esos no eran hombres. ¡Eran enemigos!

Atacaban. Gentes que habían perdido los ojos, que se habían vuelto resistentes al fuego: las ruinas y vestigios de campamentos abandonados y colonias olvidadas. Los despojos y desechos de la raza humana.

Y luego...

Él.

El niño Rod McBan.

Y voces norstrilianas, que decían: «No puede audir. No puede linguar. Es un monstruo. Es un monstruo. No puede audir. No puede linguar.»

Y otra voz: «¡Pobres padres!»

El niño Rod desapareció y aparecieron sus padres. En tamaño doce veces mayor que el natural, tan altos que tuvo que levantar la mirada hacia el techo negro para verles la cara.

La madre lloraba.

El padre hablaba con firmeza.

Decía: «Es inútil. Doris puede cuidarlo mientras no estamos, pero si no mejora lo entregaremos.»

La tranquila, afectuosa, horrible voz de aquel hombre: «Querida, línguale tú misma. Nunca audirá. ¿Puede él ser un Rod McBan?»

Y la voz de la mujer, dulce y venenosa, peor que la muerte, aceptando las palabras del hombre contra el hijo: «No lo sé, Rod. No lo sé. No me hables de ello.»

Rod los había audido, en uno de sus momentos de agudeza, cuando todas las voces telepáticas le llegaban con asombrosa claridad. Los había audido cuando era un bebé.

En la oscura habitación, el verdadero Rod soltó un rugido de miedo, desolación, soledad, rabia, odio. Ésta era la bomba telepática con que a menudo había sobresaltado o alarmado a los vecinos, la conmoción mental con que había matado a la araña gigante en la torre de Terrapuerto.

Pero esta vez la habitación estaba cerrada.

El rugido mental reverberó.

Rabia, clamor, odio y ruido salieron despedidos desde el suelo, desde la pared circular, desde el techo.

Se encorvó intimidado, y el tamaño de las imágenes cambió. Sus padres estaban sentados en sillas. Eran muy pequeños. Él era un bebé todopoderoso, tan enorme que podía sostenerlos en una mano.

Tendió la palma para aplastar a esos padres diminutos y odiosos que habían decidido: «Que muera.»

Iba a aplastarlos, pero desaparecieron.

Las caras adquirieron una expresión asombrada. Miraron con ojos desorbitados. Las

sillas se esfumaron: el tapizado cayó al suelo, que a su vez parecía un paño rasgado por la tormenta. Quisieron darse un último beso pero no tenían labios. Quisieron estrecharse pero se les cayeron los brazos. La nave espacial se hizo trizas, disolviéndose sin dejar rastro. ¡Y él lo había visto!

A la rabia siguieron lágrimas, una culpa demasiado profunda para el arrepentimiento, una autoacusación tan palpitante que crecía como un órgano más en su interior.

No quería nada.

Ni dinero, ni *stroon*, ni Finca de la Condenación. No quería amigos, ni camaradería, ni bienvenidas, ni hogar, ni comida. No quería paseos, ni descubrimientos solitarios en el campo, ni ovejas amistosas, ni tesoros en la cueva, ni ordenador, ni día, ni noche, ni vida.

No quería nada, y no entendía la muerte.

La enorme habitación perdió luces y sonidos, y él no lo advirtió. Su vida desnuda yacía ante él como un cadáver recién diseccionado. Yacía allí y no tenía sentido. Habían existido ciento cincuenta Roderick Frederick Ronald Arnold William MacArthur McBan, pero él —¡151!, ¡151!, ¡151!— no era uno de ellos. No era un gigante que hubiera arrancado tesoros a la tierra enferma y al sol oculto de las llanuras norstrilianas. El problema no era su deformidad telepática, su incapacidad para linguar, su sordera para audir. Era él mismo, el «yo sutil» que se escondía en su interior, que estaba mal, mal. Era el bebé que merecía morir y en cambio había matado. Había odiado a mamá y papá por el orgullo y el odio de ambos: cuando él los odió, se desmembraron y murieron en el misterio del espacio, sin siquiera dejar cuerpos para sepultar.

Rod se levantó. Sintió las manos húmedas. Se tocó la cara y comprendió que había llorado con la cara entre las manos.

Un momento.

Había algo.

Había algo que deseaba. Quería que Houghton Syme no lo odiara. Houghton Syme podía audir y linguar, pero viviría poco tiempo, viviría con la enfermedad de la muerte interponiéndose entre él y cada muchacha, cada amigo, cada trabajo que encontrara. Y él, Rod, se había burlado de ese hombre, llamándolo Oh Tan Simple. Tal vez Rod valiera poco, pero no estaba en tan mala situación como Houghton Syme. El hon. sec. Houghton Syme al menos intentaba ser un hombre, vivir su mísero jirón de vida, y Rod no había hecho más que presumir de su riqueza y su cuasiinmortalidad ante el pobre inválido que sólo disponía de ciento sesenta años. Rod anhelaba una sola cosa: regresar a Vieja Australia del Norte a tiempo para ayudar a Houghton Syme, para hacer saber a Houghton Syme que la culpa era de Rod y no de Syme. El onsec tenía una vida corta y merecía vivirla del mejor modo.

Rod se quedó de pie, sin esperar nada.

Había perdonado a su último enemigo.

Se había perdonado a sí mismo.

La puerta se abrió de golpe y apareció el Maestro Gatuno con una sonrisa sabia y tranquila.

—Puedes salir, señor y propietario McBan; y si hay algo que te interese en esta habitación, puedes cogerlo.

Rod salió despacio. No sabía cuánto tiempo había permanecido en la SALA DEL ODIO.

Cuando salió, la puerta se cerró.

—Gracias, amigo. Es muy amable de tu parte, pero no necesito gran cosa, y será mejor que regrese a mi propio planeta.

—¿Nada? —dijo el Maestro Gatuno, con su atenta y serena sonrisa.

—Me gustaría audir y linguar, pero no es muy importante.

—Esto es para ti —le ofreció el Maestro Gatuno—. Póntelo en el oído y déjalo allí. Si te pica o se ensucia, sácalo, lávalo y pomelo de nuevo. No es un aparato raro, pero por lo

visto no lo tienen en tu planeta. —Le dio un objeto del tamaño de una pepita.

Rod lo cogió sin fijarse mucho, dispuesto a ponérselo en el bolsillo y no en el oído, pero vio que el atento y sonriente Maestro Gatuno no le quitaba los ojos de encima. Se puso el aparato en el oído. Era frío.

—Ahora te llevaré a G'mell —dijo el Maestro Gatuno—, quien te guiará hacia tus amigos del Abajo-abajo. Será mejor que lleves contigo este sello postal de dos peniques del Cabo de Buena Esperanza. Diré a Jestocost que se perdió mientras yo intentaba copiarlo. En cierto modo es cierto, ¿verdad?

Rod iba a darle las gracias. De pronto se estremeció.

Con piel de gallina en el cuello, la espalda y los brazos, advirtió que el Maestro Gatuno no había movido los labios, no había inhalado, no había turbado el aire con la presión del ruido. El Maestro Gatuno había linguado, y Rod había audido.

Pensando con cuidado y claridad, pero cerrando los labios y sin emitir sonidos, Rod pensó:

—Digno y grácil Maestro Gatuno, te agradezco el antiguo tesoro que significa este viejo sello postal de la Tierra. Te agradezco aún más el aparato para audir y linguar que ahora estoy probando. Si estás audiendo, por favor extiende la mano derecha para que la estreche.

El Maestro Gatuno avanzó un paso y extendió la mano.

Hombre y subhombre se miraron con una bondad y una gratitud tan intensas que rayaban en la pesadumbre.

Pero ninguno de los dos lloró.

Se dieron la mano sin hablar ni linguar.

TODOS AMAN EL DINERO

Mientras Rod McBan sufría su ordalía en la Gran Tienda de los Deseos del Corazón, otras personas continuaban interesadas en él y su destino.

DELITO DE OPINIÓN PÚBLICA

Una mujer madura, con un vestido que le sentaba mal, se sentó sin que la hubiesen invitado a la mesa de Pablo, un hombre verdadero que había conocido a G'mell.

Pablo no le prestó atención. En esos días abundaban las excentricidades. Ser maduro era cuestión de gusto, y muchos seres humanos, después del Redescubrimiento del Hombre, vieron que permitirse la imperfección era un modo de vida mejor que el anterior, que consistía en dejar que la mente envejeciera en un cuerpo condenado a la perpetua perfección de la juventud.

—He pasado la gripe —dijo la mujer—. ¿Alguna vez has tenido gripe?

—No —respondió Pablo sin mayor interés.

—¿Estás leyendo un periódico? —Ella miró el periódico, que tenía de todo menos noticias.

Pablo admitió que estaba leyendo el periódico.

—¿Te gusta el café? —preguntó la mujer, mirando la taza de café que Pablo tenía delante.

—¿Lo pediría si no me gustara? —replicó Pablo con brusquedad, preguntándose cómo se las había ingeniado aquella mujer para encontrar una tela tan desagradable para el vestido. Tenía girasoles amarillos sobre un fondo rojizo.

La mujer se desconcertó, pero sólo por un momento.

—Llevo una faja —declaró—. Las pusieron en venta la semana pasada. Son muy antiguas y muy auténticas. Ahora que la gente puede ser gorda si lo desea, las fajas hacen furor. También hay botines para hombres. ¿Te has comprado botines?

—No —respondió Pablo, pensando en dejar el café y el periódico.

—¿Qué piensas hacer con ese hombre?

—¿Qué hombre? —preguntó Pablo, cortés y fatigosamente.

—El hombre que compró la Tierra.

—¿De verdad lo hizo?

—Claro —aseguró la mujer—. Ahora tiene más poder que la Instrumentalidad. Puede hacer lo que desee. Puede darnos lo que le pidamos. Si quisiera, podría regalarme un viaje de mil años por el universo.

—¿Eres funcionaria? —preguntó Pablo.

—No —contestó la mujer, un poco intimidada.

—Entonces ¿cómo sabes estas cosas?

—*Todos* las saben. Todos —declaró con firmeza, frunciendo la boca.

—¿Qué harás con ese hombre? ¿Asaltarlo? ¿Seducirlo? —ironizó Pablo. Había tenido un desdichado idilio que aún recordaba, una excursión hasta el Abbadingo por Alpha Ralpa Boulevard, algo que nunca repetiría. Tenía muy poca paciencia con los estúpidos que nunca se habían atrevido a sufrir.

La mujer se sonrojó de furia.

—Todos iremos a su hotel a las doce de hoy. Vamos a gritar hasta que salga. Luego formaremos una fila y le obligaremos a escuchar nuestras peticiones.

—¿Quién lo ha organizado? —preguntó con aspereza.

—No lo sé. Alguien.

—Eres un ser humano —indicó Pablo con solemnidad—. Tienes educación. ¿Cuál es la Decimosegunda Regk?

La mujer palideció un poco pero recitó de memoria:

—«Todo hombre o mujer que descubra que hace surgir o comparte opiniones no autorizadas con una gran cantidad de personas se presentará de inmediato ante el subjefe más próximo para una terapia.» Pero eso no se refiere a mí...

—Esta noche estarás muerta o te habrán borrado el cerebro. Ahora lárgate y déjame leer el periódico.

La mujer lo fulminó con la mirada, entre la rabia y el llanto. Poco a poco la dominó el miedo.

—¿De veras crees que estaba diciendo algo ilegal?

—Estoy seguro —respondió Pablo.

Ella se apoyó las regordetas manos en la cara y sollozó.

—Por favor... ayúdame a encontrar un subjefe. Me parece que necesito ayuda. ¡He soñado tanto, he tenido tantas esperanzas! Un hombre de las estrellas. Pero tienes razón. No quiero morir ni quiero que me borren la memoria. ¡Ayúdame, por favor!

Impulsado por la impaciencia y la compasión, Pablo dejó el periódico y el café. El camarero robot se apresuró a recordarle que no había pagado. Pablo caminó hasta la acera, donde había dos toneles llenos de dinero para las personas que deseaban entretenerse con los juegos de la civilización antigua. Escogió el billete más grande que encontró, se lo dio al camarero, esperó el cambio, dio una propina, recibió las gracias y arrojó la vuelta, sólo monedas, al tonel de dinero metálico. La mujer lo había esperado pacientemente, con tristeza en la cara congestionada.

Cuando Pablo le ofreció el brazo a la antigua manera francesa, ella aceptó. A cien metros había un visífono público. Ella moqueaba y murmuraba mientras caminaba junto a él con sus incómodos y antiguos zapatos de tacón alto.

—Yo tenía cuatrocientos años. Era esbelta y hermosa. Me gustaba hacer el amor y no pensaba mucho en nada, porque no era muy inteligente. Había tenido muchos esposos. Luego se produjo este cambio, y me sentí inútil, y decidí convertirme en lo que yo quería ser: gorda, desaliñada, madura y aburrida. Y vaya si lo conseguí, como han dicho dos de mis esposos. Y ese hombre de las estrellas tiene todo el poder. Puede cambiar las cosas.

Pablo sólo respondía con asentimientos comprensivos.

Se quedó ante el visífono hasta que un robot apareció en la pantalla.

—Un subjefe —pidió—. Cualquier subjefe.

La imagen tembló y apareció la cara de un hombre muy joven. Atendió con expresión amable e intensa mientras Pablo recitaba su número, grado, asignación neonacional, número de domicilio y ocupación. Tuvo que especificar dos veces el problema: «Delito de opinión pública.»

El subjefe replicó, con cierta cortesía:

—Entra y te repararemos.

Pablo se molestó tanto ante la idea de que él era sospechoso de una opinión pública delictiva, «cualquier opinión compartida con gran número de personas, salvo que sea material divulgado y aprobado por la Instrumentalidad y el gobierno de la Tierra», que empezó a linguar su protesta ante la máquina.

—¡Vocaliza, hombre y ciudadano! Estas máquinas no son transmisoras telepáticas.

Cuando Pablo terminó de explicarse, el joven de uniforme lo miró crítica pero agradablemente.

—Ciudadano —dijo—, tú también has olvidado algo.

—¿Yo? —jadeó Pablo—. Yo no he hecho nada. Esa mujer se sentó junto a mí y...

—Ciudadano —interrumpió el subjefe—, ¿cuál es la última mitad de la Quinta Regla para Todos los Hombres?

Pablo reflexionó un instante y respondió:

—«Los servicios de toda persona estarán disponibles, sin demora y sin cargo, para cualquier ser humano verdadero que corra peligro o perjuicio.» —Abrió los ojos y preguntó—: ¿Quieres que lo haga yo?

—¿Qué opinas? —dijo el subjefe.

—Puedo hacerlo —murmuró Pablo.

—Desde luego. Eres normal. Recuerdas los tratamientos cerebrales.

Pablo asintió.

El subjefe lo saludó con el brazo y la imagen desapareció de la pantalla.

La mujer lo había visto todo. Ella también estaba preparada. Cuando Pablo hizo los gestos hipnóticos tradicionales, ella fijó la mirada en las manos. Reaccionó como correspondía. Cuando él terminó de borrarle el cerebro en plena calle, la mujer echó a andar por la acera sin saber por qué le rodaban lágrimas por las mejillas. No recordaba a Pablo.

Durante un momento de exaltación, Pablo pensó en cruzar la ciudad para echar un vistazo al maravilloso hombre de las estrellas. Miró alrededor y recapacitó. Distinguió la alta magnificencia de Alpha Ralpa Boulevard, que se elevaba sin soportes en el firmamento, desde un terreno lejano hasta la mitad de Terrapuerto: se acordó de sí mismo y de sus problemas personales. Volvió a leer su periódico y tomar el café. Esta vez recogió dinero del tonel antes de entrar en el restaurante.

EN UN YATE FRENTE A MEEYA MEEFLA

Ruth bostezó mientras se incorporaba para contemplar el océano. Había dedicado todos sus esfuerzos a ese joven rico.

El falso Rod McBan, en realidad Eleanor reconstruida, le dijo:

—Esto es agradable.

Ruth sonrió lánguida y seductoramente. No sabía por qué Eleanor reía en voz alta.

El señor William No-de-aquí subió a la cubierta. Traía dos jarras heladas de plata en las manos.

—Me alegra —dijo melosamente— ver a dos jóvenes felices. Os traigo julepes de menta, una bebida muy antigua.

Eleanor bebió el suyo y sonrió.

Él también sonrió.

—¿Te gusta?

Eleanor siguió sonriendo.

—¡Vaya! ¡Es mejor que lavar platos! —exclamó enigmáticamente «Rod McBan».

El señor William empezó a pensar que ese joven rico era realmente extravagante.

ANTECÁMARA DE LA CAMPANA Y EL BANCO

—¡Que venga Jestocost! —ordenó el Señor Crudelta.

El Señor Jestocost ya entraba en la habitación.

—¿Qué ha ocurrido con ese joven?

—Nada, Señor y Mayor.

—Tonterías. Pamplinas. Patrañas —masculló el viejo—. Nada es algo que no ocurre. Tiene que estar en alguna parte.

—El original está con el Maestro Gatuno, en la Gran Tienda.

—¿Ese lugar es seguro? —preguntó el Señor Crudelta—. Podría ser demasiado listo y escabullirse. De nuevo estás tramando un plan, Jestocost.

—Nada que no te haya dicho ya, Señor y Mayor. ¡Puedes creerme!

El viejo frunció el ceño.

—De acuerdo. En efecto, me lo has contado. Continúa. ¿Qué hay de los otros?

—¿Quiénes?

—Los simulacros.

El Señor Jestocost soltó una carcajada.

—Nuestro colega, el Señor William, casi ha desposado a su hija con la criada de McBan, quien es provisionalmente un «Rod McBan». Todos se divierten sin que nadie sufra daño. Los robots, los ocho que sobrevivieron, se pasean por la ciudad de Terrapuerto. Lo pasan tan bien como puede pasarlo un robot. Se reúnen multitudes para pedirles milagros. Bastante inofensivo.

—¿Y la economía de la Tierra? ¿Acaso se está desequilibrando?

—He puesto los ordenadores a trabajar —respondió el Señor Jestocost— para que encuentren impuestos para todos. Llevamos varios megacréditos de ventaja.

—Dinero TAL.

—Dinero TAL, Señor.

—¿No arruinarás a McBan? —preguntó el Señor Crudelta.

—En absoluto, Señor y Mayor —exclamó el Señor Jestocost—. Soy un hombre bondadoso.

El viejo sonrió obscenamente.

—Conozco tu bondad, Jestocost, y preferiría la enemistad de mil mundos antes que tu amistad. Eres perverso, peligroso y astuto.

Jestocost, muy halagado por el comentario, dijo en tono formal:

—Estás cometiendo una gran injusticia con un funcionario honesto, Señor y Mayor.

Los dos hombres sonrieron: se conocían muy bien.

DIEZ KILÓMETROS BAJO LA SUPERFICIE DE LA TIERRA

El A'telekeli se apartó del atril ante el cual estaba rezando.

Su hija lo miraba desde la puerta, inmóvil.

—¿Qué ocurre, hija mía? —linguó él.

—Le vi la mente, padre, la vi por un instante cuando salió de la tienda del Maestro Gatuno. Es un joven rico de las estrellas, pero es un muchacho agradable. Ha comprado la Tierra, pero no es el hombre de la Promesa.

—Esperabas demasiado, A'lamelanie —linguó el padre.

—Esperaba la esperanza. ¿Es la esperanza un crimen entre las subpersonas? Lo que predijo Juana, lo que prometió el copto... ¿dónde está, padre? ¿Nunca veremos la luz del día ni conoceremos la libertad?

—Los hombres verdaderos tampoco son libres —linguó el A'telekeli—. También tienen penas, miedo, nacimiento, vejez, amor, muerte, sufrimiento y las herramientas de su propia ruina. La libertad no es algo que nos vaya a ser concedido por un hombre maravilloso venido de las estrellas. La libertad es lo que haces tú, querida, y lo que hago yo. La muerte es un asunto muy privado, hija mía, y la vida, si lo miras bien, es casi igualmente privada.

—Lo sé, padre —contestó ella—. Lo sé. Lo sé. Lo sé. —Pero en realidad no lo sabía.

—Acaso lo ignores, querida —continuó el gran hombre-pájaro—, pero mucho antes de que estas gentes construyeran ciudades, hubo otros habitantes en la Tierra, los que vinieron después de la caída del mundo antiguo. Trascendieron las limitaciones de la forma humana. Conquistaron la muerte. No tenían enfermedades. No necesitaban el amor. Procuraban ser abstracciones al margen del tiempo. Y desaparecieron, A'lamelanie, tras muertes terribles. Algunos se convirtieron en monstruos que buscaban sus presas entre los vestigios de los hombres verdaderos, por razones que los hombres normales ni siquiera podían comprender. Otros eran como ostras, envueltos en su propia santidad. Habían olvidado que la humanidad es imperfección y corrupción, que lo perfecto se escapa a la comprensión. Nosotros tenemos los fragmentos del Verbo, y somos más fieles a las profundas tradiciones humanas que los humanos mismos, pero nunca debemos cometer la necedad de buscar la perfección en esta vida ni de creer que nuestros poderes nos harán muy diferentes de lo que somos. Tú y yo somos animales, querida, ni siquiera personas verdaderas, pero éstas no comprenden la enseñanza de Juana: todo lo que *parece* humano es *humano*. Despertamos por la palabra, no por la forma, la sangre ni la textura de la carne, el pelo o el plumaje. Y existe ese poder que tú y yo no nombramos, pero que amamos entrañablemente porque lo necesitamos más que las personas de la superficie. Las grandes creencias siempre nacen en las cloacas de las ciudades, no en las torres de los zigurats. Más aún, somos animales de desecho, inútiles. Todos nosotros, aquí abajo, somos la escoria que la humanidad ha tirado y olvidado. Tenemos en ello una gran ventaja, porque sabemos desde el principio de nuestra vida que no valemos nada. ¿Y por qué no valemos nada? Porque lo dice una ley más alta y una verdad superior: la ley convencional y las costumbres no escritas de la humanidad. Pero nosotros nos queremos, hija mía. Sabemos que todo lo que ama tiene un valor en sí mismo, y que por lo tanto no es cierto que el subpueblo carezca de valor. Estamos obligados a mirar, más allá del minuto y la hora, hacia el lugar donde no funcionan los relojes ni amanecen los días. Hay un mundo al margen del tiempo, y a él apelamos. Sé que amas la vida devota, hija mía, y me parece admirable, pero sólo una fe mezquina esperaría viajeros de paso o creería que un par de milagros pueden rectificar la naturaleza de los hechos. Las personas de la superficie creen que han superado los viejos problemas porque no tienen los edificios que ellos llaman iglesias o templos, y han eliminado a los religiosos profesionales de sus comunidades. Pero un poder superior y problemas mayores aguardan aún a todos los hombres, les guste o no. Hoy, creer es una afición ridícula para la humanidad, y la Instrumentalidad la tolera porque los creyentes son insignificantes y débiles, pero la humanidad tiene momentos de gran pasión que retornarán y que nosotros compartiremos. No esperes, pues, a tu héroe de las estrellas. Si alimentas una buena vida devota en tu interior, ya está aquí, esperando a que la irrigues con lágrimas y la cultives con duros y claros pensamientos. Y si no tienes una vida devota, hay buenas vidas allá fuera.

»Mira a tu hermano, A'ikasus, quien ahora está recuperando su forma normal. Me dejó darle la forma animal para viajar a las estrellas. Corrió riesgos sin cometer la impudicia de

disfrutar del peligro. No es preciso que cumplas tu deber con alegría... sólo es necesario llevarlo a cabo. Ahora él ha vuelto al nido y sé que nos trae buena suerte en muchos pequeños logros, quizás en logros grandes. ¿Entiendes, hija mía?

A'lamelanie asintió, pero en sus ojos había desilusión.

UN PUESTO DE POLICÍA EN LA SUPERFICIE, CERCA DE TERRAPUERTO

—El sargento robot dice que no puede hacer más sin violar la regla que prohíbe hacer daño a seres humanos...

El subjefe miró al jefe, ansioso de salir de la oficina para recorrer la corrupción de la ciudad. Estaba harto de pantallas de vídeo, ordenadores, botones, tarjetas y rutinas. Quería una vida de peligros y aventuras.

—¿De qué extranjero se trata?

—Tostig Amaral, del planeta Amazonas Triste. Tiene que permanecer mojado todo el tiempo. Es sólo un mercader con permiso, no un huésped honorable de la Instrumentalidad. Le han asignado una muchacha de placer y ahora él cree que le pertenece.

—Enviadle la muchacha. ¿Qué es, un ratón modificado?

—No, una g'muchacha. Se llama G'mell y está a las órdenes del Señor Jestocost.

—Lo sé todo sobre este asunto —dijo el jefe, deseando saberlo de veras—. Ahora está asignada a ese norstriliano que ha comprado casi toda la Tierra.

—¡Pero ese homínido la requiere! —exclamó el subjefe.

—No puede tenerla si un Señor de la Instrumentalidad ha requerido sus servicios.

—Amenaza con presentar pelea. Dice que matará gente.

—Vaya. ¿Está en una habitación?

—Sí, señor y jefe.

—¿Con instalaciones estándar?

—Miraré, señor. —El subjefe movió una palanca y un diseño electrónico apareció en la pantalla que tenía a la izquierda—. Sí señor, así es.

—Echemos un vistazo.

—Obtuvo permiso para mantener abierto el rociador contra incendios. Al parecer procede de un mundo de lluvias.

—Inténtalo, de todos modos.

—Sí, señor. —El subjefe le silbó a la consola. La pantalla parpadeó y presentó la imagen de un cuarto oscuro. Parecía haber una pila de trapos mojados en una esquina, de la cual sobresalía una mano humana bien formada.

—Un tipo rudo, y tal vez venenoso —comentó el jefe—. Desmáyalo una hora. Entre tanto pediremos ordenes.

EN UNA CALLE DE SUPERFICIE, AL PIE DE TERRAPUERTO

Diálogo entre dos muchachas.

—...y te contaré el mayor secreto del mundo, si me prometes que no se lo dirás a nadie.

—Apuesto a que no es un gran secreto. No tienes por qué contármelo.

—Pues no te lo contaré nunca. Nunca.

—Como quieras.

—De veras, si tan sólo lo sospecharas, te morirías de curiosidad.

—Si quieres decírmelo, adelante.

—Pero es un secreto.

—De acuerdo. No se lo revelaré a nadie.

—Ese hombre de las estrellas. Se casará conmigo.

—¿Contigo? Es ridículo.
—¿Por qué te parece tan ridículo? Ya ha comprado los derechos de mi dote.
—Sé que es ridículo. Algo anda mal.
—No entiendo por qué crees que no le gusto si ya ha comprado los derechos de mi dote.
—¡Tonta! Sé que es ridículo porque ha comprado los míos.
—¿Los tuyos?
—Sí.
—¿A las dos?
—¿Para qué?
—Y yo qué sé.
—Quizá nos ponga a ambas en el mismo harén. ¿No sena romántico?
—En Vieja Australia del Norte no hay harenes. Son granjeros mojigatos que producen *stroon* y matan a quien intente acercarse.
—No parece muy agradable.
—Acudamos a la policía.
—Ha herido nuestros sentimientos. Quizá podamos sacarle más dinero por comprar nuestros derechos de dote cuando no pensaba usarlos.

FRENTE A UN CAFE

Un hombre, borracho.

—Me emborracharé todas las noches y haré que los músicos toquen hasta que me duerma y tendré todo el dinero que necesite y no será ese dinero de juguete de los toneles, sino que será dinero verdadero registrado en el ordenador; y haré que todos hagan lo que yo diga, y sé que él lo hará por mí porque mi madre se llamaba MacArthur en su código genético antes de que todos tuvieran números, y no tenéis derecho a reiros de mí porque el apellido de él es MacArthur McBan once y quizá yo sea el amigo y pariente más cercano que tiene en la Tierra...

TOSTIG AMARAL

Rod McBan se marchó de la Gran Tienda de los Deseos del Corazón con sencillez y humildad; llevaba un paquete de libros envueltos en papel protector, y no se diferenciaba de cualquier otro mensajero gatuno de primera. Los seres humanos del mercado aún continuaban con el alboroto, el olor a comida y especias y los objetos exóticos, pero él se movió con tanta serenidad a través de los grupos desperdigados que ni siquiera los policías robot, con sus armas zumbantes, le prestaron atención.

Al cruzar el Mercado de los Ladrones con G'mell y M'gentur se había sentido incómodo. Como señor y propietario de Vieja Australia del Norte, se había visto en la obligación de mantener una apariencia digna, pero no se había sentido a sus anchas con su corazón. Estaba entre gente extraña en un lugar desconocido, y lo acuciaban los problemas de la riqueza y la supervivencia.

Ahora era diferente. Aunque aún parecía un hombre-gato, por dentro volvía a sentirse orgulloso de su hogar y su planeta.

Y algo más.

Se sentía sereno hasta la punta de sus terminaciones nerviosas.

El artefacto para linguar y audir tendría que haberlo exaltado, pero no era así. Mientras atravesaba el mercado, advirtió que muy pocos terrícolas se comunicaban telepáticamente. Preferían parlotear en diversos idiomas bulliciosos, y la Vieja Lengua Común servía como referencia para quienes habían aprendido idiomas antiguos mediante los procesos del Redescubrimiento del Hombre. Incluso oyó inglés antiguo, el idioma de la

reina, muy parecido al norstriliano hablado. Estas cosas no lo estimulaban ni excitaban, ni siquiera le inspiraban piedad. Tenía sus propios problemas, que ya no eran los asuntos de la riqueza o la supervivencia. De alguna manera confiaba en que un poder oculto y amable del universo cuidaría de él si él protegía a otros. Quería liberar a Eleanor de sus problemas, socorrer al hon. sec., ver a la Lavinia, tranquilizar a Doris, despedirse de G'mell, regresar a sus ovejas, proteger a su ordenador y disuadir al Señor Dama Roja de su mala costumbre de matar legalmente a otras personas en ocasiones que no justificaban ninguna muerte.

Un policía robot más perceptivo que los demás vigiló a ese hombre-gato que se movía con tanto aplomo entre las multitudes de hombres, pero «G'roderick» no hizo más que entrar por un extremo del mercado, seguir su camino y salir por el otro, siempre con el paquete a cuestas; el robot dio media vuelta: sus temibles ojos lechosos, siempre atentos a cualquier indicio de agitación y muerte, escudriñaron una y otra vez el mercado en infatigable vigilancia.

Rod descendió por la rampa y dobló a la derecha.

Allí estaba el bar de subpersonas con el cajero oso. El empleado lo recordaba.

—Ha sido un largo día desde que te vi, caballero gato. ¿Quieres otro plato especial de pescado?

—¿Dónde está mi muchacha? —preguntó Rod sin rodeos.

—¿G'mell? Esperé aquí mucho rato, pero al final se fue dejando este mensaje: «Di a G'rod que debe comer algo antes de seguirme, pero que después de haberse alimentado me siga por el Conducto Cuatro, Nivel del Suelo, Hotel de las Aves Canoras, Cuarto Nueve, donde cuido de un visitante extranjero, o puede enviarme un robot para que yo me reúna con él.» ¿No crees, caballero gato, que me he portado bien al recordar un mensaje tan complicado? —El hombre-oso se sonrojó un poco y manifestó menos orgullo cuando confesó, por razones de abstracta sinceridad—: Desde luego, había anotado la dirección. Sería muy engorroso que te mandara a un domicilio equivocado en una zona de personas. Alguien te podría fulminar si entraras en un pasillo no autorizado.

—Pescado, pues —pidió Rod—. Cenaré pescado, por favor.

Se preguntó por qué G'mell había ido a ver a otro visitante cuando la vida de él estaba en peligro. Aun mientras lo pensaba, reparó en sus mezquinos celos y admitió que no tenía ni idea de los términos, condiciones y horarios que requería el oficio de muchacha de placer.

Se sentó en el banco a esperar su comida.

Aún recordaba el tumulto de la SALA DEL ODIO, y aún le brillaba en el corazón el terror de sus padres, aquellas marionetas moribundas que se disolvían. El cuerpo aún le palpitaba de agotamiento después de la ordalía. Preguntó al cajero:

—¿Cuánto hace que pasé por aquí?

El oso cajero miró el reloj de la pared.

—Unas catorce horas, honorable gato.

—¿Cuánto es eso en tiempo real?

Rod trataba de comparar las horas norstrilianas con las horas terrestres. Calculaba que las horas terrestres serían un séptimo más cortas, pero no estaba seguro. El hombre-oso quedó desconcertado.

—Si te refieres al tiempo de navegación galáctica, querido amigo, nunca lo usamos aquí. ¿Hay otras clases de tiempo?

Rod comprendió su error y trató de corregirlo.

—No importa. Tengo sed. ¿Qué pueden beber legalmente las subpersonas? Estoy cansado y sediento, pero no deseo emborracharme.

—Ya que eres un g'hombre, recomiendo café fuerte y negro mezclado con crema batida dulce.

—No tengo dinero —informó Rod.

—La famosa dama gatuna, tu consorte G'mell, ha garantizado el pago de todo lo que pidas.

—Adelante, pues.

El hombre-oso llamó a un robot y le entregó los encargos.

Rod miró la pared preguntándose qué haría con la Tierra que había comprado. No reflexionaba en serio, sólo rumiaba. Una voz le entró en la mente. Advirtió que el hombre-oso le linguaba y que él podía audirlo.

—Tú no eres un subhombre, señor y amo.

—¿Qué? —linguó Rod.

—Me has audido —continuó la voz telepática—. No lo repetiré. Si vienes bajo el signo del Pez, que mis bendiciones te acompañen.

—No conozco ese signo —replicó Rod.

—Entonces —linguó el hombre-oso—, seas lo que seas, come y bebe en paz porque eres amigo de G'mell y estás bajo la protección de Aquel Que Vive Abajo.

—No sé —linguó Rod—, no lo sé, pero gracias por tu bienvenida, amigo.

—No ofrezco la bienvenida a cualquiera, y en otra circunstancia huiría de algo tan extraño, peligroso e inexplicable como tú. Pero traes contigo un aura de paz, que me ha hecho pensar que viajabas en compañía del signo del Pez. He oído que bajo este signo las personas y las subpersonas recuerdan a la bendita Juana y se unen en total camaradería.

—No —respondió Rod—, viaje solo.

Le sirvieron la comida y la bebida. Las consumió en silencio. El oso cajero le había asignado una mesa y un banco alejados del tumulto de subpersonas que entraban y salían, interrumpiendo charlas, comiendo a toda velocidad para marcharse deprisa. Un hombre-lobo con las insignias de la Policía Auxiliar se acercó a la pared, insertó su tarjeta de identificación en una ranura, abrió la boca, engulló cinco grandes trozos de carne roja y cruda y se marchó del bar, todo en menos de un minuto y medio. Rod se quedó asombrado, pero no impresionado. Tenía demasiadas cosas en la mente.

En el escritorio confirmó la dirección que G'mell había dejado y estrechó la mano del hombre-oso. Luego fue hasta el Conducto Cuatro. Aún parecía un g'hombre y transportaba humildemente el paquete, portándose como hacían las subpersonas en presencia de las personas verdaderas.

Casi tropezó con la muerte en el camino. El Conducto Cuatro era unidireccional y tenía la clara indicación «Personas solamente». Rod vaciló, pero pensó que G'mell no le daría indicaciones erróneas ni improvisadas. (Luego se enteró de que la joven había olvidado recomendarle que usara la frase «Misión especial bajo la protección de Jestocost, jefe de la Instrumentalidad», en caso de que lo detuvieran.)

Un arrogante hombre humano que usaba una ondeante capa roja lo miró de mal talante cuando Rod cogió un cinturón, lo enganchó y entró en el conducto. Cuando Rod se desplazó, se situó al mismo nivel que el hombre.

Rod trató de comportarse como un humilde y tímido mensajero, pero la extraña voz le raspó los oídos:

—¿Qué haces aquí? Éste es un conducto humano.

Rod fingió no darse cuenta de que el hombre de capa roja se dirigía a él. Siguió subiendo en silencio bajo el tirón del cinturón magnético en la cintura.

De pronto, un dolor en las costillas lo obligó a volverse. Casi perdió el equilibrio.

—¡Animal! ¡Habla o muere! —exclamó el hombre.

Sin soltar el paquete de libros, Rod respondió dócilmente.

—Hago un encargo y me ordenaron que viniera por aquí.

—¿Y quién te lo dijo? —gritó el hombre con voz tonante.

—G'mell —murmuró Rod.

El hombre y sus compañeros se echaron a reír. No había humor en aquella risa, sólo salvajismo, crueldad y —muy por debajo— algo de temor.

—Escuchad eso —barbotó el hombre de la capa roja—. Un animal dice que otro animal le ordenó que hiciera algo.

Desenvainó un cuchillo.

—¿Qué haces? —exclamó Rod.

—Sólo te corto el cinturón. No hay nada allá abajo, y te convertirás en un bonito guiñapo rojo en el fondo del conducto, hombre-gato. Eso te enseñará qué conducto debes usar.

El hombre acercó el cuchillo al cinturón de Rod, dispuesto a cortarlo.

Rod sintió miedo y furia. Su cerebro se puso rojo.

Escupió pensamientos:

¡Mentecato!

¡Imbécil!

*¡Rojo sucio azul pestilente hombrecito
de la Tierra,*

muere, vomita, estalla, arde, muere!

Todo sucedió de repente, sin que él pudiera controlarlo. El hombre de capa roja se contorsionó en un espasmo. Sus dos compañeros temblaron y se volvieron despacio.

Muy arriba, dos mujeres se pusieron a gritar.

Más arriba un hombre chillaba con la voz y con la mente:

—¡Policía! ¡Socorro! ¡Policía! ¡Policía! ¡Bomba mental! ¡Bomba mental! ¡Socorro!

El esfuerzo de la explosión telepática dejó a Rod desorientado y débil. Sacudió la cabeza y parpadeó. Quiso secarse la cara y se golpeó la mandíbula con el paquete de libros. Esto lo despejó un poco. Miró a los tres hombres. El de la capa roja estaba muerto, con la cabeza ladeada. Los otros dos también parecían muertos. Uno flotaba cabeza abajo, las nalgas hacia arriba y las piernas oscilando en ángulos desconcertantes; el otro subía cabeza arriba, pero con el cuerpo absolutamente inerte. Los tres seguían subiendo a diez metros por minuto, junto con Rod.

Más arriba se produjeron unos ruidos extraños.

Una voz estentórea reverberó en el conducto:

—¡Quedaos donde estáis! Policía. Policía. Policía.

Rod miró los cuerpos flotantes. Vio un pasillo horizontal. Manoteó en la barra y se deslizó hacia el corredor. Se sentó en el borde, sin alejarse del conducto. Aguzó la mente para audir. Mentes frenéticas y excitadas armaban alboroto a su alrededor, en busca de enemigos, lunáticos, criminales, alienígenas, cualquier cosa extraña.

Linguó suavemente, para el pasillo vacío y para sí mismo:

—Soy un gato tonto. Soy el mensajero G'rod. Debo llevar los libros al caballero de las estrellas. Soy un gato tonto. No sé demasiado.

Un robot con el reluciente blindaje ornamental de la Vieja Tierra se apeó en el corredor horizontal, miró a Rod y habló por el conducto.

—Amo, aquí hay uno. Un g'hombre con un paquete.

Un joven subjefe se asomó, los pies hacia delante, mientras se las ingeniaba para bajar por el conducto en vez de subir. Aferró el techo del pasillo transversal, se/impulsó y (una vez libre del magnetismo del conducto) cayó de pie junto a Rod. Rod audió los pensamientos del subjefe: «Soy bueno en este trabajo. Soy buen telépata. Soy competente. Mira este gato tonto.»

Rod continuó concentrándose: «Soy un gato tonto. Tengo que entregar un paquete. Soy un gato tonto.»

El subjefe lo miró con desdén. Rod sintió que la mente del policía se deslizaba por la

suya en el toco equivalente de un registro. Conservó la calma y trató de sentirse estúpido mientras el otro audía. Rod no dijo nada. El subjefe rozó el paquete con el bastón, mirando el botón de cristal de la punta.

—Libros —resopló.

Rod asintió.

—¿Has visto los cadáveres? —preguntó el joven y brillante subjefe. Hablaba en una versión penosamente clara, casi infantil, de la Vieja Lengua Común.

Rod levantó tres dedos y señaló hacia arriba.

—¿Sentiste la bomba mental, hombre-gato?

Rod, que empezaba a disfrutar del juego, irguió la cabeza y soltó un maullido de dolor. El subjefe, sin poder evitarlo, se tapó las orejas con las manos. Se disponía a irse.

—Ya veo lo que piensas, amigo gato. Eres bastante estúpido, ¿verdad?

Aunque se esforzaba por tener pensamientos obtusos, Rod se apresuró a responder humildemente:

—Yo gato listo. Muy bonito también.

—Ven —ordenó el subjefe a su robot, sin prestar atención a Rod.

Rod le tironeó de la manga.

El subjefe se volvió.

—Señor y amo —musitó Rod con humildad—, ¿dónde Hotel de las Aves Canoras, Cuarto Nueve?

—¡Madre de perros! —exclamó el subjefe—. Me enfrento a un caso de homicidio y este gato tonto me pide una dirección. —Era un joven decente y reflexionó un instante—. Por allí —dijo, señalando el conducto—. Avanzas veinte metros más y luego la tercera calle. Pero es para «personas solamente». Hay más o menos un kilómetro hasta la escalera para animales. —Frunció el ceño y se volvió a uno de los robots—. Wush', mira este gato.

—Sí, amo, un hombre-gato, muy bonito.

—De manera que te parece bonito. Él también se considera hermoso, así que la opinión es unánime. Será bonito, pero es tonto. Wush', lleva a este hombre-gato a la dirección que te indicará. Usa el conducto con mi autorización. No le pongas un cinturón, sólo abrázalo.

Rod se alegró de haberse quitado el cinturón y haberlo tirado al anaquel antes de que llegara el robot.

El robot le ciñó la cintura en lo que literalmente era un abrazo de hierro. No esperaron a que el lento impulso magnético del conducto los elevara. El robot tenía una especie de propulsor en la espalda y transportó a Rod con vertiginosa velocidad hasta el siguiente nivel. Metió a Rod en el pasillo y lo siguió.

—¿Adonde vas? —preguntó el robot.

Rod, concentrándose en pensar como un estúpido por si alguien trataba aún de audirle la mente, dijo con torpeza:

—Hotel de las Aves Canoras, Cuarto Nueve.

El robot se quedó en trance, como si se estuviera comunicando telepáticamente, pero la mente de Rod no captó el menor susurro de comunicación telepática.

«¡Ovejas con mantequilla caliente! —pensó Rod—. Está usando la radio para confirmar la dirección con su jefatura.»

Al parecer, eso estaba haciendo Wush', que despertó al cabo de un instante. Salieron al aire libre. La luna de la Tierra llenaba el cielo, el objeto más hermoso que Rod hubiera visto. No se atrevió a detenerse para disfrutar de la vista, sino que trotó ágilmente junto al policía robot.

Llegaron a una calle con flores de densa fragancia. El aire tibio y húmedo de la Tierra esparcía la dulzura por doquier.

A la derecha había un patio con copias de antiguas fuentes, un restaurante al aire libre donde ya no había clientes, un camarero robot en la esquina y muchos cuartos

individuales que daban a la plaza. El policía robot preguntó al camarero robot:

—¿Dónde está el número nueve?

El camarero le respondió levantando la mano y torciendo la muñeca dos veces, un gesto que el policía robot pareció interpretar sin problema.

—Ven —le indicó a Rod, conduciéndolo hasta una escalera exterior que subía hasta un balcón que correspondía al segundo piso. Uno de los cuartos tenía el número nueve.

Rod iba a decir al policía que ya veía el número nueve, pero Wush', con ceremoniosa amabilidad, cogió el picaporte y abrió la puerta invitándole a entrar.

Un arma pesada carraspeó y Wush', sin cabeza, cayó ruidosamente al suelo de hierro del balcón. Rod se aplastó instintivamente contra la pared del edificio.

Un hombre apuesto vestido con un traje negro se acercó a la puerta, empuñando un arma de policía de grueso calibre.

—Oh, estás aquí —le dijo a Rod con calma—. Entra.

Rod sintió que sus piernas se movían y él avanzaba hacia el cuarto a pesar de la resistencia de su mente. Dejó de fingir que era un gato tonto. Tiró los libros al suelo y volvió a pensar como un norstriliano normal, a pesar del cuerpo de gato. No sirvió de nada. Siguió andando en contra su voluntad y entró en el cuarto.

Al pasar junto al hombre, reparó en un olor dulzón y pegajoso. También vio que el hombre, aunque totalmente vestido, estaba empapado.

Dentro del cuarto llovía.

Alguien había atascado el sistema de rociadores para que una lluvia constante cayera del techo.

G'mell estaba en el centro del cuarto. Su glorioso pelo rojo era un mechón mojado e inmóvil que le colgaba sobre los hombros. Tenía una expresión de concentración y alarma.

—Soy Tostig Amaral —se presentó el hombre—. Esta muchacha aseguró que su esposo vendría con un policía. No creí que me dijera la verdad, pero lo hacía. Con el esposo gato viene el policía. Le disparé al policía. Es un robot y puedo pagar al gobierno de la Tierra tantos robots como sea necesario. Tú eres un gato. También puedo matarte, y pagar tu precio. Pero soy un buen hombre; quiero hacer el amor con tu gatita roja, así que me mostraré generoso y te daré algo de dinero para que le digas que me pertenece a mí, y no a ti. ¿Entiendes, hombre-gato?

Rod se encontró libre de los inexplicables lazos musculares que le habían impedido los movimientos.

—Mi señor, mi amo de lejos —dijo—, G'mell es una subpersona. La ley de la Tierra establece que si una subpersona y una persona se enamoran, la subpersona muere y a la persona humana se le borra el cerebro. Sin duda, amo, no querrás que las autoridades de la Tierra te borren el cerebro. Deja libre a la muchacha. Estoy de acuerdo en que puedes pagar por el robot.

Amaral cruzó la habitación. Tenía una cara pálida, petulante, humana, pero Rod advirtió que el traje negro no era tal.

El «traje» era una membrana mucosa, una extensión de la piel de Amaral.

La cara pálida palideció aún más por la rabia.

—Eres un hombre-gato muy atrevido al hablar de esa manera. Mi cuerpo es mayor que el tuyo, y además es venenoso. Tenemos una vida difícil bajo la lluvia de Amazonas Triste, y poseemos poderes mentales y físicos que más te vale no provocar. Si no te conviene el pago, lárgate. La muchacha es mía. Lo que pase con ella es asunto mío. Y si violó las normas de la Tierra, destruiré a la g'muchacha y pagaré su precio. Lárgate o morirás.

Rod habló con calma deliberada, calculando los riesgos.

—Ciudadano, hablo en serio. No soy un hombre-gato sino un súbdito de su majestad ausente, la reina de Vieja Australia del Norte. Te advierto que te enfrentas a un hombre,

no a un simple animal. Deja ir a la muchacha.

G'mell quiso hablar pero no lo consiguió.

—¡Mientes, animal, y con mucho descaro! —rió Amaral—. Te admiro por tratar de salvar a tu compañera, pero ella me pertenece. Es una muchacha de placer y la Instrumentalidad me la dio. Es para *mi* placer. ¡Fuera, gato descarado! Eres un buen embustero.

Rod aprovechó su última oportunidad.

—Sondéame si quieres.

No se movió.

La mente de Amaral le recorrió la personalidad como unas manos sucias palpando cuerpos desnudos. Rod se estremeció ante la íntima suciedad del contacto con los pensamientos de un ser como ése, pues captó las clases de placeres y la crueldad que Amaral había experimentado. Se mantuvo firme, tranquilo, seguro. No dejaría a G'mell con ese monstruo de las estrellas, aunque fuera un hombre del antiguo linaje humano.

Amaral rió.

—Vaya, eres un hombre. Un chico. Un granjero. Y no puedes linguar ni audir sin el botón que llevas en el oído. Largo, mocososo, o te daré un mamporro en las orejas.

—Amaral —advirtió Rod—, a partir de ahora corres peligro.

Amaral no respondió con palabras.

Su cara angulosa y picuda empalideció aún más y los pliegues de la piel se le dilataron. Ondularon como jirones de globos húmedos. Un hedor dulzón y nauseabundo inundó el cuarto, como si fuera una tienda de golosinas atestada de cadáveres. Flotaba un olor a vainilla, azúcar, bizcochos calientes, pan recién horneado, chocolate hirviendo; incluso olía a *stroon*. Pero mientras Amaral se tensaba y sacudía los pliegues auxiliares de la piel, cada olor se descomponía en una caricatura de sí mismo, una abominación. El compuesto era hipnótico. Rod miró de reojo a G'mell. Había palidecido.

Eso lo decidió.

La calma que le había revelado el Maestro Gatuno podía ser buena, pero había momentos para la serenidad y había momentos para la furia.

Rod escogió la furia.

Sintió que la ira afloraba en él, caliente, rápida y ávida como el amor. El corazón se le aceleró, los músculos se le endurecieron, la mente se le despejó. Al parecer Amaral tenía plena confianza en sus poderes hipnóticos y deletéreos, pues miraba directamente hacia delante mientras los pliegues de su piel se hinchaban y ondulaban en el aire como hojas bajo el agua. La constante lluvia del rociador mantenía mojado todo el cuarto.

Rod no reparó en eso. Dio la bienvenida a la furia.

Con su nuevo aparato para audir, se concentró en la mente de Amaral, y sólo en la de Amaral.

Su contrincante le vio mover los ojos y desenvainó un cuchillo.

—¡Hombre o gato, morirás! —gritó Amaral, impulsando por el odio y el ardor del enfrentamiento.

Rod lanzó un chillido:

bestia, mugre, roña,
escoria, suciedad, vileza,
basura mojada:
¡muere, muere, muere!

Estaba seguro de que nunca había gritado con tanta fuerza. No hubo ningún eco, ningún efecto. Amaral fijó la mirada en Rod. El cuchillo centelleaba en la mano del enemigo como la llama en la punta de una vela.

La ira de Rod se intensificó aún más.

Experimentó dolor en la mente al avanzar, calambres en los músculos al usarlos. Tuvo miedo del veneno que aquella criatura podía exudar, pero —gato o no gato— pensar en G'mell a solas con Amaral bastó para darle la ferocidad de una bestia y la fuerza de una máquina.

Sólo en el último momento Amaral comprendió que Rod se había liberado.

Rod nunca llegó a averiguar si el grito telepático había herido o no al hombre del mundo húmedo, porque hizo algo muy simple.

Embistió con la celeridad de un granjero norstriliano, arrebató el cuchillo de la mano de Amaral, arrancando al mismo tiempo pliegues de piel blanda y pegajosa, y luego le dio un tajo de clavícula a clavícula.

Retrocedió a tiempo para eludir el borbotón de sangre.

El húmedo «traje negro» se derrumbó y Amaral murió en el suelo.

Rod cogió del brazo a la aturdida G'mell y la sacó del cuarto. El aire era fresco en el balcón, pero el olor de muerte de Amazonas Triste aún lo perseguía. Sabía que se odiaría a sí mismo durante semanas, tan sólo por el recuerdo de ese olor.

Fuera había ejércitos enteros de robots y policías. Se habían llevado el cuerpo de Wush'.

Reinaba el silencio cuando ambos salieron.

Luego una voz clara, civilizada e imponente habló desde la plaza:

—¿Está muerto?

Rod asintió.

—Perdóname por no acercarme más. Soy el señor Jestocost. Te conozco, G'roderick, y sé quién eres en realidad, Estas personas están bajo mis órdenes. Tú y la muchacha podéis lavaros en los cuartos de abajo. Luego llevarás a cabo cierta misión. Te veré mañana a la segunda hora.

Unos robots se acercaron. No debían de tener sentido del olfato, pues el tufo hediondo no les molestaba. La gente se apartaba para dejarlos pasar.

—G'mell, ¿estás bien? —murmuró Rod.

Ella asintió y sonrió lánguidamente. Luego se obligó a hablar.

—Eres valiente, McBan. Eres aún más valiente que un gato.

Los robots los separaron.

Instantes después, Rod se encontró entre pequeños robots médicos blancos que le quitaban la ropa con suavidad, destreza y rapidez. En el cuarto de baño ya siseaba una ducha caliente con olor a medicamento. Rod estaba harto de la humedad, harto del agua, harto de las cosas mojadas y las gentes complicadas, pero se dirigió a la ducha con gratitud y esperanza. Aún estaba con vida. Tenía amigos desconocidos.

Y G'mell. G'mell estaba a salvo.

«¿Esto es lo que llaman amor?», pensó Rod.

El limpio y picante calor de la ducha le ahuyentó los pensamientos de la mente. Dos robots lo acompañaban. Rod se sentó en un caliente y húmedo banco de madera y ellos le frotaron con cepillos, con tanta fuerza como para arrancarle la piel.

Poco a poco, el espantoso olor fue desapareciendo.

PÁJAROS BAJO TIERRA

Rod McBan estaba demasiado cansado para protestar cuando los pequeños robots blancos lo envolvieron en una enorme toalla y lo condujeron hacia lo que parecía una sala de operaciones.

Un hombre corpulento de barba parda y puntiaguda, muy infrecuente en la Tierra en aquella época, dijo:

—Soy el doctor Vomact, primo del doctor Vomact que conociste en Marte. Sé que no eres un gato, señor y propietario McBan, y sólo deseo comprobar que estéis bien.

¿Puedo?

—G'mell... —murmuró Rod.

—Se encuentra bien. Le hemos administrado un sedante y de momento recibe el trato que correspondería a una mujer humana. Jestocost me ordenó pasar por alto las reglas en este caso, y le he obedecido, pero creo que algunos colegas nos causarán problemas a ambos por este asunto.

—¿Problemas? —dijo Rod—. Pagaré...

—No, no se trata del precio. Es sólo la regla de que las subpersonas dañadas deben ser destruidas, no internadas en hospitales. Por mi parte, a veces les doy tratamiento, si puedo hacerlo bajo mano. Pero veamos cómo estás.

—¿Por qué hablamos? —linguó Rod—. ¿No sabías que ahora puedo audir?

En vez de un examen médico, Rod tuvo una agradable charla. El doctor y él bebieron enormes vasos de una bebida dulce de la Tierra llamada *chai* por los antiguos paroski. Rod comprendió que Dama Roja, el doctor Vomact de Marte y el Señor Jestocost de la Tierra lo habían vigilado y custodiado desde el principio. Descubrió que este doctor Vomact era candidato a jefe de la Instrumentalidad, y aprendió algo acerca de las extrañas pruebas que se requerían para esa función. Incluso descubrió que el doctor sabía más que él mismo acerca de su situación financiera, y que los presupuestos de la Tierra cedían bajo el peso de su fortuna, pues el aumento del precio del *stroon* podría conducir a una reducción de la longevidad. El doctor y Rod terminaron hablando del subpueblo; Rod descubrió que el doctor admiraba a G'mell con tanto fervor como él. La velada terminó cuando Rod dijo:

—Soy joven, señor y doctor, y duermo bien, pero nunca descansaré a gusto de nuevo si no me quitas ese olor. Lo siento dentro de la nariz.

El doctor cobró un aire profesional.

—Abre la boca y respírame en la cara —dijo.

Rod titubeó y luego obedeció.

—¡Grandes estrellas torcidas! —exclamó el doctor—. Yo también lo huelo. Ha quedado un poco en el sistema respiratorio superior, quizá también en los pulmones. ¿Necesitarás el sentido del olfato durante estos días?

Rod respondió que no.

—Bien. Podemos inactivar suavemente esa zona del cerebro. No habrá efectos secundarios. No olerás nada durante ocho o diez días, y para entonces el hedor de Amaral habrá desaparecido. Por cierto, se te acusó de homicidio en primer grado. Fuiste juzgado y liberado. Por lo de Tostig Amaral.

—¿Cómo es posible? Ni siquiera me arrestaron.

—La Instrumentalidad lo computerizó. Tenían grabada toda la escena, pues el cuarto de Amaral estuvo bajo vigilancia desde ayer. Cuando te advirtió que morirías, fueras hombre o gato, fue su perdición. Era una amenaza de muerte y se te dejó en libertad por defensa propia.

Rod titubeó y al fin barbotó la verdad:

—¿Y los hombres del conducto?

—El Señor Jestocost, Crudelta y yo hablamos sobre ello. Decidimos olvidar el asunto. La policía se mantiene activa si tiene algunos casos que resolver aquí y allá. Ahora acuéstate para que pueda eliminar el olfato.

Rod se acostó. El doctor le puso la cabeza en una grapa y llamó a sus ayudantes robot. Rod perdió el conocimiento. Cuando despertó estaba en otro edificio. Se incorporó en la cama y vio el mar. G'mell estaba de pie a orillas del agua. Rod olisqueó. No percibió olor a sal, ni a humedad, ni a agua, ni a Amaral. El cambio valía la pena.

G'mell se le acercó.

—¡Mi querido, mi muy querido, mi señor y amo pero mí muy querido! Anoche

arriesgaste la vida por mí.

—Yo también soy un gato —rió Rod.

Saltó de la cama y corrió hacia la orilla del agua. La inmensidad del agua azul le parecía increíble. Cada una de las blancas olas era un milagro. Rod había visto los lagos cerrados de Norstrilia, pero en ninguno se producía un oleaje comparable.

G'mell tuvo el tacto de guardar silencio hasta que él se sació la vista.

Luego le dio la noticia.

—Posees la Tierra. Tienes trabajo que hacer. O te quedas aquí y empiezas a estudiar cómo administrar tu propiedad o vas a otra parte. En cualquier caso, algo triste va a ocurrir. Hoy.

Él la miró seriamente. Su pijama flameaba en el viento húmedo que Rod ya no podía oler.

—Estoy preparado —dijo—. ¿Qué es?

—Me perderás.

—¿Eso es todo? —rió Rod.

G'mell se quedó muy compungida. Estiró los dedos como una gata nerviosa buscando algo que arañar.

—Creía... —murmuró, y guardó silencio. Empezó de nuevo—. Creía... —Calló. Se volvió hacia él, mirándole a los ojos con franqueza y confianza—. Eres muy joven, pero puedes hacer cualquier cosa. Aun entre los hombres eres tenaz y decidido. Dime, señor y amo, ¿qué... qué deseas?

—No mucho —sonrió Rod—, excepto que te compraré y te llevaré a casa. No podemos volver a Norstrilia a menos que cambie la ley, pero iremos a Nuevo Marte. Allí no hay reglas que algunas toneladas de *stroom* no puedan cambiar. G'mell, seguiré siendo gato. ¿Te casarás conmigo?

Ella se echó a reír, pero la risa se convirtió en llanto. Lo abrazó y le hundió la cara en el pecho. Al final se enjugó las lágrimas con el brazo y alzó la mirada.

—¡Tonta de mí! ¡Tonto de ti! ¿No ves que soy una gata? Si tuviera hijos, todos serían gatitos, a menos que fuera todas las semanas a hacerme reciclar el código genético para que resultaran subpersonas. ¿No sabes que tú y yo no podemos casarnos con verdadera esperanza? Además, Rod, existe otra regla. Tú y yo ni siquiera podremos vernos cuando haya anochecido. ¿Por qué crees que el Señor Jestocost me salvó la vida ayer? ¿Cómo me internó en un hospital para que me lavaran los venenos de Amaral? ¿Cómo rompió casi todas las normas del reglamento?

—No lo sé —murmuró el abatido Rod.

—Prometiéndoles que yo moriría pronto y obedientemente si se producían más irregularidades. Diciendo que yo era un buen animal. Un animal valioso. Soy rehén de lo que tú y yo debemos hacer. No es una ley. Es algo peor que una ley... es un pacto entre los Señores de la Instrumentalidad.

—Entiendo —dijo Rod, comprendiendo la lógica del asunto, pero odiando las crueles costumbres de la Tierra, que los unían tan sólo para separarlos.

—Paseemos por la playa, Rod —dijo ella—. A menos que antes quieras tu desayuno...

—Oh, no —rechazó él—. ¡Desayuno! ¡Al cuerno con todos los desayunos de la Tierra!

G'mell caminaba como si no tuviera ninguna preocupación, pero por su modo de andar Rod advirtió que la muchacha se proponía algo.

Sucedió.

Primero, le dio un beso, un beso que Rod habría de recordar toda la vida.

Luego, antes de que él pudiera decir una palabra, ella linguó. Pero no linguó palabras ni ideas, sino un canto salvaje. Era la música que acompañaba al poema que le había recitado antes de llegar a Terrapuerto:

¡Oh, mi amor por ti!

*El canto de altas aves, y
el vuelo del alto cielo, y
el soplo del alto viento.
¡Un alto corazón latiendo,
y una alta morada para ti!*

Pero no recibía las palabras ni las ideas, aunque esta vez parecían sutilmente distintas. G'mell hacía algo que los mejores telépatas de Vieja Australia del Norte habían intentado en vano durante años: transmitía la esencia matemática y proporcional de la música con la mente, y lo hacía con una claridad y una fuerza que habría sido digna de una gran orquesta. La fuga del «soplo del alto viento» seguía repitiéndose.

Él apartó los ojos de G'mell para contemplar el asombroso espectáculo que lo rodeaba. El aire, la tierra y el mar empezaban a bullir de vida. Los peces saltaban de las azules olas. Una multitud de pájaros volaba en círculos. La playa hervía de pequeñas aves corredoras. Perros y animales que él nunca había visto correteaban alrededor de G'mell, a centenares.

De pronto ella dejó de cantar.

A todo volumen y con gran claridad, escupió órdenes a todos los vientos:

—Pensad en la gente.

—Pensad en este gato y en mí huyendo a alguna parte.

—Pensad en naves.

—Buscad extraños.

—Pensad en las cosas del cielo.

Rod se alegró de no estar audiendo en la banda ancha, como a veces le ocurría en su mundo natal. Sin duda se habría mareado con tantas imágenes y contradicciones.

Ella le aferró los hombros y le susurró al oído:

—Rod, ellos nos cubrirán. Por favor, haz un viaje conmigo, Rod. Un último y peligroso viaje. No por ti. No por mí. Ni siquiera por la humanidad. Por la vida, Rod. La Ese-I quiere verte.

—¿Quién es la Ese-I?

—Él te revelará el secreto cuando lo veas —susurró ella—. Hazlo por mí, si no confías en mis ideas.

—Por ti, G'mell, sí —sonrió Rod.

—Entonces, ni siquiera pienses, hasta llegar allí. Ni siquieras hagas preguntas. Sólo ven. Millones de vidas dependen de ti, Rod.

Ella se irguió y cantó de nuevo, pero la nueva canción no revelaba pena ni angustia, ni un extraño contacto entre una especie y otra. Era serena y hermosa como una cajita de música, simple como una firme y feliz despedida.

Los animales desaparecieron tan repentinamente que resultaba difícil creer que unos instantes antes hubiera habido legiones de ellos.

—Eso confundirá temporalmente a los monitores telepáticos. No son muy imaginativos, y cuando captan algo como esto redactan informes. Luego no entienden los informes y tarde o temprano uno de ellos me pregunta qué hice. Les digo la verdad. Es sencillo.

—¿Qué les dirás esta vez? —preguntó Rod mientras regresaban a la casa.

—Que había algo que prefería que ellos no oyeran.

—No te creerán.

—Claro que no, pero sospecharán que yo intenté pedirte *stroon* para darlo al subpueblo.

—¿Quieres *stroon*, G'mell?

—¡Claro que no! Es ilegal y prolongaría indebidamente mi vida natural. El Maestro Gatuno es la única subpersona que toma *stroon*, y lo obtiene por una votación especial de los Señores.

Habían llegado a la casa. G'mell se detuvo.

—Recuerda, somos los criados de la Dama Francés Oh. Ella prometió a Jestocost que nos ordenaría hacer cualquier cosa que yo le pidiera. Así que nos ordenará que tomemos un suculento desayuno. Luego nos mandará que busquemos algo muy por debajo de la superficie de Terrapuerto...

—¿De verdad? Pero, ¿por qué...?

—Sin preguntas, Rod. —La sonrisa de G'mell habría ablandado una piedra. Rod se sintió bien. Le divertía y gustaba el placer físico de audir y linguar con las gentes verdaderas que pasaban. (Algunas subpersonas podían audir y linguar, pero trataban de ocultarlo por temor a despertar suspicacias.)

Rod se sentía fuerte. Le apenaba perder a G'mell, pero tenía todo un día por delante; empezó a soñar con las cosas que podría hacer por ella cuando se despidieran. ¿Comprarle los servicios de miles de personas por el resto de su vida? ¿Darle joyas que serían la envidia de la humanidad de la Tierra? ¿Alquilarle un yate de planoforma privado? Sospechaba que esas cosas no eran legales, pero resultaba agradable pensar en ellas.

Tres horas después, no tenía tiempo para pensamientos agradables. De nuevo estaba cansado hasta los huesos. Habían volado hasta ciudad de Terrapuerto «siguiendo órdenes» de la Dama Oh, y habían iniciado el descenso. Cuarenta y cinco minutos de marcha le habían revuelto el estómago. El aire era tibio y rancio y lamentó haber renunciado al sentido del olfato.

Cuando terminaron los conductos, empezaron los túneles y ascensores. Descendieron hasta donde máquinas increíblemente antiguas giraban despacio, rociadas de aceite, realizando tareas inimaginables.

En una habitación, G'mell se detuvo para gritarle por encima de ruido de las máquinas:

—Eso es una máquina de bombeo.

No lo parecía. Enormes turbinas giraban trabajosamente. Por lo visto estaba conectada a una enorme máquina de vapor impulsada por energía nuclear. Cinco o seis bruñidos robots los observaron con suspicacia mientras ellos caminaban alrededor de la máquina, que tenía ochenta metros de longitud por cuarenta y cinco de alto.

—Ven aquí... —gritó G'mell.

Entraron en otra sala, vacía, limpia y silenciosa excepto por una rígida columna de agua en movimiento que salía disparada del suelo al techo. No se veía ninguna máquina. Un subhombre, toscamente configurado a partir de un cuerpo de rata, se levantó de su mecedora cuando entraron. Se inclinó ante G'mell como si ella fuera una gran dama, pero la muchacha le indicó que volviera a sentarse.

G'mell condujo a Rod cerca de la columna de agua y señaló un anillo brillante en el suelo.

—Ésa es la otra bomba. Realizan la misma cantidad de trabajo.

—¿Qué es? —gritó él.

—Un campo de fuerza, supongo. No soy ingeniera.

Prosiguieron el viaje.

En un corredor más silencioso, ella le explicó que las dos bombas eran para el control climático. La más vieja había funcionado seis o siete mil años, y no estaba muy gastada. Cuando la gente había necesitado una bomba suplementaria, la había reproducido en plástico, la había instalado en el suelo y la había puesto en marcha con unos pocos amperios. El subhombre estaba allí sólo para vigilar que nada se estropeará ni entrara en situación crítica.

—¿Las personas verdaderas ya no pueden diseñar cosas? —preguntó Rod.

—Sólo si quieren. Actualmente lo más difícil es lograr que quieran hacer cosas.

—¿Quieres decir que no desean hacer nada?

—No exactamente —respondió G'mell—, pero entienden que nosotros somos mejores en casi todo. Me refiero al trabajo manual, no a tareas de estadista como la administración de la Instrumentalidad y el gobierno de la Tierra. A veces un ser humano verdadero se pone a trabajar, y siempre hay extranjeros como tú que los estimulan y les plantean problemas nuevos. Pero tenían vidas seguras de cuatrocientos años, una lengua común y un condicionamiento estándar. Estaban agonizando de mera perfección. Un modo de mejorar habría consistido en exterminar al subpueblo, pero no podían hacerlo. Había muchas tareas desagradables que no podían encomendar a los robots. Un robot, si está enlazado por ordenador a la mente de un ratón, cumple con ciertas rutinas, pero si no tiene una educación humana muy completa llega a conclusiones insólitas que no concuerdan con los deseos de la gente. Así que necesitan a las subpersonas. Yo en el fondo sigo siendo gata, pero incluso los gatos no modificados están muy emparentados con los seres humanos. Toman las mismas decisiones básicas entre poder y belleza, supervivencia y autosacrificio, sentido común y valentía excepcional. Así que la Dama Alice More elaboró este plan para el Redescubrimiento del Hombre: organizar las antiguas naciones, ofrecer a todos una cultura adicional además de la cultura basada en la Vieja Lengua Común, permitir que se peleen unos con otros, reimplantar algunas enfermedades, algún peligro, algunos accidentes, pero compensarlos de tal modo que en realidad nada llegue a cambiar.

Habían llegado a un depósito cuyo tamaño hizo parpadear a Rod. La gran sala de recepción de Terrapuerto lo había dejado atónito; este recinto tenía el doble de tamaño. Estaba atiborrada de antiguos cargamentos que ni siquiera habían salido de las cajas de embalaje. Rod descubrió que algunos estaban destinados a mundos que ya no existían o habían cambiado de nombre; otros estaban destinados a la Tierra, pero nadie los había desempaquetado en cinco mil años o más.

—¿Qué es todo esto?

—Mercancías. Intercambio tecnológico. Alguien lo eliminó de los ordenadores, para evitarse complicaciones. Esto es lo que buscan las subpersonas y los robots, artefactos antiguos para el Redescubrimiento del Hombre. Uno de nuestros muchachos, una rata modificada con un cociente intelectual humano de 300, encontró algo marcado «Musée National». Era todo el Museo Nacional de la República de Malí, pues lo habían guardado dentro de una montaña cuando las antiguas guerras recrudescieron. Al parecer Malí no era importante como «nación», tal como llamaban a esas comunidades, pero tenía el mismo idioma que Francia, y suministró casi todo el material necesario para restaurar una especie de civilización francesa. China ha resultado difícil. Los chinos sobrevivieron más tiempo que ninguna otra nación, y tenían sus propios ladrones de tumbas, así que nos ha sido imposible reconstruir la China anterior a la era del espacio. No podemos modificar a las personas para transformarlos en chinos antiguos.

Rod se detuvo asombrado.

—¿Puedo hablarte aquí?

G'mell escuchaba con expresión distante.

—Aquí no. Hay momentos en que siento en la mente el suave contacto de un monitor. Dentro de un par de minutos podrás hablarme. Démonos prisa.

—¡Se me acaba de ocurrir la pregunta más importante de todos los mundos! —exclamó Rod.

—Pues bórrala de tu mente hasta que lleguemos a un lugar seguro —aconsejó G'mell.

En vez de tomar el gran pasillo que había entre las olvidadas cajas y paquetes, G'mell se metió entre dos bultos y se dirigió hacia la entrada del gran depósito subterráneo.

—Este paquete es *stroon* —señaló—. Lo perdieron. Podríamos usarlo si quisiéramos, pero le tenemos miedo.

Rod miró los nombres del paquete. Roderick Frederick Ronald Arnold William MacArthur McBan XXVI lo había enviado al puerto de Adaminaby, y de allí había ido a

parar a Terrapuerto.

—Es de hace ciento veinticinco generaciones, y fue embarcado en la Finca de la Condenación. Mi granja. Creo que se convierte en veneno si se deja más de doscientos años. Nuestros militares tienen aplicaciones espantosas para él, cuando aparecen enemigos, pero los norstrilianos corrientes, cuando encuentran *stroom* viejo, siempre lo entregan a la Commonwealth. Le tenemos miedo. Claro que no se pierde a menudo. Es demasiado valioso y nos importa demasiado el dinero, con un impuesto de importación de veinte millones por ciento sobre cada objeto.

G'mell siguió adelante. Pasaron inesperadamente ante un pequeño robot que estaba sentado entre dos enormes pilas de libros. Tenía una lámpara adosada a la cabeza. Al parecer los leía uno por uno» pues al lado tenía una pila de notas más alta que él. El robot no los miró y ellos no lo interrumpieron.

Ante la pared, G'mell dijo:

—Ahora haz exactamente lo que te diga. ¿Ves el polvo en la base de este bulto?

—Sí.

—No debes tocarlo. Ahora mira. Saltaré desde la parte superior de esta caja a la de aquélla, sin mover el polvo. Luego quiero que saltes igual que yo y vayas por donde te señale, sin pensar siquiera. Yo te seguiré. No intentes ser cortés ni caballeroso, o lo echarás todo a perder.

Rod asintió.

G'mell saltó hasta una caja apoyada contra la pared. El pelo rojo no ondeó en el aire, pues se lo había recogido en un turbante antes de salir. Había pedido un mono para cada uno de ellos a los criados robot de la Dama Francés Oh. Tenían el aspecto de una pareja normal de gatos obreros.

O ella era muy fuerte o la caja muy liviana. De pie sobre la caja, la inclinó con mucho cuidado para que el polvo de la base no sufriera cambios, salvo en una dimensión microscópica. Un fulgor azul brotó más allá de la caja. Haciendo girar la muñeca con un ademán practicado muchas veces, G'mell indicó a Rod que saltara desde donde estaba a la caja inclinada, y desde allí hasta el fulgor azul. Parecía fácil, pero Rod se preguntó si la joven podría sostener el peso de ambos sobre la caja. Recordó que le habían ordenado no hablar ni pensar. Trató de recordar el filete de salmón que se había comido el día anterior. ¡Ese sería un buen pensamiento gatuno, por cierto, si un monitor le sondeaba la mente en ese instante! Saltó, vaciló en el borde inclinado de la segunda caja, y se escurrió por una puerta diminuta por la que apenas cabía. Al parecer estaba diseñada para cables, cañerías y mantenimiento, no para el uso humano habitual: era demasiado baja para permanecer de pie. Avanzó a rastras.

Oyó un ruido.

G'mell había entrado detrás de él, soltando la caja, que había vuelto a su posición anterior.

G'mell se arrastró hasta Rod.

—Andando —indicó.

—¿Aquí podemos hablar?

—¡Desde luego! ¿Tienes ganas? No es sitio para tertulias.

—Esa pregunta, esa gran pregunta —insistió Rod—. Tengo que hacerla. Las subpersonas cuidáis de las personas, pues preparáis sus nuevas culturas. Seréis los amos de los hombres.

—Sí —reconoció G'mell, y dejó que esa explosiva afirmación colgara en el aire.

Rod no supo qué decir. Era su idea brillante del día, y le sorprendió que G'mell fuera consciente de que las subpersonas se estaban convirtiendo en amos secretos.

Ella le miró la amigable cara y añadió con menos brusquedad:

—Hace tiempo que hemos comprendido esta situación. Algunos humanos también se dan cuenta, en particular el Señor Jestocost. No es ningún tonto. Y tú, Rod, encajas en la

situación.

—¿Yo?

—No como persona, sino como cambio económico. Como fuente de poder no localizado.

—¿Quieres decir, G'mell, que tú también quieres usarme? No puedo creerlo. Sé reconocer a un embaucador, un oportunista o un ladrón. No pareces ser ninguna de las tres cosas. Eres buena de verdad. —Le tembló la voz—. Esta mañana hablaba en serio cuando te pedí que te casaras conmigo.

La delicadeza de la gata y la ternura de la mujer se combinaron en la voz de G'mell cuando ella respondió:

—Sé que lo decías en serio. —Se apartó un mechón de pelo de la frente con un delicado ademán—. Pero esta felicidad no es para nosotros. Y no soy yo quien te usa, Rod. No quiero nada para mí misma» pero deseo un buen mundo para el subpueblo. Y también para la gente. También para la gente. Los gatos os habíamos amado mucho antes de tener cerebro. Fuimos *vuestros* gatos por más tiempo del que nadie recuerda. ¿Crees que nuestra lealtad a la raza humana se iba a corromper sólo porque modificasteis nuestra forma y añadisteis una gran capacidad intelectual? Te amo, Rod, pero también amo a la gente. Por eso te llevo ante la Ese-I.

—¿Puedes decirme por fin qué es?

Ella rió.

—Este lugar es seguro. Es la Santa Insurrección. El gobierno secreto del subpueblo. Estamos en un lugar poco apropiado para hablar de ello, Rod. Ahora verás a la máxima autoridad.

—¿A todos ellos? —Rod estaba pensando en los jefes de la Instrumentalidad.

—No son ellos sino él. El A'telekeli. El pájaro que está bajo tierra. A'ikasus es uno de sus hijos.

—Si hay sólo uno, ¿cómo lo elegisteis? ¿Es como la reina británica, a quien perdimos hace tanto tiempo?

G'mell rió.

—No lo elegimos. El *creció* y ahora nos guía. Tu gente tomó un huevo de águila y trató de convertirlo en un hombre dáimono. El experimento falló y las personas tiraron el feto. Sobrevivió. Es Él. Es la mente más fuerte que hayas conocido. Ven. Éste no es un sitio apropiado para hablar, y todavía lo estamos haciendo.

Avanzó a rastras por el conducto horizontal, indicando a Rod que la siguiera.

Él la obedeció.

—G'mell, detente un instante.

Ella esperó a que Rod la alcanzara. Pensó que le pediría un beso, pues parecía muy preocupado y desamparado. Estaba preparada para un beso. Pero él la sorprendió cuando dijo:

—No puedo oler, G'mell. Por favor, estoy tan acostumbrado a oler que lo echo de menos. ¿Cómo huele este lugar?

Ella lo miró sorprendida y se echó a reír.

—Huele como un lugar subterráneo. Electricidad que se quema en el aire. Animales a lo lejos, con muchos olores. El viejo olor del hombre, muy tenue. Aceite de máquina y escapes sucios. Huele como una jaqueca. Huele como el silencio, como las cosas intocadas. ¿Entiendes?

Él asintió y continuaron.

Al final del conducto horizontal G'mell se volvió para decir:

—Todos los hombres mueren aquí. ¡Ven!

Rod iba a seguirla pero se detuvo.

—G'mell, ¿qué estás diciendo? ¿Por qué he de morir? No veo razón para ello.

Ella rió de felicidad.

—¡Tonto G'rod! Tú eres un gato, y puedes entrar en el lugar que ningún hombre ha pisado durante siglos. Ven. Cuidado con estos esqueletos. Hay muchos por aquí. Nos desagrada profundamente matar a gente verdadera, pero no siempre podemos ahuyentarla a tiempo.

Salieron a un balcón que daba sobre un depósito aún más enorme que el anterior. Allí había miles de cajas más. G'mell no prestó atención al espectáculo. Fue hasta el extremo del balcón y bajó por una delgada escalerilla de acero.

—¡Más trastos del pasado! —dijo, previendo el comentario de Rod—. Las gentes de arriba los han olvidado, y nosotros nos movemos entre ellos.

Aunque no podía oler el aire, a esta profundidad era denso, espeso, inmóvil.

G'mell no aminoró el paso. Avanzó entre los paquetes y tesoros que había en el suelo como si fuera una bailarina. Se detuvo al otro lado de la sala.

—Coge uno de éstos —ordenó.

Parecían enormes paraguas. Rod había visto paraguas en las imágenes que le había mostrado su ordenador. Éstos eran muy grandes comparados con los que había visto. Miró alrededor buscando lluvia. Después de su experiencia con Tostig Amar al, no quería más lluvia bajo techo. G'mell no comprendió la desconfianza de Rod.

—El conducto —explicó— no tiene controles magnéticos ni corriente de aire. Es sólo un tubo de doce metros de diámetro. Estos objetos son paracaídas. Saltamos al tubo con ellos y caemos flotando hasta abajo. Cuatro kilómetros. Está cerca del Moho.

Como Rod no se decidía a coger uno de los grandes paraguas, ella le entregó uno. Era muy liviano.

—¿Cómo saldremos? —preguntó Rod, parpadeando ligeramente.

—Un hombre-pájaro subirá por el tubo. Es un trabajo duro, pero pueden hacerlo. Asegúrate de que enganchas bien esa cosa a tu cinturón. Es una caída lenta, y no podremos hablar. Y además, está muy oscuro.

Rod obedeció.

Ella abrió una gran puerta. Detrás no parecía haber nada.

Ella agitó el brazo, abrió parcialmente el «paraguas», cruzó la puerta y desapareció. Rod atisbo por encima del borde. No vio nada. G'mell se había esfumado. No se oía nada salvo el susurro del aire y el ocasional chirrido mecánico de metal contra metal. Supuso que serían las puntas del armazón del paraguas rozando el borde del conducto en la caída.

Suspiró. Norstrilia era un sitio tranquilo y seguro comparado con éste.

Abrió el paraguas.

Siguiendo una extraña premonición, se quitó del oído el aparato para audir y linguar y se lo guardó en el bolsillo.

Ese acto le salvó la vida.

SU EXTRAÑO ALTAR

Rod McBan caía y caía. Gritó en la oscuridad húmeda y pegajosa, pero no hubo respuesta. Pensó en desprenderse del gran paraguas y dejarse caer para morir allá abajo, pero luego pensó en G'mell y comprendió que su cuerpo caería sobre la muchacha como una bomba. Se preguntó el porqué de tal desesperación, pero no alcanzaba a comprenderla. (Sólo después supo que había atravesado pantallas telepáticas de suicidio instaladas por el subpueblo. Estas pantallas, sintonizadas para la mente humana, estaban destinadas a extraer suciedad y desesperación del paleocórtex, la serie olor-mordisco-apareamiento de los animales olfativos que en otros tiempos hollaron la Tierra; pero Rod era bastante gatuno, aunque no demasiado, y además era telepáticamente subnormal, de modo que las pantallas no le hicieron lo que habrían hecho con cualquier hombre normal de la Tierra: convertirlo en un cadáver descoyuntado en el fondo del conducto. Ningún

hombre había llegado jamás tan lejos, pero el subpueblo había resuelto que ninguno llegaría.) Rod se convulsionó en el arnés y al fin se desmayó.

Despertó en un cuarto relativamente pequeño, enorme según las pautas de los hombres pero mucho más pequeño que los depósitos que había atravesado durante el descenso.

Las luces eran brillantes.

Sospechó que el cuarto hedía, pero no pudo comprobarlo por carecer de olfato.

Un hombre hablaba.

—Nunca se da la Palabra Prohibida a menos que el hombre que la ignora la pida directamente.

—Recordamos. Recordamos —entonó un coro de voces—. Recordamos que recordamos.

El que hablaba era un gigante delgado y pálido. Tenía la cara de un santo muerto, pálida como alabastro, con ojos brillantes. Tenía cuerpo de hombre y de ave, hombre de las caderas para arriba, excepto por las alas enormes, limpias y blancas, de las que salían manos humanas. De las caderas para abajo tenía patas de pájaro que terminaban en córneos pies de ave, casi translúcidos, que se erguían con firmeza sobre el suelo.

—Lamento que hayas corrido este riesgo, señor y propietario McBan. Me informaron mal. Eres un buen gato por fuera pero aún sigues siendo un hombre humano interiormente. Nuestros dispositivos de seguridad te afectaron la mente y te pudieron haber matado.

Rod se levantó trabajosamente, mirando al hombre. Advirtió que G'mell era una de las personas que lo ayudaban. Cuando estuvo en pie, alguien le ofreció una jarra de agua muy fría. Bebió con avidez. Allí abajo hacía calor: una atmósfera rancia donde se notaba la presencia de máquinas cercanas.

—Yo soy A'telekeli —se presentó el hombre-pájaro—. Eres el primer humano que me ve en persona.

—Bendito, bendito, bendito, cuatro veces bendito es el nombre de nuestro líder, nuestro padre, nuestro hermano, nuestro hijo A'telekeli —cantó el subpueblo.

Rod miró alrededor. Allí había todas las clases de subpersonas imaginables, entre ellas algunas que jamás había sospechado. Una era una cabeza sobre un estante, sin cuerpo visible. Cuando Rod contempló esa cabeza, algo alarmado, la cara le sonrió y le guiñó un ojo. El A'telekeli siguió su mirada.

—No te asustes. Algunos de nosotros somos normales, aquí abajo hay muchos desechos de los laboratorios del hombre. Ya conoces a mi hijo.

Un alto y pálido joven sin rasgos se irguió. Estaba desnudo, y no demostraba la menor turbación. Le extendió a Rod una mano cordial. Rod estaba seguro de que jamás lo había visto. El joven captó el titubeo de Rod.

—Me conociste como M'gentur. Soy el A'ikasuk.

—Bendito, bendito, tres veces bendito es el nombre de nuestro futuro líder, el A'ikasuk —entonó el subpueblo.

El tosco humor nostriliano de Rod despertó ante esta escena. Le habló al gran subhombre como se habría dirigido a otro señor y propietario de su mundo, de modo amistoso pero directo.

—¡Me complace tu recibimiento, señor!

—Complacido, complacido, complacido está el extraño de las estrellas —coreó el subpueblo.

—¿No puedes hacerlos callar? —preguntó Rod.

—Calla, calla, calla, dice el extraño de las estrellas —entonó el coro.

El A'telekeli no se echó a reír, pero su sonrisa no era precisamente benévola.

—Podemos olvidarnos de ellos y hablar, o puedo cubrirte la mente cada vez que

repitan lo que decimos. Esto es una especie de ceremonia cortesana.

Rod miró alrededor.

—Ya estoy en tu poder —comentó—, así que no importará que juegues un poco con mi mente. Hazlo.

El A'telekeli hizo un gesto, como si escribiera una ecuación matemática en el aire. Los ojos de Rod siguieron el ademán. De pronto notó un silencio en el lugar.

—Ven aquí y siéntate —indicó el A'telekeli.

Rod lo siguió.

—¿Qué quieres? —preguntó mientras lo seguía.

El A'telekeli no se volvió para responder. Habló sin detenerse.

—Tu dinero, señor y propietario McBan. Casi todo tu dinero.

Rod se paró en seco. Soltó una carcajada.

—¿Dinero? ¿Tú? ¿Aquí? ¿Qué harías con él?

—Por eso te pido que te sientes —dijo el A'telekeli.

—Siéntate —insistió G'mell, que los había seguido.

Rod la obedeció.

—Tememos que el Hombre muera y nos deje solos en el universo. Necesitamos al Hombre, y aún falta una inmensidad de tiempo para que podamos unirnos en un destino común. La gente siempre ha creído que el final de los tiempos está a la vuelta de la esquina, y nosotros tenemos la promesa del Primer Prohibido de que esto ocurrirá pronto. Pero podrían transcurrir cientos de miles de años, quizá millones. Los humanos están desperdigados, McBan, de modo que ningún arma los matará a todos en todos los planetas. Pero, por desperdigados que estén, aún sufren su propio acoso. Alcanzan un punto de desarrollo y allí se detienen.

—Sí —admitió Rod, buscando una jarra de agua y bebiendo otro sorbo—, pero desde la filosofía del universo hasta mi fortuna hay un largo trecho. En Vieja Australia del Norte nos gustan las charlas intrascendentes, pero nunca he oído hablar de nadie que pidiera sin rodeos el dinero de otro ciudadano.

Los ojos del A'telekeli ardieron como fuego frío, pero Rod supo que no se trataba de hipnosis, que no era un truco. Era la mera fuerza de la flamígera personalidad del hombre-pájaro.

—Escucha con atención, señor McBan. Somos las criaturas del Hombre. Sois dioses para nosotros. Nos habéis convertido en seres que hablan, reflexionan, piensan, aman, mueren. La mayoría de nuestras razas eran amigas del hombre antes de convertirse en subpersonas. Como G'mell. ¿Cuántos vacunos han trabajado para el hombre, han aumentado al hombre, han sido ordeñados por el hombre a través de los tiempos, y lo han seguido dondequiera fuera el hombre, incluso hasta las estrellas? Y los perros. No tengo que mencionarte el amor de los perros por el hombre. Nos llamamos la Santa Insurrección porque somos rebeldes. Constituimos un gobierno. Tenemos un poder casi tan extenso como la Instrumentalidad. ¿Por qué crees que Bebedor de Té no te echó el guante cuando llegaste?

—¿Quién es Bebedor de Té?

—Un funcionario que quería secuestrarte. Fracasó porque un subhombre me informó de ello, porque mi hijo A'ikasuk, que viajó a Norstrilia, sugirió las soluciones al doctor Vomact que está en Marte. Te amamos, Rod, no porque seas un norstriliano rico, sino porque nuestra fe consiste en amar a la humanidad que nos creó.

—Es un largo y lento rodeo para llegar a mi dinero —replicó Rod—. Ve al grano.

El A'telekeli sonrió con dulzura y tristeza. Rod notó que su propia perplejidad inspiraba dulzura y tristeza al hombre-pájaro. Empezó a aceptar que tal vez esa subpersona fuera superior a cualquier ser humano que hubiera conocido.

—Lo lamento —suspiró Rod—. No he tenido un instante para disfrutar de mi dinero desde que lo obtuve. Me han dicho que todos van detrás de él. Empiezo a creer que no

haré sino huir el resto de mi vida...

El A'telekeli sonrió con la felicidad de un maestro cuyo discípulo acaba de llegar a una conclusión brillante.

—Correcto. Has aprendido mucho del Maestro Gatuno, y de ti mismo. Yo te ofrezco algo más... la oportunidad de hacer un gran bien. ¿Sabes qué es una fundación?

Rod frunció el ceño.

—¿La acción de fundar?

—No, me refiero a unas instituciones antiguas.

Rod meneó la cabeza. No las conocía.

—Una buena donación seguía surtiendo efecto hasta el ocaso de una cultura. Si cedieras la mayor parte de tu dinero a hombres buenos y sabios, se podría gastar una y otra vez para mejorar la raza del hombre. Necesitamos eso. Mejores hombres que nos den una vida mejor. ¿Crees que no sabemos cómo han muerto a veces los pilotos y los luminictores, salvando a sus gatos en el espacio?

—O cómo la gente mata a la subgente sin pensarlo —replicó Rod—. O cómo la humilla sin siquiera darse cuenta. A mi entender, tienes algún interés creado.

—Lo tengo. En parte. Pero no tanto como piensas. Los hombres son malignos cuando están asustados o aburridos. Se muestran bondadosos cuando están contentos y ocupados. Quiero que dones tu dinero para organizar juegos, deportes, competiciones, espectáculos, música y la oportunidad de un poco de odio.

—¿Odio? —se extrañó Rod—. Había empezado a creer que había encontrado un pájaro creyente... alguien que divagaba sobre la antigua magia.

—No hablamos del fin del tiempo —dijo el gran hombre-pájaro—. Hablamos de alterar las condiciones sociales de la situación del Hombre en el actual período histórico. Queremos desviar a la humanidad de la tragedia y la derrota. Aunque los riscos se desmoronen, queremos que el Hombre permanezca. ¿Conoces a Swinburne?

—¿Dónde está? —preguntó Rod.

—No es un lugar. Es un poeta anterior a la era del espacio. Escribió esto. Escucha.

*Mientras el lento mar crece y el abrupto risco se desmorona,
mientras la terraza y el prado beben los hondos abismos,
mientras se agota la fuerza del oleaje de las altas mareas,
entre campos y rocas menguantes,
aquí en su triunfo donde todo se tambalea,
caída en los despojos que su mano extiende,
como un dios sacrificado por si mismo en su extraño altar,
la Muerte yace muerta.*

—¿Estás de acuerdo? —preguntó el A'telekeli.

—Es bonito, pero no lo entiendo —dijo Rod—. Por favor, estoy más cansado de lo que suponía y dispongo de un solo día con G'mell. ¿Puedo dejar de conversar contigo para estar un poco con ella?

El gran subhombre levantó el brazo. Sus alas se desplegaron sobre Rod como un dosel.

—¡Sea! —exclamó, y las palabras vibraron como una gran canción.

Rod vio el movimiento de labios del coro del subpueblo, pero no percibió el sonido.

—Te ofrezco un trato sólido. Dime si leo tu mente correctamente.

Rod asintió, un tanto apabullado.

—Quieres tu dinero, pero no lo quieres. Conservarás quinientos mil créditos en dinero TAL, con lo cual serás el hombre más rico de Vieja Australia del Norte durante el resto de una muy larga vida. Donarás el resto a una fundación que enseñará a los hombres a odiar con soltura y ligereza, como en un juego, no con angustia y fatiga, como en un hábito. Los

administradores serán Señores de la Instrumentalidad a quienes conozco, como Jestocost, Crudelta, la Dama Johanna Gnade.

—¿Y yo qué obtendré?

—El deseo de tu corazón. —La bella, sabia y pálida cara estudió a Rod como un padre que procurara desentrañar el desconcierto de su propio hijo. Rod estaba un poco intimidado, pero confiaba en él.

—Quiero demasiado. No puedo tenerlo todo.

—Te diré lo que quieres. Quieres estar de vuelta en tu hogar, con todos los problemas resueltos. Yo puedo enviarte a la Finca de la Condenación en un solo salto. Mira el suelo. Tengo tus libros y el sello postal que dejaste en el cuarto de Amaral. Están incluidos en el trato.

—¡Pero quiero ver la Tierra!

—Regresa cuando seas mayor y más sabio. Algún día. Para ver lo que ha logrado tu dinero.

—Bien... —dijo Rod.

—Quieres a G'mell. —La cara sabia, blanca y suave no revelaba turbación, furia ni condescendencia—. La tendrás, en un sueño de enlace, su mente con la tuya, durante un dichoso tiempo subjetivo de mil años. Vivirás todos los episodios felices que podríais haber compartido si te hubieras quedado aquí y te hubieras convertido en g'hombre. Verás nacer, crecer y morir a tus gatitos. Eso llevará media hora.

—Es sólo un sueño —protestó Rod—. ¡Quieres megacréditos a cambio de un sueño!

—¿Con dos mentes? ¿Dos mentes vivas y aceleradas, compartiendo pensamientos? ¿Alguna vez has oído hablar de eso?

—No.

—¿Confías en mí? —preguntó el A'telekeli.

Rod miró al hombre-pájaro de hito en hito y sintió un gran alivio. Confiaba en esa criatura más de lo que nunca había confiado en un padre que no lo quería, una madre que lo había abandonado, unos vecinos curiosos y amables.

—Confío en ti —suspiró.

—Además —añadió el A'telekeli—, me encargaré de todos los detalles a través de mi propia red y te dejaré el recuerdo de ellos en la mente. Si confías en mí, eso bastará. Llegarás a casa sano y salvo. Estarás protegido, fuera de Norstrilia, a la cual rara vez llevo, mientras vivas. Ahora disfrutarás de otra vida con G'mell y la recordarás casi toda. A cambio, te dirigirás a la pared y transferirás tu fortuna, menos medio megacrédito TAL, a la Fundación Rod McBan.

Rod no vio que las subpersonas se apiñaban alrededor de él para adorarlo. Se alarmó cuando una muchacha alta y muy pálida le cogió la mano para llevársela a la mejilla.

—Tú no serás el Prometido, pero eres un hombre grande y bueno. No podemos quitarte nada. Sólo podemos pedir. Esta es la enseñanza de Juana. Y tú has concedido.

—¿Quién eres? —preguntó Rod intimidado, pensando que era alguna muchacha humana perdida a quien el subpueblo había secuestrado para llevarla a las entrañas de la Tierra.

—A'lamelanie, hija del A'telekeli.

Rod la miró sorprendido y se acercó a la pared. Apretó un botón. ¡Vaya lugar para encontrar un botón!

—El Señor Jestocost —llamó—, había McBan. No, estúpido. Soy el dueño de este sistema.

Un hombre apuesto, atildado y regordete apareció en la pantalla.

—Si no me equivoco —dijo el extraño hombre—, eres el primer ser humano que llega a las profundidades. ¿Qué dices, señor y propietario McBan?

—Toma nota... —dijo el A'telekeli, junto a Rod pero fuera del campo de visión de la máquina.

Rod repitió.

Por su parte, el Señor Jestocost convocó testigos.

Fue un largo dictado, pero al fin se concluyó la comunicación. Rod planteó una sola objeción. Cuando intentaron llamarla Fundación McBan, dijo:

—Llamadla Fundación Ciento Cincuenta.

—¿Ciento Cincuenta? —preguntó Jestocost.

—Por mi padre. Es su número en nuestra familia. Yo soy el ciento cincuenta y uno. Él vino antes que yo. No expliquéis el número, limitaros a usarlo.

—De acuerdo —aceptó Jestocost—. Ahora tenemos que conseguir notarios y testigos oficiales para comprobar tus impresiones oculares, dactilares y cerebrales. Pide a la persona que está contigo que te dé una máscara, para que la cara de hombre-gato no confunda a los testigos. ¿Dónde se supone que está la máquina que estás usando? Sé bien dónde se encuentra en realidad.

—Al pie de Alpha Ralpa Boulevard, en un mercado olvidado —respondió el A'telekeli—. Tus hombres la encontrarán allí mañana, cuando vayan a confirmar la autenticidad de la máquina. —Se mantenía apartado del campo de visión de la máquina, para que Jestocost lo oyera pero no lo viera.

—Reconozco la voz —comentó Jestocost—. Viene a mí como en un gran sueño. Pero no pediré ver la cara.

—Tu amigo ha venido adonde sólo acuden las subpersonas —dijo el A'telekeli—, y estamos disponiendo de su destino en muchos sentidos, Señor, condicionados por tu grácil aprobación.

—Parece que mi aprobación no ha sido muy necesaria —resopló Jestocost, riendo.

—Me gustaría hablar contigo. ¿Tienes a alguna subpersona inteligente cerca de ti?

—Puedo llamar a G'mell. Ella siempre está cerca.

—Esta vez, Señor, no podrás. G'mell está aquí.

—¿Allí, contigo? No sabía que ella iba allí —comentó Jestocost con asombro.

—No obstante, aquí está. ¿Tienes a alguna otra subpersona?

Rod se sentía como un maniquí, de pie ante el visífono mientras las dos voces hablaban por su intermediación. Pero también sentía que ambos albergaban buenos deseos. Pensaba con nerviosismo en la extraña felicidad que les habían ofrecido a él y G'mell, pero era un joven respetuoso y esperaba a que los mayores terminaran sus asuntos.

—Espera un momento —dijo Jestocost.

Por la pantalla Rod vio que el Señor de la Instrumentalidad manipulaba los controles de otras pantallas secundarias. Un instante después, Jestocost respondió:

—T'dank está aquí. Dentro de pocos minutos entrará en la sala.

—Señor, dentro de veinte minutos, por favor, tomarás las manos de tu sirviente T'dank como una vez hiciste con G'mell. Tengo el problema de este joven y su retorno. Hay cosas que tú ignoras, pero preferiría no decírlas por la red.

Jestocost titubeó sólo un instante.

—Qué más da —rió—. Es lo mismo ser colgado por una oveja que por un cordero.

El A'telekeli se apartó. Alguien entregó a Rod una máscara que ocultaba sus rasgos de hombre-gato y dejaba expuestos los ojos y las manos. La impresión cerebral se obtenía a través de los ojos.

La máquina realizó la comprobación.

Rod regresó al banco y la mesa. Se sirvió otro sorbo de agua. Alguien le arrojó una guirnalda de flores sobre los hombros. ¡Flores frescas! En semejante lugar... Se preguntó de dónde las sacaban. Tres bonitas submuchachas, dos de origen gatuno y una de origen canino, traían a cuestas a una G'mell recién vestida. Llevaba un vestido blanco muy simple y recatado. Un ancho cinturón dorado le ceñía la cintura. G'mell rió, dejó de reír y se sonrojó cuando la llevaron cerca de Rod.

Había dos asientos en el banco, con cojines para que ambos estuvieran cómodos. Les pusieron gorros de metal suave parecidos a los gorros de placer usados en medicina. Rod sintió que el olfato le estallaba dentro del cerebro; de pronto cobró una vida caudalosa. Rod asió a G'mell de la mano y echó a andar por un inmemorial bosque de la Tierra, donde un templo más antiguo que el tiempo brillaba bajo la clara y suave luz de la vieja luna de la Tierra. Supo que ya estaba soñando. G'mell captó su pensamiento y dijo:

—Rod, mi amo y amante, esto es un sueño. Pero estoy en él contigo...

¿Quién puede medir mil años de sueños felices: los viajes, las cacerías, las meriendas, las visitas a ciudades olvidadas y desiertas, el descubrimiento de bellos paisajes y extraños lugares? Y el amor, las experiencias compartidas, y el reflejo de todo lo maravilloso y extraño en dos personalidades distintas y armoniosas, G'mell la g'muchacha y G'roderick el g'hombre: parecían felizmente destinados a vivir juntos. ¿Quién puede disfrutar siglos enteros de júbilo y contarlo en minutos? ¿Quién puede narrar la historia entera de dos vidas semejantes: felicidad, peleas, reconciliaciones, problemas, soluciones, dicha y siempre el acto de compartir...?

Cuando despertaron suavemente a Rod, dejaron que G'mell siguiera durmiendo. Rod se examinó esperando encontrarse viejo. Pero aún era joven, en el profundo y olvidado subterráneo del A'telekeli, y ni siquiera podía oler. Quiso evocar aquellos mil maravillosos años mientras contemplaba a G'mell, de nuevo joven, dormida en el banco, pero los años de sueño habían empezado a desdibujarse.

Se incorporó pesadamente. Lo condujeron a una silla. El A'telekeli estaba sentado en una silla adyacente, a la misma mesa. Parecía fatigado.

—Señor y propietario McBan, controlé tus sueños compartidos para cerciorarme de que seguían el rumbo correcto. Espero que estés satisfecho.

Rod asintió despacio y buscó la jarra de agua. Alguien la había vuelto a llenar mientras él dormía.

—Mientras dormías, McBan —añadió el gran A'hombre—, he mantenido una conferencia telepática con el Señor Jestocost, quien es tu amigo, aunque no lo conozcas. Habrás oído hablar de las nuevas naves de planoforma automáticas.

—Son experimentales.

—En efecto, pero son muy seguras. Y las mejores naves «automáticas» en realidad no lo son tanto. Las pilotan hombres-serpiente. Mis pilotos superan a todos los de la Instrumentalidad.

—Desde luego, porque están muertos.

—No más muertos que yo —rió el sereno pájaro blanco—. Con la ayuda de mi hijo, el doctor A'ikasuk, a quien conociste como el mono M'gentur, los puse en trance cataléptico. Despiertan en las naves. Uno de ellos te puede llevar a Norstrilia en un solo salto. Y mi hijo puede prepararte aquí. Tenemos un buen taller médico en uno de esos cuartos. A fin de cuentas, fue él quien te restauró en Marte, bajo la supervisión del doctor Vomact. Te parecerá una sola noche, aunque transcurrirán varios días de tiempo objetivo. Si te despides ahora, y si estás dispuesto a partir, despertarás en órbita, frente a la red subespacial de Vieja Australia del Norte. No deseo que una de mis subpersonas acabe despedazada por los terribles mininos de Mamá Hitton, sean lo que sean. ¿Puedes informarnos tú?

—No sé qué son —se apresuró a responder Rod—, y si lo supiera no te lo diría. Es un secreto de la reina.

—¿La reina?

—La reina ausente. Usamos ese nombre para aludir al gobierno de la Commonwealth. De todos modos, no puedo irme ahora. Tengo que regresar a la superficie. Quiero despedirme del Maestro Gatuno. Y no me iré de este planeta sin Eleanor. Y también

quiero el sello que me dio el Maestro Gatuno. Y los libros. Y quizá deba comparecer ante un tribunal por la muerte de Tostig Amaral.

—¿Confías en mí, señor y propietario McBan?

El gigante blanco se puso en pie. Sus ojos brillaron como fuego. El subpueblo entonó:

—¡Deposita tu confianza en el jubiloso y lícito, leal y espantoso poder blanco y brillante del subpájaro!

—Hasta ahora te he confiado mi vida y mi fortuna —dijo Rod en tono huraño—, pero no lograrás que abandone a Eleanor. Por mucho que desee regresar. Y en mi mundo hay un viejo enemigo a quien quiero ayudar, Houghton Syme, el hon. sec. Quizá pueda llevarle algo de la Vieja Tierra.

—Creo que puedes confiar en mí un poco más —insistió el A'telekeli—. ¿Se resolvería el problema del hon. sec. si le dejaras compartir un sueño con alguien a quien ame, para compensar su corta vida?

—No lo sé. Tal vez.

—Puedo confeccionarle una receta —ofreció el amo del subpueblo—. Tendrá que mezclarla con plasma de su sangre antes de ingerirla. Servirá para tres mil años de vida subjetiva. Nunca hemos dejado escapar este secreto de la subciudad, pero tú eres el amigo de la Tierra, y la tendrás.

Rod quiso tartamudear las gracias, pero en cambio masculló algo sobre Eleanor: *no podía* abandonarla.

El gigante blanco cogió el brazo de Rod y lo condujo hasta el visífono, que parecía fuera de lugar en aquella sala olvidada y subterránea.

—¿Sabes que no te engañaré con mensajes falsos ni nada por el estilo? —preguntó el gigante blanco.

Una ojeada a ese rostro fuerte, calmo y relajado —un rostro tan resuelto que no podía ocultar segundas intenciones— convenció a Rod de que no tenía nada que temer.

—Conéctalo, pues —dijo el A'telekeli—. Si Eleanor quiere regresar, pediremos un billete a la Instrumentalidad. Y en cuanto a ti, mi hijo A'ikasuk te devolverá a tu forma anterior. Hay un solo detalle. ¿Quieres la cara que tenías antes o prefieres unos rasgos que reflejen la sabiduría y la experiencia que te he visto adquirir?

—No soy pretencioso —dijo Rod—. La misma cara estará bien. Si soy más sabio, mi gente pronto lo averiguará.

—Bien. Mi hijo se preparará. Entre tanto, conecta el visífono. Ya está preparado para rastrear a tu conciudadana.

Rod encendió el aparato. Tras una desconcertante sucesión de relampagueos y escenas deslumbrantes y caleidoscópicas, la máquina pareció correr a lo largo de la playa de Meeya Meefla hasta encontrar a Eleanor. Era una pantalla realmente extraña: no había visífono al otro lado. Rod veía a Eleanor, con su aire norstriliano, pero ella no sabía que la estaban observando.

La máquina se concentró en la cara de Eleanor/Rod McBan. Ella/él hablaba con una mujer muy bonita, cuyo aspecto era una extraña combinación de norstriliana y terrícola.

—Ruth No-de-aquí —murmuró el A'telekeli—, la hija del Señor William No-de-aquí, un jefe de la Instrumentalidad. Quería que su hija se casara contigo para poder regresar a Norstrilia. Mira a la hija. Ahora está enfadada «contigo».

Ruth, sentada en la playa, flexionaba los dedos con nerviosismo e inquietud, pero sus gestos revelaban más furia que desesperación. Le hablaba a Eleanor «Rod McBan».

—¡Mi padre acaba de contármelo! —exclamó Ruth—. ¿Por qué has donado todo tu dinero a una fundación? La Instrumentalidad se lo contó. No lo entiendo. Ahora no tiene sentido que nos casemos...

—Por mí está bien —comentó Eleanor/Rod McBan.

—¡Por ti está bien! —chilló Ruth—. ¡Después de haberte aprovechado de mí!

El falso Rod McBan sonrió con picardía. El verdadero Rod, que observaba la imagen a

diez kilómetros bajo tierra, pensó que Eleanor había aprendido mucho acerca de cómo se comporta un joven rico en la Tierra.

La expresión de Ruth cambió de golpe. Pasó de la furia a la risa. Mostró su desconcierto.

—Debo admitir —dijo con sinceridad— que no quería volver a Vieja Australia del Norte. La vida simple y honesta, un poco estúpida. Sin mares. Sin ciudades. Sólo ovejas gigantescas y enfermas y mundos llenos de dinero sin nada en qué gastarlo. Me gusta la Tierra, Supongo que soy decadente...

Rod/Eleanor sonrió.

—Quizá yo también sea decadente. No soy pobre. No puedo evitar que me atraigas. No quiero casarme con nadie. Pero tengo muchos créditos aquí, y me gusta ser un hombre joven...

—¡Vaya si te gusta! —bufó Ruth—. ¡Qué cosas tan raras dices!

El falso Rod McBan no pareció reparar en la interrupción.

—Acabo de decidir que me quedaré aquí a disfrutar del dinero. Todos son ricos en Norstrilia, pero ¿de qué les sirve? Para mí se ha vuelto aburrido, de lo contrario no me habría arriesgado a venir aquí. Sí, creo que me quedaré. Sé que Rod... —Él/ella soltó un jadeo—. Me refiero a Rod MacArthur, una especie de pariente. Rod puede pagar el impuesto de mi fortuna personal para quedarme aquí.

(«Lo haré», se prometió el verdadero Rod McBan, bajo la superficie de la Tierra.)

—Aquí eres bienvenido, querido —dijo Ruth No-de-aquí al falso Rod McBan.

Muy abajo, el A'telekeli señaló la pantalla.

—¿Has visto suficiente? —le preguntó a Rod.

—Suficiente, pero asegúrate de que ella sabe que estoy bien y trato de cuidarla. ¿Puedes ponerte en contacto con Jestocost o con alguien más para disponer que Eleanor se quede aquí y conserve su fortuna? Di a Eleanor que use el nombre de Roderick Henry McBan primero. Puedo permitirle usar el nombre de los propietarios de la Finca de la Condenación, pero no creo que la gente de la Tierra advierta la diferencia. Ella sabrá que para mí está bien, y esto es lo único que importa. Si de verdad le gustar estar aquí con una copia de mi cuerpo, que la gran oveja la ampare.

—Extraña bendición —sonrió el A'telekeli—. Pero todo se puede arreglar.

Rod no se movió. Apagó la pantalla y se quedó donde estaba.

—¿Algo más? —preguntó el A'telekeli.

—G'mell.

—Ella está bien —respondió el señor del submundo—. No espera nada de ti. Es una buena subpersona.

—Yo quiero hacer algo por ella.

—No desea nada. Es feliz. No tienes que inmiscuirte.

—No será una muchacha de placer para siempre —insistió Rod—. Las subpersonas envejecéis. No sé cómo te las arreglas tú sin *stroon*.

—Tampoco yo lo sé —reconoció el A'telekeli—. Simplemente, soy longevo. Pero tienes razón en cuanto a G'mell. Pronto envejecerá, según vuestro tiempo.

—Me gustaría comprarle un restaurante, el del hombre-oso, para que lo convierta en un lugar de encuentro abierto para personas y subpersonas. Ella le dará un toque romántico e interesante, para que sea un éxito.

—Una idea maravillosa. Un proyecto perfecto para tu fundación —sonrió el A'telekeli—. Se hará.

—¿Y el Maestro Gatuno? —preguntó Rod—. ¿Puedo hacer algo por él?

—No, no te preocupes por G'william —respondió el A'telekeli—. Está bajo la protección de la Instrumentalidad y conoce el signo del Pez. —El gran subhombre hizo una pausa para dar a Rod la oportunidad de preguntar qué era ese signo, pero el norstriliano no reparó en el énfasis de la pausa, así que el pájaro gigante continuó—. G'william ya ha

recibido su recompensa en el buen cambio que ha realizado en tu vida. Ahora, si estás preparado, te anesthesiaremos, mi hijo A'ikasus modificará tu forma gatuna y despertarás en la órbita de tu planeta.

—¿Puedes despertar a G'mell para despedirme de ella después de esos mil años?

El amo del submundo cogió suavemente el brazo de Rod y lo guió por la gigantesca sala.

—¿Te gustaría tener otro adiós, después de esos mil años compartidos, si estuvieras en su lugar —preguntó—. Déjala en paz. Sufrirá menos de esta manera. Tú eres humano. Puedes darte el lujo de ser amable. Es uno de los mejores rasgos de las personas humanas.

Rod se detuvo.

—¿Tienes una grabadora, entonces? Ella me recibió en la Tierra con una maravillosa canción acerca del «canto de altos pájaros» y quiero dejarle una canción norstriliana.

—Canta lo que quieras —aceptó el A'telekeli—, y mi coro de asistentes lo recordará mientras viva. Los demás también sabrán apreciarlo.

Rod miró un instante a las subpersonas que los habían seguido. Por un instante tuvo vergüenza de cantar ante ellas, pero se tranquilizó cuando vio sus cálidas sonrisas de adoración.

—Recordad esto, pues, y aseguraos de cantarla para G'mell en mi nombre, cuando ella despierte.

Elevó un poco la voz y cantó:

*¡Ve adonde el carnero corretea y corcovea!
Escucha a las ovejas que balan y que halan.
Vuela adonde los corderos gozan y retozan.
Mira allá donde el stroon crece y florece.
¡Observa cómo los hombres toman y amontonan
riquezas para su mundo!
Mira las colinas goteantes y ondulantes.
Siéntate en el aire ardiente, hirviente.
Ve adonde las nubes flamean y aletean.
Mira esa riqueza bullente y reluciente.
Con un grito vibrante y resonante,
canta el orgullo y el poder norstrilianos.*

El coro la entonó con una riqueza vocal que él nunca había oído en esa canción.

—Y ahora —dijo el A'telekeli—, la bendición del Primer Prohibido sea contigo.

El gigante se inclinó para besar a Rod McBan en la frente, Rod lo considero un gesto extraño y quiso hablar, pero vio los ojos.

Ojos como fuegos gemelos.

Fuego: como la amistad, la calidez, como una bienvenida y una despedida.

Ojos convertidos en una sola llama.

Despertó en la órbita de Vieja Australia del Norte.

El descenso fue fácil. La nave tenía un visor. El silencioso piloto-serpiente dejó a Rod en la Finca de la Condenación, a unos cientos de metros de su propia puerta. También dejó dos pesados envoltorios. Una nave de patrulla de Vieja Australia del Norte revoloteaba en lo alto. El aire vibró de peligro cuando la policía norstriliana descendió para asegurarse de que sólo Rod McBan bajaba de la nave. El aparato de la Tierra despegó con un susurro.

—Te doy la bienvenida, señor —dijo un policía. La garra mecánica del ornitóptero

estrechó la mano de Rod mientras la otra cogía los dos envoltorios. La máquina se elevó en el aire batiendo las gigantescas alas. Bajaron en el patio con las alas erguidas. Rod y los bultos fueron depositados con destreza y la máquina se alejó en silencio.

No había nadie. Rod sabía que la tía Doris llegaría pronto. ¡Y Lavinia, Lavinia! Aquí, ahora, en esa tierra pobre y seca, supo cuánto congeniaba con Lavinia. ¡Ahora podía hablar, podía oír!

Resultaba extraño. El día anterior (o cuando fuera, pero parecía el día anterior) se había sentido muy joven. Ahora, desde la visita al Maestro Gatuno, se consideraba adulto, como si hubiera descubierto todos sus problemas personales y los hubiera dejado en la Vieja Tierra. Parecía saber en lo más profundo de sí que sólo nueve décimos de G'mell le habían pertenecido, y que el décimo restante —el más valioso, el más bello, el más secreto de su vida— lo había cedido para siempre a otro hombre o subhombre a quien Rod nunca conocería. Intuía que G'mell nunca entregaría de nuevo su corazón. Y, sin embargo, le reservaba una ternura especial e irrepetible. No había sido un matrimonio, sino una historia de amor.

Pero aquí lo esperaba su hogar, y el amor.

Lavinia estaba allí, la querida Lavinia con su padre loco y perdido, con su bondad para un Rod que no había dejado entrar mucha bondad en su vida.

De pronto las palabras de un viejo poema afloraron a su mente:

*Siempre. Nunca. Eternamente.
Tres mundos. La palanca
de la vida sobre el tiempo.
¡Siempre, nunca, eternamente!*

Linguó con fuerza:

—¡Lavinia!

Desde más allá de la colina, un grito le llegó a la mente:

—¡Rod, Rod! ¡Oh, Rod! ¿Rod?

—Sí —linguó Rod—. No corras. Estoy en casa.

Percibió que la mente de Lavinia se acercaba, aunque debía de estar más allá de una de las colinas cercanas. Cuando las mentes de ambos se tocaron, comprendió que esa tierra era de Lavinia, y también suya. ¡No estaban destinadas a ellos las húmedas maravillas de la Tierra, las doradas bellezas de G'mell y la gente de la Tierra! Comprendió sin reservas que Lavinia amaría y reconocería al nuevo Rod tal como había amado al viejo.

Espero serenamente y se echó a reír bajo el gris y amistoso cielo de Norstrilia. Por un instante tuvo el infantil impulso de atravesar las colinas a la carrera para besar a su ordenador.

En cambio esperó a Lavinia.

CONSEJOS, CONSOLAS Y CÓNSULES DIEZ ANOS DESPUÉS, UN DIALOGO ENTRE DOS HOMBRES DE LA TIERRA

—¿No creerás en esa jerigonza, verdad?

—¿Qué significa «jerigonza»?

—¿No te parece una palabra maravillosa? Es antigua. Un robot la desenterró. Significa jerga, galimatías, un lenguaje enredado que se usa para contar pamplinas, patrañas, embustes y mentiras. Es decir, justo lo que estabas diciendo.

—¿Acerca del muchacho que compró la Tierra?

—Claro. Es imposible que lo hiciera, ni siquiera con dinero norstriliano. Hay demasiadas regulaciones. Fue sólo un ajuste económico.

—¿Qué es un «ajuste económico»?

—Es otra expresión antigua que descubrí. Es casi tan buena como «jerigonza». Significa que los amos reacomodan las cosas alterando el volumen del flujo o el título de propiedad. La Instrumentalidad quería sacudir al gobierno de la Tierra y obtener más créditos libres, así que inventó un personaje imaginario llamado Rod McBan. Luego le hicieron comprar la Tierra. Después él se fue. Es imposible. Ningún chico normal habría hecho semejante cosa. Dicen que tuvo un millón de mujeres. ¿Qué supones que haría un chico normal si alguien le diera un millón de mujeres?

—Pero eso no demuestra nada. De todos modos, yo vi a Rod McBan en persona, hace dos años.

—Ése es otro, no es el que presuntamente compró la Tierra. Es sólo un inmigrante rico que vive cerca de Meeya Meefla. También te puedo contar algunas cosas sobre él.

—Pero ¿por qué alguien no iba a comprar la Tierra si acaparase el mercado norstriliano de *stroon*?

—¿Y quién lo acaparó? Te digo que Rod McBan es imaginario. ¿Alguna vez has visto una caja con una imagen de él?

—No.

—¿Alguna vez has conocido a alguien que lo haya visto?

—He oído decir que el señor Jestocost estuvo involucrado en el asunto, y que esa costosa muchacha de placer... ¿Cómo se llama? La pelirroja. G'mell.

—Eso es lo que has oído. Jerigonza. Pura jerigonza. Jamás ha existido ese muchacho. Es pura propaganda.

—Siempre eres así. Gruñendo. Dudando. Me alegro de no ser como tú.

—Amigo, te aseguro que el sentimiento es recíproco. «Más vale muerto que incauto», ése es mi lema.

EN UNA NAVE DE PLANOFORMA QUE ZARPÓ DE LA TIERRA, TAMBIÉN DIEZ AÑOS DESPUÉS

El capitán de puerto, hablándole a una pasajera:

—Me alegro de ver, señora, que no has comprado esos vestidos que están de moda en la Tierra. En tu mundo, el aire te los arrancaría en un santiamén.

—Soy anticuada —sonrió ella. Pensó en algo y preguntó—: Tú recorres el espacio, señor y capitán. ¿Alguna vez has oído la historia de Rod McBan? Creo que es conmovedora.

—¿Te refieres al muchacho que compró la Tierra?

—Sí —jadeó ella—. ¿Es verdad?

—Claro que sí, excepto en un detalle. Rod McBan no se llamaba así. No era norstriliano. Era un homínido de otro mundo, y quería comprar la Tierra con dinero ganado con malas artes. Quería deshacerse de sus créditos, pero quizá fuera un húmedo-hediondo de Amazonas Triste o uno de esos hombres diminutos, del tamaño de una castaña, del Planeta Sólido. Por eso compró la Tierra y se fue sin dejar rastro. Verás, señora y dama, un norstriliano piensa sólo en su dinero. En ese planeta aún tienen una de las antiguas formas de gobierno, y jamás permitirían que uno de sus habitantes comprara la Tierra. Se hubieran reunido para persuadirlo de que depositara el dinero en una caja de ahorros. Es gente de clan. Por eso no creo que fuera norstriliano.

La mujer abrió los ojos sorprendida.

—Estás arruinando una historia encantadora, señor y capitán.

Ambos miraron la cascada imaginaria de la pared.

Antes de que el capitán de viaje reanudara su trabajo, añadió:

—Apostaría todo mi dinero a que fue uno de esos hombrecitos del Planeta Sólido. Sólo un tonto semejante compraría los derechos de dote de un millón de mujeres. Ambos

somos adultos, señora. Yo me preguntó: ¿qué haría un minúsculo hombrecito del Planeta Sólido con una mujer de la Tierra, por no decir con un millón de ellas?

Ella sonrió y se ruborizó mientras el capitán se alejaba con aire triunfal, tras decir la última y masculina palabra.

A'LAMELANIE, DOS AÑOS DESPUÉS DE LA PARTIDA DE ROD

—Padre, dame esperanzas. El A'telekeli fue amable.

—Puedo darte casi cualquier cosa de este mundo, pero estás hablando del mundo del signo del Pez, que ninguno de nosotros controla. Será mejor que vuelvas a la vida cotidiana de nuestra caverna y no dediques tanto tiempo a tus devociones, si te hacen desgraciada.

Ella lo miró desconcertada.

—No es eso. No es eso en absoluto. Pero sé que el robot, la rata y el copto coincidieron en que el Prometido vendría a la Tierra. —Y añadió, con una nota desesperada—: *Padre, ¿puede haber sido Rod McBan?*

—¿Qué quieres decir?

—¿Pudo haber sido el Prometido, y 70 no darme cuenta? ¿Pudo haber venido y haberse ido para probar mi fe?

El pájaro gigante rara vez reía; nunca se había reído de la hija. Pero esta posibilidad era demasiado absurda: se echó a reír, aunque una parte sabia de su mente le indicó que esa carcajada, aunque cruel ahora, sería buena para su hija más adelante.

—¿Rod? ¿Un profetizado revelador de la verdad? Oh, no. Ja, ja, ja. Rod McBan es uno de los seres humanos más agradables que he conocido. Un joven bondadoso, casi como un pájaro. Pero no es un mensajero de la eternidad.

La hija hizo una reverencia y se alejó.

Ya había compuesto una tragedia sobre sí misma: la equivocada, la que había conocido al «príncipe de la palabra», a quien los mundos aguardaban. No lo había reconocido porque su fe era insuficiente. La tensión de esperar a que algo sucediera en el presente o al cabo de un millón de años era excesiva. Resultaba más fácil aceptar el fracaso y el reproche que soportar el incesante tormento de una esperanza sin fechas.

Tenía un pequeño recoveco en la pared donde pasaba muchas horas. Extrajo un instrumento de cuerdas que su padre le había fabricado. Emitía sonidos antiguos y plañideros, y con ese acompañamiento ella cantó su propia canción, la canción de A'lamelanie, que trataba de no esperar más a Rod McBan.

Miró hacia la sala.

Una niñita que sólo llevaba bragas la miró fijamente. A'lamelanie le devolvió la mirada. La niña le clavaba sus ojos inexpresivos. A'lamelanie se preguntó si sería una de las niñas-tortuga que su padre había rescatado años atrás.

Apartó la mirada de la niña y cantó su propia canción:

Una vez más, a través de los años, lloré por ti.

No pude contener las amargas lágrimas que guardé para ti.

El bogar de mi vida anterior estaba limpio para ti.

Un tiempo diferente me espera ahora.

Pero hay momentos en que el pasado pregunta cómo y por qué.

El futuro transcurre con excesiva prisa. Espera, espera...

Pero no. Eso es todo. A través de los años lloré por ti.

Cuando A'lamelanie terminó de cantar, la niña-tortuga aún la miraba. La irritada A'lamelanie guardó su pequeño violín.

QUÉ PENSÓ LA NIÑA-TORTUGA EN ESE MOMENTO

Sé muchas cosas aunque no tenga ganas de hablar de ellas y sé que el hombre verdadero más maravilloso de todos los planetas vino a esta gran sala y habló a mis gentes porque es el hombre del que habla esa muchacha alta y boba porque ella no lo tiene pero por qué iba a tenerlo ella si soy yo la que va a tenerlo porque soy una niña-tortuga y estaré esperando cuando todas estas personas estén muertas y arrojadas a los tanques de disolución y algún día él regresará a la Tierra y yo seré grande y seré una mujer-tortuga, más bella que cualquier mujer humana, y él se casará conmigo y me llevará a su planeta y yo siempre seré feliz con él porque no discutiré continuamente como las personas-pájaro y las personas gatunas y las personas perrunas, así que cuando Rod McBan sea mi marido y yo le sirva la cena, si trata de discutir conmigo me mostraré tímida y dulce y no diré nada de nada durante cien o doscientos años, y nadie se puede enfadar con una hermosa mujer-tortuga que no replica...

EL CONSEJO DE LA LIGA DE LADRONES DE VIOLA SIDÉREA

El heraldo anunció:

—Su Osadía, el jefe de ladrones, tiene el placer de comparecer ante el Consejo de Ladrones.

Un viejo se levantó ceremoniamente.

—Señor y jefe, confiamos en que nos traigas riqueza: riqueza de los incautos, de los débiles, de los pusilánimes de la humanidad.

El jefe de ladrones proclamó:

—Se trata del asunto de Rod McBan.

Un murmullo recorrió la sala. El jefe de ladrones continuó, con la misma formalidad:

—No lo interceptamos en el espacio, aunque controlamos cada vehículo que salía del pegajoso y chispeante espacio que rodea Norstrilia. Desde luego, no enviamos a nadie al encuentro de los mininos de Mamá Hitton, sean lo que sean esos «mininos». Había un ataúd con una mujer dentro y una caja con una cabeza. No importa. Se nos escapó. Pero cuando llegó a la Tierra, atrapamos a cuatro.

—¿Cuatro? —jadeó un consejero.

—Sí —manifestó el jefe de ladrones—. Cuatro Rod McBans. También había uno humano, pero comprendimos que era un señuelo. Originalmente había sido una mujer y se divertía en grande con su cuerpo de hombre. Así que capturamos a cuatro Rod McBans. Los cuatro eran robots de la Tierra, de maravillosa manufactura.

—¿Los robaste? —preguntó un consejero.

—Desde luego —replicó el jefe de ladrones con una sonrisa lobuna—. Y el gobierno de la Tierra no se opuso. Simplemente nos envió una factura por ellos cuando quisimos irnos: un cuarto de megacrédito «por uso de robots de diseño específico».

—¡Un truco honesto y mezquino! —exclamó el presidente de la Liga de Ladrones—. ¿Qué hiciste? —Abrió los ojos. La boca se le aflojó—. ¿No te habrás vuelto honesto y nos habrás pasado la cuenta, verdad? Ya estamos endeudados con esos canallas honestos.

El jefe de los ladrones se estremeció.

—No llegué a tal extremo, astutas señorías. Engañé un poco a la Tierra, aunque temo que lo hice de un modo que rayaba en la honradez.

—¿Qué hiciste? ¡Habla deprisa, hombre!

—Como no capturé al verdadero Rod McBan, hablé con los robots y les enseñé a ser ladrones. Robaron dinero suficiente para pagar todas las multas y costear el viaje.

—¿Tienes ganancias? —exclamó un consejero.

—Cuarenta minicréditos —dijo el jefe de ladrones—. Pero aún falta lo peor. Sabéis lo que hace la Tierra con los ladrones verdaderos.

Un estremecimiento recorrió la sala. Todos estaban enterados de los acondicionamientos que habían transformado a audaces ladrones en obtusos canallas honestos.

—Veréis, señores y honorables —continuó en tono de disculpa el jefe de ladrones—, las autoridades de la Tierra también nos sorprendieron en eso. Los ladrones robot les cayeron simpáticos. Eran magníficos carteristas y mantenían a la gente agitada. Los robots también lo devolvían todo. Así que nos propusieron un contrato —dijo el jefe de los ladrones, sonrojándose— para transformar dos mil robots humanoides en carteristas y rateros. Para que la vida en la Tierra fuera más divertida. Los robots están en órbita, en este momento.

—¿Quieres decir que firmaste un contrato *honesto*? —tronó el presidente—. ¿Tú, el jefe de ladrones?

El jefe se sonrojó y se sofocó.

—¿Qué podía hacer? Me tenían en sus manos. Pero obtuve términos favorables. Doscientos veinte créditos por la transformación de cada robot en un maestro ladrón. Con eso podremos vivir bien durante un tiempo.

Hubo un prolongado silencio.

Al fin uno de los ladrones más viejos del Consejo rompió a llorar:

—Soy viejo. No puedo soportarlo. ¡Es horroroso! ¡Nosotros... haciendo un trabajo honrado!

—Al menos enseñamos a los robots a ser ladrones —replicó el jefe de ladrones.

Nadie hizo comentarios.

Incluso el heraldo tuvo que ocultar el rostro para sonarse la nariz.

EN MEEYA MEEFLA, VEINTE ANOS DESPUÉS DEL REGRESO DE ROD A NORSTRILIA

Roderick Henry McBan, ex Eleanor, apenas había envejecido con los años. Se había librado de su favorita, la bailarina, y se preguntaba por qué la Instrumentalidad, o al menos el gobierno de la Tierra, le había enviado la advertencia oficial de «permanecer pacíficamente en la morada de la persona antedicha, aguardando a un enviado autorizado de la Instrumentalidad para acatar las órdenes impartidas por dichos representantes».

Roderick Henry McBan recordaba los largos años de virtud, independencia y trabajo en Norstrilia con odio no disimulado. Prefería ser un rico excéntrico en la Tierra antes que una solterona respetable bajo los cielos de Vieja Australia del Norte. A veces, cuando soñaba, volvía a ser Eleanor, y en ocasiones tenía largos y angustiosos períodos en que no era Eleanor ni Rod, sino una paria sin nombre procedente de un mundo o de una época con encantos irrecuperables. Durante esos períodos sombríos, que eran pocos pero intensos, y que por lo general remediaba emborrachándose y permaneciendo ebrio varios días, se preguntaba quién era. ¿Quién podía ser? ¿Era Eleanor, la honesta criada de la Finca de la Condenación? ¿Era un primo adoptivo de Rod McBan, el hombre que había comprado la Vieja Tierra? ¿Quién era esa personalidad, Roderick Henry McBan? Habló tanto de ello con una de sus amigas, una cantante de calipsos, que ella le puso letra a una antigua melodía y se la cantó.

*¿Es correcto, está bien que sea yo?
Continuar, cuando otros se han detenido,
y cruzar la puerta del muro
que hay entre esto y la nada.*

*Fuera hace frío, soy yo.
Soy sincero, soy yo, solitario.*

*El silencio no deja dudar.
Es un fulgor sin matices.*

*Ser yo resulta extraño, es verdad.
¿Mentiré? ¿Seré otro? ¿Habrá paz?
¿Lo sabré cuando llegue el final?
¿Pararé cuando cesen mis dudas?*

*La pared es de vidrio o no está:
si es real pero está hecha de aire,
¿me perderé si voy adonde soy?
Allá voy. Soy sí. ¿O soy no?*

*¿Es correcto, está bien que sea yo?
¿Confiaré en mi mente y mis ojos?
¿Seré tú o seré ella al final?
¿Son verdad estas cosas que sé*

*Allí dentro estáis locos y fuera
cuerdo estoy como una tumba, y muy solo.
¿Lo que salvo se pierde y fracaso?
¿Soy yo si soy eco de un grito?*

*A otro tiempo viajé que está fuera
de la vida, el poema y la mente.
Si llego a ser tú, ¿perderé
la ocasión de llegar a ser yo?*

Rod/Eleanor tenía momentos de desesperación, y a veces se preguntaba si las autoridades de la Tierra o la Instrumentalidad lo/la someterían a un recondicionamiento.

La advertencia que había recibido era formal, severa, tranquila e implacable.

Con cierta imprudencia, Roderick Henry McBan se sirvió un buen trago y esperó lo inevitable.

El destino llamó a su puerta con el aspecto de tres hombres, todos extranjeros. Uno llevaba el uniforme de cónsul de Vieja Australia del Norte. Cuando se acercaron, él/ella reconoció al cónsul como el Señor William No-de-aquí, con cuya hija Ruth él/ella había retozado en las arena de la Tierra muchos años atrás.

Los saludos fueron fatigosamente largos, pero Rod/Eleanor había aprendido, tanto en Vieja Australia del Norte como en la Cuna del Hombre, a no desdeñar el bálsamo de las ceremonias en trances difíciles o dolorosos.

El señor William No-de-aquí habló.

—Escucha, señor Roderick Eleanor, la decisión de una reunión plenaria de la Instrumentalidad, legal y formalmente reunida, a saber:

»Que tú, el señor Roderick Eleanor, seas conocido como jefe de la Instrumentalidad hasta el día de tu muerte;

»Que has ganado esta posición por tu capacidad de su-pervivencia₃ y que las extrañas y dificultosas vidas que has llevado sin pensar en el suicidio te ha valido un lugar en nuestras sufridas y serviciales filas;

»Que por tu condición de Señor Roderick Eleanor, serás hombre o mujer, joven o viejo, según ordene la Instrumentalidad;

»Que tomas el poder para servir, que sirves para tomar el poder, que vendrás con nosotros, que no mirarás atrás, que te acordarás de olvidar, que olvidarás viejas

remembranzas, que dentro de la Instrumentalidad no eres una persona sino parte de una persona;

»Que eres bienvenido a la más antigua servidora del hombre, la Instrumentalidad.

Roderick Eleanor no supo qué decir.

Los Señores de la Instrumentalidad recién designados rara vez sabían qué decir. Era costumbre de la Instrumentalidad tomar por sorpresa a los nuevos dignatarios, al cabo de un minucioso examen de sus historiales de inteligencia, voluntad, vitalidad y, de nuevo, vitalidad.

El señor William sonrió, extendió la mano y habló con franqueza norstriliana:

—Bienvenido, primo de las caudalosas nubes grises. No muchos de nuestro pueblo han sido escogidos. Déjame darte la bienvenida.

Roderick/Eleanor le estrechó la mano. Aún no sabía qué decir.

EL PALACIO DEL GOBERNADOR DE LA NOCHE, VEINTE AÑOS DESPUÉS DEL REGRESO DE ROD

—Apagué la voz humana hace horas, Lavinia. La apagué. Siempre tenemos una lectura más precisa con los números. No tiene una clave para nuestros muchachos. Me he enfrentado a esta consola cientos de veces. Ven, muchacha. Es inútil predecir el futuro. El futuro ya está aquí. De todos modos, nuestros muchachos saldrán del camión cuando crucemos la colina. —Rod hablaba con la voz, como señal de ternura entre ambos.

—¿No deberíamos volar en ornitóptero? —preguntó nerviosamente Lavinia.

—No, muchacha —respondió Rod con voz tierna—. ¿Qué pensarían nuestros vecinos y parientes si vieran a los padres volando como extranjeros frenéticos o un par de mentecatos que no saben conservar la cabeza al primer contratiempo? Al fin de cuentas, nuestra hija Casheba aprobó hace un par de años, y sus ojos no eran tan buenos.

—Casheba es todo un caso —dijo cálidamente Lavinia—. Podría derrotar a un pirata del espacio aún mejor que tú antes de que supieras linguar.

Caminaron despacio colina arriba.

Cuando cruzaron la cima de la colina, oyeron la ominosa melodía.

En el Jardín de la Muerte, nuestros jóvenes han saboreado el valiente gusto del miedo. Con brazos musculosos y lengua locuaz, ganaron y perdieron, se nos fueron.

Todos los norstrilianos conocían esta canción. Los viejos la tarareaban cuando los jóvenes entraban en el camión donde se los seleccionaba para la vida o la muerte.

Vieron a los jueces fuera del camión. El hon. sec. Houghton Syme estaba allí, con expresión relajada. La medicina que Rod había traído de las entrañas de la Vieja Tierra le había brindado sueños para superar sus problemas. El Señor Dama Roja estaba allí. Y el doctor Wentworth.

Lavinia quiso correr ladera abajo, pero Rod la retuvo por el brazo.

—Calma, muchacha —dijo con tosco afecto—. Los McBan nunca huyen ni se precipitan.

Ella tragó saliva pero siguió caminando junto a él.

La gente se volvió cuando se acercaron.

Las caras permanecían impasibles.

El Señor Dama Roja, anticonvencional hasta el fin, les dio la señal.

Alzó un dedo.

Sólo uno.

Poco después Rod y Lavinia vieron a sus gemelos. Ted, el más rubio, estaba sentado en una silla. El viejo Bill le ofrecía una bebida y Ted se negaba a tomarla. Rod miró sin

creer lo que veía. Rich, el gemelo más moreno, estaba solo.

Solo y riendo.

Riendo.

Rod McBan y su esposa atravesaron las tierras de Condenación para mostrarse corteses con sus vecinos. Lo exigía la inexorable tradición. Ella le estrujó la mano con más fuerza; Rod le sostuvo el brazo firmemente.

En cuanto hubieron presentado sus respetos, Rod levantó a Ted.

—Hola, muchacho. Has triunfado. ¿Sabes quién eres?

Mecánicamente el chico recitó:

—Roderick Frederick Ronald Arnold William MacArthur McBan ciento cincuenta y dos, señor y padre.

Luego el muchacho se interrumpió. Señaló a Rich, que todavía reía a un lado, y abrazó a su padre:

—¡Oh, papá! ¿Por qué yo? ¿Por qué yo?

FIN

APÉNDICE, LOS SEÑORES DE LA INSTRUMENTALIDAD

Hemos dado el título de LOS SEÑORES DE LA INSTRUMENTALIDAD a una monumental, sorprendente e intencionada historia del futuro que maravilla por su poesía, sus personajes y su riqueza temática. Se trata de una serie construida por Cordwainer Smith a lo largo de varios años a partir de unos relatos e historias interrelacionados que hoy presentamos convenientemente agrupada y ordenada.

En realidad, nuestra edición resulta ser la primera en todo el mundo que presenta de forma completa, y respetando su orden cronológico interno, la obra de un autor excepcional en la ciencia ficción. Cordwainer Smith es el pseudónimo con el cual Paul (Myron Anthony) Linebarger (1913-1966) labró su fama en la ciencia ficción. Doctor en Ciencias Políticas por la John Hopkins University, Linebarger fue profesor universitario, experto en asuntos del Lejano Oriente, catedrático de Ciencia Política y asesor de información militar en varias confrontaciones bélicas. Entre otras obras es autor de un famoso texto de guerra psicológica: Psychological warfare (1948).

Tras su fallecimiento en 1966, a la temprana edad de 53 años, la ciencia ficción de Smith ha merecido una atención especial por parte de críticos y estudiosos; pero también ha obtenido la aprobación de todo el público lector. Este es responsable, por ejemplo, de que un título como NORSTRILIA se convirtiera, en su edición definitiva de 1975, en un «libro de culto» en muchos campus universitarios norteamericanos.

La obra de Smith es, en realidad, un conjunto de historias y relatos narrados al estilo de las baladas. El propio autor reconoció su intención de adaptar la escritura y el estilo habituales en la literatura china, de ahí el tono de fábula que caracteriza la mayoría de las narraciones.

En el universo de la serie coexisten los humanos con las subpersonas o infrapueblo (underpeople), animales genéticamente transformados que combinan un aspecto semihumano y las habilidades características de su especie animal de origen. Dicho universo está gobernado por los «Señores de la Instrumentalidad», casta despótica y a veces cruel, aunque en ocasiones también benevolente, reclutada entre la elite de un millar de mundos.

La prosa de Cordwainer Smith es única y de un lirismo francamente entrañable. Sus personajes, incluido el subpueblo, son de lo mejor que ha descrito (o sugerido) la ciencia ficción. Cabe destacar el tratamiento de la complejidad de las sutiles relaciones emotivo-

telepáticas entre hombre y animal, resueltas con gran maestría y profundidad psicológica. Es una serie que ha creado verdaderos adeptos y resulta uno de los más inteligentes logros de la ciencia ficción.

Los estudios sobre la obra de Cordwainer Smith

La curiosidad que la obra de Smith despertó en el mundillo de la ciencia ficción, junto con el respeto académico y político de que gozó Linebarger, se hace patente en la introducción al segundo volumen de nuestra edición: LOS SEÑORES DE LA INSTRUMENTALIDAD II: La dama muerta de Clown Town (NOVA ciencia ficción, núm. 38). Es un texto escrito por Frederik Pohl en su introducción a la antología The Instrumentality of Mankind (1979) y lo hemos titulado «Cordwainer Smith y la ciencia ficción».

Pero de entre los múltiples estudios sobre Cordwainer Smith conviene destacar los del norteamericano J. J. Pierce (autor de las introducciones a los volúmenes primero y cuarto de nuestra edición) y, sobre todo, un interesante libro del argentino Pablo Capanna: El señor de la tarde: conjeturas en torno a Cordwainer Smith (Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1984) de fecunda lectura. Con toda seguridad, Capanna es hoy en día el principal estudioso de la obra de Smith y a su libro deberá remitirse el lector que desee profundizar en los múltiples sentidos e interpretaciones de LOS SEÑORES DE LA INSTRUMENTALIDAD e incluso en el estudio de la personalidad misma de Linebarger. En realidad, aun con una formulación final de la que me hago responsable, el presente texto (y tal vez toda esta edición) debe su razón de ser al interés y al contenido de los trabajos de Capanna y Pierce de los que me confieso deudor.

La edición de la obra de Cordwainer Smith en castellano

Hasta hoy, la edición en castellano de la obra de Cordwainer Smith ha sido desigual y claramente incompleta.

En 1976, hace ya una quincena de años, aparecieron en España ediciones de NORSTRILIA y de EN BUSCA DE TRES MUNDOS presentadas como novelas independientes. Otros relatos habían aparecido en Argentina en 1973 agrupados en la selección EL JUEGO DE LA RATA Y EL DRAGÓN (traducción de la antología americana titulada You will never be the same), posiblemente tras el interés que despertara en 1971 un acertado número monográfico de la revista NUEVA DIMENSIÓN. En esa misma revista han aparecido, a lo largo de la década de los sesenta, otros cinco relatos de Smith, y otros han aparecido en otras revistas, sobre todo en Argentina.

Por ello, el lector español tenía hasta ahora acceso tan sólo a una parte de la obra de Smith, en donde se encontraba a faltar la disponibilidad actual de textos básicos como Piensa azul, cuenta hasta dos, La Dama muerta de Clown Town o La balada de G'Mell, por citar sólo unos títulos evidentes. Pero, además, el incompleto material disponible en castellano se presentaba de manera deshilvanada, desordenada y bajo una forma literaria que resultaba ser fruto de criterios de traducción no siempre coherentes entre sí.

Ante esta situación, nos ha parecido conveniente traducir de nuevo todos los textos para lograr la necesaria unidad estilística que la obra debe mantener incluso en su forma traducida. Se ha encargado de ello un conocido especialista, Carlos Gardini, que ha colaborado incluso aportando el original de uno de los relatos de Smith nunca editado en forma de libro en inglés.

Gardini ha sabido respetar ciertos convenios de traducción ya existentes, como traducir scanners por «observadores», siguiendo la decisión de Marcial Souto en 1973, y respetando así el nombre ya establecido en la traducción castellana de uno de los títulos emblemáticos de la serie: Los observadores viven en vano. Pero Gardini también ha

mostrado su habilidad creativa al alterar algunas decisiones tal vez poco afortunadas de sus predecesores. Por citar sólo un ejemplo, el neologismo *pinlighting*, inventado por Smith, se ha convertido ahora en «luminicción» en lugar de los términos utilizados por las traducciones de NUEVA DIMENSIÓN (*fotofulminar*) o de Marcial Souto (*transfixión*). Ambos casos son ejemplos puntuales, pero tal vez significativos, de la seriedad con que se ha abordado este aspecto de la edición de esta obra capital dentro de la historia de la ciencia ficción.

La cronología de publicación de los relatos

La ciencia ficción de Cordwainer Smith sobre LOS SEÑORES DE LA INSTRUMENTALIDAD se concreta en un total de 28 narraciones de diversa extensión. Además hay que tener en cuenta la existencia de otros seis relatos de ciencia ficción que, tan sólo de forma un tanto forzada, podrían ser relacionados con la serie de LOS SEÑORES DE LA INSTRUMENTALIDAD.

Este conjunto de 34 relatos ha tenido una publicación (y también una redacción) un tanto desordenada con relación a la cronología interna de la serie. Ello no es ningún inconveniente para apreciar su interés, por cuanto la mayoría de los relatos están contados con el distanciamiento y el estilo del narrador de hechos ya antiguos y de los que se da por supuesto que existe ya un cierto conocimiento genérico en el momento en que se emprende la narración.

Pero era de esperar que surgiera un intento de publicar los relatos en orden cronológico. Así se ha hecho en inglés con las antologías *The Best of Cordwainer Smith* (1975) y *The Instrumentality of Mankind* (1979), que casi cubren la totalidad de la narrativa corta de Smith.

Según los datos que he podido recopilar (la mayoría procedentes de los copyright de las antologías en inglés), las ediciones originales de las narraciones de Smith han sido:

1928	*	-1	-	«War No. 81-Q» en <i>The Adjutant</i> , Vol. IX, n. ° 1, junio.
1950		-2	-	«Scanners Live in Vain», en <i>Fantasy Books</i> . 1955.
		-3	-	«The Game of Rat and Dragon», en <i>Galaxy Magazine</i> , octubre.
1955		-4	-	«Mark Elf», en <i>Saturn</i> , mayo.
1957		-5	-	«The Burning of the Brain», en <i>Worlds of If</i> , octubre.
	*	-6	-	«Western Science is So Wonderful», en <i>Worlds of If</i> , diciembre.
1959		-7	-	«No, No, Not Rogov!», en <i>Worlds of If</i> , febrero.
	*	-8	-	«The Nancy Routine», en <i>Satellite Science Fiction</i> , marzo.
		-9	-	«When the People Fell», en <i>Galaxy Magazine</i> , abril.
		-10	-	«Golden the Ship Was, oh!, oh!, oh!», en <i>Amazing Science Fiction Stories</i> , a
	*	-11	-	«The Fife of Bodidharma», en <i>Fantastic</i> , junio.
	*	-12	-	«Angerhelm», en <i>Star SF</i> , n. ° 6, <i>Ballantine Books</i> , diciembre.
1960		-13	-	«The Lady Who Sailed "The Soul"», en <i>Galaxy Magazine</i> , abril.
1961		-14	-	«Mother Hitton's Littul Kittons», en <i>Galaxy Magazine</i> , junio.
		-15	-	«Alpha Ralpa Boulevard», en <i>The Magazine of Fantasy and Science Fiction</i>
		-16	-	«A Planet Named Shayol», en <i>Galaxy Magazine</i> , octubre.
1962		-17	-	«From Gustible's Planet», en <i>Worlds of If</i> , julio.
		-18	-	«The Bailad of Lost C'Mell», en <i>Galaxy Magazine</i> , octubre.
1963		-19	-	«Think Blue, Count Two», en <i>Galaxy Magazine</i> , febrero.

	-20	-	«Drunkboat», en <i>Amazing Stories</i> , octubre.
	-21	-	«On the Gem Planet», en <i>Galaxy Magazine</i> , octubre.
	* -22	-	«The Good Friends», en <i>Worlds of Tomorrow</i> , octubre.
1964	-23	-	«The Boy Who Bought Oíd Earth», en <i>Galaxy Magazine</i> , abril.
	-24	-	«The Crime and Glory of Commander Suzdal», en <i>Amazing Stories</i> , mayo.
	-25	-	«The Store of Heart's Desire», en <i>Worlds of If</i> , mayo.
	-26	-	«The Dead Lady of Clown Town», en <i>Galaxy Magazine</i> , agosto.
1965	-27	-	«On the Storm Planet», en <i>Galaxy Magazine</i> , febrero.
	-28	-	«Three to a Given Star», en <i>Galaxy Magazine</i> , octubre.
	-29	-	«On the Sand Planet», en <i>Amazing Stories</i> , diciembre.
1966	-30	-	«Under Oíd Earth», en <i>Galaxy Magazine</i> , febrero.
1975	-31	-	«Down to a Sunless Sea», en <i>The Magazine of Fantasy and Science Fiction</i> .
1978	-32	-	«The Queen of the Afternoon», en <i>Galaxy Magazine</i> , abril.
1979	-33	-	«The Colonel Carne Back from Nothing-at-All», en la antología <i>The Instrumentality of Mankind</i> , Ballantine Books.
1991	-34	-	«Himself in Anachron», como Solo en <i>Anachron</i> , Ed. B.

NOTA: Se han marcado con un asterisco los seis relatos (1, 6, 8, 11, 12 y 22) que, en mi opinión, no pueden encuadrarse en la serie LOS SEÑORES DE LA INSTRUMENTALIDAD.

También se han editado en inglés los siguientes libros dedicados exclusivamente a Cordwainer Smith, ya sea como antologías, novelas o fix-up.

1963 - *You Will Never Be the Same* (antología), Regency Books. Incluye: 2, 3, 4, 5, 7, 10, 13, 15.

1965 - *THE PLANET BUYER* (novela corta), Pyramid Books. Versión definitiva de 23. - *Space Lords* (antología), Pyramid Books. Incluye: 14, 16, 18, 20, 26.

1966 - *Quest of Three Worlds* (fix-up), ACE Books. Incluye: 21, 27, 28, 29.

1968 - *THE UNDERPEOPLE* (novela corta), Pyramid Books. Versión definitiva de 25.

1971 - *Stardreamer* (antología), Beagle Books. Incluye: 6, 9, 11, 12, 19, 22, 24, 30.

1975 - *NORSTRILIA* (novela), Ballantine Books. Reunión de *The Planet Buyer* y *The Underpeople*.

- *The Best of Cordwainer Smith* (antología editada por J.J. Pierce), Ballantine Books. Incluye: 2, 3, 5, 10, 14, 15, 16, 18, 24, 26, 30.

1979 - *The Instrumentality of Mankind* (antología presentada por Frederik Pohl), Ballantine Books. Incluye: 1, 4, 7, 6, 8, 9, 11, 12, 17, 19, 20, 22, 32, 33.

De hecho, en inglés puede leerse casi toda la obra de ciencia ficción de Smith con los volúmenes: *The Best of Cordwainer Smith*, *The Instrumentality of Mankind*, *Norstrilia* y *Quest of Three Worlds*.

Pero, aun así, sigue sin haber sido editado en forma de libro el relato *Down to Sunless Sea* (1975), del que sólo existe la edición en revista aparecida en *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*. En realidad se trata de un relato que Smith dejó incompleto y ha sido finalizado por su esposa, Genevieve Linebarger, lo que resulta claramente perceptible al leerlo.

Y también sigue inédito en inglés el relato *Himself in Anachron*, escrito en 1946 y que debía publicarse en *Last Dangerous Visions*, el tercer volumen de antologías de relatos

iconoclastas que edita Harían Ellison. En realidad, tal volumen no ha visto todavía la luz (y, según opinión agría y reciente de Christopher Priest, es posible que nunca llegue a verla). Por esta razón, su aparición en el primer volumen de nuestra edición es una primicia mundial que ha resultado posible gracias a la diligencia de Montse Yáñez (agente literaria de Smith en España) y la colaboración de Genevieve Linebarger y del Dept. of Special Collections de la Biblioteca Spencer de la Universidad de Kansas, que guarda los manuscritos de Cordwainer Smith.

La cronología interna de la serie

Gracias a trabajos como los de Pierce y Capanna, es posible reconstruir la cronología interna de LOS SEÑORES DE LA INSTRUMENTALIDAD. A continuación se ofrece esa cronología a partir del cuadro construido por Pierce en la antología The Best of Cordwainer Smith (1975), aunque ha sido ligeramente modificado para incluir ciertos datos aportados por Capanna y, también, mi propio criterio tras la lectura de todos los relatos.

El lector interesado encontrará fructífera la comparación con el esquema, algo distinto y mucho más detallado, que ofrece Capanna en el segundo capítulo de su libro El señor de la tarde: conjeturas en torno a Cordwainer Smith (págs. 33 a 79 y cuadro resumen en págs. 80-81).

En cualquier caso, como se han perdido los apuntes completos de Smith, cualquier cronología de LOS SEÑORES DE LA INSTRUMENTALIDAD se basa principalmente en conjeturas y la que parece ser la evidencia interna de los propios relatos. Pero, afortunadamente, el orden de las narraciones y los acontecimientos relacionados con ellos se puede establecer con cierta precisión.

Hacia el año 2000

Acontecimientos:

La olvidada primera Era del Espacio.

Narraciones:

(7) - *¡No, no, Rogov, no! (No, No, Not Rogov!, 1959)*

Hacia el año 3000

Acontecimientos:

Las Guerras Antiguas culminan con el colapso de todas las naciones, a excepción de China, que ocupa Venus (se usan naves iónicas y atómicas). Los hombres verdaderos se retiran a ciudades aisladas mientras la mayor parte del planeta Tierra resulta ocupada por Bestias, manshonyaggers y No Perdonados.

Narraciones:

(9) - *Cuando llovió gente (When the People Fell, 1959)*

Entre el año 4000 y el 5000

Acontecimientos:

Llegada de los Vomact (las hermanas Vom Acht) y regreso de la vitalidad a la humanidad. Dominio de los Jwindz, seguido por la fundación de la Instrumentalidad.

Narraciones:

(4) - *Mark Elf (Mark Elf, 1957)*

(32) - *La reina de la tarde (The Queen of the Afternoon, 1978)*

Hacia el año 6000

Acontecimientos:

Segunda Era del Espacio. La Tierra se puebla de nuevo. Adam Smith hace inútiles a los observadores. Con los veleros lumínicos se inicia la expansión hacia las estrellas más lejanas. Los supervivientes de la vieja colonia de Paraíso VII se establecen en Norstrilia (Vieja Australia del Norte).

Narraciones:

(2) - *Los observadores viven en vano* (Scanners live in vain, 1950)

(13) - *La dama que llevó «El Alma»* (The Lady Who Sailed «The Soul», 1960)

Hacia el año 8000

Acontecimientos:

Descubrimiento de la planoforma. Primeros signos de una antiutopía.

Narraciones:

(19) - *Piensa azul, cuenta hasta dos* (Think Blue, Count Two, 1963)

(33) - *El coronel volvió de la nada* (The Colonel Came Back from Nothing-at-All, 1979)

Hacia el año 9000

Acontecimientos:

Era de la Planoforma. Colonización de miles de mundos frente a los 200 colonizados con las naves a vela. Luminicción.

Narraciones:

(3) - *El juego de la rata y el dragón* (The Game of Rat and Dragon, 1955)

(5) - *El abrasamiento del cerebro* (The Burning of the Brain, 1958)

Hacia el año 10000

Acontecimientos:

Estabilización de la Utopía deseada por la Instrumentalidad. El promedio de vida se estandariza en unos 400 años. Ingeniería genética y programación de embriones. Uso creciente de robots y subpersonas.

Narraciones:

(17) - *Del planeta Gustible* (From Gustible's Planet, 1962)

Entre el año 11000 y el 12000

Acontecimientos:

Posible aparición de los dáimons. Adaptación de los hombres a planetas extraños como Viola Sidérea. Otras experiencias.

Narraciones:

(34) - *Solo en Anacrón* (Himself in Anachron, escrito en 1946)

Hacia el año 13000

Acontecimientos:

Ascenso del Imperio Brillante Shayol y otros posibles rivales de la Instrumentalidad. Festival Mundial de Danza.

Narraciones:

(24) - *El crimen y la gloria del comandante Suzdal* (The Crime and Glory of Commander Suzdal, 1964)

(10) - *Dorada era la nave... ¡oh!¡oh!¡oh!* (Golden the Ship Was, oh! oh!, oh!, 1959)

Hacia el año 14000

Acontecimientos:

Martirio de P'Juana. Renacimiento de la Vieja Religión Fuerte. Fundación del linaje de Jestocost.

Narraciones:

(26) - *La Dama muerta de Clown Town* (The Dead Lady of Clown Town, 1964)

Hacia el año 15000

Acontecimientos:

Aparición de la Dama Alice More, compañera del señor Jestocost en el Redescubrimiento del Hombre. Visiones del espacio.

Narraciones:

(30) - *Bajo la vieja Tierra* (Under Old Earth, 1966)

(20) - *Barco ebrio* (Drunkboat, 1963)

Hacia el año 16000

Acontecimientos:

Derechos civiles para el subpueblo. Odisea de Rod McBan. Difusión del Redescubrimiento del Hombre.

Narraciones:

(14) - *Los mininos de Mamá Hitton* (Mother Hitton's LittulKittons, 1961)

(15) - *Alpha Ralpa Boulevard* (Alpha Ralpa Boulevard, 1961)

(18) - *La balada de G'Mell* (The Bailad of Lost C'mell, 1962)

(16) - *Un planeta llamado Shayol* (A Planet Named Shayol, 1961)

(23) y (25) - *NORSTRILIA* (Norstrilia, primera versión de 1964)

A partir del año 16000

Acontecimientos:

Se prohíbe la religión. Aventuras de Cashier O'Neil.

Narraciones:

(21) - *En el planeta de las gemas* (On the Gem Planet, 1963)

(27) - *En el planeta de las tormentas* (On the Storm Planet, 1965)

(29) - *En el planeta de arena* (On the Sand Planet, 1965)

(28) - *Tres a una estrella* Three to a Given Star, 1965)

Serie proyectada: Los Señores de la Tarde

Acontecimientos:

Destino común de los hombres y el subpueblo. Climax religioso. Desarrollo de facultades parapsicológicas. Viajes por el Espacio₃.

Narraciones:

(31) - *Hacia un mar sin sol* (Down to a Sunless Sea, 1975)

El contenido de la edición en NOVA ciencia ficción

La edición de LOS SEÑORES DE LA INSTRUMENTALIDAD ocupará cuatro volúmenes de NOVA ciencia ficción. En los dos primeros se publicarán los relatos cortos que componen la serie ordenados en función de la cronología interna de la misma. El tercer volumen será NORSTRILIA y el cuarto recogerá las aventuras de Cashier O'Neil, con lo que se mantiene la cronología interna. El cuarto volumen incluirá también los seis relatos de Smith que no hacen ninguna referencia a la Instrumentalidad.

El contenido concreto de la edición será:

LOS SEÑORES DE LA INSTRUMENTALIDAD I: PIENSA AZUL, CUENTA HASTA DOS

(NOVA ciencia ficción, número 37, 1991)

Contenido: 7, 9, 4, 32, 2, 13, 19, 33, 3, 5, 17, 34, 24, 10.

Artículo: Cordwainer Smith: el creador de mitos, de J.J. Pierce.

LOS SEÑORES DE LA INSTRUMENTALIDAD II: LA DAMA MUERTA DE CLOWN TOWN

(NOVA ciencia ficción, número 38, 1991)

Contenido: 26, 30, 20, 14, 15, 18, 16, 31.

Artículo: Cordwainer Smith y la ciencia ficción, de Frederik Pohl.

LOS SEÑORES DE LA INSTRUMENTALIDAD III NORSTRILIA

(NOVA ciencia ficción, 1992)

Contenido: versión definitiva de 23 y 25.

Artículo: Cordwainer Smith, una personalidad discutida, de Miquel Barceló.

LOS SEÑORES DE LA INSTRUMENTALIDAD IV: EN BUSCA DE TRES MUNDOS

(NOVA ciencia ficción, 1992)

Contenido: 21, 27, 29, 28, más: 1, 6, 8, 11, 12, 22.

Artículo: Tres mundos por descubrir, de J. J. Pierce.

Y eso es todo. En realidad, como apéndice es, seguramente, demasiado. Lo interesante es, ¿cómo no?, la lectura de los entrañables relatos de Smith. A ellos les remito.

Miquel Barceló

FIN